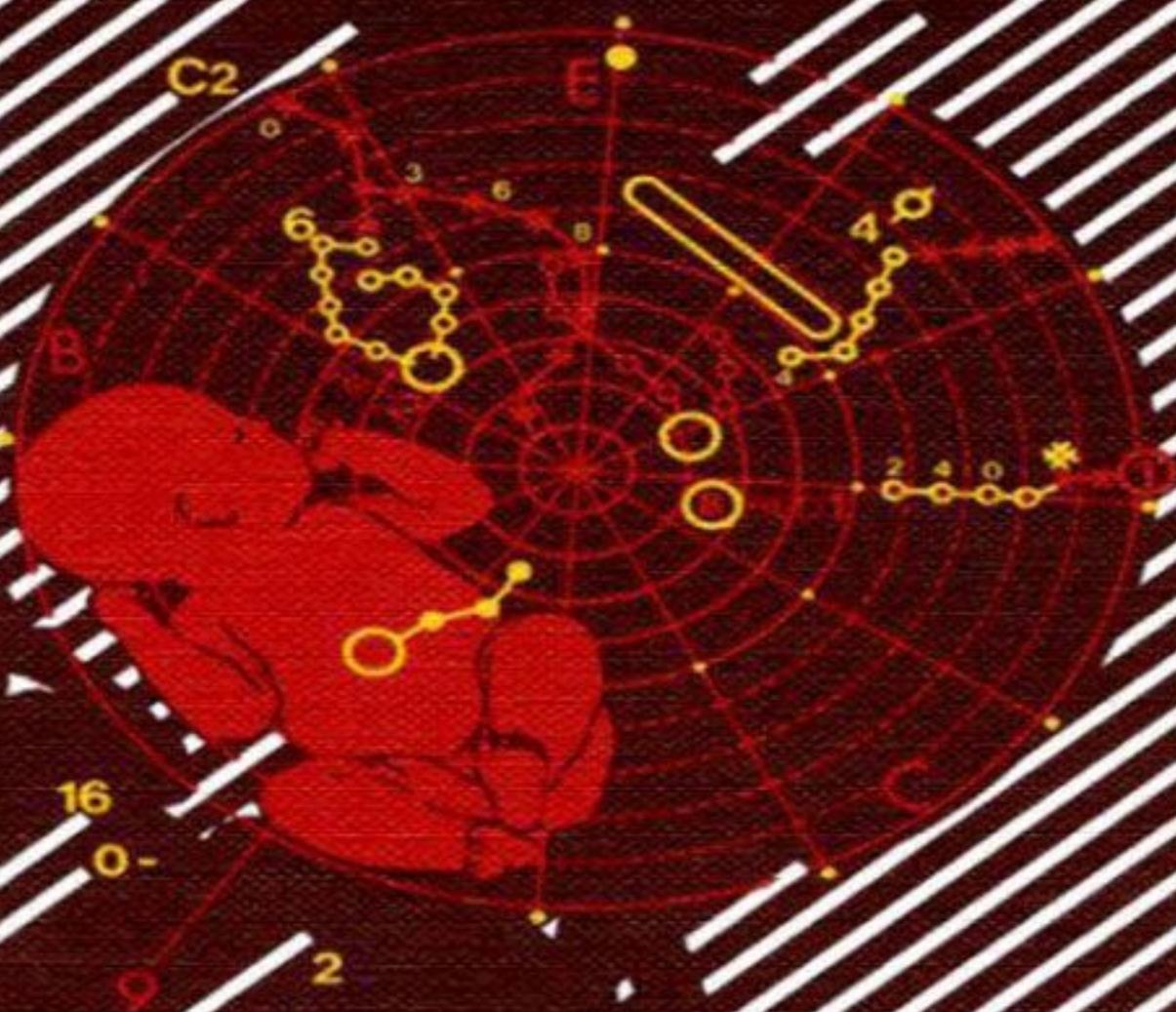


# EDICTO SIGLO XXI

MAX  
EHRlich



Lectulandia

Parte el autor de una visión del planeta Tierra superpoblado hasta el punto de que ya no queda superficie para edificar cubículos donde albergar a los humanos que viven en ellos y que se alimentan de las algas que cultivan en las terrazas de sus cubículos.

Hasta los ríos han sido cubiertos artificialmente para crear con ello suelo en el que edificar más cubículos y naturalmente ya no queda tierra cultivable, ni jardines, ni bosques, si bien se ha creado una reserva mundial en la que se conservan árboles y praderas, siendo una reserva única en el planeta y que sólo se puede visitar por turnos que a veces tardan años en ser concedidos.

Las autoridades mundiales, viendo la crisis del planeta dictan el Edicto siglo XXI que da nombre a la novela, por el cual se prohíbe que nazcan niños durante 30 años, período en el que se considera que ya se habrá hecho sitio para nuevos habitantes...

**Lectulandia**

Max Ehrlich

# **Edicto siglo XXI**

ePub r1.0

Titivillus 13.03.2018

Título original: *The edict*  
Max Ehrlich, 1972  
Traducción: Ramón Alonso

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A nuestros hijos...  
y a sus hijos...  
si los hubiere  
y a los hijos de sus hijos*

# PRIMERA PARTE

La luminosa esfera azul se deslizaba perezosamente en su órbita habitual alrededor de la Tierra. De vez en cuando cambiaba de color; pasaba del azul al rosa, y del rosa al amarillo; su superficie estaba constantemente animada por el parpadeo de miles de millones de diminutas luces gobernadas por computadora. En aquel momento, se transmitía a la Tierra un programa de música clásica, concretamente el Concierto Número Uno de Brahms. Para las poblaciones de abajo, cautivas y desde largo tiempo dolientes, esto era un bien acogido alivio. Generalmente, encontraban a aquel portavoz electrónico demasiado charlatán; parecía sentir un diabólico placer en bombardearlos con palabras.

Naturalmente, estaba programado por PropGob. Hablaba solamente en los tres idiomas básicos, inglés, ruso y chino, cambiando de uno a otro según pasaba por encima de las zonas prescritas por la Carta. Sus baterías de memoria estaban programadas para emitir en lenguas muertas tales como el francés, el alemán, el español, el italiano, el árabe, el indostano y el swahili. Pero naturalmente, esto ya no era necesario.

Técnicamente, era conocido como SCGM, o SatComGobMund. O, para darle su nombre completo, Satélite de Comunicaciones del Gobierno Mundial. Pero el auditorio cautivo le daba otro nombre. Un nombre mucho menos impresionante. Sencillo, breve y concreto.

El Bocazas.

No había manera alguna de escapar al Bocazas, ni de pararlo. Girando y guiñando por el espacio, profanaba el aire con su horripilante y metálica voz electrónica. Lanzaba noticias, edictos, pronunciamientos y avisos, música y variedades y otros alegres tipos de diversión, esto último destinado a levantar la moral de las masas. En ocasiones, cuando era necesario, daba al pueblo severas conferencias. Para los ciudadanos, atrapados y descontentos, era algo omnipotente, una Presencia obscena en el cielo, tan fija y permanente como el sol y la luna. Pero, a diferencia de los cuerpos celestes naturales, no podía ser apagado por el hecho de que lo cubriese una nube. Incluso al entrar en sus hogares, lo que veían en la pantalla mural del cubículo estaba programado por el Bocazas. Era SuperComunicación. La Voz de Dios, presentada por PropGob.

Hacía décadas, mucho antes de la Crisis de la Contaminación, cuando la revolución había aplastado el complejo militar-industrial y puesto fuera de la ley a todo el sistema de beneficio, dos compañías privadas con los añejos nombres de IBM y AT &T, ahora olvidadas, habían ideado y construido el Bocazas. La idea era sencilla y espectacular: consistía en centralizar toda la comunicación mundial en una gran esfera celeste. Tenía sentido, ya que todo se había vuelto audiovisual y sólo unos

pocos sabían leer. De hecho, ya no se enseñaba a leer en las escuelas desde hacía cincuenta años, aunque todavía podían encontrarse cosas tales como libros, revistas y periódicos, cuidadosamente conservados, a guisa de extrañas curiosidades, en la Antigua Sala Norteamericana de casi todos los MusGov.

Cuando comenzó a funcionar el Bocazas, cuando sus metálicas palabras empezaron a caer sobre la Tierra, la mayoría de la gente, atormentada por aquel bombardeo oral, se compró tapones para los oídos o se los tapaba con algodón. Muchos se habían vuelto muy neuróticos, y algunos incluso habían caído en la locura.

Lo veían moverse, como una mancha brillante en el cielo nocturno, y lo amenazaban, impotentes, con el puño, maldiciéndolo por violar su intimidad, una intimidad ya lastimosamente pequeña o inexistente. Pero con el tiempo se acostumbraron a él, escuchándolo insensibles y, en general, de una manera indiferente. Sólo daba un comunicado diario que les interesaba realmente. Les interesaba vitalmente.

Y este comunicado siempre iniciaba las noticias de las once.

Eran ahora las once menos cuarto, y el Bocazas se deslizaba sobre la Zona de Norte y Sudamérica, como una bola reluciente en el cielo nocturno, contemplando continentes e islas, cada uno de los cuales era como una sólida alfombra de luz extendida sobre los oscuros mares.

De repente, la música cesó y, tras un momento de silencio mientras el Bocazas descansaba, quizá para aclararse su garganta electrónica, se le volvió a oír:

—Interrumpimos este programa musical para comunicarles un boletín especial. Atención todos los ciudadanos. Atención todos los ciudadanos. La reunión del GobMund se halla todavía en sesión de urgencia en Tokio, en su duodécimo día, y todo el proceso sigue en secreto, bajo la máxima seguridad. Pero se espera un comunicado especial de un momento a otro.

Al enjambre humano de la Tierra le daba igual. Los jefes de Estado siempre se estaban reuniendo para intentar resolver la Crisis. Palabras, palabras, palabras. Las palabras podían llenar los oídos, pero no el estómago. Las cintas de las computadoras subían y bajaban, giraban sin cesar, y todas arrojaban la misma respuesta.

Demasiados; insuficiente.

Por ello, la noche del veintisiete de diciembre, todo el mundo esperaba que diesen las once. Esperaban en las megalópolis de la zona central, en las ciudades satélites, en las Ciudades Antiguas, en las elevadas ciudades-puente y en los complejos de las urbanópolis. Esperaban, con creciente inquietud, a que el Bocazas les informase de aquella estadística, la única que tenía alguna relación real con sus vidas cotidianas. Aguardaban entre el temor y la esperanza, con los nervios en las tripas. Unos pocos, ya totalmente aislados de la realidad, dispuestos a creer los más extravagantes rumores, albergaban incluso grandes esperanzas. Cuando la manecilla del reloj

llegaba a las once, se detuvieron los monorrieles, y las ingentes multitudes que avanzaban por las calles como oleadas de lava viviente, apretadas, codo con codo. Incluso los automáticos policías de circulación, cuidadosamente uniformados y dotados de apariencia humana, dejaron de alzar sus brazos electrónicos y quedaron inmóviles y silenciosos, al no producirse ya ningún movimiento de la masa humana que los programase.

Por fin, las once en punto. Y la voz del Bocazas:

—¡Atención! ¡Atención todos los ciudadanos! Mañana, veintiocho de diciembre. Número de calorías autorizadas por persona adulta: seiscientos cincuenta y dos.

Éste era el índice oficial diario de calorías, al que se designaba corrientemente como IC. Era calculado por la Computadora Central, a partir de la relación existente entre la cantidad de alimentos disponible y las cifras de población conocidas, teniendo en cuenta cada día los nacimientos y defunciones producidos.

Por un momento, la multitud quedó silenciosa, petrificada. Después surgió de ella un irritado rugido. El IC había disminuido en cincuenta y dos calorías con respecto al del día anterior. La reacción era de impotente incredulidad.

Algunos le gritaron obscenidades al Bocazas. Otros exclamaban:

—Y ¿cómo creen que vamos a seguir viviendo?

Y otros respondían amargamente:

—Es que no lo creen...

La reunión coincidía con un momento de crisis. La grande y translúcida cúpula de plastipleno, sede principal del GobMund, albergaba, desde hacía ya varias horas, a los máximos dirigentes del planeta. De izquierda a derecha, en torno de la vasta mesa redonda, estaban Broussard, de Europa; Golalu, del Complejo Africano; Sobolev, de Eurasia; Tsung, de la Federación de Repúblicas Orientales; López, de Latínium, y Allison, recientemente elegido presidente de los Estados CanAm. Detrás de ellos, ocupando varias hileras de asientos, estaban sus acompañantes, los equipos de asesores científicos y de expertos técnicos, especialistas en demografía, en agronomía, en estadística, en geoquímica y en oceanografía, y otros especializados en los problemas emocionales del hombre en el seno de las masas.

En preocupado silencio, habían atendido a todas las intervenciones y a la lectura de todas las estadísticas. Los profetas de la catástrofe y del apocalipsis tenían, por fin, la posibilidad de mandar y, ahora, nadie se ponía en pie para contradecirlos. Los dirigentes habían buscado desesperadamente alguna alternativa, sin resultado. Ya no podían permitirse el lujo de optar por esta o aquella solución. Estaban atrapados por las estadísticas, sencillamente. Se habían empleado las computadoras para buscar una salida al gravísimo problema demográfico; se habían entregado a los remolinos electrónicos todos los datos: las cifras de población, en miles de millones, los índices de natalidad y mortalidad. Y, en todas las combinaciones y permutaciones posibles,

las máquinas habían dado una sola respuesta.

No había salida.

La situación no era sólo grave; era escalofriante. Los recursos marinos estaban prácticamente agotados. Las plantaciones de algas y los cultivos de plancton iban siendo privados de alimento a un ritmo muy superior al de su reproducción. Una serie de programas de choque, bajo los auspicios del InvestCientGobMund, consistentes en la obtención de alimentos sintéticos a partir de la pulverización de determinados minerales, habían fracasado. En muchas zonas del mundo se habían producido declaradamente casos de canibalismo, y los motines de la población en demanda de alimentos eran moneda corriente. Una nueva reducción del IC daría lugar, con toda certeza, a nuevas violencias, revueltas y desórdenes.

Ahora se miraron fijamente unos a otros por encima de la mesa, buscando respuestas finales, sabiendo que habían llegado al *quid* de la cuestión. Finalmente, el dirigente chino habló:

—Deberíamos hacerle frente cuanto antes —dijo—. Este crecimiento de la población debe frenarse, y debemos frenarlo ahora, por duras que sean las medidas. La situación requiere una cirugía sin piedad.

—De acuerdo —dijo el presidente—. Pero ¿de qué tipo?

—Básicamente, nuestro problema consiste en que la gente anciana vive demasiado tiempo; la longevidad media es en estos momentos de ciento cincuenta años. Esto ha trastocado el equilibrio de la naturaleza. Debido a estas circunstancias, el índice de natalidad no cesa de aumentar con respecto al de mortalidad.

—Sí, sí —dijo el presidente, de modo un tanto impaciente—. Todo eso ya lo sabemos. ¿Debo entender que tiene usted alguna proposición que hacer?

—La tengo.

—Veamos.

—Propongo la muerte de todas las personas de más de setenta años. Sin dolor, mediante drogas, o, simplemente, dejando que mueran de hambre.

Se produjo un largo silencio. El presidente miró fijamente al dirigente chino.

—Supongo que no hablará en serio.

—No he venido aquí para bromear —dijo Tsung, de manera un tanto agria—. Ésta es una proposición seria y práctica para un problema que, de otro modo, sería insoluble.

—Lo que está sugiriendo es el asesinato masivo.

—Preferiría que pensara en ello en otros términos, señor presidente. Una especie de limpieza a fondo. Arrancar las malas hierbas que ahogan al nuevo crecimiento. La gente anciana no contribuye a nada. Es una rémora para la sociedad; es inútil. Sólo representa más bocas que alimentar, y nos quita el poco espacio de que disponemos. Usted sabe muy bien que nuestras Ciudades Antiguas ocupan más de la mitad de nuestro espacio vital. Considérela bajo un punto de vista práctico. ¿De qué sirven los ancianos?

—Son seres humanos.

—No es éste el momento para ponerse sentimentales —intervino Sobolev.

El presidente miró severamente al ruso:

—Entonces está usted de acuerdo con Tsung, colega Sobolev.

—Completamente de acuerdo.

—Bien, hablando en nombre de mi parte del mundo, eso es imposible. Me doy cuenta de que, en la historia de sus zonas, se ha practicado antes la liquidación masiva a fin de aplicar soluciones prácticas —el presidente hablaba tranquilamente, pero había acero en su voz; estaba sugiriendo, de hecho, que vetaría una solución como aquélla, y en el Consejo del GobMund un veto bastaba para aniquilar una medida—. Eso sería sencillamente una forma de genocidio, y semejante idea resulta detestable.

—¿De qué sirven los ancianos? —insistió Tsung.

—Repito —dijo el presidente— que su solución es inhumana.

El dirigente chino se mostró exquisitamente cortés:

—En ese caso, señor presidente, ¿tiene usted una mejor?

—De hecho —dijo el presidente—, creo que sí la tengo.

Todos lo miraron fijamente, asombrados. No les había insinuado que tuviese alternativa alguna. Había explicado que había estado reunido toda la noche con sus asociados, buscando desesperadamente algún tipo de solución. Entonces ésta había surgido de repente, una sugerencia hecha por un joven demógrafo de su personal. En sí misma, la base del nuevo plan no consistía en nada realmente nuevo. Ciertas variantes del mismo habían sido discutidas en público y entre los dirigentes del GobMund durante muchos años. Pero esta solución, tal como ahora la presentaba el presidente, era tremendamente sencilla. Resultaba pragmática y nada visionaria. Podía ser puesta en práctica casi al instante y era de fácil aplicación. Habló de todas las fases del plan con el máximo de detalles. Cuando hubo terminado, se produjo un largo silencio.

—Le felicito, señor presidente —dijo finalmente Tsung, con su redonda cara sonriente—. Bien pensado, en todos los aspectos.

—Excelente —dijo Sobolev—. Sencillo y muy bien ideado.

El Consejo aceptó el plan por unanimidad. El Vaticano, representado nada menos que por Su Santidad, cedió ante la realidad, de mala gana, y se mostró de acuerdo con el plan sólo porque el expediente propuesto era temporal. Esto era la noche del veintisiete de diciembre, y se sugirió dar la noticia inmediatamente. Pero, por deferencia al presidente y, desde luego, a Su Santidad, acordaron esperar hasta el primero de enero. Ello daría a la gente de los CanAm y otras naciones cristianas la oportunidad de disfrutar de las Navidades. Antes de que recibieran la Noticia.

El avión presidencial, o sea el Número Uno de las Fuerzas Aéreas, se dirigía a casa desde Tokio. Como una gigantesca aguja de coser, con alas de gaviota y revestido de titanio, atravesaba el espacio casi sin aire a una velocidad de más de tres mil kilómetros por hora. Un baño químico especial en el fuselaje protegía a sus pasajeros de dosis de radiación, que de otro modo podían resultar fatales. Producido por su velocidad supersónica, su zumbido sónico rasgaba el sutil aire en una pesadilla acústica de chillones decibelios, enturbiando las colonias de algas de la superficie del Pacífico, muy por debajo de él. Medía, de la cabeza a la cola, ciento treinta metros, y volaba a veinticinco mil.

En una sala de conferencias de popa, estaba en marcha una sesión de cerebros. Una docena de científicos, todos pertenecientes al séquito del presidente, estaban sentados alrededor de una mesa. La mayoría de ellos eran expertos en ingeniería humana, y especialmente en los campos de la puesta a prueba de la realidad de la motivación de la mente y el estímulo de la fantasía. La única mujer presente era la doctora Beth Radner, sociogenetista. La proposición del presidente había sido aceptada de mala gana por el Consejo en el GobMund, y su labor ahora era ponerla en práctica, preparar y proyectar un tipo de programa que agradase a la gente, o, al menos, fuese aceptado pasivamente por ella, una vez superada la impresión.

Antes de que la reunión diese comienzo, el presidente llamó a la azafata y pidió una bandeja de tabletas estimulantes. Resultaban especialmente eficaces cuando había que solucionar problemas difíciles, y todos los miembros de la reunión cogieron una y se recostaron en sus asientos durante cuatro o cinco minutos sin hablar, dejando que la droga siguiese su curso y penetrase hasta las células del cerebro, a las que daba un suave masaje estimulándolas para que rindiesen más, y aumentando así tanto la profundidad como la claridad del pensamiento. Era un «viaje» corto y todos experimentaban una especie de euforia, una sensación de bienestar.

Finalmente, cuando todos estuvieron dispuestos, el doctor Arthur Lester, presidente, abrió la sesión.

—El presidente nos ha metido en un buen atolladero —dijo—. Ésta es una tarea muy dura. No contamos con ningún precedente para tratar una situación de urgencia como ésta a escala tan masiva. En este caso no se trata sólo de individuos o grupos de individuos. Se trata de un problema de psicología de masas.

—El problema principal no son los hombres —dijo otro científico, el doctor Hammer—. Lo más importante en este caso es programar a diez mil millones de mujeres para que acepten este edicto. Y como la realidad será demasiado horrible para que la acepten fácilmente, tenemos que idear algún tipo de fantasía en la que

puedan hallar consuelo y refugio.

—Bien dicho, Alan —dijo el doctor Lester—. Muy bien dicho —entonces miró a los congregados alrededor de la mesa—. ¿Doctor Carabasos? ¿Alguna sugerencia?

—A primera vista, mi respuesta sería la psiconarcosíntesis persuasiva. Resumiendo, una serie de sesiones aplicadas en intervalos regulares. El objetivo: promover en las mujeres un estado de regresión infantil para que acepten una solución protética del verdadero problema. Y la sustitución protética, naturalmente, está clara para todos nosotros.

—Eso va a requerir bastante tiempo —dijo alguien.

—Desde luego —dijo el doctor Carabasos—. El proceso es muy gradual. Sería absurdo esperar resultados inmediatos. Quizá se tarde dos o tres años en inculcar la totalidad de la fantasía femenina que perseguimos.

—¿Crees de veras poder conseguir que las mujeres acepten eso, Henry? —preguntó el doctor Lester.

—¿Por qué no? —contestó Carabasos encogiéndose de hombros—. Hasta ahora hemos sido capaces de programarlo todo.

El doctor Hammer garabateaba sobre un cuaderno. Entonces dijo:

—Esta píldora les va a resultar muy amarga a las mujeres —miró a la doctora Radner un tanto tímidamente—. Perdona. No quería hacerme el gracioso, Beth.

Permanecieron silenciosos, todos mirando con expectación a la doctora Radner. Ésta era una mujer de rostro alargado y tendría unos cuarenta años; era una autoridad sobre la mística de la mente femenina. Había permanecido callada todo el rato, pero evidentemente le complacía el hecho de que en una cuestión semejante se inclinasen ante ella respetuosamente, no sólo por su pericia sino también por su instinto de mujer.

—Todo lo que han propuesto está muy bien, caballeros —dijo—. Hasta aquí, está muy bien. Pero no han ido lo bastante lejos. Están ustedes hablando de modificar la psicología de toda la población femenina. La sugerencia del sustituto protético es interesante y válida, pero será necesario algo más —se puso en pie y, absorta en el problema, continuó hablando en tono de conferenciante, llevándose una mano cerrada a la palma de la otra para subrayar sus afirmaciones—. Si se priva a un ser humano de un instinto básico y primitivo, es necesario sustituirlo por otro. Por otro que sea igualmente primitivo, igualmente básico —miró al exterior por una de las ventanillas de fibraplast del avión, y después se volvió vivamente para mirarlos otra vez—. La naturaleza aborrece el vacío, caballeros. Nos encontramos en este caso con un tipo muy especial de vacío, y es preciso llenarlo.

—¿Llenarlo con qué, doctora Radner? —inquirió Carabasos.

—Con sexo. Sexo desinhibido. Sexo para adormecer el hambre. El sexo por el sexo —dirigió una leve sonrisa al doctor Hammer—. Medida estrictamente terapéutica, Alan. No se busca en absoluto el *placer*.

La noche de fin de año, la población estaba realmente en un estado de ánimo que podía ser denominado alegría festiva.

Tenía buenas razones para ello. Cuatro días antes, el Bocazas había anunciado la concesión de un aumento de doscientas calorías diarias por habitante del planeta, y que aquella abundancia continuaría por lo menos hasta el día de Año Nuevo, inclusive. Aquella súbita generosidad por parte del Estado desconcertó a las masas, pero nadie tenía deseos de averiguar la razón. A caballo regalado, no le mires el dentado, dice el refrán. Pensando en su vientre, siempre insatisfecho, todo el mundo declaraba que era un buen regalo de Navidad, y no iba más allá.

Ahora, cuando faltaba un minuto para la medianoche, el enjambre humano estaba en las calles, apretadamente, hombro con hombro, o se asomaba a las pequeñas ventanas de sus cubículos, dispuestos en hileras y numerados, a los que llamaban sus hogares, o bien se apretujaba en compactas masas en las terrazas, alzando las caras en espera del espectáculo que daría comienzo al mismo tiempo que el nuevo año.

Cuando el Bocazas empezó a cantar «Viejo y largo entonces», con un bonito toque de sentimentalismo electrónico, varios cohetes nucleares hicieron explosión en el cielo, iluminando las ciudades lineales como si fuese de día. Aquella deslumbrante exhibición de pirotecnia celeste era sólo el prelude de un espectáculo especial de Año Nuevo, presentado por primera vez. Súbitamente, aparecieron en la superficie de la luna una serie de luces rojas, blancas y azules que formaban el número del año nuevo. Este efecto era producido por el personal de las diversas estaciones espaciales de aquel satélite, que disparaban grandes cohetes para producir aquel primer espectáculo lunar.

Pan y circo.

Pero, de pronto, a las doce en punto, en el mismo momento de nacer el Año Nuevo, los fuegos artificiales cesaron. Por alguna inexplicable razón, el Bocazas se interrumpió a mitad de la canción, con un pequeño gemido. Los miles de millones de caras levantadas mostraron una expresión de desconcierto. La festiva animación desapareció instantáneamente. «Algo pasa», se decían unos a otros. Pero ¿qué?

El Bocazas empezó a hablar, programado ahora para un comunicado serio. Sus palabras, sombrías, lentas y en majestuosa cadencia, cayeron de los cielos sobre las cabezas de los oyentes.

—Atención, todos los ciudadanos —salmodió—. Atención, todos los ciudadanos. Éste es un edicto del GobMund. A fin de equilibrar la población y mantener las reservas de alimentos, se prohíbe el nacimiento de niños durante los próximos treinta años. Repito: se prohíbe el nacimiento de niños durante los próximos treinta años. Todo hombre y mujer que den lugar al nacimiento de un niño durante el citado período serán considerados criminales y condenados a muerte por el Estado. Todo niño concebido durante el citado período será considerado ilícito, y será también liquidado. Este edicto no prevé excepción alguna. La PolEst ejercerá una vigilancia constante, y si cualquier ciudadano tiene conocimiento o alberga sospechas de la

existencia de un niño ilícito, deberá, en cumplimiento de un deber patriótico, informar del hecho a la PolEst; en caso contrario, será considerado culpable de complicidad. La mencionada información será bien recompensada con calorías extraordinarias. Todos los niños nacidos con anterioridad a este decreto o concebidos antes de la medianoche del día de hoy, uno de enero, serán debidamente identificados, según instrucciones que se dictarán próximamente. Las mujeres que se hallen actualmente en estado de gestación deberán dirigirse a los hospitales más próximos para el registro del hecho. Esto es todo.

Después, en medio del silencio sepulcral que se produjo, el Bocazas añadió algo. El Bocazas sería lo que fuese, pero había que admitir que sus modales eran impecables.

—A todos, feliz Año Nuevo —dijo—. Feliz Año Nuevo...

## SEGUNDA PARTE

Eran las siete de la mañana. George Borden, jefe del personal de seguridad del Museo Estatal de Ciencias Naturales Número Cuarenta y Dos, estaba en la cama junto a su cónyuge, Edna. Se había despertado temprano, y ahora, al mirar por la ventana la agradable calle, flanqueada de bonitas casas y de jardincillos con césped natural, pensó: «Soy un tío con suerte. Sí, señor, soy un tío con suerte».

Experimentó un súbito impulso de afecto y gratitud hacia su compañera, que yacía a su lado, dormida aún; levantó un poco el finísimo camisón de fibraespuma que cubría su cuerpo y acarició dulcemente su cálido y suave muslo. «Edna, pequeña mía —pensó—, todo te lo debo a ti. De no haber sido por ti, viviría aún allá abajo, en la ciudad en hileras, aquel siniestro y abarrotado hormiguero donde se amontonan nueve o diez personas en cada cubículo, sin aire suficiente». Todo lo que tenía que hacer era mantenerse en su puesto y atender a los deseos de Edna, y podría conservar aquella situación hasta el fin de sus días. Ella era una mujer que no tenía nunca bastante, pero por fortuna él disponía del equipo y la vitalidad necesarios para hacer frente a aquello. Además, por supuesto, si se caía en la monotonía, siempre podían hacer un intercambio con Russ y Carole Evans, la pareja que habitaba la casa de al lado.

El padre de Edna ocupaba un alto cargo en la PolGob. Era director general de todos los MusEst del Décimo Distrito Terciario del Este, y era ella quien había conseguido a George su magnífico empleo en el MusEst Cuarenta y Dos. Vivían en el recinto del mismo Museo. El MusEst Cuarenta y Dos era en realidad un parque, un extraño y verdadero espacio despejado que se alzaba sobre la gran acumulación de ciudades en hileras que formaba la megalópolis situada debajo. El parque estaba rodeado por un muro de duroplast de cinco metros de altura, vigilado por guardias bajo la dirección de George y provisto de numerosos dispositivos electrónicos situados aquí y allá y destinados a evitar la entrada de intrusos sin permiso, que siempre estaban intentando forzar la entrada del recinto, especialmente de noche. La mayoría de ellos intentaban entrar sólo para disfrutar de la emoción que representaba hallarse en una zona despejada, con aquella sensación de espacio, pero había quienes iban con la intención de robar raíces, y, a éstos, el Estado los trataba duramente.

Ahora, George sintió moverse a su cónyuge.

—George —dijo ella con voz soñolienta—. ¿Qué hora es?

—Las siete, más o menos, cariño.

—Entonces tenemos tiempo.

—Mucho tiempo —dijo él.

—¿No estás cansado? —dijo ella.

—Ya me conoces —dijo él, vanagloriándose—. Siempre estoy a punto.

Ella se enderezó, se arrancó el camisón de golpe, hizo con él una pelota y lo arrojó al suelo. Se acurrucó contra él, iniciando con la mano su habitual exploración lenta y sensual.

—¿Lo pasaste bien con Carole ayer noche?

—No mucho —dijo él.

—¿Por qué no?

—No tiene vida. Era como hacer el amor con un trozo de madera. Me pregunto por qué Russ la tiene como cónyuge. A propósito —exclamó con curiosidad—, ¿qué tal te fue *a ti* con Russ?

—Está muy tenso, cariño. Casi no podía conseguir la erección. Primero pensé que era yo pero, naturalmente, ya sé que no. Es Carole. Ya sabes el problema que ha tenido. Pero todo eso se puede arreglar. Ayer, Russ, me dijo que se ha decidido. Finalmente, ha decidido tener un hijo.

—No —dijo él, sorprendido—. ¡Bromeas!

Ella lo besó en el hueco del cuello y, entonces, su boca empezó a deslizarse hacia abajo, a lo largo del cuerpo de George.

—Ella y Russ lo han hablado una y otra vez. Se han decidido en serio.

—Bueno —dijo él—. Si es verdad, ya era hora. Quizás eso la relaje un poco. Quizá los relaje un poco *a los dos*.

—Cariño —dijo Edna—. No todo el mundo tiene tanta suerte como nosotros.

Su voz era ahora indistinta, sedosa, y, de repente, dijo:

—¿A qué estamos esperando? George, eres el mejor cónyuge que una chica puede desear, en serio.

Él sabía que, si seguía demorándose en la cama, Edna estaría a punto para otra ronda al instante, y ahora estaba cansado. Pensó que lo mejor era ir al centro más tarde y pasar por el VitaMarket para comprar otra botella de vitasex. Tomaba tres mil unidades de concentrado de hormonas cada día, cantidad que necesitaba. El apetito de Edna era voraz; nunca tenía bastante, y él no pensaba fallarle. En cuanto mostrase el menor signo de debilidad, era muy posible que ella empezase a buscarse otro cónyuge. Y esto era lo único que no deseaba que Edna hiciese, por razones obvias.

Casi inmediatamente, ella renovó sus caricias y él intentó concentrarse para hacer frente de nuevo a su ataque, pero, con gran alivio por su parte, el bebé empezó a llorar en la cuna situada al otro lado de la habitación.

—Oh, demonios —dijo él, esforzándose en parecer irritado—. Peter se ha despertado.

Edna se deslizó fuera de la cama.

—Chiquitín de mamá —lo arrulló. Levantó el cuerpecito blando y sonrosado, con su cabello dorado, lo apretó contra su hombro y empezó a darle golpecitos en la espalda.

El bebé dejó de llorar y se puso a gorjear.

—¿Quiere desayunar mi niño?

El niño tendió las manos, agitó los pies, se retorció y movió bajo el cariñoso abrazo de su madre. Con gran pesar por su parte, Edna no podía dar de mamar al bebé, perdiéndose de este modo la sensación que hubiera podido proporcionarle aquella criatura cálida y blanda chupando de su pezón. Pero, como dijo a George: «No se puede tener todo».

Ahora el niño yacía allí, observándola, la cabeza apoyada en los bracitos y satisfecho de lo que veía. Edna Borden tenía unos treinta años, el cabello del color del maíz, rasgos regulares y el cuerpo flexible, con encantadoras curvas en todos los lugares adecuados, además de unos pechos llenos. «Toda una mujer en la cama — pensó él—, y toda una madre cuando hay que cuidar al niño». La observó mientras ella se sentaba, colocaba al bebé en su regazo, preparando hábilmente la receta, y comprobaba la temperatura de la botella de lactomil para ver si estaba en su punto. Lo probó ella misma y entonces introdujo una cucharadita en la boca del bebé. El niño la engulló y luego hizo una mueca de desagrado y apartó la cabeza.

—Oh, ¿está demasiado caliente, cielo? Pues mamá te lo enfriará un poquito.

Cuando el niño hubo terminado, Edna volvió a cogerlo contra su hombro y de nuevo le dio golpecitos en la espalda. «Angelito de mamá», dijo. Entonces volvió a colocarlo en su regazo. Peter se puso a jugar con el dedo gordo del pie, y entonces extendió la manita y cogió la cuchara. La miró como si fuera el instrumento más maravilloso de la creación, y entonces la apretó contra la boca de su madre. Edna hizo como si comiese: «Ñam, ñam, qué bueno». El niño rió, Edna lo besó en la nariz y la cuchara cayó ruidosamente al suelo. A continuación el niño ofreció a su madre el dedo gordo del pie, que ella también besó. Al pequeño Peter esto le pareció divertido y se echó a reír, y Edna se unió a su risa, contándole los dedos de las manos y pies: «Deditos, deditos, deditos, cinco deditos en las manos y cinco en los pies».

George Borden se levantó, sacó un uniforme limpio de un diminuto envoltorio de celplast situado en el cajón de la mesa del fondo, lo desplegó con un gesto rápido y se lo puso. Daba una sensación fresca, sedosa y suave al entrar en contacto con su piel. Hizo una bola con el uniforme del día anterior y la arrojó a la papelera, anotando mentalmente que tenía que pedir otra docena de desechables para la semana siguiente. Acarició los tres galones de la manga, símbolo de su autoridad sobre los cincuenta guardias que vigilaban aquel MusEst, y siguió observando a su esposa, absorta como siempre en el mismo pequeño drama familiar que presenciaba cada mañana, un drama que casi nunca variaba, un preciso y cálido ritual de amor.

Ahora el bebé se puso a lloriquear, y Edna, comprendiendo rápidamente su desconsuelo, lo hizo callar. Besó la blanda barriguita del niño vorazmente, acariciando con la boca la carne dulzona y haciendo cosquillas al chiquillo hasta que éste se echó a reír fuertemente, agitó hacia arriba los pies y agarró la cara de Edna con los dedos de éstos. Con sus braguitas nuevas y limpias era feliz, y Edna dijo: «Mamá quiere al Peter chiquitín». Ahora, Peter empezó a chuparse el pulgar y Edna le dio un chupete. Peter cogió el chupete y, en lugar de metérselo en su propia boca,

lo introdujo en la de ella. Tanto Edna como George se echaron a reír.

—¿Verdad que es un encanto? —dijo ella, arrobada.

—Sí —dijo él, sonriendo a su hijo—. Un verdadero encanto.

Edna levantó al bebé en alto, el último acto de su ritual cotidiano antes de que lo volviese a dejar en la cuna para que echase un sueñecito.

—Di Ma-má, cariño —dijo.

El bebé sonrió, pero no dijo nada.

—Vamos, cariño —dijo Edna—. Di ma-má. —Peter siguió sin responder—. Ma-má —repitió Edna, esperando una respuesta; ésta no llegó; Edna probó de nuevo—. Ma-má. Ma-má.

Ninguna respuesta.

Edna frunció el ceño. Disgustada, cogió de repente el cuello del bebé y lo retorció con fuerza. El bebé lanzó un grito. Entonces Edna arrancó de un tirón la cabeza del bebé de su cuello y echó un vistazo al interior del alveolo abierto y sin cabeza. Introdujo la mano, manipuló un momento el mecanismo interior y luego miró, pensativa, a su cónyuge.

—Este niño vuelve a estar malo —dijo—. No hay forma de hacerle decir «Ma-má».

—Pues será mejor que lo lleves al pediatra —dijo George—. Y, esta vez, dile a ese charlatán que lo programe como es debido. Ya es la segunda vez que esto ocurre —estuvo pensativo un momento—. Pienso que quizá ya sea hora de que nos lo cambien por otro.

—¿Otro Peter? No —dijo entonces Edna, con firmeza—. Yo quiero al que tengo. *Lo quiero, George.*

—Muy bien. —George se encogió de hombros—. Como tú quieras, Edna.

Aquella misma mañana, Russ Evans, Guardia número treinta y seis del MusEst Cuarenta y Dos, y su cónyuge, debidamente registrada, Carole, abandonaron el parque y penetraron en el complejo de urbanópolis de la Ciudad Lineal Quince.

Se abrieron paso como pudieron a través de la muchedumbre, y después de dejar pasar nueve trenes monorrieles abarrotados, consiguieron encontrar sitio de pie en el décimo. Finalmente bajaron en el ancho paseo llamado Confluencia Siete.

—Santo cielo —dijo Russ con ardor—. No me gusta nada venir aquí.

—Ni a mí —dijo ella. Entonces, de repente, se volvió hacia él—. Russ, volvamos.

—¿Qué?

—He cambiado de idea. No quiero hacerlo.

—No seas tonta, Carole. Todo saldrá bien. Si Edna ha podido hacerlo y millones de mujeres pueden hacerlo, también puedes tú.

—Si no tuviera que ser así. Si pudiera ser de verdad...

—Ya conoces la respuesta a eso —dijo él.

—Sí —dijo ella—. La conozco.

La agarró del brazo y juntos empezaron a abrirse camino por entre la muchedumbre. La Confluencia Siete era una larga, recta y monótona vía pública, pavimentada con reluciente plástico, una resina de fluorcarbón tan lisa que nada podía pegarse a ella ni mancharla, tan dura que no podía ser quemada ni derretida por el calor, y tan duradera que la humedad no podía pudrirla ni hincharla. Siempre que necesitaba ser reparada, lo cual ocurría raras veces, los obreros usaban barrenos de cátodos fríos o buriles de rayos laser. De noche, la Confluencia estaba iluminada por una luz blanquiazulada, que surgía del suelo, de las luces Trion, a base de fuerza nuclear, instaladas a ras de las aceras y paseos.

Hasta donde alcanzaba la vista, la Confluencia estaba flanqueada por altos y monótonos edificios de apartamentos, todos de varios centenares de pisos, todos contruidos a base de cerámica moldeada, todos exactamente iguales, todos sin nombre, pero luciendo un gran número iluminado en el tejado; todos formados por miles de cubículos, o espacios-vivienda, con sus miles y miles de ventanas contemplando la vía como ojos sin vista. En algunos puntos, la Confluencia era interrumpida por una serie de centros VenMarket y EstMarket, todos abarrotados de compradores, y a intervalos se veía dividida por calles con monorrieles locales; éstos llevaban a las ciudades lineales situadas a la salida de la Confluencia y a las grandes Ciudades Antiguas, las cuales albergaban a hombres y mujeres de ochenta a ciento cincuenta años de edad, y a algunos todavía mayores. Cuando un convoy se acercaba a lo largo de su único riel, una banda roja iluminada, la cual funcionaba electrónicamente, parpadeaba al otro lado de la calle advirtiendo a la masa de

peatones que se detuviese. Por lo demás, el tránsito estaba dirigido por policías automáticos, programados electrónicamente para canalizar a las masas hacia el este, el oeste, el norte o el sur, a intervalos. Sin ellos, la circulación humana se enredaría y apiñaría, provocando quizás el pánico.

Había pocos vehículos. De vez en cuando un solarcar nada más. Russ tenía permiso para llevar uno, ya que era en realidad un FuncEst, pero lo utilizaba para patrullar por el parque y raras veces iba con él a la megalópolis, por razones obvias. La Confluencia en sí servía exclusivamente como paseo para peatones, pero hacía mucho tiempo, durante la Era del Automóvil, había estado atestada de la entonces primitiva y mortífera forma de transporte llamada autos. Estos toscos y pesados monstruos consumían carburantes anticuados y ocupaban enormes cantidades de espacio. La congestión de tránsito había llegado a ser tan insoportable que la gente había abandonado sus vehículos, asqueada, dejando que se oxidasen y pudriesen en las calles por millares. Además, los carburantes anticuados emitían gases venenosos y creaban lo que en aquellos tiempos se llamaba contaminación de la atmósfera.

Viéndolo ahora, parecía imposible que, durante años, la gente hubiese andado por las calles sabiendo que estaba siendo envenenada lentamente, y haciendo en realidad muy poco para evitarlo. Y, lo que resulta aún más increíble, los gobiernos de la época hacían todavía menos. Todo el mundo hablaba de ello, no se hacía más que hablar de ello, pero nada más. La explicación razonada que entonces prevalecía era increíble. La gente, como zombis, parecía estar hipnotizada por ella. La contaminación era un mal necesario. Era un subproducto del beneficio. Sin beneficio no se podía vivir. Y así, al final, se moría a causa de la contaminación que se producía para vivir.

Sin embargo, a finales de los años setenta del pasado siglo, el problema se había hecho tan agudo que la luz del sol había llegado a convertirse en un horrible crepúsculo durante todo el día, y miles de personas caían muertas, muchas de ellas mientras andaban por la calle, debido a dolencias respiratorias. Fue entonces cuando se produjo la Revolución; el populacho enfurecido destrozó plantas industriales, instalaciones químicas y las refinerías de petróleo que producían los carburantes anticuados. Finalmente, los antiguos gobiernos fueron sustituidos por el GobMund, con su sistema auxiliar de GobEst. La crisis era de supervivencia, y el nuevo régimen actuó con rapidez. Mediante rápidos decretos impuso a los contaminadores la pena de muerte. Puso fuera de la ley todos los carburantes anticuados. Instituyó un programa intensivo de energía nuclear internacional. Por último se las arregló para limpiar el medio ambiente y hacer que la Tierra volviese a ser relativamente habitable.

Ahora, los principales contaminadores no eran otros que los pobladores de la Tierra, miles de millones de personas que ensuciaban el aire por el simple hecho de respirar.

Aquella mañana, como siempre, la Confluencia estaba abarrotada. Una gran masa de peatones discurría lentamente, arrastrando los pies arriba y abajo del paseo, sin moverse apenas, hombro contra hombro, los cuerpos apretados entre sí, miles y miles

de personas arrastrándose con apatía, callados y hoscos. Parecían sofocarse el uno al otro con su proximidad; todos luchaban por conseguir respirar, por su ración de aire. A Russ Evans, que utilizaba su cuerpo como parachoques para Carole mientras se abrían paso a empujones, le parecía que todos aquellos hombres y mujeres se odiaban intensamente, y este resentimiento pendía pesadamente en el aire; parecía contaminar la atmósfera por sí mismo.

«Déjame paso», parecían decirse el uno al otro. «¡Déjame paso, maldito!».

De repente, Carole tiró del brazo de Russ.

—Russ, mira.

Señaló hacia arriba, horrorizada. Un hombre acababa de salir a gatas al estrecho borde de la ventana de un cubículo situado a unos cinco pisos sobre el nivel de la Confluencia. Agitaba los brazos con furia y gritaba palabras obscenas a la muchedumbre, intentando llamar su atención.

—Parad un momento —gritó—. Escuchadme. Miradme. Estoy harto de este sucio mundo, y voy a tirarme. Voy a matarme —su voz se convirtió en un chillido—. Matarme, ¿comprendéis? Miradme, cabrones. ¡Concededme un minuto de vuestro tiempo, bestias!

Evidentemente, aquel hombre estaba loco. Se puso a bailar sobre el borde, una danza loca llena de furia frustrada y demencial. La muchedumbre no le prestaba la menor atención. Se limitaba a seguir arrastrando los pies. Sólo unos cuantos peatones situados justamente en su posible lugar de caída se tomaron la molestia de levantar la mirada hacia él. En sus rostros había cautela. Querían dejarle el suficiente espacio para que se tirase.

Carole estaba aterrada:

—Russ, ¿por qué no hacen algo?

—¿Qué quieres que hagan?

—No sé. Subir y tratar de detenerlo de alguna manera. Intentar convencerlo de que no lo haga. *Escucharle*, al menos.

Él se encogió de hombros:

—Tienen sus propios problemas.

Ella lo miró fijamente:

—Parece que *a ti* no te importe.

—Tranquilízate, Carole —dijo él suavemente—. Claro que me importa. Pero tú no has vivido aquí en la megalópolis durante más de un año. No sabes lo que ha pasado aquí últimamente. Cosas así suceden todos los días. La gente ya está acostumbrada. Están un tanto cansados de ello. Ya ni siquiera les preocupa. Piensan así: si quiere matarse, adelante. Que lo haga. Será una boca menos que alimentar.

—Es horrible.

—De acuerdo. Pero así están las cosas. Siento —agregó con dulzura— que hayas tenido que venir aquí.

Ella sabía lo que Russ quería decir. Allí en lo alto de la colina, donde ellos vivían,

era un mundo diferente. Era un paraíso en comparación con esto. Había alimentos suficientes, espacio suficiente y otra clase de vida, en la que las personas podían preocuparse las unas por las otras. Sabía lo que había estado ocurriendo en el mundo, naturalmente. Sabía que se había pasado mal aquí, pero no se había dado cuenta de hasta qué punto. O quizá sí lo había sabido pero había apartado la vista deliberadamente. Allí arriba había podido aislarse de la realidad. No ver ningún mal, no oír ningún mal, no saber de ningún mal.

Se había dado cuenta de que, cerca de ella, dos hombres, ahora atraídos por aquel espantoso espectáculo que se desarrollaba encima de ellos, estaban apostando cupones de calorías sobre el resultado. ¿Se tiraría o no se tiraría? Empezaron a gritarle. Uno le gritaba que se tirase y el otro que no lo hiciese, que volviese a meterse en su cubículo. Ahora sus gritos atrajeron cierto grado de atención por parte de los otros peatones. Y unos cuantos empezaron a cantar al unísono:

—¡Que se tire, que se tire, que se tire...!

Dos miembros de la PolEst permanecían de pie, ociosos. Carole tuvo la impresión de que estaban simplemente esperando a disponer al traslado del cuerpo si aquel hombre *se tiraba*. La figura del borde bailaba con más furia. Y ahora, el hombre gritó a la gente:

—¡Bestias! ¡Bestias! ¿Tenéis hambre? ¿Queréis llenar vuestros estómagos? Entonces ¿por qué no os coméis entre vosotros? Ésa es en realidad la única comida que tendréis en este miserable mundo. Comeos a vuestro padre, comeos a vuestro hermano, comeos a vuestra madre. Calorías. Eso es lo que queréis, ¿no? Comida. Pero ¿qué se hizo de aquella otra palabra? Amor —su delirio se estaba haciendo ya casi incoherente—. Amor. ¿Habéis oído hablar de ella? ¿La recordáis? Nadie la utiliza ya, ¿no es verdad? Intentad encontrarla en la cabina de Vocablos de la BibEst. Yo lo hice. ¿Sabéis dónde la encontré? Bajo el título: *Anticuada*. Muy bien, cabrones fríos, insensibles, carentes de amor, desesperados, hambrientos. ¿Queréis vivir en este mundo? ¡Os lo regalo!

De repente, dio un salto desde el borde. Su cuerpo cayó verticalmente hacia la acera. La gente se limitó a apartarse, y el hombre golpeó el suelo con un desagradable ruido sordo. Súbitamente, como lobos, empezaron a disputarse su cuerpo inerte, peleando y arañándose entre sí.

—Santo cielo —dijo Carole horrorizada—, ¿qué están haciendo?

Russ parecía un poco mareado.

—Intentando quitarle los cupones para alimentos —dijo.

Aturdida, Carole oyó cómo uno de la PolEst decía al otro:

—Venga, Joe. Vamos a llevarnos a éste. —Hablaban como si nada, como si el trabajo que les esperaba consistiese simplemente en poner orden en un pequeño embotellamiento de tráfico.

De repente, Carole se puso a gritarles:

—¡Bestias! ¡Bestias!

Los de la PolEst se volvieron y la miraron fijamente. Russ la agarró del brazo y empezó a arrastrarla como podía entre la muchedumbre, susurrándole:

—Por el amor de Dios, ¿te has vuelto loca? ¿Quieres que nos metamos en un lío?

Ahora, rostros hostiles y hoscos se volvieron hacia ellos. Incluso en medio de su histeria, Carole se dio cuenta de que la verdadera razón no estaba en el modo en que ella había reaccionado, sino en que ella y Russ tenían aspecto de estar muy bien alimentados en comparación con la gente que los rodeaba. Russ era un FuncGob y, al vivir en el recinto del MusEst, como vivían ellos, se les permitía tener un pequeño huerto. Había cometido un fallo llamando estúpidamente la atención de aquella gente hacia ella misma y Russ, y ahora tenía miedo. Los rostros flacos, algunos de ellos reveladores de la desnutrición, estaban llenos de envidia y, además, de ansia de crimen.

Normalmente estaban llenos de la apatía que da el hambre, no la inanición. Pero era algo constante, día tras día, y siempre eran conscientes de ello; sabían que aquello nunca cesaría. Sin embargo, en todo momento, una terrible violencia acechaba bajo aquella apatía. Estaba allí ahora, potencialmente explosiva.

Russ se esforzó por sacar a Carole de la zona inmediata. Sabía que bastaría una persona, tan sólo una, un hombre entre aquella vasta multitud, para encender la mecha y provocar una locura colectiva. Un hombre, una voz histérica, podía gritar algo, aullar algo, cualquier cosa, matar, matar, y aquel océano de cabezas bamboleantes se convertiría en una sola cabeza, la sola cabeza de una masa rugiente, y atacarían no sólo a Russ y Carole, sino que se atacarían entre sí, se matarían entre sí, y, como el loco de la ventana había sugerido, incluso se comerían entre sí. Esto había sucedido antes —había habido casos de canibalismo en todas partes—, volvería a suceder. Las únicas personas que parecían relativamente satisfechas, incluso felices, eran las madres cualificadas, que transportaban a sus relucientes y nuevos bebés en pequeños cochecitos o bien los llevaban en brazos. Se habían producido tumultos a causa de la alimentación allí mismo en la Confluencia Siete; varios de los EstMarkets habían sido asaltados y saqueados y ahora los de la PolEst pululaban por toda la zona, de guardia en todas partes, con orden de matar si era necesario.

Finalmente, consiguieron alejarse de la zona del suicidio, pero la batalla para atravesar la multitud había agotado a Carole. Ahora estaba abatida y se inclinaba contra él.

—Russ, yo ya no puedo aguantar esto por mucho rato.

—Pronto llegaremos —dijo él, mirándola preocupado—. Quizá deberíamos detenernos en una cabina de aislamiento.

—No —dijo ella—. Quiero llegar allí y terminar de una vez.

En todas las esquinas, el GobEst había instalado una serie de pequeñas cabinas que se parecían mucho a las antiguas cabinas telefónicas utilizadas hacía décadas. Estaban adosadas unas a las otras, y, dentro de cada una, había justo el suficiente espacio para que dos personas se sentasen aisladas de la multitud. El precio de este

pequeño respiro, ese diminuto espacio de cielo, era exorbitante: cincuenta dólares. Las cabinas estaban preparadas electrónicamente para proporcionar exactamente quince minutos de aislamiento antes de que las puertas se abrieran de golpe. Y siempre había largas colas de gente esperando paja conseguir una cabina. Éstas eran insuficientes, pero al menos proporcionaban alivio a algunos. Los HospEst y SaneEst estaban llenos de gente que había enfermado a causa de la muchedumbre, había perdido la cabeza y se había vuelto loca debido a la tensión.

Russ no quería traerla aquí, pero aquélla era una diligencia que no podía hacer él solo. Naturalmente, los dos estaban consentidos. Perteneían a la clase rara, a los afortunados. Russ se acordaba de cuando había llevado a Carole al MusEst a vivir con él, de lo deslumbrada que ella había quedado al ver todo aquel espacio. Carole no había parado de caminar hasta que sus zapatos se habían gastado, y de vez en cuando salía de la casa sólo para mirar, mirar aquel espacio, como para asegurarse de que era realidad, de que era cierto. Aquí, reflexionó él, dentro de esta purulenta, apesosa colmena humana, sería fácil volverse loco, como el hombre de la ventana. Incluso ahora, mientras miraba fijamente a la multitud, sus cifras parecían multiplicarse como células cancerosas, como si un misterioso tumor estuviese comiéndose el tejido del cual él se alimentaba, siempre alargando los brazos en busca de más, de modo que la colmena humana continuase mascando y pululando a su propia costa.

Justo antes de que llegasen a su destino, se encontraron con una calle que estaba apartada del acostumbrado tránsito humano. En el lado norte de la calle había un gran montón de piedras. Aproximadamente un centenar de hombres estaban ocupados cogiéndolas y llevándolas al lado sur de la calle. Allí, en el lado sur, esperaba otro grupo de obreros. En cuanto los hombres del lado norte hubieron llevado todas las piedras al lado sur, los hombres de este lado las volvieron a llevar al lado norte, de donde procedían. Así, durante todo el día, las piedras eran transportadas de un lado a otro de la calle.

Éste era uno de los muchos proyectos PromoTrab creados por PsiqEst a fin de tener a la gente ocupada en algo. Es cierto que el trabajo que aquellos hombres hacían era inútil, carecía de sentido y no servía para nada. No tenía más que una razón de ser: mantener a la gente ocupada. Hacía mucho tiempo, las computadoras y autómatas se habían hecho cargo de todo el trabajo útil que había que hacer.

«Es absurdo», pensó Russ mientras observaba aquello. Los rostros de los hombres que llevaban las piedras de un lado al otro de la calle parecían casi felices, más felices que los de los que estaban de pie contemplándolos. Parecían disfrutar haciendo *algo*, aunque no fuera nada. Aunque no les diesen nada por su trabajo, ni calorías extra, nada en absoluto. «Sí —reflexionó—, quizá la PsiqEst esté acertada al hacer esto». Todos aquellos millones de personas, que vagaban sin rumbo por la calle no tenían ninguna función útil; eran una clase ociosa, totalmente inútil, que vivía del SubParoEst. El trabajo era un gran privilegio, un antídoto contra la locura, del cual gozaban solamente los especialistas y los FuncGob como él. Se había hablado, por

ejemplo, de quitar los policías automáticos y los conductores autómatas de los monorraíles y demás personal electrónico semejante, y sustituirlos por gente de verdad. El problema radicaba en que la gente de verdad no era lo bastante eficiente. «Muchacho —pensó Russ con agradecimiento—, tú tienes suerte, y no lo olvides ni por un momento». Debía mucho a George Borden, y especialmente a Edna. Era ella quien había convencido a George para que lo contratase como guardia. Y, si era algo que le correspondía a él decirlo, él, Russ, se había encargado muy bien de ella.

—Ya hemos llegado —dijo Carole. Parecía un poco insegura, asustada.

Él levantó la mirada y vio el letrero: BabyMarket Oficial del GobEst.

Según la ley, tenían que inscribirse y mostrar sus credenciales para que se les permitiese tener un bebé. Cuando el Edicto había entrado en vigor, hacía casi ocho años, el GobEst había decretado que los bebés disponibles no podrían ser adquiridos por cualquiera. El matrimonio, tal como se había conocido, había desaparecido como institución, ya que la principal razón para perpetuarlo ya no existía. Sin embargo, el GobEst tenía interés en que hombres y mujeres viviesen juntos en algún tipo de sociedad legalizada, a fin de evitar la anarquía y proporcionar algún tipo de base familiar como preparación para el momento, pasados veintidós años, en que la gente pudiese de nuevo tener hijos propios. Así, había alentado una nueva estructura, decretando que cualesquiera hombre y mujer que viviesen juntos durante seis meses serían oficialmente designados como pareja y tendrían derecho a un pequeño incremento en espacio y a unas cuantas calorías más. Una vez pasado este aprendizaje como pareja alcanzaban un nuevo estado, esta vez como cónyuges, y ello les daba derecho a un poco más de espacio y a unas cuantas calorías más. Al cabo de un año, eran oficialmente designados como cónyuges calificados. Y sólo a los cónyuges calificados se les permitía tener un niño.

Una larga cola de futuros padres y madres esperaban para ser entrevistados por una FuncEst de aspecto severo, sentada ante una gran mesa. Esta zona de inscripción estaba separada del comercio principal. Carole y Russ se pusieron en la cola y esperaron pacientemente.

Finalmente, después de dos horas, les tocó a ellos. La FuncEst los observó a través de sus gruesas gafas.

—Sus carnets de identidad, por favor.

Sacaron los carnets de identidad. La mujer los introdujo uno tras otro en una ranura de la mesa, registrándolos así electrónicamente en alguna computadora oculta. Entonces empezó con Russ, comprobando su carnet de identidad.

—Russell Evans. Edad, treinta y un años. Guardia Número treinta y seis, MusEst, Historia Natural.

—Sí.

—¿Cuánto hace que son ustedes cónyuges calificados?

—Desde un año antes del Edicto.

—¿Estaban entonces bajo el antiguo estado de matrimonio?

—Sí.

—¿Intentaron tener un hijo en aquella época?

Con esta pregunta había tocado un punto flaco, y Russ se mostró súbitamente irritado:

—¿Qué tiene que ver eso?

—Por favor, conteste a la pregunta.

—Es que no veo el porqué de esa pregunta.

Los ojos de la FuncEst se volvieron súbitamente fríos:

—Estas preguntas son obligadas, señor Evans. Usted se dirige aquí solicitando ser un futuro padre. Está pidiendo al estado que dé a usted y a su cónyuge un hijo. Esto implica ciertas preguntas sobre la intención y la responsabilidad. No damos niños a cualquiera. ¿Está claro?

—Sí —dijo él—. Perdone.

—Bueno... Repetiré la pregunta: ¿Intentaron tener un hijo en aquella época?

—No.

Russ lanzó una mirada de reojo a Carole, pero el rostro de ésta no decía nada. «Maldita sea —pensó él con enfado—, ¿cuándo voy a dejar de sentirme culpable? No fue culpa mía, no fue culpa mía en absoluto. ¿Acaso sabía yo lo que iba a ocurrir? ¿Lo sabía *alguien?*».

Ahora la FuncEst se volvió hacia Carole. Las preguntas que había hecho a Russ habían sido bastante rutinarias. Estaba claro que le interesaba mucho más Carole.

—Carole Evans —dijo, estudiando el carnet de identidad—. Nombre de soltera, Carole Morgan. Antes microbióloga, supervisor de estudios de inducción de mutación y procedimientos cromatográficos en el LabEst Cuatro-veinte. Estado actual, cónyuge calificada —levantó la vista y miró a Carole—. Y ahora desea usted ser madre.

—Sí.

—¿Está segura de ello? Es una gran responsabilidad.

—Lo sé.

—Y ahora se siente preparada.

—Sí.

—¿Ha pasado por el curso preparatorio general de aceptación protética?

—Sí. Un año de psiconarcosis intensiva.

—Y ¿quién era su programador?

—El doctor Wallace Ives.

—¿Alguna orientación más?

—Dos sesiones a la semana durante seis meses de satisfacción inducida del deseo.

—¿Su psicopersuasor?

—El doctor James Goodell.

—Tendrá recomendaciones oficiales de esas personas, ¿no? ¿Certificados de capacidad?

—Sí. —Carole hurgó nerviosamente en su bolso y sacó los documentos.

La FuncEst los estudió con atención, y entonces pareció satisfecha:

—Al parecer, tiene usted las calificaciones necesarias —entonces sus ojos azules y duros se clavaron en Carole—. Es decir, por lo que se refiere a sus credenciales. Pero ¿está segura de que siente una verdadera necesidad de establecer una relación

madre-hijo?

—No estaría aquí si no fuera así —dijo Russ.

—Le estoy preguntando a *ella*, señor Evans —dijo fríamente la FuncEst—. No a usted —entonces se volvió de nuevo hacia Carole—. ¿Qué dice usted?

—Sí —dijo Carole—. Creo que mi necesidad es auténtica.

—¿Por qué?

Russ contuvo el aliento. Conocía las dudas de Carole, el conflicto que latía en lo más profundo de ella. Si aquella cascarrabias de FuncEst sospechaba algo, les pondría dificultades. Intentó decirse a sí mismo que, finalmente, Carole lo había conseguido; que había sido completamente preparada y convencida y había sufrido su lavado de cerebro. Pero sabía también que Carole había sido un sujeto muy difícil y había mostrado excepcional resistencia.

—Vi que los programas HacTrab para mujeres no me servían. —Carole hablaba con voz monótona—. Mi cociente de aburrimiento está subiendo mucho, e incluso he pensado en la autoliquidación. Necesito tener un hijo que motive cierto grado de incentivo personal y social por mi parte, para relacionarme con la realidad y así integrarme en la sociedad sobre una base que tenga sentido.

«Ni un temblor en su voz —pensó Russ con alborozo—, ni una nota falsa». Había soltado su pequeño discurso de una manera directa, sin vacilaciones. Las dudas que Russ había tenido hacía un momento habían desaparecido. Carole había hablado en serio. No habría podido hablar como lo acababa de hacer si aquello no fuera cierto, si no hubiera aceptado por fin, íntimamente, la misma alternativa que habían aceptado tantas otras mujeres en edad de concebir hijos. Y esto le parecía estupendo. Sencillamente estupendo. Con un hijo en su hogar, sus relaciones serían diferentes, mucho mejores. Ya no tendría que sentirse culpable. Ahora Carole se entregaría a él de modo completo y pleno, como antes del Edicto, en lugar de refrenarse un poco, sólo un poco pero lo suficiente para recordarle lo que había hecho o lo que no había hecho. Russ sabía que ella no hacía esto de manera deliberada. Era algún reflejo de su inconsciente, alguna manera sutil y femenina de castigarle. Naturalmente, habría sido muchísimo mejor haber podido tener un hijo propio en lugar de tener que adoptar uno así. Pero todo esto pertenecía al pasado. El hecho era que había que ser realista, aceptar las cosas como eran.

Incluso la FuncEst estaba impresionada por el modo como Carole le había respondido. Al parecer estaban adiestradas para descubrir la indecisión en ciertos solicitantes e investigar esta indecisión implacablemente. Pero la mujer estaba del todo satisfecha, y sonrió a Carole.

—Muy bien —dijo—. Solicitud concedida.

—Oh —dijo Carole—, gracias. Muchísimas gracias.

—Sabrán ustedes que se les dará un hijo por un periodo de prueba de un año. Durante este periodo será estudiado periódicamente por funcionarios SocEst el modo cómo tratan y educan al niño. Si éste resulta satisfactorio, el hijo pasará a ser

permanentemente suyo. También, más adelante, tendrán el privilegio de cambiar el niño por uno de mayor edad si así lo prefieren. Al cabo de cinco años, siempre que sigan viviendo juntos, podrán tener otro hijo si así lo desean. ¿Está esto claro?

—Sí. Sí, muy claro.

—Ahora, el sexo. ¿Desean ustedes un niño o una niña?

—Un niño.

—Pero naturalmente —dijo Russ con rapidez—, aceptaremos lo que sea. Con tal de que sea sano y normal.

—Todos nuestros bebés son sanos y normales —dijo la FuncEst—. Son examinados detenidamente por nuestros inspectores —señaló una cola de cónyuges que esperaban a la entrada que daba a la zona principal del establecimiento—. Ahora, por favor, hagan cola allí.

Pasaron dos horas antes de que llegaran a la entrada; eran el siguiente par de cónyuges a ser atendidos. Ahora estaban en la puerta y pudieron mirar al interior de la tienda.

Era un lugar grande, un laberinto de estanterías y cajas conteniendo muñecos de todos los tamaños, edades, sexos y características raciales. Había muñecos negros en igual proporción que los muñecos blancos, puesto que las estadísticas de población mostraban ahora un índice de aproximadamente la mitad de blancos y la otra mitad de negros. Había letreros que identificaban a los diversos grupos según la edad, por mes y año, también por categorías generales: bebés, niños, muchachos. Pero los estantes con la indicación de «bebés» estaban vacíos. Al parecer andaban cortos de suministro.

En aquel momento una niña andaba con pasos inseguros hacia un sonriente vendedor. Éste estaba agachado con los brazos extendidos, listo para recibirla. Detrás de él, de pie, permanecían dos futuros padres algo nerviosos e inquietos.

—Ven niñita, —canturreaba el vendedor—. Ven. Eso es, cielo. Guapa chica.

La niña anduvo con pasos vacilantes hacia el vendedor y finalmente llegó a él, con los bracitos extendidos. Abrazó al vendedor fuertemente, y lanzó una risita llena de orgullo cuando aquél la levantó y la enseñó a la pareja.

—Todos nuestros niños están programados para aceptar alimentos, digerirlos, eliminar excrementos —dijo—. Puede ser juguetona o difícil de complacer —ahora hizo cosquillas a la niña, que se retorció y rió—, sabe reír y llorar —para demostrar esto último golpeó ligeramente a la niña con la palma de la mano, y ésta se puso a llorar; ahora se sacó el pañuelo y enjugó los ojos de la niña; enseñó la mancha mojada del pañuelo a los futuros padres—. Lágrimas de verdad —dijo—. Es prácticamente humana.

Russ observaba, fascinado, y pensó: «Santo cielo, esa criatura es humana. Se comporta como si estuviese viva, parece viva, no se podría ver la diferencia con una de verdad sin una tarjeta de identidad». Miró a Carole. Ésta observaba, hipnotizada.

Ahora el vendedor cogió la mano de la mujer y la colocó sobre la frente de la

muñeca.

—Calor humano —dijo—. Temperatura del cuerpo, treinta y siete, excepto cuando hay enfermedad, claro. Están todos preparados para sufrir toda clase de enfermedades infantiles. Nada excesivamente grave, sin embargo; sólo lo suficiente para mantener a la madre vigilante y constantemente activa —ahora sonrió al futuro padre—. Llámela —dijo.

El hombre dirigió al vendedor una mirada llena de dudas.

—Adelante. Es su hija, señor. O lo será. Llámela.

—Eh —dijo el hombre con indecisión.

—Pa-pi —dijo la niña, con la boquita de color rojo cereza fruncida y extendiendo los brazos.

—¿Ve usted? —dijo el vendedor con una risita—. Le reconoce.

—Sí —dijo el hombre, complacido—. Sí que me reconoce, ¿verdad? —Entonces se volvió hacia su cónyuge—. Me gusta, Elizabeth. ¿Y a ti?

—Bueno —dijo la mujer, nerviosamente—. Es muy simpática, un verdadero encanto —entonces se volvió hacia el vendedor—. Ya estoy enamorada de ella. Pero ¿no tienen una más pequeña?

—Lo siento —dijo el vendedor—. Nos hemos quedado sin bebés. No pueden hacerlos con la suficiente rapidez. Además, hay una larga lista de espera. Si desean esperar, puedo tomar nota de su nombre...

La mujer vaciló, intentando tomar una decisión. Detrás de Carole y Russ, las parejas que hacían cola se movían sin descanso. Un hombre situado justamente detrás de ellos, que estaba viendo lo que sucedía por encima de su hombro, dijo:

—Vamos, señora. Decídase.

Hubo un murmullo de asentimiento por parte de los otros. Y, finalmente, la futura madre se volvió hacia su cónyuge.

—¿Qué te parece a ti, Charles?

—Lo que tú digas —dijo él.

—Muy bien —dijo ella, trémulamente—. Nos quedamos con ella.

El vendedor hizo un gesto de aprobación con la cabeza:

—Estupendo. Estoy seguro de que será una feliz adición a su familia —entonces, rápido y eficiente, desenroscó la cabeza de la niña—. ¿Han escogido ya un nombre? Necesito el nombre de la niña para programarla.

—Ah —la mujer vaciló un momento—. Por favor, póngale Bonnie. Igual que mi madre.

—Bonnie. Muy bien, señora.

El vendedor buscó en un archivo bajo la letra B, sacó rápidamente un pequeño disco metálico y lo insertó en el complicado mecanismo que había dentro del cráneo de la criatura; entonces volvió a enroscar la cabeza de la niña sobre sus hombros y le alisó el cabello con una caricia. Volvió a colocar a la niña en el suelo e hizo una seña con la cabeza a la mujer.

—Ya puede llamarla, si quiere.

La madre, un poco temblorosa y con los ojos brillantes, miro a la niña. Entonces, de manera suave e insegura, con un poco de miedo, dijo:

—¿Bonnie?

Al sonido de su nombre, los ojos azules de la pequeña se iluminaron, y sus bracitos se alzaron en un gesto de reconocimiento.

—¡Ma-má! —dijo—. Ma-má.

Entonces se puso a andar con pasos vacilantes por la estancia, hacia su nueva madre. La mujer permaneció allí, clavada un momento y, entonces, poco a poco, empezó a responder al grito de la criatura. Su rostro se enterneció, las lágrimas asomaron a sus ojos. Se puso en cuclillas despacio y tendió ambos brazos hacia la niña, mientras el padre permanecía de pie detrás de ella, observando. La pequeña, con pasos inseguros, recorrió el espacio que los separaba.

—¡Ma-má! Ma-má.

Ahora, la gente que esperaba en la cola estaba callada. Veían que la nueva madre estaba profundamente emocionada, y su esposo visiblemente afectado. De nuevo, Russ echó un vistazo a Carole. La cara de ésta mostraba un creciente horror.

—Ma-má —dijo, una vez más, la niña. Entonces cayó en brazos de su madre, que lloraba y gritaba—. ¡Bonnie, Bonnie!

—Russ —susurró Carole—. Sácame de aquí.

—Tranquilízate, Carole.

—No puedo aguantarlo. ¡Sácame de aquí!

—Oye —dijo él desesperadamente, intentando retenerla—. Espera un momento. Es mejor que nada...

Ella se volvió de repente y salió corriendo, chocando con la gente de la cola. Russ fue tras ella, impotente, y la siguiente pareja de la cola ocupó el puesto libre sin esperar un segundo.

Carole se introdujo entre la multitud, luchando por abrirse paso a través de ella. Los peatones se enfadaban mientras ella avanzaba a empujones, dirigiéndole miradas duras y airadas. Pero nadie tenía la suficiente energía para reprenderla o golpearla.

—¡Carole!

Russ estaba sólo unos pasos detrás de ella, gritando su nombre y luchando por abrirse paso entre la muchedumbre hasta ella. Finalmente la alcanzó y la abrazó. Carole estaba temblando, histérica.

—Russ —gritó—, no puedo, no puedo. ¡Quiero un bebé mío!

—¡Carole, calla! ¡Cálmate!

—¡Un bebé mío, quiero un bebé mío!

—Por el amor de Dios —susurró él—. ¿Te has vuelto loca? Esto está infestado de PolEst. ¿Quieres acaso que te oigan?

—No quiero una de esas malditas muñecas —chilló ella—. ¿Me oyes? Quiero que me des un bebé mío...

Russ le dio una fuerte bofetada. La histeria desapareció ahora de sus ojos, mientras las lágrimas asomaban a ellos.

—Lo siento —dijo él, aborreciéndose a sí mismo—. Lo siento.

—Yo también lo siento, Russ —dijo ella.

—No quería pegarte así —dijo él torpemente—. Pero habrían podido oírte. Al minuto siguiente estarían en casa, haciendo preguntas. Podría perder mi empleo.

—Sí —dijo ella—. Sí. Russ, lo he intentado. De veras, lo he intentado —añadió al cabo de un momento.

—Ya lo sé —dijo él dulcemente.

—Es inútil. No puedo contentarme con muñecas como las otras mujeres. Pensaba que, si Edna podía, de una manera u otra también podría yo. Pero... no puedo.

En aquel momento, delante de ellos, se produjo un incidente. Una mujer, que tenía a un chiquillo pegado a las faldas, gritaba histéricamente.

—¡Le digo que tiene ocho años! ¡Tiene ocho años!

Un PolEst permanecía a su lado. La multitud había detenido su movimiento de lava para dar a la mujer y al chico un pequeño oasis de espacio. Sus rostros, habitualmente amorfos, mostraban ahora un animado interés. De hecho, disfrutaban con aquel interrogatorio.

—Tendrá que demostrar eso, señora —dijo el policía.

—Nació antes del Edicto —gritó ella—. Seis meses antes. Le digo que tiene ocho años.

El policía, de uniforme verde, se mostraba activo y poco enconado. Su misión consistía en hacer comprobaciones locales como aquella, allí donde hubiese un grupo de gente.

—Ahora lo veremos.

Sacó de su guerrera un tubo en forma de lápiz y apretó un extremo del mismo. Al otro extremo del tubo apareció una diminuta luz. La madre posó una mirada suplicante de un rostro a otro de la gente congregada.

—Lo que pasa es que es pequeño para su edad...

Los rostros de la gente eran fríos; no mostraban compasión alguna. Ahora el PolEst hizo una seña al muchacho.

—Ven aquí, hijo.

El muchacho se lo quedó mirando de manera insegura, pasmado. Miró a su madre, asustado. Ésta le hizo una seña con la cabeza para darle confianza. El muchacho, indeciso, dio un paso hacia el oficial. La muchedumbre estaba tensa, quieta, expectante, con las bocas entreabiertas en espera de lo que iba a suceder. Russ y Carole observaban, ambos conteniendo la respiración. Ahora el policía dirigió el extremo iluminado del tubo a la frente del niño. Lentamente aparecieron en la frente de éste las letras fluorescentes AE: Anterior al Edicto. Prueba visible de que era legítimo. Todos los niños concebidos o nacidos antes del Edicto habían sido marcados electrónicamente de aquella manera para facilitar y asegurar su

identificación. Salió un murmullo de la multitud. El pequeño drama había terminado, el resultado era ya conocido y, evidentemente, estaban decepcionados. De repente, una mujer de entre la gente gritó con resentimiento:

—¡Es falso!

—Esto no se puede falsificar, señora —respondió el policía. Entonces, dirigiéndose a la madre, dijo—. Perdone. Yo sólo cumplo con mi obligación.

La mujer tomó al niño de la mano y se alejó. Carole observó, fascinada, cómo se iba el niño.

—El nuestro habría tenido su edad —dijo.

Las palabras se le escaparon antes de que pudiera detenerlas. Al instante, al ver a Russ retroceder, se aborreció a sí misma. «Acuérdate de morderte la lengua la próxima vez —pensó, llena de furia—. Te estás comportando como una imbécil».

Mientras volvían al MusEst en el monorriel, Carole Evans pensó de nuevo en el BabyMarket y en la mujer esperando con los brazos extendidos para recibir a aquella maldita muñeca que andaba hacia ella.

Sólo el pensar en aquello la ponía enferma. Todo aquello era un espectáculo increíble, escandaloso. Pero mujeres de todas partes lo aceptaban. Ella misma casi lo había aceptado. Había estado realmente dispuesta a convertirse en la madre de una muñeca, a darle su cariño, a creer que era realmente suya, a cuidar de ella, a lavarla y ponerle pañales, darle de comer y mirarla, al igual que hacía Edna Borden. Había ido allí al BabyMarket con toda la intención de hacerlo.

Ahora, al recordar, resultaba extraño cómo había empezado todo aquello del bebé.

En los primeros tiempos de su matrimonio con Russ Evans, nunca había pensado seriamente en tener un bebé. No podía decir que tuviese ninguna necesidad instintiva de traer al mundo descendencia, y, desde luego, nunca había habido en ella ninguna obsesión al respecto, como había visto en algunas de las otras mujeres. Además ellos, o sea la sociedad, o el gobierno, apagaban cualquier deseo que se tuviese de tener un hijo. Había normas y regulaciones que lo hacían muy difícil. Había que demostrar cierta cantidad de ingresos y que se disponía de la vivienda adecuada. El Estado gravaba a las familias con un tipo especial de impuestos por cada hijo que tenían, y el coste era tremendo. No se podía educar más que a un solo hijo a costa del Estado. Había que pagar la educación de todos los que se tuviesen además del primero, y el coste resultaba prohibitivo. Y así sucesivamente.

Anunciaban toda clase de propaganda persuasiva en carteleras, en letreros colocados en lugares públicos y en las pantallas murales. Pedían que no se engendrara a otro pequeño consumidor, otro pequeño contaminador, otro pequeño ladrón de espacio, porque ya costaba bastante sobrevivir tal como estaban las cosas. El Bocazas daba al menos seis o siete anuncios de este tipo al día. En realidad, todo aquello había comenzado hacía mucho, mucho tiempo, en la década de mil novecientos setenta, cuando se inició el movimiento CDC —Crecimiento Demográfico Cero—, cuando la gente empezó a comprender, a comprender

realmente, el peligro que la amenazaba. De todas las maneras posibles, inducían a la gente a no tener hijos. La hacían sentirse egoísta y poco patriótica; la hacían sentirse criminal si seguía teniendo hijos.

Pero si, a pesar de todo, se quería tener un hijo, ello dependía de la decisión propia, y la gente seguía teniéndolos. Los miembros de las clases media y superior solían tener solamente uno por familia, a veces dos. Pero las clases más pobres y los ignorantes no hacían caso de ideas tales como la abstinencia; como siempre. Seguían teniendo hijos, hijos y más hijos, y se sentían seguros al saber que siempre podían sobrevivir gracias a la SegSoc.

Durante años, Carole había vivido oscuramente consciente de que algo faltaba en su vida. Todavía no había pensado seriamente en tener un hijo. Simplemente era consciente de que la acción de vivir era algo insípido e incoloro, de que el mundo era un lugar enfermo y desgraciado y de que la gente que lo habitaba, como ella misma, era enferma y desgraciada. Estaban los amigos, naturalmente, y todo el mundo reía y bebía y fornicaba en común, pero a nadie le interesaba realmente el otro, nadie realmente *amaba* al otro, para utilizar la antigua palabra. La gente quería simplemente sobrevivir; cada cual mostraba el cinismo necesario para ello, y cuidaba sobre todo de sí mismo.

Había que tener cuidado. No confiar en nadie. Incluso los mejores amigos podían informar sobre uno, venderlo o algo peor, por un poco más de espacio, un poco más de comida, un poco más de cualquier cosa que hiciese la vida soportable. Ella mantenía buenas relaciones con Russ, eran mejores cónyuges que la mayoría, y llevaban más tiempo juntos que la mayoría. Quizá fuese porque vivían en condiciones ideales. Pero en estos tiempos cualesquiera relaciones, por buenas que pareciesen, eran muy frágiles. A la gente que tenía que vivir en forma tan apretada que, literalmente, tenía que robarle el aire al otro para sobrevivir, le resultaba difícil soportarse.

El cambio le había sobrevenido hacía aproximadamente un año. Una mañana, el rostro de su hermana Helen había aparecido en la pantalla mural de la cocina. Helen vivía en la Urbanópolis 4662, una de las Ciudades Lineales que comprendían a Mediópolis. Helen tenía un niño de dos meses, y tuvo que ir durante un mes al HospEst. Rogó a Carole que fuese y cuidase del bebé. No había nadie más.

El cuidar del hijo de su hermana, John, había constituido una revelación.

No había ningún cinismo en aquel niño. Exigía unas relaciones sinceras, directas e inmediatas con Carole. Había que bañarlo, había que cambiarlo, había que darle de comer y había que quererlo. El pequeño John lloraba cuando estaba incómodo; a su manera simple y primitiva mostraba a Carole cuándo estaba satisfecho, y exigía que ésta mostrase también sus sentimientos. Su insistencia en su propio bienestar, su llanto en medio de la noche, el hecho mismo de que no pidiese excusa alguna por el hedor de sus heces, eran reales. Su tranquilidad cuando dormía era real. Su inocente vulnerabilidad exigía la protección de Carole y hacía imposible cualquier tipo de

alienación. Y, a causa de todo aquello, la misma Carole empezó a *sentir*. Sentía una extraña y nueva satisfacción, una tranquila alegría, siempre que estaba con el niño. Incluso los insignificantes fastidios que a veces experimentaba a causa del pequeño John sabía que eran verdaderos sentimientos. Si el pequeño la necesitaba, ella lo necesitaba aún más. Cuidar del niño era como un tónico. Era un nuevo don. Era el antídoto contra el aburrimiento, el cinismo y la locura del mundo que la rodeaba. Daba un sentido a su vida. Y cuando se despidió del niño, lloró. Una vez más, *ella* se sentía vulnerable. Y sola.

Después de aquello, supo que quería un hijo. Más aún: ahora sabía que *tenía* que tener uno. Si no para permanecer cuerda, sí al menos para *sentir*.

Pero Russ no se había mostrado de acuerdo, al principio. Había señalado las dificultades, lo había descartado y había dicho que quizá más adelante... Finalmente, se había mostrado de acuerdo en que Carole concibiese a finales de enero, cuando él tuviese sus vacaciones de invierno. Pero les había sorprendido el Edicto, y el «quizá más adelante» se había convertido en «demasiado tarde».

Y así, durante casi ocho años, había ansiado un hijo y había sido estéril por decreto. Finalmente, como las otras, había cedido pensando que cualquier cosa era mejor que nada. Había firmado para seguir toda la rutina, había pasado por todo el proceso de lavado de cerebro, primero en las clases regulares donde se tomaban drogas y se veían películas persuasivas y las cintas de autosugestión materna, y había manejado las muñecas y las había lavado y acariciado y apretado contra sí, y había intentado creer que estaban vivas y eran suyas. Después de esto venían otras drogas, esta vez más sutiles y poderosas, que se tomaban de manera regular, y la fantasía se hacía más real cada día, hasta que se empezaba a creer, se empezaba a creer realmente. Y, por último, estaban las sesiones privadas con el doctor Ives y el doctor Goodell, que eran persuasivos, tan persuasivos, con sus voces suaves y los narcóticos que prescribían, que se creía aún más. Aseguraban que a veces, naturalmente, se podían tener ciertas dudas, que se podía pensar que el bebé no era realmente el propio hijo y que no era *verdaderamente* real. Pero aseguraban que se trataba sólo de regresiones temporales que desaparecerían por completo con el tiempo, y, naturalmente, cuando la satisfacción del deseo era realmente baja y la creencia flaqueaba realmente, se les podía llamar por el teléfono de la pantalla mural en cualquier momento y ellos estarían dispuestos a prestar su ayuda.

Pero la experiencia de hoy le había demostrado que había fracasado y siempre fracasaría. Carecía de lo que hacía falta, carecía de la fe necesaria, no podía creer. Sabía que sólo había una cosa que podía satisfacer el hambre terrible que sentía, el terrible anhelo que la poseía día y noche. Si hubiese habido alguna posibilidad de adoptar un niño de verdad habría podido aceptar esto. Lo habría querido, y con el tiempo habría sido suyo. Pero todos los huérfanos, todos los niños disponibles de cualquier edad, habían sido adoptados hacía años. Esto dejaba solamente una alternativa. Sabía que tenía que tener su propio hijo, un hijo suyo que viviese y

respirase, carne de su carne. Tenía que tener su propio hijo, como fuese, fuera cual fuese el riesgo o el castigo, aun sabiendo que tanto ella como Russ serían ejecutados por el Estado si ello llegaba a descubrirse. Y, si Russ no aceptaba, entonces tendría que ser otro hombre. Cualquiera.

De otro modo, no había razón para seguir viviendo.

El MusEst Cuarenta y Dos consistía en cuatrocientas hectáreas de zona despejada, rodeada por un grande y macizo muro de duroplast.

Estaba clasificado como parque nacional, y millones de ansiosos turistas, apretando en la mano sus preciosos pases de admisión, lo visitaban cada año. A fin de conseguir aquellos pases enviaban sus solicitudes a Washington, donde éstas pasaban por la CCPP (Computadora Central de Parques Públicos). Las primeras personas en llegar eran las primeras en ser atendidas. Las que estaban ahora en la cola de entrada habían enviado sus solicitudes hacía cuatro años para tener el privilegio de conseguir la admisión hoy. Y esto no estaba tan mal. Había una demora de seis años para la National Gallery, el Smithsonian y la Casa Blanca, ocho años para la Torre de Londres y el Louvre, y diez años para el Taj Mahal.

Aquel MusEst poseía una serie de muestras naturales, prácticamente extinguidas en casi todo el resto del mundo. Tenía hierba natural, árboles naturales e incluso un pequeño lago. Por desgracia, no había pájaros. En este aspecto, el bosque estaba silencioso desde hacía tiempo. Ningún petirrojo, motacila, reyezuelo o tanagra cantaba o cotorreaba en los árboles, ni se alimentaba de bayas o de las cabezuelas de semilla de los matorrales que se abrían paso a través de la nieve durante la temporada de invierno. El zumbido multicolor de las abejas no se había oído desde hacía más de cincuenta años, y el lago estaba vacío de percas o truchas. Hacía al menos treinta años que no se había visto un zorro o siquiera una ardilla. La Edad de la Química y su consiguiente contaminación habían dado este resultado.

Había una tremenda multitud delante de la única entrada al parque y, en medio de esta masa, una larga cola de gente esperaba, apretando sus pases en la mano. La puerta estaba bien vigilada por la policía de seguridad y construida de tal modo, con una serie de obstáculos en forma de laberinto, que solamente podía permitirse la entrada a una persona a la vez. Un oficial de admisiones estaba colocado a la entrada y examinaba cuidadosamente las tarjetas presentadas por cada persona, comprobando su autenticidad mediante su inserción en un detector electrónico. Un grupo de delincuentes había conseguido falsificar gran número de aquellas tarjetas y las había vendido por cupones de calorías, pero la banda había sido finalmente descubierta y encarcelada. Sin embargo, los funcionarios estaban siempre alerta por si se producía un nuevo intento.

Las caras de las personas que tenían tarjetas de admisión mostraban alegría y animación, y la mayoría llevaban consigo a sus hijos, anteriores al Edicto. Cuando Carole y Russ trataban de aproximarse a la entrada, oyeron que una niña decía:

—Sólo hay diez personas delante de nosotros, papá.

El padre respondió, satisfecho:

—Ya llegamos. ¿Sabe —dijo entonces, volviéndose al hombre que esperaba detrás de él— cuándo hice la solicitud? El día que nació la niña.

Un hombre situado en un puesto avanzado de la cola, al observar que Carole y Russ intentaban aproximarse a la entrada, gruñó:

—Ustedes, a la cola. —Entonces, vio el uniforme de Russ y calló, con una mirada de envidia.

El oficial de admisiones, John Morris, les sonrió y abrió la barrera para dejarles paso.

—Hola, Joe.

—Hola.

Russ señaló con la mano a la multitud que se apretujaba contra la puerta.

—Parece que todo sigue igual que siempre. Lleno hasta los topes.

—Sí. No cambia nunca.

—¿Cómo está el pequeño Joe?

El oficial de admisiones sonrió felizmente y con orgullo. Como George Borden y tantos otros hombres, había seguido tanto el curso de persuasión como el de orientación para futuros padres. Joe Junior era su hijo de dos años, y había gastado el sueldo de medio año para que le hiciesen el bebé a la medida, a fin de que se pareciese físicamente a él. Contestó:

—Estupendo, Russ. Estupendo. Ellen lo está paseando por el Mus. ¿Qué te parece si nos reunimos todos una noche de éstas?

—Por mí que no quede —dijo Russ.

—Nos encantaría —dijo Carole.

Entraron en el Mus y un gran letrero, situado a cierta altura, inmediatamente después de la entrada, les dio la bienvenida:

#### MUSEO ESTATAL DE LA NATURALEZA N.º 42

Este Parque es una Reserva de  
Flora y Fauna Naturales  
Actualmente Extinguidas

Largas filas de personas se movían lentamente por los diversos paseos, guiadas por vigilantes guardias. Había señales de advertencia en todas partes, *Hagan Cola*, *No Toquen la Hierba ni las Flores*, *Obedezcan las Normas* y *Los Transgresores Serán Castigados*. Para los que no sabían leer, estas mismas advertencias eran dadas por altavoces. En medio del paseo de entrada, había un poste indicador lleno de flechas, cada una señalando un paseo diferente e ilustrada con el objeto concreto que indicaba, también para los que no sabían leer:

#### A LOS ÁRBOLES

A LAS FLORES  
A LOS CABALLOS Y VACAS  
AL LAGO  
A LAS CASAS

Una voz electrónica exhortaba a la gente: «Escojan y circulen». Ésta elegía una dirección y entonces se esparcía en largas colas serpenteantes por los diversos caminos.

Russ y Carole se detuvieron un momento para respirar profundamente y con alivio. Era maravilloso, como siempre, volver a todo aquel espacio después de verse atrapados, fastidiados, empujados y casi aplastados por la muchedumbre que pululaba al otro lado del muro. Ahora caminaban la corta distancia que los separaba de un estacionamiento. En él había cuatro o cinco solarcars, para uso oficial. Subieron a uno de ellos, Russ movió la mano por encima de la placa electrónica empotrada en el tablero y se pusieron en marcha lentamente cuesta arriba.

Una vez recorridos unos centenares de metros pasaron por el zoo. Éste consistía en una serie de jaulas individuales, no del tipo anticuado, sino cubos estériles y ventilados de fibraplast transparente, cada uno de los cuales contenía un perro o un gato, y todos con su cartelito indicando la especie, ya que la mayoría de los visitantes no sabía distinguirlos. Los animales eran mantenidos así bajo plástico, y en condiciones de temperatura y aire purificado cuidadosamente medidos, para protegerlos contra enfermedades y la posible muerte, ya que eran insustituibles. Una voz de mujer que surgía de un altavoz electrónico situado en alguna parte entonaba una explicación a la multitud en movimiento, una voz extraña y metálica que repetía a cada momento:

«Esto que ven son perros y gatos, cuadrúpedos domésticos, ahora prácticamente extinguidos. Eran populares en la Edad de la Carne y utilizados sobre todo como compañía, sirviendo a veces como sustituto de los hijos. Más tarde, hacia finales de la Edad de la Carne, fueron consumidos como comida por sus propietarios...».

Volvieron una esquina y llegaron al Pabellón de las Flores, de unos siete metros de lado. Una multitud de curiosos miraba fijamente las flores, protegidas por una valla a la altura de la cintura y por un vigilante guardia. Y la misma voz metálica, esta vez procedente de otro altavoz, entonaba, con palabras firmes y precisas:

«Esto son flores auténticas. Verdaderos vegetales aromáticos cultivados con fines estéticos y no nutritivos. Utilizados en otro tiempo simbólicamente, en los casos de defunciones y matrimonios, y a veces en los rituales de noviazgo del pasado...».

Entonces, finalmente, Carole y Russ llegaron a lo que llamaban su hogar.

Éste formaba parte de lo que se llamaba la Exposición de la Antigua Calle Norteamericana. Era de carácter suburbano, típica de lo que existía en Norteamérica en la segunda mitad del siglo xx, y estaba formada por casas de dicho periodo. Toda la zona daba una impresión de museo bien atendido. Era una de las exposiciones

permanentes del MusEst Cuarenta y Dos. Al final de la calle había una barrera que impedía el paso a la gente. Un guardia hacía seguir a la boquiabierta hilera de gente más allá de esta exposición. Y, aquí también, la voz de la misma conferenciante entonaba:

«Esta Antigua Calle Norteamericana es una auténtica copia de la vivienda natural del hombre del siglo xx. Estas estructuras están ocupadas por personal autorizado del MusEst. Prohibido pasar. Los visitantes no pueden entrar...».

El guardia levantó la barrera automática y dejó pasar el solarcar, echando al mismo tiempo hacia atrás a la gente. Fueron hasta su casa y se detuvieron en la calzada. George y Edna Borden estaban sentados en el patio posterior de su casa, contigua a la de ellos. Estaban descansando en un par de curiosas reliquias llamadas sillas de cubierta, y George estaba reclinado, desnudo hasta la cintura y gozando del último sol de la tarde. Se le veía más musculoso y colorado de cara que de costumbre, y su pecho era una mata de pelo rubio rojizo. Era un tipo extrovertido, campechano, siempre dando palmadas en la espalda a todo el mundo, pero sabía ser duro, muy duro cuando tenía que dirigir a la fuerza de seguridad del MusEst. Los guardias que estaban bajo su mando saltaban cuando daba una orden, pues sabían que tenía el poder necesario para despedir a cualquiera de ellos y echarlo fuera de aquella zona privilegiada, fuera del alto muro de duroplast, enviándolo al *ghetto* atestado de gente. Traducido a términos simples, esto significaba casi el poder de la vida y la muerte, puesto que allí arriba se tenía la condición de FuncEst y, por lo tanto, más calorías, además de la posibilidad de tener un huerto con unos pocos vegetales auténticos.

—¡Eh, Russ! ¡Carole! —George les saludó con la mano, como un buen vecino—. ¡Venid aquí a tomar algo!

Carole estaba cansada y disgustada y no se encontraba de humor para hablar de tonterías. Además, sabía que los Borden, y especialmente Edna, querrían saber lo que había pasado en el BabyMarket. Evidentemente, la habían visto entrar con las manos vacías. Se volvió hacia Russ y susurró:

—¿Tenemos que ir?

—Sólo estaremos un momentito —dijo él.

Pasaron al otro patio. Edna tenía a su bebé, Peter, apretado contra el hombro, y estaba dándole golpecitos en la espalda:

—Qué rico es mi niño —dijo.

George se levantó cuando ellos entraron y les colocó dos sillas junto a la mesa:

—Sentaos los dos. Colocad los traseros en estas sillas y relajaos. Lo debéis haber pasado mal allá abajo en el hormiguero —les sirvió de un jarro de agua que había encima de la mesa—. Tomad, un poco de zumo de cloaca —dijo con una sonrisita, echando un cubito de hielo en cada vaso.

En realidad, no estaba tan mal. Era agua cloacal reciclada y tenía su acostumbrado color amarillento, pero había sido irradiada con cobalto radiactivo y los rayos gamma habían eliminado todas las bacterias coliformes. Entonces, mientras

sorbían sus bebidas, George habló tranquilamente:

—Hemos tenido jaleo hoy. Han atrapado a un visitante robando raíces. Ha matado a uno de los guardias cuando intentaba escapar.

—¿Sí? —Russ lo miró fijamente—. ¿A quién?

—A Dolan.

—Santo cielo —dijo Russ—. Es horrible. Tenía dos críos.

—Dos críos pre-Edicto —dijo George—. De todos modos, a Margie Dolan no le costará nada encontrar otro muchacho. Yo ya le he echado la vista encima a uno —hizo un guiño a su cónyuge—. Te gustará, Edna.

Edna estaba observando a Russ. Sonrió con unos ojos soñolientos y calculadores que lo devoraban.

—Yo ya estoy muy satisfecha, cariño. Muy satisfecha.

Entonces se volvió hacia Carole. Y tranquilamente, casi demasiado tranquilamente, le preguntó:

—¿Cómo os ha ido en el BabyMarket?

Carole no contestó y Russ intervino rápidamente:

—No tenían nada que nos conviniera.

—Vaya. —Edna conocía el problema de Carole y ahora se mostraba un poco maliciosa—. Es una lástima, querida. Ya sé lo que estás pasando. Yo pasé por lo mismo antes de que me dieran a Peter. A menudo hay que ir allí abajo dos o tres veces para que te den exactamente lo que quieres. Bueno, que tengas mejor suerte la próxima vez.

—Gracias, Edna.

—Si queréis bajaré con vosotros la próxima vez para ayudaros a escoger algo. Yo sé la clase de chiquillo que queréis, lo hemos hablado tantas veces... Y os diré una cosa: tengo mucha vista para los niños. No hacen más que decirte que todo allí ha sido inspeccionado, pero se sabe que han endosado bebés defectuosos a cónyuges que no sabían ver la diferencia...

Levantó a Peter en alto y lo arrulló. El pediatra había efectuado un simple ajuste aquella mañana, y ahora volvía a estar perfectamente de salud. El bebé reía y gorjeaba, se retorció y perneaba en manos de su madre, excitado por la altura.

—¿Quiere mi chiquitín dormir un poquito ahora? —Lo bajó con un balanceo y entonces lo colocó tiernamente en el cochecito, tapándolo y bajando la capota con cuidado, para que no le diese el sol en los ojos.

Para Carole resultaba evidente que Edna había organizado aquel espectáculo para ella. Edna estaba diciendo: mira lo que yo tengo y lo que tú no tienes. Era una mujer presumiendo de su preciada posesión. Carole la había observado, fascinada, incluso envidiando la fácil aceptación por parte de Edna de aquel muñeco como su verdadero hijo. Ojalá ella pudiera hacer lo mismo. Entonces se acabaría el tormento, se acabaría el problema.

Era consciente de que George la estaba observando ahora.

Y de que volvía a sentir deseos de ella. Ahora, George se volvió a Russ y preguntó como si nada:

—¿Queréis cambiar esta noche?

Russ se encogió de hombros:

—Pregúntaselo a las chicas.

—Por mí, sí —dijo Edna rápidamente, sonriendo con malicia a Russ.

Todos miraron a Carole:

—Yo estoy cansada —se excusó ésta—. ¿No os importa?

Los rostros de George y Edna mostraron decepción. Carole dirigió una mirada casi implorante a Russ. La cara de éste no dijo nada.

El exterior de la casa-exposición en que vivían Carole y Russ era en realidad del estilo llamado, hacía mucho tiempo, californiano moderno. Como las demás de la calle-museo, excitaba enormemente la curiosidad de los visitantes que se apretaban contra la barrera y escuchaban extasiados mientras el guía electrónico seguía explicando con su metálica voz:

«Estas estructuras, llamadas casas, eran viviendas privadas en el siglo xx. Los materiales que pueden ver son la madera y el cristal, ahora extinguidos. El tubo de ladrillo se llama chimenea. Los habitantes de la época quemaban materiales tales como madera y carbón en lo que llamaban hogares, en el interior, y el humo salía por el tubo. En la mitología de la época, el santo patrón de Navidad, Papá Noel, se dejaba caer sobre el tejado, acompañado por unos animales con cuernos llamados renos, y se introducía en la casa por la chimenea, llevando regalos para los niños. Como ven, aunque los habitantes eran primitivos en sus costumbres vitales, les gustaba tener amplio espacio, a menudo cinco o seis habitaciones para una sola familia...».

Para los niños de la multitud, que escuchaban con gran veneración, Donner y Blitzen no significaban nada. El reno estaba tan extinguido como el pingüino, y no tenían idea del aspecto físico de los animales, puesto que nunca habían visto ninguno. Pero el hombre gordo de larga barba blanca, vestido de rojo y con su risa alegre, todavía les era conocido, aunque ahora viajase en un largo y bruñido Mark 8, revestido de titanio, a una altitud de crucero de veinte a treinta mil metros. Ya no se dejaba caer sobre el tejado de nadie, pues a buen seguro se mojaría los pies en un estanque solar o un depósito de algas. El hecho de que su avión hubiese despegado del Polo Norte la Nochebuena siempre era anunciado por el Bocazas, que exhortaba a los niños a ir a dormir, ya que de no hacerlo así podían quedarse sin sus regalos.

El interior de la casa, la parte que los visitantes del MusEst Cuarenta y Dos no veían, estaba decorado en estilo contemporáneo. El mobiliario era vestido o moldeado, de plastipleno claro o veriespuma translúcida, y había los acostumbrados tableros de computadora y mandos de pantalla mural. Los únicos anacronismos eran las ventanas y puertas del siglo xx y, naturalmente, la misma chimenea.

Era al anochecer y Carole Evans estaba preparando la cena en la cocina. Cogió dos patatas y dos diminutos tomates de un armario cuidadosamente escondido y miró pensativa, un anémico manojo de apio que yacía aún sobre el estante. Finalmente, decidió no gastarlo todo en aquella cena y guardar el apio para el día siguiente. Ahora, manipulando las dos pequeñas patatas con cuidado, casi como si fueran joyas

preciosas, las depositó cuidadosamente en el termo-horno. Apretó un botón y éste relució brevemente durante un segundo, volviendo otra vez a la oscuridad. Abrió el horno y sacó las dos patatas, ahora calientes y totalmente cocidas. Las manejó con cautela, las depositó sobre una placa de planafilm desechable junto con dos lonjas de tomate y entró en la salita-comedor.

La mesa estaba ya puesta, con barquillos de plancton y dos o tres tubos de pasta de algas concentrada. Russ estaba allí sentado y todavía parecía disgustado. Ella se sentó, aguardando con expectación que él continuase la discusión que hacía un ratito habían tenido, pero Russ no dijo nada. Se sirvió una patata y una lonja de tomate y empezó a comer. Durante unos minutos ambos masticaron su comida en medio de un profundo silencio. Y, finalmente:

—Todavía estás enfadado conmigo —dijo ella.

—¿Cómo quieres que esté?

—Estaba cansada, cansada de veras. Y disgustada por lo que había pasado en el BabyMarket —replicó Carole.

—Eso ya lo comprendo. Pero es la segunda vez esta semana que rechazas a George. Podrías haber seguido a los demás. Al fin y al cabo, no te parece un monstruo o algo así —se detuvo—. ¿O sí?

—No.

—Entonces, ¿qué es lo que te pasa?

—No sé —dijo ella—. Supongo que nunca me he acostumbrado realmente a todo eso del cambio de pareja. Ya sé que ahora todo el mundo lo hace, pero todavía me molesta de vez en cuando. No puedo dejar de recordar cómo eran las cosas entre nosotros antes...

—¿Antes del Edicto, quieres decir?

—Sí.

—Mira, Carole, estamos en *el presente*. Tienes que dejar de vivir en el pasado, y hacer lo que se hace *ahora*. De acuerdo, todo el mundo se tira a todo el mundo. Así es la vida moderna. Ya nadie vacila a la hora de hacerlo. ¿Qué es mejor? Nada de inhibiciones, nada de problemas emocionales. El mundo ya es un lugar bastante desagradable. ¿Qué hay de malo en un poco de relajación general? Si la gente no la tuviera, tal como tiene que vivir ahora, se volvería loca.

—Muy bien —dijo ella—. Lo siento por George. Digamos que he cometido una patochada.

—Muy bien. —Russ se encogió de hombros—. Lo hecho, hecho está. Sólo que... bueno, francamente, tu actitud me ha parecido embarazosa.

—¿Por qué? ¿Porque George es tu jefe?

—Ya sabes que no es por eso —dijo él acremente—. Es mi jefe, de acuerdo. Pero también es un tío simpático y un amigo.

—Quizá no sea ésa la verdadera razón.

—¿No? Entonces, ¿cuál es?

—Quizá la verdadera razón sea que querías pasar la noche con Edna.

Él dejó el cuchillo y el tenedor sobre la mesa y le dirigió una mirada llena de furia:

—Ya sabes que no.

—¿De veras?

—Nunca lo he pasado con nadie en la cama mejor que contigo.

—Gracias, cariño —dijo ella—. Pero no tienes por qué mostrarte cortés.

—Por el amor del cielo, Carole, ¿qué intentas decir? ¿Qué demonios estás diciendo?

—Quizá esté simplemente hablando como una mujer.

—Entonces, ¿por qué no hablas con sensatez?

—Tú sabes y yo sé que algo falla entre nosotros en el aspecto sexual. No nos va como nos iba antes.

—Y es culpa mía, no tuya.

—No has oído que me quejase.

—Eso es porque eres amable. Yo sé que lo que encuentras a faltar en mi cama probablemente lo encuentres en la de Edna. Eso me da igual. Sólo es que tengo miedo...

—¿De qué?

La voz de Carole se quebró un poco y sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas:

—... Miedo de que te canses de mí y me dejes. De que me eches...

Russ se levantó de repente, fue hacia ella, la levantó de su silla y la apretó contra sí. Ella hundió la cara en su hombro. Él la besó y la alisó el cabello.

—No seas tonta —dijo suavemente—. Ya sabes que eso no podría ocurrir jamás. Sabes que nunca ha habido nadie más —siempre que ella lloraba se disgustaba terriblemente; especialmente cuando sollozaba en su almohada por la noche, porque se sentía vacía y nunca podría concebir; ahora le levantó la cara y limpió las lágrimas de sus mejillas—. Boba —dijo, cariñosamente—. Boba, más que boba.

—Lo siento.

—Es lógico que lo sientas —dijo él, malhumorado—. Basta ya de lágrimas. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Estupendo. Ahora volvamos a la cuestión importante de la noche: cenar, por ejemplo.

Volvió a su silla. Ahora ella lo observaba, preguntándose si era el momento de decírselo. De hablarle de su idea. Hacía ya un año que ésta venía madurando en su mente. Y se había adherido a ella, detalle tras detalle. Ahora, cuando pensaba en eso, la llamaba el Plan. Éste empezó a germinar y crecer como algo viviente. Ella sabía que era esto, más que ninguna otra cosa, lo que le había inhibido en el BabyMarket. Al principio, apenas se había atrevido a darle crédito. Incluso había intentado apartarlo de su mente, pero siempre volvía, siempre insistía. Era temerario, peligroso,

imposible. Pero, durante las largas noches en que permanecía despierta, dándole vueltas, un detalle empezó a encajar con otro, y, súbitamente, el Plan se convirtió en parte de ella, como un embarazo casi no deseado, y empezó a patear con sus fantasmales y diminutos pies, exigiendo cada vez mayor atención.

De repente, como había hecho ya tantas veces, decidió que era absurdo, ridículo y que no valía la pena pensar un minuto más en él. Era algo más que eso, era una verdadera locura. Russ pensaría que se había vuelto loca de remate si alguna vez lo mencionaba, y era mejor, naturalmente, olvidarlo. Olvidarlo de una vez para siempre, porque estaba claro que, de intentarlo, jamás podrían salirse con la suya, jamás.

—¿Es algo que yo deba saber? —preguntó Russ, con suavidad.

Ella lo miró fijamente:

—¿Qué?

—Ahora mismo estabas a mil kilómetros de aquí. Parecía como si estuvieses soñando algo muy hermoso —sonrió—. ¿Era así?

Carole no tuvo ocasión de responder, ya que de repente se oyó un sordo zumbido, la señal de aviso de que alguien quería hablar con ellos por la pantalla mural. Russ apretó un botón situado en el tablero, al lado de su silla, y toda la pared opuesta se iluminó mostrando una vista, a tamaño natural, de la sala de George y Edna Borden, en la casa contigua. George estaba de pie en primer plano, y podía verse a Edna en el fondo poniéndole los pañales a Peter. La pantalla tenía una profunda calidad dimensional, y parecía como si tanto George como Edna estuviesen realmente en la casa de los Evans. Resultaba espectral, casi obscuro. Eran fisgones mirándose a hurtadillas el uno al otro.

George les sonreía:

—Siento interrumpir muchachos. Pero es hora de cerrar la barraca. Te veré en el Pabellón de las Flores, Russ.

No vieron a Russ, que se aproximaba por detrás de ellos. Como todos los guardias, llevaba zapatos de styroplast y no hacía ningún ruido. Los dos, el padre y la chiquilla, eran rezagados, las últimas personas que se alejaban de la exposición de flores. La conferenciante seguía dando su perorata electrónica a cada momento: «... Verdaderos vegetales aromáticos cultivados con fines estéticos y no nutritivos. Utilizados en otro tiempo simbólicamente en los casos de defunciones y matrimonios, y a veces en los rituales de noviazgos del pasado...».

El padre había alargado el brazo por encima de la valla a la altura de la cintura para coger el largo tallo de una rosa. Lo había doblado por encima de la valla, alejándolo del matorral, y, con el otro brazo, sostenía a la chiquilla.

—¿Has oído? —dijo—. Es de verdad —entonces llevó la flor a la cara de la chiquilla—. Huélela, cariño. Huélela. Es de verdad.

En aquel instante, percibió la sombra de Russ detrás de él. Se volvió y lo miró fijamente, la cara petrificada de terror, dejando a su hija en el suelo al mismo tiempo.

—Es un delito tocar una flor aquí, señor —dijo Russ fríamente.

—Lo siento —tartamudeó el hombre—. Lo siento mucho.

—Eso no le va a servir de nada —dijo Russ—. Ya conoce las normas.

—Sólo quería que la pequeña viese, tuviese una grata experiencia...

Russ estaba a punto de pedir al hombre su tarjeta de calorías y darle una citación, cuando observó que la pequeña, no interesada en aquella conversación entre adultos, se había arrastrado por debajo de la valla y estaba entre las flores, tocándolas y oliéndolas. Irritado, saltó la valla y fue a por ella.

—Flores —dijo ella sonriéndole, con sus brillantes ojos azules llenos de extrañeza—. Flores bonitas...

La levantó y ella se pegó a él, sus brazos cálidos y delgados se cerraron alrededor de su cuello. Al parecer no se había dado cuenta de que aquel extraño era hostil a su padre, o quizás estaba demasiado absorbida por las flores para apercibirse. La mejilla de la chiquilla estaba contra la suya mientras él la sostenía, y Russ permanecía allí de pie, inseguro, en medio del jardín de flores, abrumado por la experiencia que representaba sostener a una niña de verdad en sus brazos.

Era una sensación extraña y muy turbadora. Una o dos veces había sostenido el muñeco de Edna en sus brazos, pero esto era algo completamente diferente. Esto era real, una niña real de carne y hueso, una chiquilla viviente, cálida y con su olor agradable, y que se agarraba a él fuertemente en busca de seguridad. Al instante, se le ocurrió que si él y Carole hubiesen tenido el hijo, éste tendría ahora aproximadamente la edad de aquella chiquilla. De repente la niña, decidiendo que le gustaba Russ, se echó a reír e impulsivamente lo besó en la mejilla con su boca cálida y húmeda.

—¿Cómo te llamas? —preguntó ella.

—Russell —dijo él—. ¿Y tú?

—Amy.

Ella lo abrazó con fuerza y él la mantuvo así abrazada, sintiéndose interiormente extraño y turbado; fue hasta la valla y la entregó a su padre.

—Muy bien —dijo—. Circule.

El hombre había visto que el ánimo de Russ había cambiado e intentó expresar su agradecimiento. Pero Russ dijo de nuevo, esta vez con rudeza:

—¡Circule!

El hombre se apresuró a marcharse, siguiendo al resto de la gente, que se encontraba ya a cierta distancia y era dirigida por los guardias hacia la salida, puesto que era hora de cerrar. La chiquilla se despidió con la mano alegremente, y Russ respondió a su saludo.

Permaneció allí, viendo cómo se iban, y se tocó con el dedo la mejilla, en el lugar donde la niña lo había besado. Todavía se sentía algo conmovido. Por un momento, mientras sostenía a la niña, había imaginado que era suya, suya y de Carole, y la intensidad del vacío de ésta y de su anhelo lo conmovía ahora como nunca lo había conmovido antes. Se preguntaba: ¿cómo sería ser padre? Y ¿si él lo hubiera sido, qué

clase de padre habría sido? Y ¿habría sido una niña o un niño?

—¿Algún problema, Russ?

Russ, dejando su meditación, sobresaltado, se volvió y vio a George.

—Oh. No.

—Pues a cerrar se ha dicho.

Russ sacó una serie de finos cilindros de plástico colgados de un aro, cada uno marcado con un color diferente. Se dirigió a la puerta de la exposición de flores, insertó una de las llaves cilíndricas en un mecanismo y le dio la vuelta. Giraron unos cilindros y se levantó una valla protectora, al parecer del suelo, hasta una altura de tres metros, rodeando completamente la exposición y ocultándola totalmente de la vista.

El interior de la casa de los Evans había entrado en su fase de anochecer. Al oscurecer en el exterior, varios muebles, entre ellos la mesa del comedor, estimulada electrónicamente, giraban hasta empotrarse en las paredes y desaparecer, y eran sustituidos por otros, movidos automáticamente por el cambio de luz. Era un anochecer cálido, de modo que la pared había adoptado su color de verano, un relajante verde. Más tarde, si la noche se enfriaba, las paredes adoptarían su cálido color de invierno, rojo. En el dormitorio, desocupado por el momento, los precipitadores de la pared acumulaban el polvo bajo una cascada de luz ultravioleta esterilizada.

Carole, sola en la casa, estaba sentada al lado del tablero, mirándolo nerviosamente. Entonces, con repentina decisión, seleccionó un botón y lo oprimió. La pantalla mural se iluminó al cabo de un instante, mostrando a una enfermera sentada en una mesa en una sala de espera. Una vez más, la proyección era tan perfecta que parecía que la mujer estuviese sentada en la sala de los Evans.

La enfermera desplegó una sonrisa encantadora, profesional.

—Buenas noches, señora Evans.

—¿Está el doctor Ives?

—El doctor está en su despacho. ¿Es urgente?

—Sí —dijo ella—. Oh, sí.

—Un momento —la enfermera apretó un botón del tablero de su mesa y habló por ella.

—La señora Evans, doctor.

Hubo una pausa mientras el doctor, en algún lugar del interior, reflexionaba. Entonces su voz volvió a la enfermera.

—Pásemela.

La enfermera sonrió a Carole y apretó otro botón. Ahora, en la pantalla mural apareció el doctor Ives, en su despacho. El doctor estaba sentado en un sillón giratorio en posición relajada, y puso en marcha el Sonomag del despacho para

grabar la conversación. El doctor Ives era un hombre de mediana edad y tenía un aspecto rudo pero bien parecido. Había algo hipnótico en sus ojos y su voz era baja, pero de tono profundo y persuasivo. Ahora sonrió a Carole de manera cálida y simpática.

—Hola, Carole.

—Hola, doctor.

—Te escucho.

Carole no respondió. Apretó los labios, nerviosa.

—Te escucho, Carole —repitió él, suavemente.

—Hoy he intentado conseguir un bebé. Y no he podido.

Se produjo una pausa. Entonces dijo:

—Sigue.

—Tampoco puedo manifestar el deseo sexual.

—¿Has buscado satisfacción en otros hombres?

—Sí. Nuestro vecino ha sugerido un intercambio esta noche, pero yo no podía manifestar el menor deseo —titubeó—. Le ha sentado muy mal a Russ.

—¿Habéis utilizado el erotismo audiovisual?

—Sí —dijo ella con desánimo—. Pero no me estimula.

El doctor frunció el ceño:

—Esto es poco corriente. A la mayoría de las mujeres les va bien.

—Supongo... supongo que lo que ocurre es que no puedo llegar a creer todo esto... —Movi6 la cabeza de derecha a izquierda, asombrada—. No me comprendo a mí misma, doctor. Sé que soy afortunada. Tengo una vida más libre, con raros privilegios en cuanto a espacio, y mejores raciones... Incluso nos permiten tener un pequeño huerto propio, como usted sabe. Soy afortunada en todos los aspectos, y, sin embargo... —Su voz se quebró. No podía seguir.

—A casi todas las demás mujeres les gustaría estar en tu sitio, Carole. Darían cualquier cosa por ser la cónyuge de Russ.

—Lo sé, lo sé.

Carole vaciló, atormentada, a punto de decirle al doctor algo que prefería esconder. Él percibió rápidamente esto. Como uno de los mejores psiconarcosintesisistas de la Ciudad Lineal Quince, con unos envidiables antecedentes profesionales en su campo, insistía en lograr la confianza completa e íntima de sus pacientes. De otro modo, no podía garantizar ningún resultado.

—Sigue, Carole.

Ella seguía sin decidirse a hablar. Ahora, el doctor Ives pulsó un botón de su tablero y detrás de él, en la pared de su despacho, empezó a vibrar un psicodélico aluvión de colores. Mientras éstos ondeaban y se entrelazaban en formas extrañas e hipnóticas, eran acompañados por el espectral batir de un sonido electrónico, una especie de palpitante flujo y reflujo. La voz del doctor, que ahora se ajustaba al ritmo del color y del sonido, se hizo también hipnótica.

—Sigue, Carole —dijo el doctor—. Sigue.

Los ojos de Carole se nublaron, pero su voz siguió siendo normal.

—Quiero tener un hijo mío.

—¿Tuyo?

—Un hijo de verdad. Mío.

—Eso es imposible, Carole.

—Ya lo sé. Pero quiero tener un hijo mío.

—Es imposible, Carole. Nadie puede tener un hijo durante los próximos veintidós años.

—Ya lo sé. Pero yo quiero tenerlo.

—No, Carole —dijo el doctor hipnóticamente. Sus penetrantes ojos negros estaban clavados en los de ella—. No, no, no. Eso no es realista.

—Ya lo sé.

—*Esto* es la realidad, Carole. La vida que vives es la realidad. Tienes que llegar a comprender esto y aceptarlo. Así es cómo son las cosas y así serán mientras vivas. No puedes tener un hijo tuyo; no de tu cuerpo, no de tu carne y tu sangre. Comprendes esto, ¿no? —ella no respondió—. Comprendes esto, ¿verdad, Carole?

—Sí —dijo ella con voz neutra—. Es la única y constante realidad.

—Estupendo. Lo comprendes. Bueno, no te preocupes por todo esto. Todo el mundo tiene contratiempos. Siempre que te sientas mal puedes acudir a mí. Entre tanto, hay una manera de que te sientas mejor, si estás dispuesta a aceptarla.

—¿Una manera?

—Ya hemos hablado de ello antes, Carole. Es la única manera. Vuelve al BabyMarket. Allí hay un niño. Ese niño quiere ser tuyo. Ese niño necesita tu cariño, tu afecto, una madre como tú. Con el tiempo se convertirá en tu hijo *de verdad*, Carole. Lo querrás como a tu propio hijo. ¿Comprendes?

—Comprendo.

—¿Volverás a intentarlo?

—Sí, doctor —dijo ella—. Volveré a intentarlo.

—Estupendo, Carole. Muy bien. No te preocupes por el fracaso que has tenido. Tenemos muchos casos de fracasos la primera vez. Tienes que ir una y otra vez, hasta que lo consigas. ¿Está claro?

—Sí, doctor. Muy claro.

—Buenas noches, Carole —apagó el catalizador persuasivo y sonrió con benevolencia.

—Buenas noches, doctor.

Éste apretó un botón y tanto él como su despacho desaparecieron. Ella permaneció allí sentada, mirando fijamente la pared vacía.

Más tarde yacía desnuda en los brazos de Russ. Las manos de éste acariciaban su cuerpo. Le besaba el cabello, la boca, los senos. Carole sentía el calor de su cuerpo contra el de ella, percibía el fuerte, viril, masculino olor de Russ. Sabía cuánto la deseaba aquella noche e intentó responder adecuadamente. Deseaba desesperadamente igualar el ardor de Russ con el suyo propio. Acarició su duro miembro, intentó imaginárselo hundiéndose dentro de ella, hondo, muy hondo; cerró los ojos intentando recordar el exquisito dolor y placer que esto le producía, intentando recordar cómo era hacía tiempo, cómo había sido entre ellos en el momento en que se habían conocido y fundido y él había penetrado en su interior; cómo ella había llorado y gritado su nombre de puro éxtasis; y luego los tranquilos momentos en que yacían juntos, la absoluta, completa y tranquila satisfacción, contenta simplemente de estar cerca de él, pegada a Russ, sabiendo que él estaba allí, deseándolo de nuevo y esperando a que él la deseara también de nuevo. Y nunca había tenido que esperar mucho tiempo.

Ahora no sentía nada, no sabía responder, se odiaba a sí misma y deseaba matarse. Se odiaba a sí misma sobre todo porque últimamente le era más fácil responder a George Borden que a su propio cónyuge, el hombre a quien realmente amaba. Estaba asombrada de su indiferencia ante Russ, allí donde había que mostrar más los sentimientos, en la cama. En general había conseguido darle alguna forma de respuesta, pero no era la verdadera, y ella lo sabía. Al igual que él. Con el paso del tiempo tenía cada día más miedo de perderlo en cualquier momento.

Y ¿por qué no iba él a dejarla marcharse, a pedirle que lo dejase? Russ era lo que se llamaba un hombre, sano y viril, y naturalmente tenía otros recursos, muchos otros recursos si quería utilizarlos, y especialmente, tenía a Edna. Intentó imaginarse a aquella zorra de cara pálida jugando con Russ, acariciando su cuerpo, besándolo en la oreja, y lo vio a él montando sobre ella y clavando su arpón en aquel voluptuoso cuerpo blanco, y odió a Russ por el tremendo deseo que estaba segura de que sentía. Edna Borden se había tomado muy en serio todo aquello de la liberación sexual post-Edicto, nunca se sentía saciada y se turnaba con muchos de los guardias. Pero Russ era su favorito y ella nunca perdía la ocasión de proponer un intercambio de cónyuges.

Desesperada, Carole se había dirigido a su psicopersuasor, el doctor Goodell, para una serie de consultas por la pantalla mural, y le había confiado lo ocurrido, su frialdad y aquel paralizante temor de perder a Russ. Él había señalado que estaba inconscientemente atacándolo porque él había rechazado su enorme deseo de tener un hijo, y éste era el modo en que lo castigaba. Le había dicho que toda aquella situación cambiaría y que sus antiguos sentimientos hacia él se verían renovados con todo su

vigor en cuanto ella adquiriese un niño. De hecho, le aconsejó, era urgente que lo hiciese a fin de conservar a su cónyuge. Y así había pasado por todo aquello de la orientación, con el doctor Goodell y con el doctor Ives, aceptando todos los procedimientos prescritos tanto para conservar a Russ como para adquirir un bebé.

Pero había fracasado en el BabyMarket y ahora, esta noche, fracasaba de nuevo; se tumbó de espaldas, y miró fijamente al techo deseando morir. Russ suspiró y alargó el brazo hasta la mesita de noche, encendió un cigarrillo y se echó también él de espaldas, lanzando el humo hacia el techo.

—Lo siento —dijo ella.

—No tienes por qué.

Pero ella sabía que sí tenía por qué:

—Cómo te castigo...

—Quizá lo merezca. Si te hubiese dejado tener el bebé cuando tú lo querías las cosas serían diferentes ahora.

—¿Quién lo sabía entonces? Teníamos tiempo... todo el tiempo del mundo —volvió la cabeza para mirarlo—. Los hijos estaban siempre a un año de distancia.

—Sí —dijo él—. Pero yo fui el que quiso esperar.

—Y yo acepte. —Carole tendió la mano en un gesto de ternura, casi de súplica, y le acarició la cara con los dedos.

—Russ, ¿por qué no vas ahora y pasas la noche con Edna?

—No digas tonterías.

—Sé lo que realmente necesitas. Y yo no puedo hacer nada por ti en la cama. Sé que se alegrará de verte.

—Eso significa que George cambiará de cama y vendrá aquí. ¿No es eso?

—Supongo que sí. Sí.

Carole notó que ahora Russ se estaba enfadando.

—Y te encontrará a punto para él. ¿No es eso?

—No sé.

—¿Por qué? —dijo él ásperamente—. ¿Por qué él y no yo?

—Russ, es sólo por hacer lo que se hace. Él no me importa. No es como contigo...

—¿No? —Sus ojos azules aparecían fríos—. No es así como él lo describe. La otra noche me dio una descripción muy detallada de cómo os lo habíais pasado los dos. Fue una revelación. Realmente lo envidié.

—¡Por favor! ¡Basta!

De repente él le cogió la mano y dijo con voz ronca:

—¿Qué es lo que te pasa, Carole? ¿Qué demonios te pasa? Te quiero. ¿No significa esto nada para ti?

Ella jadeó al sentir la presión de sus brazos y, sin embargo, algo dentro de ella respondió a su angustia y su frustración, y sintió que cierta excitación empezaba a generarse en algún lugar de su interior, pero todavía no era bastante, todavía no, y

sabía que lo que necesitaba era algo de ayuda, sólo un poco de ayuda, y dijo suavemente a su cónyuge:

—Enciéndelo, Russ.

Él hundió la boca en su cuello y ella se estremeció un poco; entonces él se enderezó sobre un codo, alargó el brazo por encima de su cuerpo desnudo y apretó un botón del tablero situado al lado de la cama, el botón que gobernaba el erotismo audiovisual. La pantalla mural se iluminó y empezó a relucir con colores ondulantes; al principio aparecieron sólo estos fuertes colores entrelazándose y danzando, nada más.

El erotismo audiovisual era un aditamento aceptado en todos los hogares. Había sido ideado, poco después del Edicto, para animar y excitar, y así estaba programado. Ahora la imagen de la pared cambió de los colores vibrantes a formas que sugerían cuerpos desnudos en íntima comunión, abstractos al principio y que luego se convertían en una sensual mezcla de piernas, brazos, torsos y muslos que se entrelazaban. Mientras Russ y Carole yacían allí observando, todo esto se disolvió para mostrar imágenes en primer plano de los tersos valles y montes de una mujer, apretándose voluptuosamente contra el miembro del hombre, duro como la roca. Ahora, el hombre y la mujer de la pantalla mural se hicieron más nítidos, se besaron de las maneras más íntimas y entonces el cuerpo desnudo del hombre se lanzó sobre el de ella y empezó el coito. El movimiento era al principio lento y suavemente erótico; se les podía oír a ambos respirar. Después la mujer empezó a proferir suaves y débiles quejidos, sus ojos se cerraron y su cabeza empezó a moverse de un lado a otro, y se había visto ya antes que el órgano en erección del hombre era gigantesco y lo hundía cada vez más, de tal modo que parecía que iba a abrirla por la mitad; ahora él empezó el compás, cada vez más aprisa, en un ritmo firme e inflexible. Y todo esto estaba sincronizado con una banda sonora, un fondo de suaves jadeos, chillidos y gritos amorosos; toda la escena era una sensual y embriagadora sinfonía sexual en abstracto, como una orgía dionisiaca de Picasso dotada de movimiento. Y finalmente llegó el momento de la explosión, del orgasmo, el *crescendo*, y mientras éste se verificaba, Carole se volvió a Russ y dijo con voz de deseo:

—Estoy lista, Russ, estoy lista...

Y ambos olvidaron completamente el erotismo de la pantalla, porque ahora estaban absorbidos por el suyo propio.

Después yacían exhaustos, con los cuerpos sudorosos reluciendo bajo la luz que emanaba de la pantalla mural. El erotismo audiovisual seguía conectado, pero ahora su contenido había cambiado. Ahora lo único que mostraba eran dibujos suaves y psicodélicos, hipnóticos e inductores del sueño, sincronizados con una reposada música electrónica.

Russ yacía de espaldas, totalmente relajado, y Carole estaba inclinada sobre él siguiendo tiernamente el contorno de su rostro con los dedos y sonriéndole.

—¿Sabes una cosa? —dijo él.

—¿Qué cosa?

—Has estado estupenda.

—Gracias —dijo ella ligeramente.

—Así es como lo recuerdo —Russ señaló con la cabeza hacia la pantalla mural— antes de que necesitáramos eso.

Estuvieron callados un momento, y Russ apagó la pantalla mural. Entonces miró a su cónyuge. Ella yacía ahora de espaldas, los ojos muy abiertos, y se acariciaba suavemente el abdomen con la mano. Y él sabía lo que anhelaba.

—No pienses en ello —dijo.

—Es lo único en que pienso. He tenido ocho años para pensar en ello —lo miró—. Russ, ¿crees que me estoy volviendo loca?

—No.

—No soy una de esas mujeres afortunadas, con su buen lavado de cerebro. ¿Por qué soy tan diferente? ¿Por qué no puedo conformarme con muñecos, como casi todas las demás?

—Ya lo conseguirás. Algún día.

—No —dijo ella—. El mío tendrá que ser de verdad.

Carole hablaba a menudo como si tuviese una alternativa, cuando ambos sabían que no la había, y a Russ aquello lo apenaba. Estaba también un poco preocupado, porque últimamente ella se había referido a esta fantasía de un modo u otro, más de una vez, como si nunca hubiera existido el Edicto y todavía tuviera elección. Él se preguntaba si el dolor de su sacrificio y el simple hecho de pensar en ello continuamente no habrían afectado un poco su mente. ¿Habría adquirido realmente alguna especie de fijación de que podía tener un hijo propio? «El mío será de verdad», acababa de decir. Si esto se analizaba, no tenía sentido, *había* que preocuparse por ello. Russ decidió que, a la primera ocasión que tuviese, llamaría al doctor Ives o al doctor Goodell por la pantalla mural, les informaría de esta ocurrencia de Carole y les pediría su consejo profesional.

Quería sacarle aquel asunto de la cabeza y dormir. Y golpeó suavemente su abdomen con la punta del dedo.

—Será mejor que te ocupes de eso —dijo brevemente.

Ella se levantó de la cama y entró en el cuarto de baño. En un rincón había un aparato abortivo electrónico. Se parecía un tanto a una báscula utilizada en los despachos de los doctores durante el siglo pasado, pero tenía una placa curvada que se adaptaba al contorno de la zona abdominal de una mujer. Hacía unas décadas había sustituido a la Píldora, ya que utilizándolo no había la más remota posibilidad de efectos secundarios desagradables. Carole miró el aparato un momento, vacilante, aborreciendo la necesidad de utilizarlo, pero resignada a ello. Insertó apretadamente su cuerpo en el receptáculo curvo y alargó el brazo para alcanzar la palanca de mando.

En aquel instante, penetró por la ventana el súbito grito de un bebé. Carole

permaneció rígida, escuchando. Era el pequeño Peter que lloraba, en la contigua casa de los Borden, Carole escuchó, angustiada. Desde allí, el caprichoso llanto resultaba conmovedor, real. Programado electrónicamente o no, era imposible notar la diferencia con uno de verdad. El llanto de su propio hijo habría sonado del mismo modo.

El caso es que el llanto del bebé fue el detonador que provocó una decisión que había retrasado más de una vez. Decidió que aquél era el momento, y que no había razón alguna para esperar más. El miedo la dejó helada, y por su espina dorsal corrieron ligeros estremecimientos. Sentía culpa y también júbilo.

Se separó del aparato abortivo, alargó de nuevo la mano e hizo girar la esfera. Se oyó un sonido de remolino electrónico, durante medio segundo... Eso fue todo. Eso era lo único que hacía falta para asegurar la esterilidad momentánea. Sabía que Russ, desde el dormitorio, esperaba oír aquel sonido. Y que lo oiría y quedaría tranquilo.

Sabía que no sería prudente decírselo ahora. Más adelante. Más adelante, cuando fuese un hecho consumado. Naturalmente, no había ninguna garantía de que su plan empezase a desarrollarse aquella noche. Quizá no sucediese nada esta vez. Pero habría otras noches, y ella mantendría a Russ ocupado plantando su semilla hasta que ésta diese fruto.

Estaba atontada, aturdida. Le pareció volver flotando al dormitorio. Se echó al lado de Russ, que volvió la cabeza hacia ella y la besó suavemente.

Él se durmió casi inmediatamente, pero ella permaneció de espaldas, bien despierta y con los ojos brillantes.

Era la época de Navidad y, aquella noche, mientras flotaba a lo largo de su órbita en un cielo oscuro, el Bocazas estaba de buen humor. Sus luces encendidas por computadora irradiaban alegría navideña, mientras hacía llover versiones corales de diversos villancicos, piezas favoritas tales como «Adeste Fidelis» o «Noel, Noel», y otras selecciones gratamente recordadas. Una vez, ofreció una electrónica y metálica versión de «La Noche antes de Navidad», y fue algo especialmente bueno. En épocas de fiestas el Bocazas era siempre muy sentimental, y algunas personas lo encontraban hasta sensiblero.

En casa de los Borden, George y Edna ofrecían una pequeña fiesta de Navidad a Russ y Carole. George cogió un cucharón y, de un gran bol de ceramplast colocado sobre la mesa, sacó una cantidad de líquido caliente, la vertió en una copa y se la dio a Russ. Tanto el bol como el cucharón brillaban intensamente, como plata fina, bruñida y antigua, y sólo un experto habría notado la diferencia.

—Échate esto al colete —dijo George—. Y luego agárrate bien a algo.

Russ observó la bebida:

—¿Qué es?

—Tom and Jerry.

Naturalmente esto era una bromita de George, puesto que ya no había verdadero alcohol, ni huevos, ni crema, pero de una manera u otra George se las había apañado para preparar algo con los sustitutos sintéticos que se hallaban en el mercado. Russ bebió un sorbo y dijo:

—No está mal. ¿Qué habéis puesto?

George hizo un guiño:

—¿Qué más da?

Fuera lo que fuese lo que hubiera puesto, el efecto era el mismo que el de un verdadero Tom and Jerry, y Russ sintió una sensación agradable. Carole estaba mirando el árbol de Navidad que los Borden acababan de comprar. Todavía estaba envuelto en plastiespuma transparente; George había bajado a la ciudad a recogerlo hacía solamente una hora.

—George va a arreglar el árbol mañana por la noche —dijo Edna, quien había tomado un par de copas y tenía la cara enrojecida y los ojos inusualmente brillantes—. Y yo voy a envolver los regalos de Peter.

Había un montón de cajas de regalos en el rincón, y, por un momento, Carole se sintió mal. Pero se recuperó rápidamente. Esperaba que Edna no hubiese observado nada en su expresión. Una vez más, envidió a Edna por ser capaz de creer, creer plenamente aquella fantasía. Aquello hacía la vida más fácil, la hacía soportable. Aunque no fuese verdadero, ¿qué importaba, si realmente *se creía*? Era maravilloso

ver cómo programaban a las mujeres hoy en día. No había muchos fracasos como ella. Quizás el uno o dos por ciento, pero no muchos más.

Señaló con la cabeza al montón de regalos y entonces, como si nada, dijo a Edna:

—Vais a hacer que esto sea una verdadera Navidad para él.

—Sí, ya lo sé. Peter tiene sólo seis meses, y supongo que es una tontería gastar tantas calorías en sus regalos. Ya sé que la Navidad se considera una fiesta para niños, pero supongo que nosotros nos divertimos más que ellos.

—Oíd —dijo George espontáneamente—. ¿Qué hacéis esta noche?

—Salimos —dijo Russ.

—Olvidaos de eso —dijo George cordialmente—. Si bajáis a la ciudad esta noche os matan; pensad en todos los compradores navideños de los paseos. Yo mismo no creía poder salir de allí esta tarde. ¿Por qué no os quedáis los dos a ver la pantalla mural? Hay un gran espectáculo por el canal de erotismo que empieza dentro de una hora. Una orgía.

—Gracias, George —dijo Russ—. Pero no contéis con nosotros.

—No lo has entendido —insistió George—. No es la mierda de siempre. Es algo especial. Un documental. No está ensayado ni son actores profesionales como suele ocurrir en estos espectáculos. Esto fue filmado por un fisgón. Tenía un fototubo escondido en la pared de una casa de orgías de la Confluencia Veinte y lo filmó todo, estilo mirón, con la gente comportándose naturalmente.

—Sería una burrada que no os quedaseis —dijo Edna; sus ojos, excesivamente brillantes, devoraban a Russ—. Un espectáculo como ése, y nosotros cuatro solos sentados en la oscuridad...

—Sí —dijo George—. Podríamos pasarlo estupendamente.

—Lo sentimos —dijo Carole—. Pero hemos prometido visitar al doctor Herrick y su esposa, en la Ciudad Antigua.

—¿El doctor Herrick?

—Sí —dijo ella—. Ejercía con mi bisabuelo. Es amigo íntimo de nuestra familia. Trajo a mi abuelo al mundo, a mi padre y también a mí. El caso es que ya es bastante viejo y no puede andar mucho por ahí, y están muy solos... Russ y yo pensamos que, ya que ahora era el momento adecuado, podíamos bajar y tratar de alegrarlos un poco. Nos esperan.

—Bueno —dijo George—. Si tenéis que ir. Pero no sabéis lo que os perdéis.

—Russ —dijo Carole—. Se está haciendo tarde. Y todavía tengo que cambiarme.

Cuando se hubieron ido, George llenó otra copa de Tom and Jerry y dijo a su cónyuge:

—¿No has observado nada especial en Carole?

—¿Qué quieres decir?

—Ha cambiado. Se la ve mucho más relajada. Ya me entiendes, más contenta en general. Ya no parece que todo le fastidie, como antes.

—No me he fijado.

—Pues yo sí. Parece una persona diferente. No es la Carole de antes, ¿entiendes lo que quiero decir? —George se detuvo, pensando en ello un momento—. Me gustaría saber por qué.

La verdad era que Edna *sí* se había fijado. Pero, por algún motivo, no quería confesárselo a George. Y, en un repentino arrebato de furia, o quizá de celos, pensó que sabía el porqué. Era muy posible que, de alguna manera, a Carole volviese a irle bien con Russ. Ella, Edna, tenía buenas razones para sospechar que esto era cierto. En las últimas semanas, había observado que Russ se mostraba mucho menos ardiente cuando se lo llevaba a la cama. No era el mismo de antes, por decirlo de algún modo. Se preguntaba qué habría pasado entre ellos.

Y especialmente a Carole.

Pensó en Russ y, con amargura, encontró una palabra para él. *Tonto*. El padre de Edna quería mucho a su única hija. Una palabra dicha por ella, y sería fácil efectuar un cambio de cónyuges. George podría salir de la escena y ser oficial de seguridad en jefe, y Russ podría entrar a ocupar su puesto. Podría ser el mandamás y tenerlo todo, y además a ella. Pero Russ seguía viendo algo en aquella criatura pálida que era su cónyuge. Y, por mucho que se esforzaba, Edna Borden no podía comprender el qué. Lo único que sabía era que Russ parecía evitarla últimamente. Y, de nuevo, se preguntó qué clase de magia había logrado efectuar Carole.

Fuera como fuese, aquello no le gustaba. No le gustaba ni pizca.

Carole, de pie ante un espejo de pared, se arrancó el vestido de fibraespuma con un gesto rápido y lo arrojó a un receptáculo. Sólo con su *slip* de sedasín, metió la mano en un cajón y sacó un par de paquetes muy pequeños y compactos de colores y diseños diferentes, tan pequeños que se podían tener en la palma de la mano. Hizo su selección y, con un rápido movimiento de la muñeca, lo abrió de un tirón dejando al descubierto un vestido nuevo y limpio que floreció hasta llegar a su pleno tamaño. Se lo puso por la cabeza. El vestido tenía un cinturón adaptado. Se puso a abrocharlo, pero vio que le venía algo apretado. Se miró en el espejo con cierta ansiedad, dándose cuenta de que empezaba a engordar visiblemente a la altura de la cintura. Descartó el cinturón y se sacudió el vestido de modo que éste le quedase suelto.

«Pronto tendré que decírselo», pensó.

Él la llamó desde la otra estancia:

—Carole, ¿estás lista?

—Enseguida estoy contigo.

—¡Vamos! —gritó él con impaciencia—. Vámonos ya.

—¿Qué hay de los vegetales para los Herrick?

—Están envueltos y a punto.

Carole se entretuvo un momento más para mirarse en el espejo. Sus manos vagaron hasta el abdomen, acariciándose. Su sonrisa era radiante.

Salieron del cálido refugio de la casa a la noche invernal.

Un fuerte viento silbó y los golpeó plenamente en el rostro, de tal modo que ambos se quedaron sin aliento, con un hormigueo en las mejillas. El SerMet regional, en un arranque de sentimentalismo, había garantizado unas Navidades blancas a todos los residentes de aquella zona; había envuelto en niebla e impregnado de partículas sólidas —cristales ionoplanos productores de lluvia— las nubes y la atmósfera superior, y, mediante mando con computadoras, había proporcionado así a la zona exactamente unos treinta centímetros de nieve ligera y seca.

Permanecieron allí un momento, emocionados por la grandeza de la noche. Había luna llena y ésta era de color naranja plateado y cabalgaba regiamente por un cielo de terciopelo azul negruzco salpicado de estrellas invernales. Éstas parpadeaban y crepitaban tan bajo sobre la Tierra que Russ imaginó que podía en aquel momento y con pleno y exultante movimiento del brazo, atrapar un centenar de ellas en la ansiosa palma de su mano. La Osa Mayor estaba baja, y, a raros intervalos, la misma Cingus, abrazando furtivamente el horizonte como un ladrón celeste, salía a la vista tras una brecha de la cadena montañosa situada al oeste. La nieve, ligera como el polvo y pintada de oro pálido por la luna, ondulaba ante el viento caprichoso, y cubría los taludes del MusEst Cuarenta y Dos como una callada bendición, haciendo meditar sobre el final del año, y reflexionar sobre el que iba a comenzar.

Abajo yacían los millones de luces amontonadas de la urbanópolis alfombrada tendida hacia todos los horizontes. Incluso el río era atravesado por bandas de luces que eran las ciudades-puente, enjambres de edificios de gran altura convertidos en colmenas por sus miles y miles de cubículos, contruidos sobre pilares y jácenas tendidas sobre la corriente, un amasijo de comunidades viviendo sobre puentes a la manera del antiguo Ponte Vecchio de Florencia, porque ya no quedaba terreno sobre el que construir, ni un mísero palmo.

En las ciudades-puente vivía la gente más próspera, y los cubículos de allí eran altamente preferibles, puesto que poseían la enorme ventaja de disfrutar de una vista.

Carole y Russ tenían una suscripción para el MusAntAm, y era interesante ver las antiguas tiras de películas que presentaban allí. Habían visto una realmente fascinante, y era sobre aquella misma zona. En otros tiempos, no hacía muchas décadas, mirando hacia abajo, hacia el valle, se podía aún ver campos y praderas. La película que habían visto era vieja y estaba borrosa, pero aún así era hermosa. Mostraba a la luna bañando con su luz grupos de árboles ahora extinguidos, arces y abetos, olmos y sauces, con su suave color estaño y un tintineo de plata; setos y silos, hogares y graneros. Mostraba las luces arracimadas de pequeños pueblos y ciudades, las esbeltas espiras blancas de las iglesias y casas de reunión, y serpenteantes carreteras parpadeando con el tránsito de automóviles. La gente adoraba estas viejas películas, la emocionaba enormemente el hecho de ver un gran espacio despejado, y era muy difícil conseguir entradas.

Subieron al solarcar y, cuando lo hacían, el Bocazas, que inexplicablemente había

permanecido callado durante unos minutos, empezó ahora a cantar:

*Sonad campanas, sonad campanas.*

*Sonad sin cesar.*

*¡Oh, qué divertido es ir en trineo!*

Tanto Carole como Russ se sintieron conmovidos por la nostalgia del momento.

—Hasta el Bocazas —dijo ella—. Es hermoso...

Mientras descendían por la cuesta, Carole miró las hortalizas que descansaban en su regazo. Dos zanahorias, una cebolla, una patata y un manojo de apio. Russ las había envuelto con visivolv y las había atado con una cinta roja. Aquellas hortalizas eran parte de la pequeña cantidad que guardaban en el frigorífico y Carole dijo:

—Russ, esto será un maravilloso regalo de Navidad para los Herrick. Hace años que no ven hortalizas frescas.

Russ se encogió de hombros.

—A su edad, no tienen mucho que disfrutar —sonrió al ver la fuerza con que Carole tenía agarradas las preciosas hortalizas—. Ten cuidado, no las vayas a aplastar.

Ella sonrió y aflojó las manos. Entonces, él preguntó:

—¿Dónde quieres comer?

—¿Puedo escoger? —dijo Carole.

—Bueno —dijo él—, podríamos ir a un bar de algas. Tienen gran surtido: cocidas, asadas, fritas o simplemente crudas. O, si no te apetecen las algas, ¿qué tal el plancton?

—Me apetece mucho el plancton —dijo ella siguiendo la broma—. Pero no se me ocurre a dónde ir. Quizá tú puedas proponer un sitio que tenga ambiente.

—Claro —dijo él—, ¿qué te parece el Viejo Viena?

El Viejo Viena era único en un aspecto. En lugar de la acostumbrada música electrónica, tenía una orquesta de verdad. Tres violinistas y un acordeonista, ataviados con trajes vieneses. Tocaban música auténtica con instrumentos auténticos y, en aquel momento, en un pequeño estrado situado en la parte posterior del establecimiento, interpretaban *El Danubio Azul*.

Aparte de este pequeño toque de *gemütlichkeit*, el viejo Viena no difería en su decoración de cualquier otro lugar oficial de comidas con su correspondiente PermEst. Consistía en una serie de hileras de mesas y bancos de plastileno blanco, y se parecía mucho a una cárcel o un comedor de cuartel muy abarrotado. No había camarero alguno, ni comida expuesta. El local estaba atestado de gente que llevaba sus paquetes de plancton e intentaba encontrar asiento. No había la alegría de la conversación o la charla. Los clientes del Viejo Viena estaban totalmente abstraídos mascando lenta y sensualmente su comida. Incluso se podía dudar de que oyesen la música. En todo caso, ésta no parecía importarles.

Había una cola de gente esperando entrar. Russ y Carole estaban detrás de una mujer que discutía con la cajera, una FuncEst. Carole cuidó de esconder las hortalizas, agarrándolas con fuerza bajo el abrigo.

—Esta tarjeta no sirve, señora —decía la cajera—. Lleva fecha del mes pasado.

—Pero todavía quedan algunas calorías en ella —la mujer estaba terriblemente agitada—. Todavía me tienen que llegar algunas calorías.

—Lo siento —dijo bruscamente la cajera; hizo una seña a Russ y Carole—. Los siguientes.

La mujer se puso a gritar.

—¡Todavía me tienen que llegar ciento veinte calorías! He ido a visitar a mi madre y no las he utilizado. No es culpa mía...

Un corpulento miembro de la PolEst que estaba haciendo guardia se acercó a ella.

—¡Venga, señora! ¡Está usted estorbando la cola!

La cogió rudamente del brazo y la hizo salir. La cajera miró las tarjetas que Russ le había entregado, las encontró en orden y dio como válidas. Se abrieron camino a través de la densa muchedumbre hacia una serie de vitrinas que llevaban el letrero: «Platos de Plancton». Insertaron sus tarjetas en las ranuras, las vitrinas se abrieron y cada uno eligió la comida de su gusto. Al hacer esto, Carole se olvidó de las hortalizas y las sacó de debajo del abrigo, dejándolas ver sin querer a un hombre mayor, bien vestido y de aspecto respetable, que estaba cerca de ella. Los ojos de éste se iluminaron de codicia y observó fascinado a Russ y Carole mientras se abrían paso por entre la multitud en busca de un lugar donde sentarse. Se puso a seguirlos, sin dejar que nadie se interpusiese entre él y su presa, porque esto, en aquel lugar lleno

hasta los topes, podría significar perderlos de vista.

Russ localizó dos sillas vacías que un hombre y una mujer acababan de dejar. Se sentaron y empezaron a comer; Carole sostenía los vegetales en el regazo.

—¿Cómo está tu hamburguesa? —dijo Russ.

—Igual que tus spaghetti.

Russ sonrió débilmente:

—Quizá deberíamos probar el estofado de ternera la próxima vez.

—Sí —dijo ella—. Pero ¿por qué molestarse? —leyó en voz alta algunos nombres de los paneles—. Rosbif. Bistec de lomo. Pollo asado. Tarta de manzana —suspiró—. ¿Qué significa eso?

—Plancton. ¿Qué, si no? —dijo Russ, riendo—. Córtalo del modo que te parezca, ásalo, cuécelo, fríelo, dale un nombre... Seguirá siendo solamente plancton.

De repente, una mano hizo desaparecer las hortalizas del regazo de Carole. Ésta, momentáneamente aturdida, vislumbró al hombre cuando éste empezaba a abrirse paso hacia la puerta.

—¡Russ! ¡Las hortalizas!

Russ se puso en pie de un salto, intentando llegar hasta el hombre a través de la masa de cuerpos. Gritó con fuerza:

—¡Para! ¡Para, maldito!

Carole se levantó e intentó seguir a Russ por entre la gente apretujada. Sus vecinos de mesa saltaron a por la comida que ellos habían dejado en sus platos y terminaron ávidamente con ella. Russ, debatiéndose como un loco, se abrió paso a empujones por entre la densa muchedumbre, intentando alcanzar al hombre. Estaba frenético pero, por mucho que se esforzaba, el ladrón siempre conseguía estar a unos cuerpos de distancia de él. Russ empujó a un hombre, y estuvo a punto de volcar la comida que éste llevaba. El hombre gruñó, escupiendo odio:

—¡Cuidado con empujar, cabrón!

Empujó con fuerza a Russ; éste perdió el equilibrio y cayó hacia atrás, tropezando con otro grupo y haciendo que a algunos se les cayese la comida que llevaban. Esto los puso furiosos y, con ojos vidriosos y enseñando los dientes, se pusieron a golpear al primero que encontraban. De repente el Viejo Viena se convirtió, en un caldero hirviente; los cuerpos se retorcieron sudorosos y toda la gente empezó a empujarse y gritarse mutuamente o intentó proteger su comida sosteniéndola por encima de la cabeza. Tanto Carole como Russ se vieron atrapados en medio de la enfurecida muchedumbre. Ésta reaccionaba irracionalmente, pero de modo unánime. Russ procuraba proteger a Carole, parando los golpes y la fuerte opresión con su cuerpo. Los gritos subieron de tono hasta formar una histérica baraúnda. Los músicos, aterrorizados, se apretaron contra la pared posterior de su diminuto estrado, pero siguiendo la tradición de la industria del espectáculo, siguieron tocando.

En aquel momento entraron cinco o seis PolEst, blandiendo sus porras a diestra y siniestra, rompiendo cabezas y ordenando desalojar. Algunas personas resultaron

malheridas, pero no pudieron caer porque no había espacio suficiente. Se limitaron a apoyarse, inertes, contra los otros cuerpos que les zarandeaban.

Más tarde, Russ Evans, aturdido y con la frente sangrándole un poco, estaba sentado en una silla en el pequeño y feo cubículo de interrogatorios. Al lado de él, en otra silla, estaba Carole, trastornada y agotada. Era una estancia muy tranquila. Había un CapEst sentado detrás de la mesa, flanqueado por dos agentes que habían presenciado lo ocurrido en el Viejo Viena. El CapEst miraba a Russ fija e incrédulamente.

—¿Les robaron sus *qué*?

—Hortalizas.

—Ya —el CapEst miró a los dos Pol, y su mirada daba a entender que Russ desvariaba—. Hortalizas.

—Exacto —dijo Russ—. Mi esposa tenía un paquete de hortalizas en la falda y vino aquel cabrón, lo agarró y echó a correr.

—¿Qué había exactamente en el paquete?

—¿Quiere usted decir concretamente?

—Concretamente.

—Dos zanahorias, una cebolla, una patata y un manojo de apio.

El CapEst daba la impresión de estar irónicamente divertido. Se volvió hacia uno de los PolEst y sonrió ligeramente.

—Tome nota de eso, Johnson.

—Sí, señor.

Entonces se volvió una vez más hacia Russ:

—Ahora, señor Evans —dijo gravemente—, dígame de dónde sacó usted esos vegetales.

—De mi huerto.

—¿Su *qué*?

—Acabo de decírselo —dijo Russ, irritado—. Mi huerto. Tenemos un huertecito detrás de la casa.

—¿Casa?

Ahora el FuncEst estaba totalmente desconcertado. Russ no llevaba puesto el uniforme y el CapEst no tenía manera de saber quién era. Cerró los ojos y se apretó el puente de la nariz en un gesto de intensa fatiga. Y, finalmente, dijo:

—Sus papeles, por favor.

Russ sacó su carnet de identidad y otro documento, que certificaba el número de calorías que se le destinaban oficialmente y las que podía conseguir de otras fuentes. El CapEst lo miró y entonces miró fijamente a Russ con sorpresa y envidia.

—Caramba... —dijo.

Subieron al solarcar y sólo habían recorrido una corta distancia cuando presenciaron un hecho que ninguno de los dos olvidaría jamás.

Una tremenda multitud bloqueaba toda la calle y se movía hacia una pequeña vivienda-cubículo, mirando hacia arriba y señalando una ventana. Hubo una serie de gritos esparcidos de «Bebé» y entonces, de repente, toda la multitud se unió al cántico, en un ritmo que helaba la sangre:

—¡Bebé! ¡Bebé! ¡Bebé!

Carole miraba fijamente. No se dio cuenta enseguida de lo que pasaba.

—¿Qué es?

—Un castigo.

—¡Oh, por Dios, no quiero verlo!

—Ni yo.

—¡Russ, por favor! Salgamos de aquí.

—No es posible —dijo él, sombrío—. Estamos atrapados aquí. No podemos movernos hasta que la multitud se disuelva.

Un castigo era el nombre popular que se daba al complicado procedimiento utilizado por la JustEst para tratar aquellos que habían infringido la ley más estricta de todas, es decir, los que habían burlado el Edicto. Este castigo era deliberadamente dramatizado y convertido en algo muy espectacular a fin de aumentar su fuerza disuasoria para otros a quienes se les pudiera ocurrir transgredir la ley. Naturalmente, Russ y Carole habían visto castigos en los programas de las noticias murales, y el Bocazas hablaba constantemente de los que se verificaban dando nombres y direcciones, pero nunca habían presenciado uno personalmente.

Ahora, una bocina metálica y electrónica se puso a emitir un sonido que helaba la sangre. El grito de «Bebé, Bebé» se elevó hasta convertirse en un bramido. Las caras de la multitud se veían excitadas, sádicamente contraídas ante lo que se avecinaba. Les estaban ofreciendo una diversión, algo que animaría sus monótonas vidas durante unos minutos. Además, sus rostros y el modo en que entonaban la palabra «Bebé» no reflejaban culpabilidad alguna. Estaban inflamados por el combustible que da fuego a una muchedumbre llevándola a su peor y más cruel justicia subjetiva.

De repente, la puerta del edificio se abrió, dando paso a un hombre y una mujer, que eran arrojados a la calle por dos PolEst de cara torva. La mujer llevaba un chiquillo en brazos. La pareja quedó paralizada de horror cuando la multitud se echó sobre ellos. Enfebrecidos por el pánico, intentaron escapar a través de la muralla de gente. Fueron acogidos por una estridente risa. La muralla se fue cerrando, como una manta sofocante, acorralándolos en una zona cada vez más pequeña.

—¡Bebé! ¡Bebé! ¡Bebé!

El tono del cántico se hizo cada vez más alto al señalar al niño en brazos de su madre. Ésta tenía el aspecto de un animal acosado. Gritaba histéricamente a la muchedumbre que tuviera piedad, que los dejara irse. El padre sabía que era inútil. La rodeó con sus brazos para protegerla, esperando, consciente de lo que se avecinaba y decidido a hacerle frente tranquilamente.

Pronto llegó lo que esperaban. El zumbido del Ejecutor, con sus largas cuchillas

cortando el aire. El enorme solargiro apareció sobre los tejados, con sus luces parpadeantes. Ahora estaba sobre sus cabezas, dirigido por un PolEst que sostenía un diminuto electroenviador. De repente el solargiro lanzó un poderoso rayo Trion sobre la muchedumbre de abajo. El rayo se movió sobre la multitud y se concentró directamente sobre la pareja condenada y su hijo.

Carole, horrorizada, se tapó los ojos con las manos. Pero no pudo mantenerlas así. Fascinada, siguió mirando. Sentía náuseas. Quería morir. Pero continuó mirando, a pesar de las arcadas que le sobrevenían.

El hombre estaba callado. La madre, sosteniendo con fuerza a su hijo, seguía rogando histéricamente a la gente que la dejase pasar. Su boca se movía sin ser oída; no podían oírla en medio del ruido que producía la multitud y el del solargiro que daba vueltas encima de ellos. Oyeron que alguien muy próximo a la ventanilla del solarcar decía a otro que habían guardado y criado a la criatura ilegal en un espacio aireado, oculto detrás de la pared de un cubículo. Habían sido descubiertos gracias a un informador, un vecino, al parecer una mujer. Señalaron a la vecina. Ésta permanecía de pie en la puerta entre los dos PolEst que habían echado afuera a los cónyuges condenados.

Casi al instante, como si hubiera estado programada para comportarse así, la gente cayó en un silencio mortal. Volvían la cara hacia arriba, observando al solargiro. El sudor, excremento procedente de sus excitadas glándulas, brillaba sobre sus rostros. Muchos se lamían los labios. Sólo la informadora seguía gritando con voz chillona:

—¡Bebé! ¡Bebé!

Uno de los PolEst, enfadado, le dio un bofetón en la cara para que dejase de gritar. Ahora el padre y la madre permanecían callados como los otros, esperando. De repente el silencio fue roto por el Bocazas, que flotaba alto en el espacio. Empezó a ofrecer una versión coral de «Adeste Fidelis». Sonaba obscena allí arriba en el cielo. Incluso a la multitud le parecía mal. No tenía derecho a interferir, a apoderarse de la escena en aquel momento.

Entonces, del vientre del solargiro cayó una gran semiesfera de un material blanco y transparente. En la superficie de la semiesfera estaba inscrita la palabra «transgresores». Una gran fuerza adicional de PolEst había llegado de todas direcciones y ahora hacían retroceder a la muchedumbre, dejando a los cónyuges y su hijo en un espacio pequeño y despejado. El solargiro fue bajando lentamente, mientras la base de la semiesfera descendía también poco a poco sobre el trío condenado. Los encerró en su asfixiante abrazo, y su pesada base golpeó el suelo con un fuerte sonido sordo. Ahora los transgresores estaban encerrados y, dentro de pocos momentos, serían asfixiados hasta morir. Ahora podía vérselos retorciéndose, esforzándose por respirar. Y, finalmente, quedaron quietos. La muchedumbre emitió un largo suspiro, profundo y catártico. Por fin la madre, el padre y la criatura encerrados dentro de la semiesfera estaban quietos, muertos. La multitud empezó a

alejarse arrastrando los pies. Los dejarían yaciendo allí envueltos en su transparente mortaja, durante unos días, como ejemplo para que lo vieran todos, por orden de la JustEst. Entonces se los llevarían, porque el espacio que ocupaban tenía su valor.

De repente, la informadora se puso a gritar de nuevo:

—Yo fui la primera que vio al bebé. ¡Yo lo he descubierto!

Los PolEst que estaban junto a ella no podían ocultar su desprecio. Uno de ellos sacó un cuaderno, escribió rápidamente una nota, arrancó la hoja de papel y se la dio.

Tenga —dijo—, le canjearán esto en la OficRación. Espero —agregó con voz acerada— que disfrute de sus calorías extras.

Vámonos de aquí —dijo Russ, secamente. Miró a Carole. Estaba aún trastornada—. Se acabó —dijo él—, se acabó.

Ella no respondió. Él movió la mano por encima de la placa-starter del tablero y se pusieron en movimiento.

—Russ —dijo ella finalmente—. Ha sido algo horrible. Cruel.

—Sí.

—No tenían ningún derecho. Ha sido un asesinato.

—Es una opinión —dijo él.

—¿Sí? —dijo ella—. ¿Cuál es la otra opinión? —añadió, con tono agudo.

—Tú conoces la respuesta tan bien como yo. Habían transgredido la ley —miró la cara de Carole, blanca y rígida—. Mira, confieso que el castigo ha sido severo. Pero ellos ya lo sabían. Conocían el riesgo, sabían en qué se estaban metiendo. Desafiaron a la suerte y perdieron.

—Parece como si lo aprobase.

—Yo no hago las leyes —dijo él.

—Pero sí las apruebas —persistió ella.

—Yo no he dicho eso.

—No. Pero lo piensas.

—Oye —dijo él—, ¿por qué me vienes fastidiando? ¿Qué he hecho yo?

—Tú estás de acuerdo con esos castigos.

—Hablemos en otros términos. El Edicto fue creado para proteger a la gente de sí misma. Dejar de procrear durante treinta años para que la población pudiera nivelarse y sobrevivir. Si el GobMund no hubiera aprobado ese Edicto, si hubiera seguido permitiendo a la gente el lujo de procrear cuanto les viniera en gana, entonces todo el mundo habría acabado por morir de hambre o asfixiado. Lo que quiero decir es que era una cuestión de vida o muerte. Y, a menos que la medida se aplicase a todo el mundo, *a todo el mundo*, no serviría para nada.

Y la única manera en que podía funcionar era... bueno, acabas de verlo —se detuvo—. Muy bien, confieso que no ha sido nada bonito. Pero ha funcionado. Personalmente, yo hubiera preferido que hubiesen escogido el programa de vasectomía. Entonces no habría habido ningún problema.

Russ se refería a un asunto que había sido discutido en la reunión del GobMund y

luego rechazado. Alguien había sugerido que el mejor modo de hacer efectivo el Edicto consistía en instituir un amplio programa de vasectomía, una sencilla operación quirúrgica efectuada en todos los varones de modo que ya no pudiesen fecundar a las hembras para que tuviesen hijos.

Pero esto había sido rechazado, por dos razones. En primer lugar, administrar un programa para enviar a miles de millones de varones a las clínicas para ser tratados de aquel modo era una tarea enorme. Teniendo en cuenta simplemente las cifras, haría falta tiempo, quizá meses, para cambiar a todos los hombres. En segundo lugar, alguien había señalado que el mundo podía verse sacudido por alguna plaga mortal. Las posibilidades eran remotas, pero aún así posibles. Se habían producido antes plagas misteriosas, relacionadas de una manera u otra con presiones y vulnerabilidades de la población, en las que habían muerto miles de personas antes de encontrar antídotos adecuados. Si algo así volviese a suceder, los varones supervivientes deberían estar en un estado en que pudiesen perpetuar la raza una vez más.

—Russ —dijo Carole—. Todo el mundo considera a esa gente (el hombre y la mujer que hemos visto asesinar allí abajo) como criminales.

—Y ¿no lo son?

—Yo no lo veo así.

—¿No?

—Son simplemente seres humanos que querían tener un hijo. Así es como lo hizo la naturaleza. Tenían tantas ganas de tener un hijo que estaban dispuestos a lo que fuese, a correr cualquier riesgo. Y no me importa lo que diga la ley. No me importa lo que el GobMund diga o lo que diga la JustEst. Creo que hay una ley más elevada que todo eso. Creo que si dos personas desean tener un hijo y están dispuestas a cuidar de él y quererlo, deberían tener el derecho de traerlo al mundo. Que todo el mundo debería tener ese derecho. Del mismo modo que se tiene derecho a respirar.

—No es una cuestión de derecho o no-derecho —dijo él pacientemente—. Es una cuestión de necesidad.

—Entonces habrían debido encontrar alguna otra solución.

—¿Qué solución?

—No sé. *Alguna*.

—Muy bien. Tuvieron en cuenta otra solución. Matar a toda la gente anciana. ¿Qué te parece eso, Carole? —Ella quedó callada y él la presionó.

—¿Habrías aceptado eso?

—No sé qué decirte...

—Entonces estarías dispuesta a matar a gente que vive, gente que está viva aquí y ahora, por otros que ni siquiera han nacido aún.

—Yo no he dicho eso.

—No —dijo él—, pero, en un momento decisivo, tu respuesta sería ésa, ¿no?

—Russ, basta.

—Ahora soy yo el que quiere una respuesta.

—A veces —dijo ella, encolerizada— te odio.

—Muy bien —él sonrió—. Ódiame todo lo que quieras. Mientras me quieras un poco también —alargó la mano y le tocó la cara—. Oye, hemos hablado de esto al menos cien veces. Ya sé que lo que has visto allí abajo ha sido una escena desagradable. Pero parece que me estés acusando...

«Te diré lo que me pasa, Russell Evans —pensó ella con furia—. Que llevo un hijo tuyo en el vientre. Sorpresa, sorpresa. Ya verás cuando te enteres.

»Ya verás...».

Siguieron todo recto por la Confluencia. Cada dos o tres manzanas, encajado en la superficie de plástico de la misma calzada, había un gran sincronizador de la hora, con sus cifras iluminadas marcando los minutos y segundos. Eran ahora las diez y cinco.

Russ giró a la derecha, hacia la Vía Central de la Ciudad Antigua.

—Me he olvidado de dónde viven exactamente —dijo.

Antes de salir de casa, Carole había cogido la cinta de su memobanco y la consultó:

—Manzana Treinta y Tres, Paseo Catorce, Rampa Quince, Edificio Cuarenta y Dos, Hilera Seis, Apartamento R-Cuarenta y Dos.

—De acuerdo.

Justo a la salida de la Confluencia pasaron por una larga serie de calles de juego, todas ellas cerradas, todas reservadas exclusivamente para los niños de edades comprendidas entre los ocho y diez años. Ahora no había niños de edad pre-escolar, ni los había habido durante los últimos tres años. Aquí, a causa de la escasez de espacio, el juego estaba racionado. A cada niño se le permitía una hora de libertad en la zona. Esta noche estas calles estaban todas desiertas, pero mañana estarían atestadas de miles de niños, chillando y aullando, también ellos luchando por conseguir espacio. Cada hora sonaba un silbato, y los niños de cada turno eran conducidos afuera por supervisores oficiales, llamados SuperVig, y entonces se permitía la entrada a los del turno siguiente para que tomasen su ración de aire y sol.

La Ciudad Antigua empezaba con un amplio crematorio, que se extendía al lado izquierdo de la Vía Central, a lo largo de, aproximadamente, medio kilómetro. Consistía en una enorme manzana achatada, un edificio grande y gris sin ventanas, con el techo moteado de respiraderos, y había una serie de entradas donde se recibía a los muertos. Este edificio era utilizado solamente para los que fallecían de enfermedad u otras causas naturales. Las Casas del Adiós, más abajo, donde la gente anciana iba a morir voluntariamente en el reciente programa de eutanasia, tenía crematorios propios.

Ya no quedaban cementerios en ninguna parte. La tierra había sido expropiada por el gobierno, a causa de la urgente necesidad de espacio habitable para alojar a los vivos. Las losas de los viejos cementerios habían sido trasladadas y sus inscripciones registradas y archivadas en el RegEst o en la Casa Popular de Registros. A muchos esto les había turbado. Los cementerios habían sido los últimos restos de espacio expropiados hacía unas décadas, y se habían oído vivas protestas cuando esto se había producido. No sólo a causa de la necesaria violación, sino porque la gente había sentido la pérdida de una continua identidad con sus antecesores. Una tumba era a

veces una fuente de consuelo. Una tumba era un lugar donde mantener vivo un recuerdo, donde llorar, verter amor, experimentar catarsis o expiación. Y, a veces, un jarrón lleno de ceniza, al menos para algunos, no llenaba esta necesidad emocional. La ceniza, si se pensaba en ello, podía ser *de cualquiera*. La ceniza era ceniza. La gente guardaba los restos de sus seres queridos en jarrones y los colocaban en algún punto apreciado de sus cubículos. Pero, finalmente, la mayoría acababa por tirar las cenizas. Incluso un pequeño jarrón ocupaba espacio.

Unos minutos más tarde, estaban en el corazón de la misma Ciudad Antigua.

A aquella hora de la noche, bajo el fantasmagórico flujo azul de las luces de Trion, el lugar parecía una grotesca máquina, un complejo laberinto de partes móviles. Todo aquí parecía estar moviéndose en todas direcciones. Todos los caminos y paseos, confluencias y galerías, se movían a un paso lento y majestuoso, correas transportadoras horizontales destinadas a llevar a los peatones de edad sin esfuerzo, evitándoles así el subir escalones. De estas correas salían escaleras mecánicas móviles, en forma de rampa, y cubiertas de plástico antideslizante, y éstas subían y se introducían en los mismos edificios, algunas directamente, otras curvándose, rodeando las rampas como negras serpientes vivas. Los EstMarkets y VendoMarkets atendían aquí solamente a los ancianos; los AliMarkets vendían en su mayor parte algas y plancton blandos y predigeridos. Había cuatro o cinco enormes establecimientos que se parecían ligeramente a aquellas instituciones una vez llamadas *drugstores* en la Antigua Norteamérica. Éstos eran GeriMarkets, cuyos productos medicinales estaban destinados especialmente a la gente de edad. De vez en cuando había un edificio profesional, dirigido por MedEst, cada uno de ellos plenamente ocupado por cientos de doctores que atendían solamente los males y dolores de los millones de ciudadanos ancianos que vivían en aquel sector oficialmente guardado. Cada manzana tenía el acostumbrado Salón de Felicidad, una zona de recreo donde los mayores podían reunirse, charlar, jugar a las cartas, leer, aprender nuevos entretenimientos o simplemente observar la SuperPantallaMural instalada allí. En aquel momento, estos refugios del aburrimiento estaban cerrados por el resto de la noche; hasta el día siguiente no volverían a abrir sus puertas, ya que la mayoría de sus clientes se retiraban temprano.

Las Casas de Adiós, sin embargo, permanecían abiertas para recibir a cualquier persona anciana que hubiese firmado los documentos necesarios, haciendo constar que estaba cansado de vivir y solamente deseaba la paz permanente.

Mientras Russ y Carole se acercaban al Bloque Treinta y Tres, unos cuantos ciudadanos ancianos estaban aún en los caminos móviles o en las escaleras mecánicas que los llevaban a toda prisa a sus casas. Sus ojos eran viejos, pero sus cuerpos eran sorprendentemente jóvenes. Y si sus rostros eran flacos, no era por su avanzada edad sino por la falta de comida.

A fin de tener derecho a vivir aquí, cualquier ciudadano tenía que tener al menos ochenta años. La edad media de los residentes de las Ciudades Antiguas era de cien

años. Muchos habían vivido ciento veinticinco años, y cierta cantidad habían alcanzado los ciento cincuenta años.

Este espectacular salto adelante en la esperanza de vida había empezado hacia 1980, cuando la antinomicina-22 había sido perfeccionada y había finalmente puesto fin a la amenaza del cáncer. Después de esto, los cirujanos habían perfeccionado una serie de técnicas que aumentaban en varias décadas la esperanza de vida de los enfermos del corazón. Éstas consistían, en parte, en cirugía cardiaca, pero principalmente en métodos de trasplante de corazón, que los cirujanos habían comenzado hacía mucho tiempo, allá en los años sesenta y setenta del siglo pasado. En aquellos tiempos sus métodos eran primitivos y habían perdido casi todos sus pacientes, pero habían aprendido conforme avanzaban. Finalmente la técnica del trasplante había llegado casi a la perfección y se había convertido en una rutina, no sólo en cuanto al corazón, sino también para otras partes del cuerpo —hígado, pulmones e incluso las partes genitales—, de modo que todo ciudadano anciano de más de cien años poseía varios órganos trasplantados, y todos los HospEst tenían un banco de órganos.

Pero el avance más sorprendente había sido el producido en medicina geriátrica básica. La principal enfermedad de la vejez, el endurecimiento de las arterias, había sido grandemente retardada en 1992, con el descubrimiento de una nueva clase de hormona tiroídica, reforzada con compuestos vitamínicos desintoxicantes, que podían tomarse en la simple forma de tabletas. Esta hormona tenía el poder de reforzar en gran medida el metabolismo casi completo de colesterol y otras grasas de la sangre, precipitándolos por caminos metabólicos normales y evitando que se depositasen como sustancias endurecedoras en el interior de las arterias.

Como consecuencia, millones de personas seguían viviendo, negándose a morir en el momento adecuado, y se habían construido grandes Ciudades Antiguas como ésta para acomodar a estos ancianos mal dispuestos. Y, cuando fallecían, en casi todos los casos la causa de la muerte era la desnutrición o alguna complicación resultante de ésta.

—Entrad, entrad —dijo Ellen Herrick.

Carole la abrazó y besó, y Russ, un poco avergonzado, hizo lo mismo. Era una mujer baja, vivaz, con ojos azules y brillantes y el cabello blanco. Tenía ciento quince años pero parecía que tuviera ochenta.

—¿Dónde está el doctor Andrew? —Carole quería saberlo. Lo había llamado así cuando era niña y, de vez en cuando, obedecía aún a aquella costumbre.

—Oh —la cara de la anciana se nubló visiblemente—. Está en cama. El doctor Anderson está con él ahora.

—¿Sí? ¿Qué tiene?

—Bueno, como ya sabes, querida, no se ha sentido muy bien últimamente. Hará como una hora, su medidor de fatiga ha dado la alarma.

Éste era un nuevo aparatito que acababa de salir al mercado. Se llevaba como un

reloj de pulsera y medía automáticamente la presión sanguínea y los esfuerzos y tensiones del cuerpo. Daba la alarma siempre que era hora de tomarse unas vacaciones o ver a un médico para hacerse un chequeo. También señalaba por la mañana cuando su portador, fisiológicamente hablando, había dormido lo suficiente. Y los doctores lo habían encontrado útil para ciertos pacientes, especialmente los ancianos.

—El caso —continuó Ellen— es que cuando empezó a sonar de aquel modo llamó al doctor Anderson.

Tanto Russ como Carole conocían a Anderson, aunque siempre hubiesen llamado al doctor Herrick. Carole estaba preocupada.

—¿Es algo físico?

—Oh, no. Necesita más comida, claro, pero no podemos hacer nada a ese respecto. Es sólo que está muy deprimido. Bueno, pasó su centésimo cuadragésimo cumpleaños la semana pasada. Cree que está realmente acabado. Me temo que le cuesta hacer frente a la vejez. —Ellen Herrick vaciló—. Temo que está preparándose para ir a la Casa del Adiós.

—¡Vamos, eso no hay ni que pensarlo!

—Supongo que no, Carole. Pero veo los síntomas, querida, y no puedo cerrar los ojos ante ellos. Al fin y al cabo, se han ido diez de esta manzana el mes pasado, gente incluso más joven que Andrew —se mostraba tranquila, casi resignada—. Me parece que ya está perdiendo las ganas de vivir. No se interesa por nada. He intentado hacerlo bajar al Salón de Felicidad, hacer que aprendiera algún juego, que se relacionase con otra gente, que se crease alguna especie de programa de supervivencia. Pero es que no quiere ir. Apenas dice ya una palabra.

Cada Ciudad Antigua tenía una serie de Casas del Adiós. Éstas habían sido creadas por el Estado para inducir a los ancianos a autoliquidarse. Eran constantemente anunciadas por el Bocazas y en las pantallas murales como forma de salida digna y sin dolor, enormemente superior al anticuado y a veces desagradable suicidio. Muchos de los ancianos que buscaban una salida sentían repulsión a la idea de acabar con su vida con sus propias manos. En una Casa del Adiós, esta responsabilidad, o culpa, quedaba completamente fuera de las manos de la persona que allí se dirigía. Otra persona lo hacía por ella.

El Estado estaba profundamente interesado en eliminar bocas de más, y la PropGob ofrecía la campaña con un tema alegre: «Si hay que irse, hay que irse. ¡Pero, Sr. Ciudadano Anciano, qué manera de irse!». Lo único que hacía falta era firmar los documentos oficiales necesarios, manifestando simplemente que el interesado estaba cansado de esta vida y deseaba abandonarla. Entonces, en una fecha que él mismo escogía, bajaba a la Casa del Adiós, acompañado por amigos y parientes si así lo deseaba. Allí, rodeado de un ambiente agradable, luces suaves y música tranquila, se sentaba a una mesa solo y se le daba una última cena, una comida completa y abundante, todas las calorías que podían caber en su cuerpo. El

Estado se alegraba de suministrar las calorías adicionales para este ostentoso gasto final. Después de eso, podía utilizar la capilla si quería. Entonces se despedía de aquellos que lo habían acompañado, era conducido a una cámara y liquidado sin dolor e instantáneamente mediante gas. Y de allí era llevado directamente al crematorio.

El cubículo de los Herrick era pequeño, estéril y completamente funcional. Todo el mobiliario era moldeado, de fibragel vertida, y diseñado con esquinas y bordes redondeados a fin de eliminar cualquier contacto doloroso con caderas y cuerpos envejecidos. El dormitorio no era más que un nicho extra del cubículo, separado por una puerta. Ahora salió el doctor Anderson y Ellen Herrick fue hacia él llena de ansiedad.

—¿Cómo está?

—Se le pasará, Ellen. Le he dado un poco de tranquilizante. Lo que realmente necesita es descansar.

—No ha sido él mismo últimamente. A veces me da miedo.

—No creo que haya nada de qué preocuparse. Siga dándole tres tranquilizantes al día y procure que descanse mucho. Vendré a verlo mañana. Si no mejora haré que el terapeuta de la manzana suba y pase una hora o dos con él. Lo importante ahora es mantenerlo mentalmente ocupado. Tiene que tener algo en qué pensar. Ésa es la mejor medicina posible para él.

El doctor Anderson era un hombre alto, muy parsimonioso y con una mata de cabello gris. También él vivía en la Ciudad Antigua, aunque su edad apenas le daba derecho a ello. Tenía ochenta y dos años y, de hecho, era considerado como un residente joven.

—Pero ¿por qué tiene esas depresiones? —preguntó Carole—. ¿Hay alguna... bueno... alguna razón básica?

—Bueno —dijo el doctor Anderson—, digámoslo de este modo. La mayoría de la gente de edad no tiene interés en vivir más allá de los cien años, y muchos más aún menos. La vida se convierte para ellos en una serie de días vacíos que no conducen a ninguna parte. Ya hemos inventado hormonas para mantener sus cuerpos jóvenes, pero nada que tenga el mismo efecto en sus mentes, y todavía no hemos inventado nada que detenga la senilidad del cerebro —se detuvo, pensativamente—. ¿Saben ustedes? Como doctor con una visión más amplia, una visión social, probablemente sería más útil aplicando mis dotes a eliminar sin dolor a los que creo que ya no tienen ningún deseo de vivir. Los que no pueden decidirse a ir a una Casa del Adiós. Lo negaré si ustedes me lo mencionan, pero he estado tentado a hacer precisamente esto una cantidad innumerable de ocasiones.

—Pero, naturalmente, no puede.

—No. He prestado juramento y, emocionalmente, así como profesionalmente, mi deseo y mi deber es el de curar, cualesquiera que sean mis convicciones. Pero una cosa sí sé. La muerte tiene dos caras. Una buena y Una mala. Dirige su cara mala a

los jóvenes, los que tienen salud, los útiles. Y dirige su cara buena, su cara benévola y piadosa, a los viejos, los enfermos, los que mueren de hambre, los hombres que sufren o están desahuciados, y a los que no pueden soportar la culpa.

—¿Culpa? —dijo Russ—. ¿Qué culpa?

—Bueno, el doctor Herrick es un caso de culpa. Siente, y me lo ha dicho así, que, con su sola presencia, está gastando comida, robando a los jóvenes. Piensa que, si no fuese por él, y los miles de millones de personas ancianas como él, no se habría producido el Edicto.

—Eso es ridículo —dijo Carole.

—Sin embargo —dijo el doctor Anderson—, la culpa existe.

—¿Podemos entrar a verlo ahora?

El doctor Anderson asintió con la cabeza:

—Bueno. Pero sólo un momento.

Se fue y ellos entraron en la alcoba. Andrew Herrick yacía tranquilo, los ojos clavados en el techo, perdido en algún recuerdo remoto. Su rostro estaba arrugado, increíblemente delgado, pergamino tendido sobre hueso, y barboteaba algo incoherentemente. Carole alargó el brazo, tocó suavemente la cara del anciano. Los ojos de Carole estaban húmedos.

—Doctor Andrew —dijo suavemente—. Soy Carole.

El viejo volvió la cara lentamente y la miró. Sus vidriosos ojos azules fijaron la vista en ella intensamente. Entonces llegó a ellos lentamente el reconocimiento. Sonrió débilmente y le tendió una delgada mano. Ella la cogió y la sostuvo con fuerza.

—Te reconoce —dijo Ellen; entonces sonrió—. Es natural. Al fin y al cabo, fue él quien te trajo al mundo, y a tu padre, y al padre de tu padre.

Entonces los ojos del viejo pasaron del reconocimiento a una expresión intensa, como angustiada. Y empezó a barbotear:

—Yo estoy vivo... y el bebé que vosotros deberíais haber tenido... —Su voz se apagó—. No lo sabíamos. Es que no lo sabíamos...

Carole le cogió la mano y la apretó contra su mejilla. Ahora el anciano volvió a caer en la apatía. Carole estaba molesta.

—No había creído que estuviese tan mal —dijo a Ellen.

—Oh, sale de ese estado de vez en cuando. No está siempre así. Yo... yo sólo espero que pueda encontrar algún interés en seguir con vida.

Y Carole pensó desesperadamente: «No te vayas, doctor Andrew. Aún no. Puede que te necesitemos algún día. Nunca se sabe».

Carole estaba sentada en el suelo sobre un cojín en una especie de postura yogui. Russ yacía en un sofá al otro lado de la estancia, escuchando música transmitida por el Bocazas. Acababan de venir de la Ciudad Antigua y los dos estaban cansados. Para Carole en especial había sido una velada penosa. El robo de las hortalizas, luego presenciar el castigo y después de esto, ver al doctor Herrick la habían dejado deprimida, melancólica y vacía.

—Russ —dijo de repente—. Quiero un árbol.

—¿Qué?

—Quiero un árbol de Navidad.

—Nunca lo has querido hasta ahora —dijo él. Carole siempre había rechazado esta idea porque no había niños en la casa para disfrutar de él.

—Ya lo sé.

Él cesó de interrogar. En cambio, señaló el tablero de mandos y dijo lánguidamente:

—Adelante.

El tablero estaba sólo a un paso de Carole. Se acercó a él sin levantarse del suelo y lo encendió. Manipuló una combinación de tres o cuatro botones y la pantalla mural se iluminó. Desde la pantalla blanca y vacía, se oyó la voz electrónica de la dependienta de unos grandes almacenes:

—MetroMarket Noventa y Seis. Departamento, por favor.

—Árboles y arbustos —dijo Carole.

La pantalla mural se iluminó de repente mostrando el departamento de árboles y arbustos. Éste consistía en un amplio bosque de plantas, arbustos y flores en tiestos, un tumulto de color. En primer plano había una serie de pequeños árboles de Navidad. En realidad estaban hechos de vertiplast cuidadosamente moldeado, de modo que todas las ramas pendiesen de un modo natural. Se podía jurar que eran auténticos.

Ahora salió a la pantalla un dependiente. Era un hombre joven y bien parecido, con confianza en sí mismo y suntuosamente atractivo. En cuanto vio a Carole mostró la mejor de sus sonrisas. Costaba poco trabajo ver que la encontraba algo más que simplemente atractiva.

—Buenas noches, señora. ¿En qué puedo servirla?

—Desearía un árbol de Navidad, por favor.

Él asintió con la cabeza y se dirigió hacia un grupo de árboles:

—Aquí tenemos varios tipos. Todos hechos del mejor vertiplast —los enseñó uno a uno—. Bálsamo, abeto azul, pino nórdico... Como puede ver, tenemos dónde elegir.

Carole los observó un momento, no pudo decidirse y se volvió hacia Russ.

—¿Qué te parece a ti?

Él se encogió de hombros.

—Es tu árbol. Escógelo tú. A mí me parecen todos iguales.

Esta breve pausa dio tiempo al dependiente para devanear aún más con Carole. Ésta estaba en el suelo en una posición que exponía plenamente sus muslos suavemente curvados, y, evidentemente, esto le gustaba al dependiente. Carole se levantó y se acercó a la pantalla para ver mejor los árboles. La apreciación por parte del dependiente se vio agudizada por el hecho de que al hacer esto, la bata suelta que Carole llevaba se abrió ligeramente pero lo bastante para que el dependiente pudiera ver la mayor parte de su escote.

Carole frunció los labios, observando los árboles con atención. Y dijo finalmente:

—Me quedo con el abeto azul.

—Muy bien —dijo el empleado; daba a las palabras un énfasis especial, zalamero—. Pero que muy bien —se acercó más a la estancia, hasta el primer plano de la pantalla mural, farfullando su discurso provocativamente—. ¿Alguna fragancia en particular? Tenemos todos los tipos. Ligera, mediana o fuerte. Unas sutiles, otras fuertes, otras aromáticas. Y sería —agregó, sonriendo directamente a los ojos de Carole— un gran placer para mí entregarle el árbol personalmente.

Carole se dio cuenta súbitamente de que estaba enseñando algo y se cerró rápidamente la bata sobre los senos. El dependiente volvió a sonreír.

—Estupendo —dijo—, estupendo. Siempre que necesite un nuevo compañero... comuníquelo.

En aquel momento Russ tenía una bebida en la mano. De repente, furioso, arrojó el vaso contra la pantalla mural. Éste rebotó en la pantalla y el dependiente sonrió, moviendo un dedo amonestador:

—Calma, calma...

—¡Hijo de perra! —bramó Russ.

Se dirigió al tablero y apretó el botón de apagado. La pantalla mural quedó en blanco. Carole miraba fijamente a Russ, pasmada. Una súbita y deliciosa excitación se agitaba dentro de ella.

—Vamos, cariño —dijo—, ¿por qué todo eso?

—No sé. —Russ sacudió la cabeza de derecha a izquierda como perplejo ante su propia reacción—. Supongo que me he puesto de mal humor porque ese bastardo estaba intentando relacionarse contigo.

—¿Qué tiene eso de extraño?

—No sé.

—Todo el mundo intenta juntarse con todo el mundo. ¿Por qué voy a ser yo diferente?

—Porque lo eres —dijo él, con voz apagada.

Ahora era ella quien lo azuzaba:

—No seas tan anticuado, cariño. Ya sabes que es el procedimiento normal de comportamiento.

—No en *mi* casa.

—En tu casa o fuera de ella.

—Dejemos correr el asunto, ¿quieres?

—¿Por qué? —dijo ella; estaba disfrutando con todo aquel asunto; esto era algo que no había visto hacía mucho, mucho tiempo, en Russ, y le encantaba—. ¿Intentas decirme que estás *celoso*?

—Digamos tan sólo que no me gustaba la idea de que estuvieses tumbada por ahí delante de la pantalla mural con las faldas arriba y enseñando los senos —ahora estaba realmente enfadado—. ¿De acuerdo?

—Interesante —dijo ella—, muy interesante. Me refiero a tu reacción remilgada —ahora empezó a burlarse de él, sólo para ver por dónde iba—. Russ, ¿qué te ha pasado? ¿Cómo es que te has vuelto tan posesivo de repente? Es realmente una estupidez.

—¿Lo es?

—Claro que sí. Tu mejor amigo, George, puede tenerme cuando quiera y donde quiera, y tú puedes tener a Edna o a cualquier otra que desees, ¡y *lo sabes*!

—¡No! —gritó él.

—¡El Estado dice que *sí*!

—¡A la mierda el Estado! ¡Que programen a todos los otros idiotas; yo ya estoy harto!

—¿Desde cuándo?

—No sé —dijo él, confuso—. Desde ahora, supongo. O quizá desde hace ya mucho tiempo. No sé —entonces, la miró agresivamente, retándola a reírse de él; pero ella no lo hizo; había dejado ya de incitarlo, y se mostraba seria—. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo ella suavemente.

Entonces él la cogió y ella comprendió que algún nervio muy escondido dentro de Russ, y largo tiempo descuidado, había sido tocado duramente, y, por su propia parte, ella respondía del mismo modo. Lo único que habían conocido era un mundo de plástico, un mundo donde la gente era moldeada, donde se le daba forma, donde era pulida y programada para servir a algún fin, y en este momento ellos eran dos personas dentro de él que de repente estaban descubriéndose la una a la otra. Sintió como él le arrancaba la bata con un largo tirón y fue a su encuentro salvajemente, clavándole las uñas en la espalda. Carole respondió de una manera completamente diferente, de manera que ella nunca había experimentado en los ocho años que llevaban juntos, primero como extraños, luego como pareja y finalmente como cónyuges...

Yacían allí agotados, sintiéndose ambos muy bien y en paz. Finalmente, Carole dijo:

—¿Qué me dices de mi árbol de Navidad?

—Bueno. ¿Qué quieres que te diga?

—Estropeaste la venta. ¿Te acuerdas? —Carole se preparó para levantarse—. Quizá debería probar en el VendoMarket Central.

Él tiró de ella haciéndola volver al suelo:

—Olvídate de eso. Que cojan su vertiplast y lo metan donde les quepa. Yo te conseguiré un árbol de verdad.

—¿Dónde?

—En el parque. ¿En qué otra parte podría robar uno?

Carole vio que hablaba en serio y se asustó.

—No —dijo—. No puedes hacer eso. No te dejaré.

No me verá nadie —dijo él—. Hace un tiempo estupendo y está oscuro fuera. No hay luna.

—Pero supón que *te cogen*. Eso significaría la cárcel...

—No te preocupes. Iré con cuidado. Hay un grupo de abetos detrás de la casa... a unos cientos de pasos. Y no hay guardias en aquella zona. Claro que luego encontrarán a faltar un árbol. Pero le echarán la culpa a algún ladrón furtivo. Ocurre a cada momento.

Se levantó y empezó a vestirse para salir y, de nuevo, ella intentó detenerlo.

—Por favor, Russ. Eso es una locura.

—Muy bien —dijo él—, es una locura. Pero ¡maldición!, por una vez en mi vida me gustaría tener algo *auténtico* —se mostraba de repente vehemente, hablaba con pasión—. Algo natural, tal como lo hizo Dios. Algo que no sea falso, simulado, sintético, programado o fabricado —la tomó por los hombros y la sacudió, mirándola con furia—. Por una vez en mi vida. Sólo una vez. ¿De acuerdo?

Ella sabía que era inútil discutir con él y que nada lo detendría.

Una hora más tarde, Russ estaba de vuelta con un pequeño abeto. Lo había arrancado por las raíces, para hacer que pareciera un robo, y luego había cortado las raíces y las había enterrado. Lo puso en pie en un rincón de la estancia y la fragancia de sus agujas pareció llenarla toda. Se quedaron allí sentados contemplándolo, embriagados por su fuerte perfume, pero más embriagados aún por la consciencia de lo que en realidad era.

—Russ —dijo ella—. Es hermoso.

Él sonrió:

—Tú sí que eres hermosa. Los dos somos hermosos. Esta casa es hermosa.

Ella seguía inquieta.

—¿No crees que alguien puede sospechar...?

—No te preocupes por eso. No hay manera de ver la diferencia entre eso y el vertiplast. Es imposible.

Tenía razón. Los árboles sintéticos que se fabricaban tenían exactamente el mismo aspecto, olor y tacto que los auténticos. Ni siquiera tenían que preocuparse

cuando las agujas de su pequeño abeto se secasen y se cayesen de sus ramas. Había algunas especies de árboles y arbustos artificiales de venta en el mercado que estaban tratados químicamente para que imitasen a la naturaleza, y esto era lo que hacían. Incluso, a algunos había que regarlos para que las hojas o las flores permaneciesen frescas. De otro modo, se marchitaban.

Carole acarició con los dedos el esbelto tronco del abeto y hundió la cara en las fragantes agujas, gozando con su tacto sensual y auténtico.

—Bueno —dijo ella—. Lo único que falta es un niño; un niño de verdad —vaciló sólo un momento—. El nuestro.

Algo en su voz llamó la atención de Russ. La miró fijamente. Y, al ver sus ojos, su cara, lo supo.

—Estás bromeando —dijo.

—No —dijo ella—. Es cierto.

Él siguió hablando como si nada:

—¿Cuándo ha ocurrido?

—Hace tres meses.

Él inclinó la cabeza hacia el cuarto de baño, intentando imaginársela:

—Así que no utilizaste el aparatito. Te lo saltaste...

—Sí.

Russ pensó en ello un momento. Entonces se dio cuenta de que aquello no era tan inusitado. Desde el Edicto había a menudo mujeres que quedaban embarazadas y llevaban el crío una temporada sólo para experimentar cómo era aquello. Pero, naturalmente, la cosa no pasaba de ahí. El Estado comprendía este anhelo y lo tenía previsto. Era extremadamente tolerante y, naturalmente, no había castigo para eso, siempre que no fuese demasiado lejos. Comprendía lo que Carole sentía, y dijo suavemente:

—Muy bien. No es ningún problema. Pero será mejor que vayas al LabAbort y te ocupes de ello.

—Russ, cariño, no lo comprendes... Quiero realmente tener este bebé.

Él la miró fijamente:

—Te has vuelto loca.

—Lo digo en serio. Voy a tenerlo. *Vamos* a tenerlo.

Russ vio que aquello no era ningún juego; que ella hablaba en serio.

—¿Te has vuelto loca?

—Si quieres llamarlo así... Como tú con el árbol.

—¡Eso era diferente, por el amor de Dios!

—Yo también quiero algo auténtico.

Russ empezó a hablarle suavemente, como si ella fuera una niña sobreexcitada.

—Ya sé lo duro que ha sido esto para ti —dijo suavemente—. Pero es algo que tienes que soportar, como el resto de las mujeres —la tomó por los hombros y le sonrió—. Escucha esto. Lo dejaré durante unas vacaciones. Voy a tenerlas pronto.

Iremos juntos a algún sitio. Los dos solos. Descansar, olvidarlo todo... ¿De acuerdo? Entre tanto, será mejor que hables con el doctor Ives. Él te pondrá bien enseguida...

—Russ —dijo ella—. Me parece que no lo entiendes. Voy a tener este bebé.

—¿Cómo? —dijo él—. ¿Dónde? ¿En la luna? ¿En algún lugar del espacio exterior? Por el amor de Dios, Carole, haz un esfuerzo. Sabes que eso es imposible. Sabes lo que pasaría. Te cogerían el niño y lo matarían. Y también a nosotros. Muy bien; has dejado que llegase hasta aquí, y también eso ha sido una estupidez. Pero lo has hecho y lo hecho, hecho está. Si lo que necesitas es una operación, pues muy bien, que te la hagan. Puedes llamar al doctor Anderson...

—No.

—Si no lo haces tú lo haré yo.

—Si lo haces te dejaré.

—No lo dirás en serio —dijo él despacio.

—Pienso tener este hijo —dijo ella—. Tu hijo. Contigo, Russ. O sin ti.

Permaneció allí plantado, perplejo, observándola incrédulamente, sabiendo que hablaba en serio, asombrado de que hablase realmente en serio.

—Nadie se enterará —continuó ella—. Tengo un plan, Russ. Llevo un año planeándolo. Hay una manera de que tenga este hijo y lo mantenga en secreto.

—No hay ninguna manera.

—¿Quieres escucharme...?

—No quiero ni siquiera oír hablar de ello.

—Cariño, por favor. Siéntate ahí y escucha...

Rápidamente, sin aliento, ella le contó los detalles. Él permaneció allí sentado con el rostro pálido, escuchando y sin interrumpir ni una sola vez. Y, cuando hubo terminado, ella lo miró suplicante.

—¿Y bien?

—Te diré una cosa —dijo él—. Es ingenioso.

—¿Pero...?

—No saldrá bien.

—Dime por qué no.

—Es una locura —dijo él—, es imposible. Ni siquiera quiero hablar de ello.

Ella no quería librarlo del anzuelo y siguió todavía presionándolo:

—Dame una razón por lo que no haya de salir bien.

—Tienes que estar loca para intentar eso.

—Todavía no me la has dado.

—Muy bien —gritó él—. Muy bien. Quizá pudieses tener el bebé sin que nadie se enterase. Digamos que podrías lograr eso. Pero ¿y después?

—Te lo he dicho.

—Te estás engañando a ti misma. La gente no es tan tonta. Edna Borden, por ejemplo. Es lista y se da cuenta de todo. Olería lo que pasa. ¿Crees que puedes engañarla?

—Sí, creo que puedo.

—*Crees que puedes* —dijo él furioso—. Bien, pues buena suerte. Pero ¿cuánto tiempo?

—Es un riesgo que hemos de correr.

—Es un riesgo que no vamos a correr —dijo él—. Y se acabó.

—Quizá para ti —dijo ella tranquilamente—. Pero no para mí.

—Carole, escucha. Hemos tenido un día difícil. Durmamos y pensemos. Reflexionemos. Quizá pienses de otro modo mañana. Tómate un poco de tiempo.

—No hay tiempo —dijo ella—. Tenemos que decidarnos ahora mismo. Esta noche.

—Pero, por el amor de Dios, ¿por qué?

—Porque pronto empezará a notarse —su mano fue hasta su abdomen—. Y entonces será demasiado tarde.

En la casa contigua George y Edna Borden estaban acostados, uno en brazos del otro. Edna sonreía en su sueño, contenta y satisfecha, mientras George roncaba a intervalos.

El bebé empezó a llorar en su cuarto. George, despertado bruscamente de su sueño, se incorporó y escuchó un momento.

—¡Maldita sea! —dijo.

Edna abrió los ojos y sonrió:

—Oh, George, es Peter. Estará mojado. Ve a cambiarlo.

—Santo cielo —gruñó George—. Que grite un poco. Ya volverá a dormirse.

—Es tu hijo —dijo Edna—. Y no volverá a dormirse —se estiró perezosamente, haciendo que sus senos se saliesen del camisón.

—Oh, muy bien.

Edna gritó hacia la otra habitación:

—No llores, Peter, pequeñín. ¡Papá viene! —George salió de mala gana de la cama, y, musitando para sí mismo, descalzo, fue andando pesadamente hasta el cuarto del niño, difusamente iluminado por una luz nocturna. De repente, al tropezar con algo, soltó un alarido.

—¡Maldita sea!

—George —dijo Edna—. No debes renegar delante del niño. ¿Qué te ha pasado?

—¿Por qué dejas siempre esos malditos juguetes por el suelo? —dijo George, frotándose el dedo dañado.

—Lo que ha pasado es que Peter los ha tirado. Eso no se puede evitar, ¿verdad, cariño?

«No —pensó él furiosamente—, supongo que no se puede». Él había seguido el curso de orientación para padres, naturalmente, donde le habían enseñado a dar gusto a su cónyuge en todos los aspectos, a unirse a su fantasía y no ponerla nunca en duda.

Si se mostraba siquiera una pizca de escepticismo, le habrían advertido, toda la relación madre-hijo se vendría abajo, y era seguro que la sustitución protética fracasaría. George se había esforzado mucho y había sido un buen padre en todo momento. O, al menos, así lo creía él. Pero ahora, reflexionó, Edna exageraba. Una cosa era aceptar una idea, pero otra era mostrarse tan tonta al respecto. El plástico era plástico, programado o no, ¿cuándo se llegaba al límite?

Empezó a ponerle los pañales a Peter y el niño dejó de llorar y se puso a gorjear. Pero George era torpe y, con uno de los diminutos cierres de presión, pellizcó la carne de Peter en lugar del pañal desechable. El crío profirió un grito escalofriante y siguió sollozando.

Edna entró corriendo:

—George —gritó—, ¿cómo puedes ser tan cruel?

—¿Cruel? —Le gruñó él—. ¿Quién es cruel? Este malcriado es cruel. ¿Por qué tengo que levantarme en medio de la noche para cambiarle los pañales sucios? ¿No podemos programarlo de modo que no se ensucie, por el amor de Dios?

Se mordió la lengua al decir esto, recordando que le habían enseñado en el curso de orientación que no debía introducirse cambio alguno en la rutina natural del bebé, porque ello disgustaría a la madre. Observó furtivamente a Edna, pero, afortunadamente, ésta no se había dado cuenta de la observación.

—Vamos —dijo ella—, deja que lo haga yo.

Apartó de George al desconsolado bebé:

—Vamos, vamos, cielo, si no pasa nada. Mami está contigo —el sollozo se convirtió en un plañido y George permaneció allí, confuso, viendo cómo Edna terminaba de poner los pañales con manos rápidas y diestras.

—¿Puedo volver ya a la cama?

—Claro —dijo ella. Después, frotando la nariz contra Peter, dijo—. Duérmete, niño. Mamá y papá quieren al pequeño Peter arrulló y besó al niño y volvió a dejarlo en su cuna. Los párpados del niño se agitaron un momento y suspiró profundamente. Se durmió enseguida.

Edna salió de puntillas del cuarto del niño y se reunió con George en la cama.

—Cariño —dijo ella—. Has de intentar ser mejor como padre.

—Lo hago lo mejor que puedo.

—Ya lo sé. Pero quizá no te vendría mal un repaso de orientación.

—De acuerdo, cielo —dijo él—, lo que tú digas.

—Ya sabes, cariño —dijo Edna, envolviéndolo con sus brazos—, que Peter necesita tener la imagen de un padre fuerte y cariñoso con la cual identificarse. Los padres son terriblemente importantes. No querrás que nuestro hijo se identifique demasiado conmigo, ¿verdad? Ya sabes lo que puede pasar si lo hace.

En aquel instante, a George Borden no le importaba demasiado ni una cosa ni la otra.

—Muy bien, Edna. Lo que tú quieras. Pero deja que vuelva a dormirme.

Ella permaneció callada un momento y, cuando él casi se había dormido de nuevo, dijo:

—Cariño, ¿sabes una cosa?

—¿Qué?

—Estaba pensando... ¿No sería maravilloso tener una chiquilla? La llamaríamos Susan, como mi abuela. Es un nombre bonito, aunque anticuado, para una niña —se detuvo—. ¿Qué te parecería a ti eso de tener una niña?

—De acuerdo —dijo él—. De acuerdo. Ya hemos hablado de eso antes. A mí me parece bien. Devolveremos a Peter y que nos den a Susan.

—Lo que yo digo es tener dos hijos, George. Peter y Susan. Creo que sería divertido tener una familia más amplia. ¿No te parece?

—Sí —dijo él—. Estupendo. Estupendo.

—Pensaba tener un bebé. Pero ahora creo que cogeré una que ya ande. De unos dos años, digamos. Es una edad estupenda, especialmente para una niña. ¿No te parece a ti?

—Lo que tú digas, cariño —gruñó él. Se volvió, se dejó caer sobre el estómago y empezó a roncar de nuevo.

Era el alba cuando se despertó y oyó a Edna que sollozaba suavemente a su lado. Intentó tomarla en sus brazos, pero ella lo repelió fieramente. En el cuarto contiguo, Peter volvía a llorar. Pero esta vez Edna no hizo ningún caso.

—Edna —dijo él—. El bebé está llorando.

—Déjame tranquila, George. Déjame tranquila.

Continuó sollozando, la cara hundida en la almohada, y él pensó: «ya está otra vez. Tiene otro de sus ataques». Tres veces en los últimos dos meses, y cada vez parecía ser peor. Antes o después tendría que poner en orden sus ideas.

—Si no, todos se verían en un lío.

Al alba, ni Russ ni Carole habían dormido. Durante toda la noche él había intentado hacerla cambiar de idea. Pero ella había permanecido firme. Para cada argumento que él presentaba, ella tenía una réplica. La fría lógica de Russ se estrellaba contra los sentimientos de Carole. Él no podía hallar un punto de penetración. Era como intentar convencer a una madre superiora de que cambiase de fe. Estaba desconcertado, airado y frustrado. Probó los gritos y la dulce voz de la razón. Nada. Amenazó con abandonarla o hacerla marchar. Ella le dijo que, si estaba asustado, tenía derecho a protegerse y que ella lo comprendería. Él amenazó con decir a todos que estaba embarazada. Ella le dijo tranquilamente que, si hacía eso, sería *ella* quien lo dejaría y no volvería a verla jamás.

Ahora, mientras la luz de la mañana empezaba a filtrarse por la ventana, él seguía ocupado con ello, tan agotado que se estaba repitiendo a sí mismo sin darse cuenta:

—Ya sabes cuál es el castigo.

—Lo sé.

—Es una ley inapelable. No hay amnistía que valga. ¡Mi puesto como FuncEst no servirá, lo que se dice, de nada!

—Ya hemos hablado de eso.

—Pues hablemos otra vez —dijo él, sombrío.

—¿Por qué?

—Porque has perdido la capacidad de razonar.

—Creo que no me entiendes.

—No. Demonios, claro que no te entiendo.

—Quiero sentir que estoy viva. Para mí, eso significa tener este hijo.

—Pero arriesgarse a la muerte...

—Llevo ocho años muerta. Al menos como persona, como mujer, como ser humano. ¿Qué tengo que perder? Si no tengo este hijo es el fin, de todos modos. Al menos para mí.

Él la miró fijamente:

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no desearía seguir viviendo —dijo ella tranquilamente— en este mundo.

—Estás intentando asustarme.

—Lo siento. No quería hacer eso.

—Yo llamo a esto extorsión —dijo él categóricamente.

—Llámalo como quieras —dijo ella con voz fatigada—. Pero es lo que yo siento.

Él cerró los ojos, aturdido. Se sentía un poco mareado. Sabía que ella hablaba en serio en cuanto decía y era capaz de seguir adelante en todo ello. Se sentía derrotado,

deprimido por la inutilidad de su ataque. Carole era como una piedra. Pero volvió a probar:

—No podrás llamar a un médico. Eso ya lo sabes.

—Lo sé.

—Entonces, ¿cómo esperas...?

—Sé lo que tengo que hacer. Practicaré el parto natural. Lo he estudiado a fondo.

—Podrías morir.

—Lo sé. Pero no me da miedo.

Desesperado, Russ probó otro plan de acción:

—Ese plan tuyo para esconder el bebé no saldrá bien.

—Claro que sí.

—Está lleno de fisuras. Demasiados «si...» y «pero...». Seguro que, antes o después, se enterarían.

—¿Cómo?

—No sé. Puede pasar cualquier cosa. Pueden oírlo llorar alguna noche.

—Oírla.

—Muy bien —dijo él con impaciencia—, oírla. Un bebé no es sólo una cosa. Está vivo. Necesita cuidados. Hay que meter y sacar cosas del refugio... Comida, pañales, todo. Quizá nos olvidemos. Quizá nos olvidemos sólo una vez y dejemos esa puerta abierta. Edna y George están entrando y saliendo de nuestra casa constantemente.

—Pues tendremos que acordarnos.

—Edna no se lo tragará. Me refiero a que tú te vayas y me dejes. Comprenderá que hay gato encerrado.

—No, no lo verá. Sabe que he estado disgustada, que he sido infeliz, la realidad. Sabe que te he echado la culpa por lo que pasó hace años. Pensará simplemente que me he cansado de ti. Cuando yo me vaya tú serás soltero y te tendrá todo para ella. Le encantará esa situación y no hará demasiadas preguntas. Y tú puedes colaborar.

—¿Cómo?

—Mostrándole lo solo que estás.

—¿En la cama, quieres decir?

—Claro. ¿Dónde, si no?

—Maldición, Carole, no quiero hacer todo eso con Edna. Ya he *tenido* a Edna.

—Sí —dijo ella—. Ya sé que la has tenido.

A Russ no le gustó el modo en que ella lo decía:

—Pero ¿qué significa eso?

—Significa lo que tú quieras que signifique.

—Ahora te muestras muy sutil y estamos jugando...

—Lo único que tienes que hacer es tenerla contenta hasta que yo vuelva de repente dentro de seis meses. Eso no es muy difícil.

—Te has olvidado algo —dijo él—. Supón que, por algún motivo, George decide trasladarme. O echarme.

—Y ¿qué?

—Entonces todo el tinglado se nos viene abajo. Estamos perdidos.

—No lo hará.

—¿Qué te hace estar tan segura?

—George no se atrevería a contrariar a Edna. Por eso tienes que tenerla contenta.

Se mostró muy práctica en el modo en que dijo esto, absolutamente práctica. Pero él sabía cuánto aborrecía aquella idea. En cierto sentido, era uno de los aspectos más importantes de este plan que ella había elaborado, y no había alternativa. Seguía sin creer que todo aquello pudiese ser serio. Parecía más bien una fantasía, una pesadilla.

—Santo cielo —dijo él—. Un bebé. ¿Qué vamos a hacer con él?

—Quererlo —dijo ella.

Sabía que era inútil seguir discutiendo con ella, al menos en este punto. Pero, pensó severamente, no iba a abandonar. En algún punto de la discusión iba a lograr que ella cambiase de idea. Era mejor dos personas vivas que tres muertas. La matemática de esto era inflexible, aunque ella se negase aún a verlo. Todavía le quedaba una posibilidad, un argumento que estaba seguro la conmovría. Pero decidió esperar un poco basándose en la teoría de que era una tontería poner todos los huevos en un solo cesto... Por lo menos, al mismo tiempo.

—Russ —dijo ella súbitamente—. Bajemos al sótano a echar un vistazo. A ver lo que hay que arreglar.

Se sentía cansado, agotado, y en aquel momento no deseaba otra cosa que dormir.

—¿No puede esperar eso?

—No —dijo ella—. Ahora.

El refugio atómico estaba enterrado muy por debajo de la casa de los Evans. Había sido construido durante la amenaza de ataque nuclear chino, allá en la década de los ochenta. Estaba justo a la salida del sótano, donde guardaban los vegetales en el refrigerador, y se llegaba a él bajando un largo tramo de escaleras que empezaba en la cocina. Russ había estado en aquel lugar una o dos veces hacía años y había tenido la vaga intención de arreglarlo para convertirlo en estancias habitables adicionales. Pero luego había decidido que no era prudente hablar de aquello a las autoridades del MusEst. Era muy posible que instalasen entonces a otro par de cónyuges en aquellas viviendas. Y, aunque fuese egoísta, a él y a Carole les gustaba tener su intimidad como la tenían ahora.

Bajaron la escalera y llegaron a la pequeña y reforzada puerta de hierro que llevaba al refugio atómico. No había luz allí abajo y Russ llevaba un pequeño magnarrayo para iluminar el camino. Intentó abrir la puerta, pero ésta estaba atascada.

Finalmente hizo presión sobre ella con el hombro y la puerta se abrió de mala gana, con los goznes enmohecidos chillando a causa de la presión.

Permanecieron allí de pie un momento, mientras Russ movía el magnarrayo de un lado para el otro. El lugar estaba oscuro, húmedo y con el hedor casi fétido de

décadas de descuido y de aire estancado y mohoso, y frío de humedad. Había telarañas por todas partes, que llenaban las esquinas y las rendijas con su fina gasa blanca. Russ y Carole se estremecieron un poco. Arriba, encima de todo aquello, había una presencia. La presencia de fantasmas, la gente que había estado allí en un momento dado, temblando de aprensión, esperando el holocausto. El lugar parecía despedir un débil olor humano, a pesar de los años pasados. El olor de su sudor, la exudación de miedo salida de sus poros, parecían permanecer aún en aquel agujero negro y sin aire.

Las paredes estaban reforzadas con enmohecidas láminas de metal y la estancia carecía de ventanas. Su mobiliario era de fabricación antigua, extraño y sin gracia, y hecho de madera pútrida. Estaba cubierto de polvo, decrépito, y cada pieza, las sillas, la mesa y los catres, estaban recubiertos por capas de sucia y gris tela de araña. Sobre la mesa, un antiguo periódico amarillento, con las letras apenas legibles por efecto de la humedad y el tiempo, yacía extendido sobre un montón de libros de bolsillo destrozados. Russ enfocó su magnarrayo, lleno de curiosidad, y a duras penas descifró los amenazantes titulares: ¡CHINA PLANTEA UN ULTIMATUM! Y, debajo de esto, en un subtítulo: LOS DIRIGENTES OCCIDENTALES SE ESFUERZAN POR EVITAR LA CATÁSTROFE... SE PROPONE UNA NUEVA FEDERACIÓN MUNDIAL.

Había unas cuantas latas oxidadas con una etiqueta vagamente legible: «Agua». Y, en una pared, sobre una caja cuadrada con un lado de vidrio, había un viejo cartel de la Defensa Civil. La caja era el medio de comunicación de la época y Russ recordaba que la llamaban «televisión». A través de la superficie del cartel, llena de suciedad, pudieron leer lo que parecían ser ciertas precauciones:

### EN CASO DE ATAQUE ATÓMICO

1. Mantener todas las ventanas y puertas herméticamente cerradas.
2. Tener al menos un mes de suministro de comida en latas y agua.
3. Mantener la radio en la red CD.

El suelo estaba cubierto de variados escombros, restos de la presencia humana: zapatos viejos, unas cuantas piezas de ropa desechada y varias latas abiertas y enmohecidas que en su tiempo debían haber contenido comida. Había potes de metal y utensilios para comer, una locomotora de juguete rota, naipes, una pala y un azadón, ambos corroídos por la herrumbre. El diminuto cuarto de baño del refugio estaba bloqueado por telarañas, y sus aditamentos se veían podridos y enmohecidos, y de él todavía emanaba un olor muy débil a disolvente químico. Parecía como si los habitantes de aquel lugar, al ver que no habría holocausto alguno, lo hubiesen abandonado simplemente, hubiesen cerrado para siempre la puerta del lugar para borrar de una vez el recuerdo del miedo que habían pasado. Al parecer, no habían

vuelto a bajar allí. O quizás habían sido otros habitantes posteriores, tal vez niños, los que habían utilizado aquel lugar como sala de juegos y lo habían dejado en aquel estado. Nunca lo sabrían, y no era importante. Lo importante era que aquella estancia estaba muy por debajo de la vivienda principal y bien aislada, de modo que ningún sonido llegaría arriba. A menos, claro, que alguien dejase la puerta de entrada abierta.

Había otra puerta al otro extremo del refugio. Russ la forzó y vieron que daba a un largo pasillo. Este pasillo tenía un techo bajo toscamente apuntalado con tablones de madera, y se alejaba de la calle llevando hacia la parte trasera de la casa. Se pusieron a andar por él agachados, puesto que era demasiado bajo para que pasase por él un adulto erguido. Era sorprendentemente largo, casi cien metros antes de que empezase a subir hacia el suelo de la calle. Entonces, gracias a la luz del magnarrayo, vieron que la salida al exterior había sido completamente bloqueada por tierra que había caído dentro del mismo pasadizo, tierra que había sido soltada por la lluvia y escarcha de décadas.

—Debió costar mucho cavar esto —dijo Carole.

—Sí, así fue.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué se tomaron toda esta molestia?

Russ pensó un momento:

—Parece como si lo hubiesen construido como medida de seguridad. Por si la casa era destruida y la entrada principal bloqueada. Querían tener otro camino para salir.

Carole se estremeció:

—Debió ser una existencia terrible eso de tener que vivir aquí abajo.

—Sí —dijo él tranquilamente—. ¿No es eso lo que propones para el bebé que vas a tener?

Había dado en el clavo y ella apartó la mirada:

—No será lo mismo.

—¿Por qué no? *Ellos* se escondían de una bomba. *Nosotros* esconderemos al bebé de la gente. En los dos casos, el peligro es el mismo. Piénsalo, Carole. Significa ser enterrado aquí...

—No quiero hablar de ello —dijo ella con voz penetrante; miró por el oscuro y vasto pasadizo y tembló—. Salgamos de aquí.

Volvieron a entrar en el refugio. Carole echó un vistazo hacia la puerta del pasadizo y dijo:

—Supongo que podríamos cegarlo.

—Yo creo que es mejor que no —dijo él, sombrío.

—¿No? ¿Por qué no?

—Podemos necesitarlo nosotros algún día.

La vio sobresaltarse un poco y pensó: «Todo ayuda, cualquier pequeña objeción, cualquier pequeño inconveniente». Probó los aditamentos del cuarto de baño. Estaban atascados a causa del moho.

—Nos va a costar lo nuestro hacer que este sitio sea otra vez habitable.

—Podemos hacerlo —dijo ella con vehemencia—. Es sólo cuestión de proponérselo.

Russ echó un vistazo al respiradero del techo:

—Tendré que arreglar ese ventilador. El aire apesta aquí dentro.

Ella lo observó ansiosamente:

—¿Cuánto crees que tardarás en arreglarlo todo? —preguntó.

—Bueno —dijo él—. Sólo podré trabajar por la noche. Hay que hacer mucho trabajo de fontanería para que ese cuarto de baño funcione. Entonces tendré que instalar un equipo de iluminación y alguna forma de calefacción. Siempre que pueda conseguir las herramientas y piezas adecuadas. Luego está el problema de comprar muebles nuevos y meterlos aquí sin que nadie nos vea. Como tú has dicho, no podemos coger muebles de la casa arriba sin que George y Edna hagan un montón de preguntas.

—Estás diciendo esto deliberadamente —dijo ella, enfadada.

—¿El qué?

—Todos estos problemas. Quieres desanimarme.

—Bueno..., hay muchos problemas —dijo él—. Por ejemplo, el de si tú crees que estoy faltando a mi deber o no.

—Lo único que quiero saber es... ¿cuánto tardará?

—Supongo que unas tres semanas.

—No —dijo ella firmemente—. Tendrá que ser antes.

—No puedo hacerlo antes.

—*Tendrás* que hacerlo.

—¿Por qué? —preguntó él—. ¿Por qué es tan importante?

—Porque —dijo ella tocándose el abdomen— creo que se me empieza a ver.

De repente, Russ lo vio, vio la posibilidad de salirse los dos de aquello, y pensó con furia: puedo no esforzarme, puedo decirle que me es imposible conseguir las piezas, que nada funciona. Puedo alargarlo hasta que ella no pueda escondérselo a nadie y entonces tendrá que olvidarlo y nos veremos libres de este problema. Pero entonces sintió los ojos de Carole clavados en él; tuvo que salirse del aprieto, porque las antenas de Carole eran muy sensibles y, una vez más, era capaz de leer sus pensamientos.

—Voy a trasladarme aquí abajo esta semana —dijo ella—. Esté listo o no. Sólo para estar segura.

Cinco días más tarde, en presencia de los Borden, Russ y Carole se pelearon. Fue una disputa ardiente, súbita y explosiva. Ésta se inició cuando Russ lanzó una serie de indirectas comparando los méritos especiales tanto de Carole como de Edna en la cama. En realidad, no era más que el acostumbrado intercambio de palabras que la gente se permitía a la hora del cóctel. Era divertido evaluar a los demás en cuanto a sus proezas sexuales y verse evaluado al mismo tiempo, y, naturalmente, todos

bromeaban al respecto y se alababan o se atacaban siempre en broma. Y, por supuesto, todos mentían un poco. La auténtica verdad, después de todo, no podía jamás ser ocultada a los participantes durante mucho tiempo.

Pero, aquel atardecer, mientras estaban sentados en la sala de los Borden tomando una copa, el genio de Carole dio un estampido. Anunció a Russ que, si no le gustaba cómo se comportaba en la cama, sabía lo que podía hacer con su preciosa casa y su jardín y todo aquel espacio, y podía buscarse otra compañera. Entonces salió, llenó su maleta y se fue.

Naturalmente, George y Edna quedaron sorprendidos. Ambos se daban cuenta de que Carole había pasado por una temporada de tensión, pero, al fin y al cabo, sólo había sido una conversación trivial, y él no había dicho nada en realidad para que ella se pusiese de aquel modo. George estaba convencido de que se le pasaría en unos días, de que quizás hablaría con su doctor y entonces volvería. Pero Edna Borden no estaba tan segura. Era mucho más perspicaz que su cónyuge. Sabía, desde hacía mucho tiempo, que Carole había ido llegando poco a poco a un punto máximo en su frustración por no poder tener un hijo. Y sabía que, durante años, en lo más profundo de su corazón, Carole había echado a Russ la culpa de su desgracia. Pero, si bien Edna estaba ahora asombrada, también estaba secretamente contenta. Y aseguró a Russ que no estaría solo mucho tiempo.

Aquella noche, ya bastante tarde, Russ bajó a la ciudad en el solarcar y se encontró con Carole en el lugar de cita convenido. Ella se agazapó en el suelo del solarcar, y Russ volvió a llevarla al MusEst. Él había llevado el coche hasta el lado de la casa opuesto al de los Borden, y se había asegurado de que las luces de sus vecinos estaban apagadas. Entonces había acompañado a Carole al refugio. Éste no estaba, ni mucho menos, terminado pero Russ había trabajado duro en él y ahora era habitable. Allí, Carole estaría confinada, esperando el parto. Habían decidido que, bajo ninguna circunstancia, se aventuraría a subir arriba. Tenían que tener mucho cuidado, porque, ahora que Edna sabía que él estaba solo, estaría constantemente detrás de él. Era posible que se aventurase a entrar en la casa a cualquier hora del día o de la noche. Y, una vez desaparecida Carole, Edna creería que tenía derecho a entrar a cada momento en la casa de los Evans.

El refugio contra las bombas había sido limpiado, pero de momento no había en él más que una pequeña cama, una silla y una mesa. Russ se las había ingeniado para instalar luces, pero habían acordado que Carole nunca las encendería de noche, como precaución adicional contra el posible descubrimiento; al menos hasta que llegara el bebé. Tendría que vivir allí abajo como un topo. Almacenarían alimentos hasta tener un suministro para una semana o más y lo guardarían en el refugio en caso de que George Borden decidiese enviar a Russ en una corta excursión lejos del MusEst.

Hacía frío en el refugio y la pegajosa humedad rezumaba por las antiguas paredes de ladrillo del refugio, helándolos a los dos. Carole depositó su maleta sin preocuparse de deshacerla, y los dos se sentaron en la cama a oscuras, sin decir nada

durante un momento, callados y deprimidos por el lúgubre ambiente. Por fin, Russ dijo:

—Carole, todavía tienes tiempo de cambiar de idea.

—No.

—Puedes volver dentro de uno o dos días y decir a todo el mundo que lo has pensado mejor...

—No.

—Muy bien —dijo él tranquilamente—. Hay algo definitivo que tengo que decirte.

Ella lo miró un poco asustada, presintiendo lo que se avecinaba.

—Quiero hablar del verdadero problema. El que tú y yo hemos metido bajo la alfombra y del que nunca nos hemos atrevido ni siquiera a discutir. El que tenemos que mirar de frente. El lugar para hacerlo es aquí y el momento es ahora mismo. Estoy hablando del futuro de ese hijo que tú quieres tener, la clase de vida que tendrá, la clase de mundo en que tendrá que vivir.

Ella permaneció callada y él siguió:

—Piensa en ello, Carole. No en ti misma sino en él. O ella. Tendrás ese bebé y será un pequeño proscrito —de repente él movió su microrrayo por la fúnebre estancia—. Éste será su mundo... todo el mundo. Durante el resto de su vida. Estará condenado a una cárcel que hemos hecho para él; nunca podrá salir. Porque, en cuanto lo vean, lo agarrarán y también a nosotros. Nunca verá la luz del sol ni oirá el viento ni olerá la tierra. Nunca podrá jugar con un niño de su misma edad, porque no habrá ninguno. Nunca conocerá a ningún otro ser humano, salvo tú y yo. Dependerá totalmente de nosotros en cuanto a la comida, en cuanto a todo. Supón que me echan y tenemos que marcharnos. ¿Qué pasará entonces? Supón que morimos los dos. ¿Qué le ocurrirá a él entonces? Siempre estará oculto, atemorizado. ¿Crees que ese crío podrá permanecer cuerdo bajo esas circunstancias? Y ¿su curiosidad, sus emociones, su propio gusto de vivir, de conocer el mundo, de conocer a otra gente?

—Russ, basta, por favor...

—No —dijo él—. Es mejor que lo afrontes ahora, Carole. Tú quieres ese bebé. Muy bien, eso es natural, es humano; no puedo discutir ese punto. Pero ¿no es egoísta por tu parte? ¿No estás pensando sólo en ti misma? ¿Y el niño? Lo estás condenando al confinamiento solitario durante el resto de su vida, apartándolo de todo contacto normal. Y ¿cuando el crío crezca? Suponiendo que nadie nos atrape. ¿Será normal o se convertirá en una especie de monstruo?

—Maldito seas —gritó ella—, ¿quieres callar?

Ella se puso entonces a llorar y él la tomó en sus brazos, y el cuerpo de Carole tembló violentamente y él sintió una tremenda piedad por ella.

—Lo único que te pido es que pienses en ello —le dijo.

—Ya lo he hecho, ya lo he hecho —dijo ella—. Y sé que no pasará nada. Lo sé. Quizá revoquen el Edicto, Russ. No pueden seguir con eso. La gente no para de

hablar contra él. No pueden seguir para siempre con ese asunto de los muñecos. No es natural, las cosas tienen que cambiar. Y, pase lo que pase, él tendrá cariño, Russ. El mío... y espero que el tuyo. Tendrá tanto cariño que nada podrá hacerle daño. Nada.

Él había jugado su carta de triunfo y ahora veía que había perdido y sabía que tendría que seguir adelante con Carole, para bien o para mal. Todavía le quedaba la opción de retirarse y la lógica le decía que debía hacerlo, que debía salirse como fuese de aquello y protegerse a sí mismo, costase lo que costase.

Pero sabía que no podía.

Ahora sabía que estaba comprometido y, súbitamente pensó en la niña que había tenido en sus brazos en el Pabellón de Flores, la chiquilla que lo había abrazado y lo había besado, y en lo que él había sentido. Y pensó también: «Santo cielo, y si es un niño, ¿se parecerá a mí?». Y, extrañamente, de la nada, sintió una embriagante exaltación y pensó: «Al diablo el peligro; somos diferentes de todos esos autómatas de ahí fuera; somos humanos; humanos, no simplemente números. Somos personas y no seguirán castrándonos con sus leyes y normas, con sus computadoras y sus malditos edictos. Vamos a *vivir* como seres humanos, aunque tengamos que pagar por ello más tarde.

»Somos libres —pensó—. Por primera vez, somos libres».

Estuvieron callados un momento y, entonces, él dijo:

—Yo sólo podré bajar de vez en cuando.

—Ya lo sé.

—Quizá tú puedas escaparte arriba de vez en cuando. Si estamos absolutamente seguros de que no hay peligro.

—Sí.

—Estarás aquí abajo sola durante seis meses. Al menos de día. ¿Crees de veras que podrás soportarlo?

—Sí —dijo ella—. Sé que podré.

La velada siguiente los Borden fueron a hacer compañía a Russ. Habían traído con ellos a Peter y, ahora, éste yacía de espaldas, con su juguete de celoteno de brillantes colores que colgaba de una cuerda justo encima de él. Cada diez segundos, según estaba programada con toda precisión, su manita se levantaría y golpearía el ligero juguete que se balancearía entonces violentamente de un lado para otro siempre colgando de su cuerda. Entonces el crío gorjearía de placer. La mano caería inerte a su costado, esperarían así hasta que hubiesen pasado otros diez segundos, y se elevaría de nuevo. Y de nuevo se produciría el golpe y el gorjeo de placer.

Russ preparó una bebida para Edna, que estaba examinando el árbol de Navidad con interés. Palpó el árbol y olió las ramas.

—Bonito momento para que Carole te hiciera esto. Quiero decir, justo en medio de las fiestas navideñas. Es realmente estupendo —agregó, como si nada—. ¿Dónde lo comprasteis?

—Oh —dijo Russ serenamente—, en uno de los MetroMarkets.

—Estupendo. Hacen copias espléndidas hoy en día. —Edna sorbió su bebida y volvió sus ojos verdes hacia Russ.

—¿Qué sensación da ser soltero?

Russ se encogió de hombros:

—No he tenido el tiempo suficiente para averiguarlo.

—¿Crees que volverá a ti arrastrándose?

—No sé —dijo él—, tiene mucho orgullo.

—¿Quieres que vuelva?

Él vio el peligro en su sonrisa y dijo con cuidado:

—No sé. Hacía mucho tiempo que éramos cónyuges. Podré decírtelo mejor dentro de unas semanas.

—Sí —dijo George—. Tiene razón. Dale al chico tiempo para que se ajuste, Edna. Sólo hace un día que es soltero —sonrió y vació su vaso—. Pero no lo será durante mucho tiempo. Personalmente, creo que Carole estaba medio chiflada. Quiero decir al dejar todo esto.

—Yo siempre dije que no podría adaptarse a la realidad —dijo Edna; miró a George en busca de confirmación—. ¿No he dicho siempre eso, cariño? —Edna se acercó al «parque» de su bebé—. Creo que deberíamos acostar al pequeño, George.

Le entregó el niño y George, observando su mirada, recibió el mensaje.

—Ah, sí.

Russ recibió el mensaje y dijo rápidamente:

—Si no te importa, Edna estoy un poco cansado esta noche.

—Cariño —dijo ella sonriendo—, estoy especializada en solteros cansados; de

veras, no es ningún problema.

Lo rodeó con los brazos y besó fuertemente, apretando su cuerpo contra el de él. George plegó como era debido el «parque» del bebé y se fue, llevándose a Peter con él. Se había dado cuenta de que Edna deseaba acostarse con Russ; había observado su impaciencia ya durante la cena, y a él le daba igual. Acostaría a Peter, pero por nada del mundo pasaría la noche haciendo de niñera. Tenía sus propios planes. Había una casa de orgías en el Paseo Once en la que había estado una vez con Edna y lo habían pasado bien. Siempre había muchas parejas y cónyuges allí, y tenían incluso pequeños compartimentos privados, cada uno de ellos con su pequeña pantalla mural y amplio suministro de cintas de desnudos para estimular a la gente. Sabía que Edna pasaría la noche con Russ y, si el crío se mojaba los pañales, bueno, así se quedaría. Que gritase hasta reventar, por una vez.

Cuando George cerró la puerta de golpe, Edna atrajo a Russ al sofá, con la boca todavía sobre la de él, y sus dedos manoseando el cinturón de su mono y luego haciendo que se soltase la parte inferior. No sólo podía ver, sino que podía sentir que su respuesta era fría. Y ella se puso de mal humor.

—¿Qué pasa?

—Sólo que no estoy en forma, supongo.

—Eso he notado... últimamente.

—¿De veras?

Ella le dio masajes con los dedos y habló con voz sedosa.

—¿Sabes una cosa, cariño?

—¿El qué?

—Me recuerdas a alguien. Se llamaba Ed Maynard. Vivía en esta casa antes de que George lo hiciera trasladar a la ciudad —sonrió—. *Qué pena* que él y George no se llevaran bien.

Russ atrapó la indirecta y cooperó. Y, un momento después, ella exclamó:

—Aaaah. Eso está mejor, cariño. Mucho mejor.

En las semanas siguientes, el refugio atómico fue convertido en un pequeño pero cómodo dormitorio. Russ se las arregló incluso para llevar a él una extensión para una pequeña pantalla mural, a fin de que Carole pudiera tener algún contacto con el mundo exterior. Cada día ella efectuaba los ejercicios prenatales necesarios para el parto natural. Practicaba la respiración profunda que utilizaría cuando llegase el momento, ejercitaba los músculos de la espalda y el abdomen y, en particular, se concentraba en los ejercicios de extensión de la pelvis. No estaría presente ningún doctor cuando llegara el bebé, no habría ninguna anestesia, ningún medicamento. Sólo estarían Russ y ella.

Al pasar el tiempo e irse hinchando su abdomen, no sentía ningún miedo. Sólo tranquilidad y una alegría serena. Pero su solitario confinamiento empezó a afectarla

en otro sentido, y éste concernía a Russ. Durante el día éste estaba ocupado en el museo. Ella había esperado que lo vería por la noche. Pero esto raras veces sucedía. Edna Borden se apropiaba casi cada noche de Russ, sin hacer caso de su propio cónyuge. No es que a George Borden le importase. Él siempre encontraba algo que hacer en otra parte. La furia de Carole comenzó a aumentar, irritada por su soledad. Primero la dirigió contra Edna, quien al parecer nunca se cansaba del cuerpo de Russ. Y luego dirigió su ira contra su propio cónyuge. Empezó a escuchar furtivamente lo que hacían en el piso de arriba. Abría un poco la puerta del refugio para oírlos en su juego amoroso. Y, finalmente, una de las raras noches en que Russ estuvo libre de Edna, éste bajó al refugio y ella dijo:

—Qué amable de tu parte que me visites, Russ.

—Lo siento.

—Es igual. Lo comprendo.

—No creo que lo comprendas.

—Te digo que sí lo comprendo.

—Entonces ¿por qué esa cara? ¿Y todo ese sarcasmo?

—No tiene por qué gustarme, ¿verdad?

—¿Crees que me gusta a mí?

—Estoy segura de que sí.

—Eso es interesante —la estudió con calma—. ¿Cómo lo sabes?

—Porque os he escuchado a los dos por la puerta.

—Vaya. Tenemos una fisgona en la familia.

—Y, si no te gusta hacer el amor con Edna, es que eres el mejor actor del mundo.

—Mira —dijo él, abatido—. Sólo intento seguir un juego. Hacer una comedia, de acuerdo con un plan. ¿Crees —agregó, con un tono de ira en su voz— que es fácil acostarse con esa mujer todas las noches?

—Eso es lo que quiero decir —dijo Carole—. Todas las noches. Hay maneras de decir «no» de vez en cuando. Sólo intento decir...

—Ya sé lo que intentas decir. Pero esto ha sido idea tuya. ¿No? Tener contenta a Edna. Muy bien, pues eso es lo que estoy intentando hacer —ahora estaba realmente enfadado—. Te diré una cosa. Me alegraría mucho dimitir de mi papel de estación de servicio nocturna para nuestra ninfomaniaca del barrio. No tienes más que decírmelo y lo olvidaremos todo. Todavía puedes dirigirte al LabAbort. Decirles que no te habías dado cuenta de que habías llegado tan lejos...

—No.

—Entonces no hagas que lo pase mal por lo de Edna. Sólo estoy haciendo lo que tengo que hacer. Si crees que sólo estoy abandonándome y pasándolo bien, muy bien. Piensa lo que quieras. No creo que importe ya.

Carole vio lo enfadado que estaba y, de repente, se mostró contrita y un poco asustada, y dijo:

—Russ, perdona. No hablaba en serio. No hablaba en serio. Pero es que estar aquí

abajo sola todas las noches...

La cara de Russ se suavizó y la tomó en sus brazos, sintiendo el cuerpo de ella temblar violentamente contra el suyo.

—Claro —dijo él—. Claro. Olvídalo. Lo comprendo.

Era Pascua y el Bocazas, como una diminuta partícula negra, pendía sobre la cara roja del sol naciente. La miríada de luces que tachonaba su superficie como una galaxia empezó a titilar y luego a iluminar, sincronizándose mientras la esfera se calentaba para el acostumbrado servicio de alba de Pascua. Entonces empezó:

«... Y llegaron al Sepulcro, llevando las especias que habían preparado y otras varias. Y encontraron que la piedra había sido movida del Sepulcro... Y entraron y no hallaron el cuerpo del Señor...».

La vasta multitud de abajo, en los paseos e hileras, levantaba la vista el cielo y el sol se reflejaba en sus restos flacos, tiñéndolos con su tinte rojizo. La gente estaba callada. Parecía afectada por alguna emoción profunda y primitiva, como si se aferrasen a un áncora casi olvidada, buscando desesperadamente algo en qué creer.

«... Entonces avistaron a dos hombres que permanecían de pie detrás de ellos con brillantes atuendos. Y los hombres dijeron: “¿Por qué buscáis a los vivos entre los muertos? Él no está aquí. ¡Ha resucitado!”».

La oración terminó y entonces, con metálica exaltación, un coro empezó a cantar el triunfante «Aleluya, aleluya» de Händel.

Los rayos del sol entraban a raudales por la ventana de Edna Borden mientras escuchaba al Bocazas y las notas del coro a través de la ventana entreabierta. Normalmente esperaba con ansiedad la llegada de la Pascua, aunque sólo fuese porque generalmente había una asignación extra de calorías para celebrar la fiesta. Pero, aunque había tomado dos tranquilizantes, no había podido dormir. Aquella noche había estado al borde de otro ataque y luchó para evitarlo. George estaba de espaldas a su lado, roncando suavemente, y, en su cuarto, Peter estaba despierto y malhumorado.

Se levantó y entró en el cuarto del niño. Peter yacía de espaldas en la cuna, con la cara enrojecida, alzando los brazos hacia ella y lloriqueando. Ella se quedó allí mirándolo un momento. En aquel instante no sentía nada. No sentía ningún impulso de levantarlo y mimarlo. Su lloriqueo la irritaba y decidió que tal vez un baño caliente lo tranquilizaría, aunque éste estaba normalmente señalado para una hora más tardía.

Desnudó al bebé, dejó correr el agua, probó la temperatura con el codo y empezó a bañarlo. De repente, una náusea le trabó la garganta y se sintió muy mal. De repente la carne del niño que tocaba con los dedos perdió su vida, se hizo fría y artificial, los ojos azules se volvieron mortecinos y el gorgojeo del bebé obsceno. Ni siquiera se preocupó de secar al niño, sino que lo echó sobre el sofá donde el crío profirió un

grito de ahogo y entonces se quedó inerte.

Después, temblando en medio de su histeria, fue corriendo al tablero de la pared y marcó un número. Se hundió en un sofá temblando, esperando a que la pantalla mural se encendiese. Finalmente, ésta vino a la vida, iluminando toda la estancia. Una mujer de mediana edad de rostro severo y gruesas gafas estaba sentada en un taburete alto mirando directamente a Edna. Alrededor y a través de ella palpitaba una serie de dibujos cromáticos, revueltos, acompañados por ondas de sonidos hipnóticas y electrónicas impulsadas y formadas por un psiconeuroter oculto. Edna estaba sentada en el sofá sudando, despeinada y mirando fijamente aquel despliegue de formas y colores. Poco a poco entró en un estado hipnótico catatónico, mirando fijamente a la mujer de la pantalla con ojos inexpresivos.

—¿Qué pasa, Edna? —El rostro de la mujer mostró una sonrisa acerada, profesional.

—Peter, doctora. Peter...

—Ya. Otra recaída. ¿Por qué, Edna?

—Es un muñeco... Sólo es un muñeco... Es falso. Es de plástico... de hilos y ruedecillas... No me quiere... ni me ve... Es falso.

—Llama a Peter —dijo la mujer—. Llama a Peter, Edna. Llama a Peter. Te necesita, Edna. Te quiere. Llámalo. Sin ti morirá.

—... Sólo un muñeco. —Edna repetía monótonamente—. No me necesita. No me conoce. No me ve. *Plástico*.

Su psicopersuasora habló suavemente pero con mayor insistencia:

—Te necesita, Edna. Peter te necesita. Sin ti morirá. Morirá, *morirá, morirá*.

Edna titubeó al empezar a penetrar las palabras de la doctora. Sus ojos se dirigieron rápidamente hacia el niño. La voz procedente de la pantalla era ahora un batir persistente.

—Ve a él, Edna. Te necesita. Ve a él —lentamente mientras la repetida arenga continuaba, la cordura volvió a la cara de Edna Borden—. Ve a él, Edna. Te necesita. Ve a él, Edna. Te necesita.

Edna se vio abrumada por el arrepentimiento, la culpa. Se volvió hacia su hijo y, con una voz débil, incierta, como pidiendo perdón, dijo:

—¿Peter...?

El bebé, perfectamente programado abrió los ojos y sonrió.

—¡Ma-má! ¡Ma-má!

Edna estaba contrita y a punto de llorar. Fue corriendo hacia el sofá y cogió al bebé, abrazándolo y gritando:

—¡Peter, Peter, Peter! Oh, hijo mío, ¿qué te he hecho?

La mujer de la pantalla observó la escena durante un momento, sonriendo con benevolencia. Entonces dijo:

—Muy bien, Edna. Muy bien.

El embarazo de Carole siguió adelante de manera normal y sin incidente alguno. Se ejercitaba con fe y hacía frente, sin miedo, a la prueba que le esperaba. Su principal enemigo era el aburrimiento y sus únicos antídotos eran la extensión de la pantalla mural y unas cintas musicales. Cada día, antes de ir a trabajar, Russ le bajaba el suministro de comida para un día, contribuyendo con parte de sus propias calorías a su ración. Ella protestaba débilmente contra esto, pero él le decía que lo necesitaba para el bebé.

Tomaron complicadas precauciones para que ella siguiese oculta, y nunca se descuidaron. Ella siguió quedándose en el refugio durante el día y subía arriba sólo aquellas noches en que estaban seguros de que Edna estaba ocupada en otra parte. Cuando subía arriba, mantenían la casa totalmente oscura, a fin de eliminar cualquier posibilidad de que alguien viera la silueta de Carole desde el exterior. Russ nunca bajaba al refugio a pasar la noche con Carole. Siempre había la posibilidad de que Edna entrase y su curiosidad se viese excitada al encontrar la casa vacía. El día después de que Carole «dejó» la casa, Russ le dio a Edna una llave para entrar en la casa, como parte del plan general. Edna la utilizaba con frecuencia. Y, para evitar que Edna le sorprendiese cuando Carole estaba arriba con él, Russ había instalado secretamente, y de noche, detectores en el patio para que indicasen la presencia de Edna en el campo electrónico, y dar así a Carole la posibilidad de bajar corriendo al refugio. En cuanto al hecho de que Russ hubiese preferido vivir solo en lugar de buscarse otra cónyuge, nadie había hecho preguntas. Al fin y al cabo, estaba Edna.

Era temprano por la mañana y estaban acostados juntos. Carole yacía de espaldas y Russ tenía la oreja puesta contra su abdomen hinchado. Entonces los ojos de Russ se iluminaron.

—Lo he sentido esta vez.

—*La has sentido* —se rió y le acarició el cabello con los dedos—. ¿Se te ha ocurrido ya un nombre para la niña?

—Sí. John.

—Mira que *eres* terco.

—No. Es que tengo razón.

—Sabes, si hubiéramos tenido este bebé antes del Edicto no tendríamos que haber pasado por todo esto. Simplemente me habrían puesto bajo el sexograph y habríamos sabido el sexo de antemano.

—Sí —dijo él—, pero entonces nos habríamos perdido la emoción de adivinar.

Yacieron uno en brazos del otro un momento, y entonces ella dijo:

—Oh, Russ, nunca he sido tan feliz. No me importa permanecer ahí abajo, ya no me importa nada. Sólo cuento los días.

—¿Cuántos?

—Veintiséis días, tres horas y cuatro minutos.

—¿Estás segura sobre los cuatro minutos?

—Claro que sí.

—¿Cómo?

—La computadora me lo dijo.

Carole pellizcó su nariz de puro placer y los dos se echaron a reír. Entonces ella apartó la sábana que la cubría.

—¿Qué horas es?

—No sé.

—Será mejor que vuelva abajo antes de que se presente esa zorra con tu desayuno.

Salió de la cama sin ninguna firmeza, mostrando su grotesco cuerpo desnudo debido a la pesada y colgante carga. Russ alargó la mano y la cogió, pues no tenía ganas de ver cómo se marchaba. Ella se liberó, riendo tontamente, y, al hacerlo su cadera dio sin querer con uno de los interruptores del tablero que estaba al lado de la cama. De repente la pantalla mural se iluminó. Una mujer uniformada sentada ante un tablero electrónico les sonreía.

—Servicio de Pantallas Murales. Zona uno-seis-cero-cuatro. ¿Puedo servirles en algo?

Carole se quedó de piedra, paralizada por la sorpresa ante aquella inesperada intrusión. Permaneció clavada donde estaba, mostrando su abdomen hinchado. Las cortinas habían sido corridas y la luz de la habitación era mortecina. La operadora de servicio de la pantalla miraba con insistencia para ver a quién hablaba. Russ saltó de la cama y abrazó a Carole, bloqueándola de la vista con su propio cuerpo.

—¿Puedo servirles en algo? —repitió la operadora de servicio.

Russ, sudando, volvió la cabeza y se esforzó en sonreír.

—Perdón nos hemos equivocado.

La curiosa operadora siguió mirándolos y Russ alargó el brazo para apagar el interruptor, haciendo que desapareciese aquel rostro inquisidor. Carole temblaba violentamente en sus brazos.

—¡Russ, me ha visto!

—Tranquilízate.

—Sé que me ha visto.

—No lo creas. Había poca luz.

—Russ, si me ha visto avisará a los PolEst. Y entonces...

—No te preocupes por eso —dijo él casi severamente—. Estoy seguro de que no ha podido verte.

De repente la cara de Carole se retorció debido a un ataque de dolor. Se apartó con fuerza de él y boqueó al llevarse las manos al abdomen. Él la miró rápidamente, preocupado.

—¿Qué tienes?

—Ya se me pasará —dijo ella sin querer alarmarlo. Entonces, otro retortijón. Titubeó débilmente, cerrando los ojos.

—No puede ser —dijo Russ, aturdido—. Todavía no.

—Me temo que sí.

Ella respingó al venir de nuevo el retortijón y los dos pensaron lo obvio: «Va a ser prematuro», y Russ dijo:

—Santo cielo.

Levantó suavemente a Carole en brazos y empezó a dirigirse hacia la puerta del refugio.

—Tranquila... —dijo él—. Tranquila...

Ella le sonrió lánguidamente:

—Tranquilízate *tú*.

—Mira, será mejor que me arriesgue. Voy a buscar al doctor Herrick.

—No —dijo ella—. No puede ser. Es de día. Lo verían entrar.

—Pero, por el amor de Dios, Carole, si es prematuro...

—Voy a tener este niño —dijo ella con rabia—. Aunque nazca muerto, voy a tenerlo.

—De todos modos tendría que ir a buscar...

La bajó al refugio, la colocó suavemente sobre la cama y, cuando ella le dijo que estaba segura de que no sería enseguida, la dejó sola, subió al solarcar y se dirigió rápidamente hacia la ciudad.

El Enciclorama Once, en el Paseo Cincuenta y Tres, era un centro de información audiovisual situado no lejos del MustEst Cuarenta y Dos. Estaba coronado por una enorme rotonda construida alrededor de una rueda que funcionaba mediante un motor central y que estaba formada por muchos cubículos o cabinas de observación cerrados. Cada una de estas cabinas estaba etiquetada y catalogada a la manera de las enciclopedias utilizadas hacía tiempo, cuando la palabra impresa era aún un medio muy importante de comunicación. Funcionaba, naturalmente, a base de computadoras, y contenía un banco de miles de millones de metros de infocinta, sobre todos los temas imaginables.

Russ entró y se esforzó por abrirse paso entre la multitud que llenaba el salón central del Enciclorama. Había una cola interminable delante de cada cabina. Nadie parecía tener una prisa especial; la mayoría de aquella gente había pasado gran parte de su vida esperando en un tipo u otro de cola. A cada persona se le permitían quince minutos de estancia en una cabina y la mayoría esperaba pacientemente, no porque desease una información especial sino sólo para disfrutar de aquel breve intervalo de intimidad. Muchos, al no tener ninguna otra parte adonde ir ni otra cosa que hacer, se pasaban todo el día en el Enciclorama, esperando en una cola, gozando de la

agradable intimidad de una cabina y repitiendo luego todo el proceso en alguna otra cola. A menos, naturalmente, que fuesen notados por algún guardia observador. Aquellas cabinas proporcionaban el mismo bienestar que las cabinas de intimidad del exterior, y además eran gratuitas.

Russ, sudando en medio de su prisa, utilizó codos y brazos para abrirse camino por entre la densa masa de gente. Se dirigió directamente hacia la sección marcada: «Prelado a Premysl». Vio la larga cola que esperaba delante de la cabina y se dio cuenta de que era inútil esperar, de que pasarían horas antes de que pudiese entrar. Se abrió paso a empujones hasta el principio de la cola, donde había un guardia que supervisaba la ordenada entrada y salida del público. La cabina estaba cerrada por el momento; había alguien dentro, pero el indicador decía que al ocupante sólo le quedaban unos segundos.

Russ sacó su cartilla de racionamiento, arrancó un cupón y se acercó furtivamente al guardia.

—Tengo quinientas calorías —susurró.

Entregó el cupón al guardia y éste lo cogió sin cambiar de expresión. La gente que estaba delante de ellos vio lo que ocurría y miraron a Russ y al guardia, conscientes de aquel soborno. Pero nadie protestó. Sus rostros parecían decir: ¿Para qué luchar contra el Ayuntamiento? Además, Russ llevaba su uniforme del MusEst, lo que también tendía a intimidarlos. No se sentían inclinados a combatir a la autoridad.

Se abrió la puerta de la cabina y salió un hombre. El guardia contuvo a la gente e hizo una seña con la cabeza a Russ para que entrase. En cuanto el guardia cerró la puerta de un portazo después de entrar Russ, éste puso manos a la obra con frenesí.

Una de las paredes laterales de la cabina consistía en ficheros de plástico, y en la pared de delante había una pantalla en blanco. Debajo de la pantalla había una serie de botones, todos ellos numerados. Russ tiró rápidamente de un fichero y movió las fichas hasta encontrar la que buscaba. Anotó mentalmente el número. Entonces examinó cuidadosamente la ficha de detrás y la de delante, guardándolas también en la memoria. Rápidamente apretó una serie de números de debajo de la pantalla. La cabina se oscureció automáticamente en cuanto hizo esto, iluminándose la pantalla. Era una infocinta que suministraba información sobre el parto prematuro.

Había ido allí por desesperación más que otra cosa. Sabía que era inútil, pero se había sentido obligado a hacer algo. Estaba seguro de que, sin atención médica, el bebé moriría. Sabía que los niños prematuros necesitaban técnicas y equipo de supervivencia especiales que sólo se hallaban en los hospitales. Él y Carole estarían solos y era absurdo creer que podrían salvar al niño. Ella le había informado de lo que tenía que hacer cuando llegase el momento del parto. Pero todo esto estaba basado en un nacimiento normal. En la oscuridad de la cabina podía ver ya en su mente a Carole haciendo presión para que el bebé saliese de su útero. Podía ver al niño boquear en busca de aire, luchando para vivir y luego expirando. Podía oír a Carole llorar y

pensaba que tendría que enterrar al bebé en alguna parte. E, incluso ahora, lo sentía por Carole. Sin embargo, en el fondo, sabía que esto significaría que el peligro había pasado. Y se odiaba a sí mismo por pensar esto. No tenía ni idea de lo que revelaría la infocinta. Probablemente nada útil. Había ido allí en lo que de hecho era una misión absurda.

Lo que no sabía era que en otra estancia del Enciclorama se había iluminado un panel, apareciendo en él unas letras brillantes: «Prelado a Premysl; Cabina 68».

La infocinta empezó a mostrar el parto auténtico de un bebé prematuro mediante procedimiento normal en comparación con el de cesárea. Entre tanto, un informador hacía todo un comentario descriptivo:

«El nacimiento prematuro es designado por la OrgSaniGobMund como el nacimiento de un bebé de dos kilos y medio, o menos, de peso. El nacimiento de un niño prematuro se produce en aproximadamente el nueve por ciento de los embarazos...».

Russ observó cómo surgía el pequeño ser, cómo se cortaba y ataba el cordón umbilical y cómo se lavaba, envolvía en pañales y colocaba en una incubadora al bebé.

El locutor siguió hablando monótonamente: «Las principales causas específicas de muerte entre los niños prematuros son las molestias respiratorias, el mal de las membranas hialinas, la atelectasis, las infecciones y las hemorragias. En el tratamiento del niño hay que tener en cuenta el aislamiento contra la infección, la regulación de la temperatura y humedad y el pronto alivio de las crisis respiratorias...».

Y Russ pensó: «Santo cielo, lo único que tenemos es una habitación y nosotros dos; ni incubadoras ni nada...».

De repente, en medio de la charla del locutor, la pantalla quedó en blanco. Russ, sorprendido, volvió a pulsar la misma combinación de botones. No sucedió nada. Empezó a probar de nuevo la misma combinación y, entonces, oyó que se abría detrás de él la puerta de la cabina. Sobresaltado, se volvió y vio a dos hombres de la Seguridad del Estado, de rostro duro, mirándolo fijamente.

La Sala de Interrogatorios era pequeña y austera. Tenía un pequeño banco de computadora y había ficheros y una serie de pantallas con botones de presión adosadas a las paredes.

Russ estaba sentado en una silla junto a una mesa, delante del jefe de seguridad del Enciclorama. Se esforzó por permanecer relajado, por mantener una expresión de inocencia en su rostro. El jefe se mostraba muy cortés. Al fin y al cabo, Russ era un FuncEst y nunca se sabía cuando un hombre podía tener relaciones en las altas esferas. Pero sus ojos azules eran muy fríos mientras examinaba las credenciales de Russ. Detrás de él había dos hombres de la SegEst.

Dejó de mirar los documentos de Russ y no perdió tiempo en preámbulos:

—¿Por qué está usted tan interesado en el nacimiento prematuro?

—No lo estoy.

—Pero estaba usted mirando una infocinta sobre este tema.

—Me había equivocado. Me equivoqué al apretar el número.

—Vaya. Entonces, ¿por qué dejó que la película funcionase durante dos minutos en lugar de pararla y marcar el tema que buscaba?

Russ empezó a sudar un poco.

—Ya sabe lo que pasa. Se marca algo y luego da pereza quitarlo —sonrió al jefe—. Crea usted lo que le digo. Es sólo que me he equivocado al apretar el botón.

—¿Qué tema busca?

—Premonstratenses.

El rostro del jefe de seguridad se quedó vacío un momento:

—Premonstratenses —entonces sonrió—. Ah, sí. Ya recuerdo. Se trata de interesantes fenómenos psicóticos relacionados con la mente esquizoide.

—No —dijo Russ—. Se trata de una orden de Canónigos Agustinos fundada por San Norberto en el año mil ciento veinte.

El jefe echó un vistazo a uno de los hombres de la SegEst. Éste tenía ya una confirmación instantánea procedente de la computadora. Hizo un gesto con la cabeza afirmando que Russ decía la verdad. El jefe se volvió y clavó una mirada larga y penetrante en Russ. Y luego:

—Perdone. Parece que nos hemos equivocado.

—No tiene importancia.

—Ya comprenderá que hemos de tomar todas las precauciones.

—Claro. Lo comprendo.

—Muy bien. Puede marcharse.

Russ se levantó y salió despacio de la estancia, cuidando de no aparentar prisa. En cuanto se cerró la puerta, el jefe se volvió hacia uno de sus hombres y dijo vivamente:

—Wilson.

—Sí, señor.

—Sígalo y haga la comprobación.

El hombre de la SegEst asintió con la cabeza y se fue. Avistó a Russ abriéndose paso entre la densa muchedumbre, bajo la rotonda, mientras intentaba llegar a la calle. Lo siguió con rostro ceñudo, sin perderlo un momento de vista.

Russ corría en el solarcar. Todo aquel viaje suyo había sido un fracaso y estaba enfadado consigo mismo por haberlo hecho. Sólo se alegraba de haber conseguido engañar al jefe de seguridad y de que éste no hubiese ordenado inmediatamente un registro en toda regla de su casa. Sabía que la habrían puesto de patas arriba y habrían encontrado a Carole allí en el refugio. Eran muy meticulosos en estas cosas. En primer lugar era un imbécil por haber corrido el riesgo que representaba ver aquella película. Era una suerte que hubiese comprobado las fichas de antemano. En estos

tiempos en que prácticamente uno de cada cinco hombres llevaba un tipo u otro de uniforme, había que protegerse como fuese.

El guardia del MusEst, al verlo, levantó rápidamente la barrera que cerraba el paso a la Calle Antigua Norteamericana. A este lado de la barrera se movían como zombis, boquiabiertos, los numerosos visitantes de costumbre. Russ no se dio cuenta de que otro solarcar lo seguía cuesta arriba. Estaba demasiado pendiente de llegar hasta Carole. Y se recriminaba. Debía ser horrible estar tumbada allí abajo sola y sufriendo, esperando dar a luz un hijo y sabiendo que éste probablemente moriría.

Detuvo el solarcar delante de la casa. Su instinto le mandaba correr, pero dominó este impulso y entró en la casa a paso normal. Echó un vistazo a la casa de los Borden, confiando en que Edna no repararía en él.

Una vez dentro se dirigió directamente a la puerta que daba al refugio, deteniéndose en seco al oír un sonido.

—Pa-pa. Pa-pa.

Dio la vuelta y vio al bebé de Edna sentado en una silla y sacudiendo un sonajero, con el bracito moviéndose arriba y abajo en una cadencia regular. La saliva burbujeaba alrededor de sus labios.

—Pa-pa. Pa-pa. Pa-pa.

Entonces vio a Edna echada sobre el sofá y sonriéndole. Su sonrisa era seda pura y tenía los ojos brillantes de avidez. Se rasgó la falda, delgada como el papel y semitransparente, mostrando sus largas piernas y muslos desnudos. Abrió las piernas lascivamente y las meneó hacia Russ para que éste pudiese ver el oscuro valle que tenía en medio. Era una invitación a la fiesta, una invitación a la que él no debía resistirse.

—Hola, cariño —dijo ella.

Él la miró boquiabierto:

—¿Qué haces aquí?

Ella sonrió:

—Vamos, ¿no te parece tonta esa pregunta?

Los ojos de Russ se movieron rápida y ansiosamente hacia la puerta que llevaba al refugio; pensaba en Carole, sola allí abajo, sabiendo que tenía que llegar hasta ella. Se contuvo e intentó desesperadamente mostrarse tranquilo. Incluso consiguió sonreír.

—Es un poco temprano para jugar, ¿no te parece?

—No seas ridículo, cielo. Nunca es demasiado temprano.

—Creía que ibas a visitar a tu hermana hoy.

—He decidido que era mejor visitarte a ti. Al fin y al cabo, Russ, hoy no has ido a trabajar. Si tú puedes hacer novillos también yo.

Se puso las manos debajo de las nalgas y levantó bastante las piernas, abriéndolas aún más. En aquel momento, esta visión le pareció a Russ repelente y obscena. La voz de Edna era ahora ronca e imprecisa:

—Vamos, cariño. Vamos, sé amable. ¿A qué esperar? Hoy tengo muchas ganas de acostarme contigo.

Sabía que estaba atrapado y en su mente chasqueó un engranaje mientras buscaba una salida, la que fuese. No podía pasar tiempo alguno con Edna ahora, precisamente ahora, cuando Carole estaba allí abajo esperándolo. Sabía que, en aquel momento no podría responder a la succulenta invitación de Edna. Se sentía tan alterado emocionalmente, debido a las circunstancias, que sabía que ni siquiera podría fingir un comportamiento masculino. Era la primera vez que esto ocurría y ella era la clase de mujer que se mostraría muy curiosa al respecto. Empezaría a hacer preguntas. ¿Qué le pasaba? ¿Había otra mujer? ¿Había ido a ver a otra mujer en la ciudad? Y si era así, ¿a quién? ¿Por eso no había trabajado aquella mañana?

Tenía que hallar la manera de hacer salir a Edna Borden de la casa y bajar a ver a Carole. Pero ¿cómo? De repente tuvo una idea. Sabía que corría un gran riesgo, pero valía la pena intentarlo. Observó que Peter, que estaba sentado en una silla alta sacudiendo aquel maldito sonajero, estaba casi exactamente entre él y Edna. Empezó a arrancarse el jersey de fibraespuma y fue hacia Edna. Ésta sonrió mientras lo esperaba.

Al pasar rozando la silla, consiguió darle un fuerte golpe de cadera. La silla, con el bebé, se volcó y cayó al suelo con estrépito. El niño, programado para un caso semejante, se puso a chillar mientras yacía tumbado de espaldas en el suelo y meneaba los bracitos furiosamente. De sus ojos brotaban las lágrimas.

—¡Peter! ¡Oh, santo cielo...!

Edna se puso en pie de un salto horrorizada. Fue corriendo hasta el bebé, lo levantó y examinó rápidamente su blando cuerpo de plástico, buscando morados o huesos rotos. Lo abrazo.

—Vamos, vamos, encanto. No pasa nada. Mamá te ha cogido. —Miró a Russ enfadada—. ¿Cómo diablos has podido ser tan torpe?

—Lo siento, Edna.

—Vaya, fantástico. *Lo sientes*. Vamos —dijo dirigiéndose al niño—, vamos. Mamá te llevará a casa y te bañará con agua caliente para que estés limpito.

—Ha sido un accidente —tartamudeó él.

—¿De veras?

Edna podía ser cualquier cosa menos tonta. Sabía que, en aquel momento, Russ tenía algo en la cabeza más importante que su atractivo. Se daba cuenta de que Russ había destruido exprofeso el encanto de aquel instante haciendo que se volcase la silla y se hiciese daño su hijo. Pero no estaba dispuesta a hacer preguntas en aquel momento, porque Peter seguía retorciéndose y chillando en sus brazos.

Cuando salió, Edna no observó al hombre de la SegEst que acababa de ponerse en marcha en uno de los solarcars del MusEst. Éste había estado fisgando a través de la persiana y había visto una escena familiar normal: la compañera de Russ echada sobre el sofá y su muñeco-bebé sentado en la silla. Desde luego, aquella mujer no

estaba embarazada y sólo le quedaba informar de una pista falsa. No estaba especialmente decepcionado por ello: formaba parte de su trabajo cotidiano. Lo que sí le molestaba era que había estado a punto de presenciar una pequeña orgía por parte de aquella pareja y aquel maldito idiota había hecho caer al niño.

Russ observó cómo Edna cruzaba el patio hacia su propia casa, sólo para asegurarse de que realmente se alejaba. Entonces abrió la puerta del sótano y bajó corriendo la escalera, entrando en el refugio.

Carole yacía sobre la cama. Estaba sudando pero parecía completamente relajada y, cuando lo vio, le tendió la mano y sonrió débilmente. Él se sentó en la cama y dijo de manera ansiosa:

—Carole, ¿estás bien?

—Estoy muy bien. Los dolores han desaparecido.

Russ la miró y ella se puso a reír de modo un tanto histérico.

—Es extraño, ¿verdad? Quiero decir que habría jurado que eran auténticos. Pero luego, de repente, han desaparecido. Ha sido una falsa alarma. Supongo que ha sido porque aquella mujer de la pantalla me miraba —súbitamente dejó de reír y se puso a llorar—. Oh, Russ, tenía mucho miedo. Y siento haberte asustado a ti...

Él la tomó en brazos y la meció suavemente, dejando que llorase.

Veintisiete días después, Carole Evans, con la ayuda de su cónyuge, dio a luz a un niño.

Russ, bien enseñado por Carole sobre lo que tendría que hacer cuando llegase el momento, sostuvo al bebé cabeza abajo para quitar la mucosidad de su nariz y garganta. Después quitó la envoltura blancuzca, como de cera, así como las rayas de sangre del cuerpo del lloriqueante bebé, y se lo entregó a Carole. Sin perder ni un segundo, ésta contó los dedos de los pies y manos. Entonces pasó la mano por la cara del bebé y luego por todo su cuerpo. Y, finalmente, exclamó:

—Oh, Russ. *Es de verdad.*

Y *era* de verdad. No había ni un adarme de plástico en él, ni una fracción de centímetro de alambre, ni una sola célula electrónica en miniatura. Su carne era de tejido auténtico calentado por sangre auténtica, y el pequeño corazón no latía gracias a una serie de impulsos electrónicos sino por la fuerza de la vida misma. No había sido producido en ninguna fábrica sino en las entrañas de su madre, y su vigoroso gimoteo no procedía de una diminuta e inteligentemente ideada caja de sonido sino de auténticas cuerdas vocales. En aquel niño no había botones que apretar ni tampoco era necesario que nadie efectuase ajuste mecánico alguno. En el futuro él mismo apretaría sus propios botones y efectuaría sus ajustes, y su cerebro no podría ser ni sería programado; su sistema nervioso tampoco podría ser alterado ni ajustado por la cirugía de taller, por muy refinadas que fuesen las herramientas o por muy listo que fuese el artesano. En los días venideros se comportaría y reaccionaría según su propio

impulso. A diferencia de su prototipo protético era ya un pequeño misterio. Y a diferencia de sus imitadores conocería el amor, el odio y el temor y sería movido por el instinto; podría presentir el peligro, verse en medio de pasiones antagónicas y maravillarse ante el misterio de la vida.

No había sido probado de antemano ni inspeccionado cuidadosamente en busca de defectos antes de salir de su estante, ni tampoco numerado, envuelto y enviado. No estaba bendecido con la hermosura instantánea. De hecho era feo al nacer —con la cara hinchada, los rasgos deformes y la cabeza torcida—. Y, desde el momento en que había chocado directamente con el mundo, había conocido lo que sus imitaciones artificiales no habían conocido ni conocerían jamás.

Dolor.

Era, en todos los aspectos, humano. Y muy raro.

En el momento de nacer pesaba tres kilos. Y le pusieron el nombre de John.

Unos días más tarde, Carole regresó inesperadamente con Russ. Se llamó a sí misma tonta por haberse marchado y rogó a Russ que la volviese a aceptar. Dijo que había estado viviendo en la Ciudad Lineal 4375, en la Costa Occidental. Lo había pasado muy mal allí y había echado muchísimo de menos a Russ. Durante este periodo de tiempo había seguido otro curso intensivo de la maternidad y de los hijos y había consultado a un nuevo psiconarcosintésista que había hecho maravillas con ella. Habían desaparecido ya los problemas que tenía antes en cuanto a la aceptación de un sustituto protético. Lo único que pedía era la oportunidad de demostrarlo.

Russ confesó que también él la había echado de menos y se alegraba de que hubiese vuelto. Los Borden, naturalmente, la aceptaron. George estaba terriblemente contento y Edna, fuesen cuales fuesen sus sentimientos, no los mostró. Unos días más tarde Russ y Carole hicieron otra visita al BabyMarket. Carole siempre había querido un niño, al igual que Russ. Esta vez invitaron a Edna a que los acompañase para ayudar a Carole a escoger. Edna se mostró contenta de hacer esto, alegrándose asimismo de que Peter tuviese a alguien de su edad con quien jugar en su parquecito. De momento decidió no adoptar un niño de dos años, como era su intención en un principio, para que fuese compañero de Peter.

Carole, con la aprobación de Edna, escogió un niño gordo y risueño, que fue programado para responder al nombre de John. Esto resultaba adecuado y eliminaba cualquier peligro de error involuntario.

# TERCERA PARTE

En el noveno año del Edicto la PropGob empezó a hacer vagas promesas destinadas a mitigar el resentimiento público provocado por el decreto. Se hablaba de una rebelión popular contra él. Unos cuantos cabecillas se alzaron para protestar abiertamente contra él, pero fueron liquidados rápidamente. Empezó a formarse un movimiento clandestino. Dándose cuenta de que el pueblo quería ver resultados a cambio de sus sacrificios, la PropGob empezó a lanzar optimistas pronósticos a través del Bocazas. Los ancianos seguían muriendo, aunque lentamente. Y lo que era más importante, no había nuevos estómagos que alimentar. Según dijo la PropGob, el índice de calorías se vería aumentado. Habría algo más de comida para todos. No mucha, advirtió. Pero sí algo más.

A la gente se le venía diciendo esto desde hacía tres años. Nada había ocurrido y esto resultaba muy cínico. No se podían comer pronósticos ni promesas. El noventa por ciento de los fallecimientos eran todavía causados básicamente y simplemente por la desnutrición.

En el Año Nueve (como lo llamaban algunos) llegó como de costumbre el día de Acción de Gracias. Y, aunque no había nada por lo que dar gracias, por ejemplo una mesa abundante, el Bocazas insistía en conservar la tradición, como hacía con todas las fiestas. Ensalzaba el recuerdo, si bien no el hecho. Aunque hacía mucho tiempo que esta fiesta en particular, más que ninguna otra, habría debido estar en algún museo de historia antigua.

Este día de Acción de Gracias, mientras el Bocazas pasaba sobre la zona norteamericana en su camino prescrito, los idiotas que lo programaban en el CentCom habían recurrido a los archivos de tiempos lejanos a fin de encontrar algo adecuado. Ahora, y con el tremendo mal gusto de siempre, el Bocazas llevaba a las muchedumbres que se arremolinaban en la Tierra alegría metálica en forma de un poema tradicional:

*Cuando la escarcha está sobre la calabaza y el pienso en el almiar.*

*Y oyes el graznido del contoneante pavo macho.*

*La cháchara de las pintadas, y el cloqueo de las gallinas.*

*Y el kirikí del gallo mientras se pasea de puntillas por la valla. ¡Oh, entonces es el momento en que un tío se siente mejor! Con el sol naciente que lo saluda desde una noche de tranquilo descanso.*

*Mientras abandona la casa, la cabeza desnuda, y va a dar de comer al ganado.*

*Cuando la escarcha está sobre la calabaza y el pienso en el almiar.*

La masa de abajo escuchaba disgustada mientras miraba al cielo. Y, en algún lugar, una voz gritó: «Bocazas, ¿por qué no te callas?». Miles y luego millones de voces roncadas hicieron suyo este grito y la gente se puso a amenazar con el puño a aquella mota del cielo que los atormentaba. Con anhelo, pero poco esperanzados, muchos hablaban de apoderarse de una de las instalaciones de cohetes planetarios en plena noche y programarla para poder enviar un cohete y destrozar al Bocazas.

Pero éste no era sólo una esfera impersonal hecha de tubos y alambres y leves impulsos electrónicos. En esta ocasión reaccionó de una manera casi humana. Se mostró sensible y susceptible. Incitado por la crítica universal, dio de repente un anuncio untuoso dentro de su benevolencia:

«Al pueblo del sector norteamericano... BUENAS NOTICIAS. El GobMund ha decretado quinientas calorías adicionales para todos los ciudadanos en conmemoración de esta gran fiesta nacional. Feliz día de Acción de Gracias». Y después otra sorprendente noticia: «Al pueblo de todo el planeta: debido a la ligera mejoría en la situación del equilibrio de la alimentación, a partir de este momento se añadirán automáticamente otras cincuenta calorías al IC.».

Las masas de abajo permanecían calladas, incrédulas. Y entonces, de entre ellas, una mujer gritó: «¡Ya era hora!», elevándose un grande y resonante bramido de aprobación, una intensa ola de felicidad que continuó sin disminuir durante toda una hora.

El refugio antiatómico estaba ahora completamente decorado. Tenía unas alegres cortinas y había una cuna para John, y Russ había construido cajones de almacenaje en el pasadizo de escape. Carole había cosido toda la ropa de John a la manera de antaño, ya que hacía muchos años que las tiendas no vendían ropa de bebé.

Estaba el problema de la llave de la casa, que Edna había tenido mientras Carole había estado fuera. Era peligroso permitir que Edna, al igual que George, entrasen en ella cuando les apeteciese mientras Carole estaba sola en el refugio dando de comer o cuidando al bebé. Verían que ésta no estaba en la parte de arriba de la casa; y esto, sabiendo como sabían que no había salido, excitaría su curiosidad. Casi inmediatamente Carole pidió cortésmente a Edna que devolviese la llave. Ésta lo hizo sin poner reparo. Ambas comprendían que ahora que Russ volvía a tener a su cónyuge ninguna otra mujer podía tener libre acceso a la casa, y que tenían derecho a su intimidad. Aparte de esto no hubo ningún cambio especial en sus relaciones. Edna seguía acostándose de vez en cuando con Russ y Carole con George, como habían hecho antes. Tanto a Carole como a Russ les desagradaba esto, pero no se atrevían a cambiar la costumbre, ya que ello crearía una situación de descontento, recelo y tal vez cambio. Era importantísimo mantener a toda costa el *statu quo* para bien de aquel bebé que estaba en lo más hondo del refugio.

Siempre eran conscientes del peligro que corrían. El temor de ser descubiertos los

acosaba. Pero tenían otros temores aún más intensos: que la leche de Carole se acabase, que el bebé se pusiese lo bastante enfermo como para necesitar la atención de un médico. Afrontaron como pudieron los primeros hipos de John, el primer resoplido de su nariz, el primer esputo. Más adelante estuvieron preocupados durante los días en que el niño se mostró irritable y triste, durante los días en que tuvo cólico. Pero, alrededor del tercer mes, el cólico desapareció.

Por lo demás, el crío crecía normalmente. Aumentaba un cuarto de kilo a la semana y finalmente aprendió a levantar la cabeza del colchón, concentrando la vista sin esfuerzo; empezó también a sonreír de una manera cordial a sus padres. Como nunca veía a ningún extraño no había ocasión para que éstos lo importunasen. Russ y Carole le demostraban que lo querían cien veces al día y él comprendía esto a través de su proximidad, del contacto de sus manos, del sonido de sus voces y de sus ojos sonrientes. Durante aquellos primeros seis meses fue un niño sano y feliz.

Aquel Día de Acción de Gracias Carole estaba sentada en la cama intentando dar de mamar al bebé. Pero John no quería coger el pezón. Se agitaba inquieto y lloriqueaba, y Carole estaba preocupada.

—No está bien, Russ. Tiene fiebre.

—Eso les pasa a menudo a los críos —dijo él, encogiéndose de hombros—. Seguramente no es nada grave. Quizá sea la leche... quizá no sea nada. Bueno, es mejor que vayamos a casa de los Borden. Nos esperan.

El bebé, con el rostro encarnado, se puso a llorar rabiosamente. Y Carole dijo:

—No puedo dejarlo.

Russ la miró fijamente:

—¿Qué quieres decir?

—Ya lo he dicho. No puedo dejarlo.

—Pero *tienes* que dejarlo.

—No puedo pasarme la cena de Acción de Gracias con ellos, allí sentada y charlando horas y horas mientras John está aquí abajo solo, enfermo...

—Oye —dijo él tranquilamente—, no se trata de lo que quieras hacer. ¡Se trata de lo que *tenemos* que hacer!

Entonces, Carole estalló:

—Pero, santo cielo, está enfermo. ¿No lo entiendes?

Apretó al lloroso bebé contra ella y lo meció suavemente, intentando calmarlo.

—Ve tú —dijo—. Dales mis excusas.

—¿Qué excusas? ¿Qué voy a decirles...?

—Diles que no me encuentro bien.

—Insistirán en venir a verte.

—Diles lo que sea. Me importa un comino.

—Sabes que no puedo hacer eso.

—Y yo no puedo arriesgarme a dejar a John —dijo ella tercamente.

—No puedes arriesgarte a *no* dejarlo —dijo él—. Si no te presentas pueden sospechar algo —la cogió suavemente del brazo—. Por favor, Carole. No hagas las cosas más difíciles de lo que son.

Carole vio lo disgustado que estaba y finalmente aceptó la situación. Dejó a John suavemente en la cuna. Éste siguió llorando febrilmente.

—Santo cielo —dijo—. ¿Qué vamos a hacer?

—Ya se nos ocurrirá algo cuando lleguemos allí —dijo él—. Ya veremos la manera de que puedas volver aquí.

Subieron la escalera y, cuando Carole se dirigía a la puerta de la calle, Russ la detuvo.

—Te has olvidado algo —dijo.

—Ah, sí. John.

Al oír su nombre el muñeco que yacía en el sofá dijo: «Mamá, ma-má» y meneó sus bracitos artificiales. Carole lo levantó cogiéndolo de una pierna y el bebé, sobresaltado, emitió un chillido. Entonces, acunándolo, ella salió y empezó a cruzar el patio hacia la casa de los Borden, seguida por Russ.

Aparentemente al menos daba una impresión de radiante maternidad.

—Déjame que vea ese encanto.

Edna destapó la cara de John y le hizo una carantoña en la barbilla. En su rostro había una sonrisa cálida, inteligente y maternal. Su propio hijo, Peter, jugaba feliz en la cuna mientras George servía bebidas para todos.

—Ma-má —dijo John—. Ma-má.

—Oh —dijo Edna—. Qué simpático es. Sabía —agregó, sonriendo a Carole— que cuando tuvieses un hijo lo querrías. Sólo es cuestión de adaptarse.

—Sí —dijo Carole—. Ahora me doy cuenta.

—Debo decir, querida, que has cambiado desde que tienes a John. Recuerdo lo desgraciada que te sentías cuando dejaste a Russ. No hay nada como alejarse unos meses de todo esto para que una chica se dé cuenta de la suerte que tiene.

—Me alegro de haber vuelto —dijo Carole.

—Te echamos mucho de menos —en la sonrisa de Edna había un ligero toque de malicia—. ¿No es verdad, George?

Él dirigió una sonrisa lasciva a Carole:

—Desde luego yo sí.

Carole miró a Russ y vio que su cara había enrojecido. Era evidente que a éste no le había gustado la observación de George y ella esperaba que no dijese nada para expresar su ira, aunque fuese de manera indirecta. Era más importante que nunca que siguiesen en buenas relaciones con los Borden.

—Edna —dijo George—. Me muero de hambre. ¿Qué te parece si cenamos?

La cena de Acción de Gracias servida por Edna era soberbia. Además de los alimentos sintéticos procedentes de tubos, los Borden y los Evans habían recogido un

suministro adicional de verduras de los respectivos huertos, y George incluso había conseguido agenciarse un pequeño suministro de leche de las vacas exhibidas en el MusEst, leche que normalmente estaba estrictamente destinada al LabEst para investigación científica.

Russ observó estrechamente a Carole durante toda la cena. Ésta parecía muy disgustada y apenas era capaz de ir comiendo. Esto era tan inusitado que tanto Edna como George se dieron cuenta y hablaron al respecto. Carole se excusó diciendo que no se encontraba bien y George y Edna terminaron su plato entre los dos. Russ sabía dónde estaba su pensamiento y esperaba fervientemente que sabría contenerse y no haría ni diría ninguna tontería. Cuando sus ojos se encontraron le rogó calladamente que hiciese todo lo posible para contenerse.

Habían quedado en jugar al *bridge* después de cenar.

—Lo siento —dijo Carole—. Pero tendré que irme. Todavía me duele la cabeza.

—George, trae dos pastillas de esas nuevas que nos dio el doctor Stevens. Las rojas.

Carole empezó a protestar, pero Edna insistió:

—Son lo que se dice fantásticas, querida. Ese dolor de cabeza te desaparecerá en diez segundos. Te garantizo que van bien.

Carole vio que estaba atrapada y engulló las pastillas sin protestar. Tanto ella como Russ sabían que a los Borden les entusiasmaba el *bridge* y que habían decidido jugar aquella noche, y tendría que haber un terremoto para que se quedasen sin este placer. Carole miró, impotente, a Russ y éste se encogió imperceptiblemente de hombros, rogándole calladamente que siguiese a los demás. Pero ambos podían imaginarse a John en la cuna, llorando de dolor y tal vez ardiendo de fiebre. Russ pensó desesperadamente: «Si no encontramos alguna forma de salir pronto de aquí, Carole lo estropeará todo y se irá». Veía en el rostro tenso y los ojos excesivamente brillantes de su cónyuge que ésta estaba a punto de hacer precisamente esto, atravesar corriendo el patio, meterse en la casa y bajar al refugio para ver a John, sin dar ninguna explicación y que los demás pensasen lo que quisiesen. Ahora estaba más que preocupado. Estaba asustado.

George y Edna querían jugar al estilo Chicago y cambiar de compañero después de cada partida, pero Carole insistió en jugar sólo con Russ. Manifestó que había estado alejada mucho tiempo y quería acostumbrarse de nuevo a jugar con su cónyuge. Los Borden, viendo que esto era lógico, se mostraron de acuerdo.

Jugaban a un décimo de caloría el tanto. En la primera mano, Edna presentó cuatro espadas e hizo juego. George estaba exultante mientras cogía las cartas para la siguiente mano.

—Estupendo, cariño —dijo.

—Gracias, cielo. Presiento —añadió, mientras él empezaba a dar cartas— que esta vez tendré una buena mano. Compañero, vamos a destrozarlos.

Russ se daba cuenta de que Carole estaba intentando decirle algo con los ojos.

Algo que él debía hacer, algo que *debían* hacer entre los dos. Estaba intentando desesperadamente hacerle comprender algo, pero él no tenía la más remota idea de lo que quería. Impotente, decidió limitarse a tocar de oído y seguir su dirección.

—A propósito, Russ —dijo George mientras seguía dando cartas—. ¿Qué opinas de Fred Thomson?

Thomson era uno de los guardias del MusEst Cuarenta y Dos. Aventajaba a Russ y a muchos otros en antigüedad y a George había empezado a simpatizarle.

—Es una buena persona —dijo Russ.

—Está el primero en cuanto a registro de actuación —dijo George—. Y no ha faltado ni un solo día al trabajo. Estoy pensando en recomendarlo como representante nuestro en la excursión nacional.

—No se podría encontrar un tío mejor.

—¿Por qué no te recomiendas a ti mismo, cielo? —dijo Edna—. No me vendrían mal unas vacaciones de dos meses con raciones completas.

—Ya he pensado en eso, cariño —dijo George con una sonrisa—. Pero no creo que el comisario lo aceptase. Aunque sea tu viejo.

Cogieron sus cartas y las estudiaron. Russ siguió observando estrechamente a Carole.

—Paso —dijo George.

—Bastos —dijo Russ.

—Paso —dijo Edna.

—Un diamante —dijo Carole.

—Sigo —dijo George—. Tienes buen juego esta vez, compañera —agregó, dirigiéndose a Edna.

—Dos espadas —dijo Russ.

—Paso —dijo Edna.

Carole estudió su juego durante un momento.

—Tres diamantes.

—Paso —dijo George con un suspiro.

—Tres corazones —dijo Russ.

—Yo sigo —dijo Edna.

Carole vaciló y se mordió el labio. Instintivamente, Russ supo que aquella vacilación era artificial. Los ojos de Carole le decían: *Ahora*.

Ella vaciló un poquitín más. Entonces, de repente, dijo:

—Paso.

Al instante, Russ comprendió. Ella le había dado la pista con aquel «paso». Reaccionó y miró furioso a Carole. George soltó una carcajada ante aquella patochada. Russ siguió mirando a Carole descontento.

—Por el amor de Dios, Carole, ¿te has vuelto loca?

—¿Qué...?

—¡Dejarme con tres corazones!

—Pero estoy casi sin juego. ¡Y me obligas a que ofrezca!

—¡No me importa lo que tengas! —Ahora estaba furioso mientras le gritaba—. Te he dado una oportunidad en otro palo. ¡Eso quiere decir que tenemos que ir a por el juego! —Se levantó encolerizado y arrojó sus cartas.

—¡No he visto nunca nada igual!

Carole se puso blanca. Arrojó sus cartas y se levantó. Entonces, se despidió con un sollozo:

—¡Perdonadme!

George y Edna quedaron sorprendidos ante este súbito arrebató. George intentó arreglar las cosas.

—Eh, eh, vosotros. Tranquilos...

Pero Carole se volvió y salió apresuradamente de la casa, sollozando. Russ se sentó y vio cómo se marchaba, esperando parecer lo suficientemente enfadado. George fue a ponerse en pie como si quisiera ir tras ella. Russ lo detuvo.

—Deja que se vaya.

—Oye —dijo George—. Has estado muy duro con ella.

—Lo siento. Pero esa declaración era una estupidez —entonces miró a los dos como pidiendo excusas—. O se juega al *bridge* o no.

—Desde luego no estaba por el juego —dijo Edna—. Nervios, nervios, nervios. Supongo que todos los tenemos —estuvo pensativa un momento—. Quizá debería ir e intentar calmarla.

—No —dijo Russ—. Yo me ocuparé de eso. Es cosa mía. Siento estropear la noche de este modo —se encaminó hacia la puerta—. Gracias por la cena. Buenas noches.

—Russ. Espera un momento.

Era Edna que lo llamaba. Se volvió y se encontró con ella mirándolo fijamente.

—¿No te has olvidado de algo?

Fue hacia el parquecito, cogió a John y se lo dio a Russ. Sus ojos verdes eran deslumbrantes.

—¿Recuerdas? Ahora tenéis un hijo.

Ahora estaban algo más que preocupados. Estaban asustados. Carole sostenía al inquieto bebé en brazos mientras Russ aplicaba una compresa fría a la cara pequeña y febril.

—Russ, ¿qué vamos a hacer?

—No sé.

—Necesita un médico.

—Eso es imposible —dijo él.

—Pero tiene cerca de cuarenta de temperatura. Está ardiendo.

—Ya lo sé, ya lo sé —le dijo él casi gritando—. Pero no podemos llamar a un médico.

—Ya sé que es arriesgado.

—¿Arriesgado? Ésa no es la palabra adecuada. Es un suicidio. Supón que hago venir al doctor Herrick. Es el único en quien podríamos confiar. Y ni siquiera estoy seguro de que pueda seguir practicando la medicina. Pero supongamos que sí. Tengo que ir a buscarlo en el solarcar. Es demasiado viejo para abrirse camino por entre la muchedumbre y venir en el monorriel. Y entonces, ¿qué ocurriría cuando llegásemos a la entrada a deshora? ¿Cómo iba a hacerlo pasar? Y supongamos que lo consigo. ¿Cómo voy a hacerlo pasar por delante de los Borden y entrar en la casa sin que lo vean?

—Entonces, ¿qué te parece que podríamos hacer? ¿Quedarnos sentados sin hacer nada a ver cómo muere? Y luego cavar un buen agujero en alguna parte y enterrarlo. ¿Es eso?

—No —dijo él con enfado—. ¡No es eso! —De repente parecía que Carole estuviese haciéndole representar el papel de malo; comprendía que esto se debía a su frustración, a lo terrible de su situación; pero no podía evitar sentirse un poco culpable—. Sólo intento señalar que...

—Russ —dijo ella súbitamente—, espera un momento —estaba mirándolo fijamente, con la cara pálida—. Claro, claro. Es sencillo. En vez de hacer venir al médico aquí yo llevaré al niño allí. Al despacho del doctor Herrick. En la Ciudad Antigua.

Él hizo un movimiento negativo con la cabeza:

—Es una locura. No conseguirías salirte con la tuya.

—¿Tienes una idea mejor?

—No.

Muy bien —dijo ella—. Entonces tendremos que hacerlo a mi manera.

Pasaron la noche sin dormir. Y al día siguiente, poco antes de que Russ tuviera que empezar a trabajar, éste dijo:

—Carole, no puedo permitir que lo hagas. Es demasiado peligroso.

—Tengo que hacerlo.

—Entonces voy contigo.

—No —dijo ella—. Eso sería lo peor que podrías hacer. Querrían saber por qué no te habías presentado a trabajar hoy. Empezarían a hacer preguntas. Además, no parecería natural.

—El niño no lloraba demasiado esta mañana —dijo él con esperanza—. Quizás esté empezando a sentirse un poco mejor. Quizá si esperamos otro día...

—No —dijo ella firmemente. Russ comenzó a protestar de nuevo pero ella lo cortó—. Acabo de tomarle la temperatura. La fiebre no ha disminuido nada.

Él sabía que no podía decir nada más y fueron hacia la puerta. Antes de que Russ la abriese se abrazaron fuertemente, sabiendo ambos que podía ser por última vez, y él dijo una y otra vez:

—Ten cuidado, ten cuidado. Te quiero, Carole —añadió, y salió a la brillante mañana otoñal. En aquel momento George Borden salió de su propia casa y Russ se unió a él, marchando juntos por la calle.

Ella permaneció allí un momento viendo cómo se iba y, entonces, de repente, dejó de temblar y se quedó tranquila. Entró corriendo en el refugio. De momento el bebé dormía. Le había dado un tranquilizante hacía una hora, metiéndole a la fuerza la medicina en la boca con una cucharilla. Rezó para que durmiese un rato. Luego lo envolvió cariñosamente y subió corriendo la escalera con él.

El «otro» John yacía inerte en el cochecito con el pulgar en la boca. Parecía casi obscenamente real. Carole lo cogió y lo dejó caer sobre el sofá. Programado para protestar ante cualquier violencia, el bebé se puso a llorar. Carole colocó a su propio bebé en el cochecito, suavemente y boca abajo para que la carita febril quedase oculta. Entonces le tapó la cabeza con la pequeña colcha de modo que sólo se viese un mechón de cabello.

Abrió un poquitín la puerta y atisbo por la rendija. Faltaba poco para que el MusEst Cuarenta y Dos abriese sus puertas, y la Calle Antigua Norteamericana estaba vacía. Prestó especial atención a la casa de los Borden, que estaba tranquila. Entonces abrió del todo la puerta y sacó el cochecito lentamente. Sentía el impulso de echar a correr, pero se dominó, y fue andando de una manera normal, como si simplemente llevase a su hijo a dar su paseo diario. Había una entrada especial del MusEst utilizada sólo por personal autorizado y que estaba mucho más cerca que la entrada principal, al fondo de la colina. Estaba cerca del lago y se encaminó en esa dirección.

Justo cuando volvía la esquina de la calle se detuvo. Edna Borden iba hacia ella. También ella llevaba un cochecito e iba a dar a Peter su paseo diario. Carole había olvidado completamente que Edna hacía esto a veces, aunque normalmente lo hacía a primeras horas de la tarde. Edna le saludó con la mano y sonrió mientras se le acercaba. Y Carole permaneció paralizada, llena de terror. Estaba al borde del pánico.

Sentía el impulso de no hacer caso de Edna y pasar deprisa por su lado. Pero, en lugar de esto, se esforzó por sobreponerse. Edna fue hasta ella, le echó un vistazo y dijo:

—¿Qué pasa, querida?

—¿Qué pasa?

—¿No te encuentras bien?

—Me... me siento perfectamente.

—Estás muy pálida.

—Oh. Esta noche pasada no podía dormirme —dijo Carole sin convicción.

—Y ¿cómo está el pequeño John?

—Últimamente ha estado un poco irritable.

Edna sonrió afectuosamente:

—Seguramente será un poco de cólico. Tú no puedes hacer nada. Se le pasará solo. Peter siempre estaba igual.

—Sí —dijo Carole—. Sí.

Lo único que quería era alejarse de aquella mujer lo más pronto y elegantemente posible. Edna la observó con curiosidad.

—Querida, te encuentro muy inquieta. ¿Estás *segura* de que no pasa nada?

—No, no. Sólo es que estoy cansada.

—¿Quieres una tabestimul? Llevo unas cuantas.

Carole dijo que no con la cabeza. Edna miró el interior del cochecito y alargó el brazo como si fuera a retirar la colcha de la cara de John para poder verlo. Carole la detuvo rápidamente.

—No, Edna. No lo hagas. Está durmiendo. Podrías despertarlo.

—Oh, perdona. —Edna sonrió—. Naturalmente los pequeños tienen que dormir. Vamos, Carole —añadió, con viveza—. Es una tontería quedarse aquí. Podemos dar un paseo juntas.

—No puedo, Edna.

—¿No?

—Tengo que bajar a la ciudad hoy.

Edna alzó las cejas:

—¿A la ciudad? ¿Con lo lejos que está?

—Sí. Tengo que ir de compras.

—Ya. —Edna parecía decepcionada—. Es una lástima, querida. Me habría gustado que alguien me acompañase.

—Lo siento. De veras.

—Bueno, ya que bajas, ¿quieres comprarme un tubo de Sintagel?

—Claro que sí. No te preocupes —agregó cuando Edna se puso a buscar en su bolso—. Ya me lo darás luego. Ahora *tengo* que irme.

Antes de que Edna pudiera decir nada, Carole empujó el cochecito y se alejó de ella. Sabía que su marcha era un tanto precipitada. Pero pensaba que si se hubiera quedado allí a hablar con Edna un poco más se habría echado a gritar. Se daba cuenta

de que Edna la observaba, algo sorprendida.

Entonces, de repente, cuando estaba aún a sólo unos metros de Edna, John se puso a llorar.

«Santo cielo —pensó Carole frenéticamente—, santo cielo».

Titubeó ligeramente y luego aceleró un poco el paso a fin de poner toda la distancia posible entre ella y su vecina.

Estaba segura de que Edna había oído el lloro de John. Lo único que podía hacer era rezar para que la curiosidad de Edna no se viese excitada.

Edna se quedó clavada donde estaba, viendo cómo Carole se iba. Era extraño que el pequeño John se despertase llorando de un sueño profundo. Generalmente, un bebé bien programado sólo lloraba cuando estaba despierto, cuando se le hacía daño o se asustaba; cuando necesitaba que lo cambiaran o se le sostenía de manera inadecuada.

Además, había algo en el lloro de John...

Edna estaba intrigada. En su rostro se formaban arrugas mientras pensaba. Entonces, de repente, puso la mano sobre el cochecito, alzó la pequeña colcha que cubría a su hijo y golpeó a Peter en el trasero con la palma de la mano. Peter lanzó un lloro de protesta. Edna escuchó atentamente. Volvió a golpearlo y el bebé volvió a llorar. Una vez más escuchó atentamente, comparando el lloro de su bebé con el que había oído de John.

Entonces, dejando el cochecito donde estaba, se puso a seguir a Carole.

El MusEst Cuarenta y Dos acababa de abrir sus puertas y la zona del lago estaba ya llena de gente.

El pequeño lago rebosaba de botes de remos, muy juntos. Éstos cubrían de tal modo la superficie que apenas se podía ver el agua. Los botes chocaban entre sí, al igual que los remos. En el centro del estanque había un solo solarbote oficial con dos empleados del parque que dirigían aquel tránsito acuático. Al otro lado del estanque había un lindero, una pared grande y gruesa que se alzaba desde la superficie del lago. La pared formaba una colmena con una serie de enormes entradas a alcantarillas o túneles que servían de conductos para el vaciado del agua. Estos grandes agujeros, medio dentro y medio fuera del agua, tenían un espeso enrejado y avisos: «Prohibido entrar».

La voz de una locutora repetía sin cesar:

«Estos espacios llenos de agua, corrientes en otros tiempos en todo el país, eran conocidos como estanques o lagos. Algunos contenían grandes cantidades de una especie comestible llamada pez, ahora desaparecida. Servían también para sostener los pequeños vehículos flotantes, con fines recreativos, que pueden ver. Con el tiempo llegó a ser tan grande la contaminación de estos estanques o lagos que se hicieron inutilizables, perfeccionándose nuevas técnicas para obtener agua potable del mar. Durante la Crisis Espacial todos los lagos y estanques fueron rellenados a fin

de tener espacio para la construcción intensiva de viviendas...».

Había un paseo encima del lindero y Carole fue por él apresuradamente, empujando el cochecito. Por primera vez echó un rápido vistazo hacia atrás.

Vio a Edna que, a lo lejos, iba corriendo tras ella. Fue presa del pánico. La razón le decía que Edna no podía saber nada. No era posible que lo supiese. Al fin y al cabo no había visto a John. Era cierto que lo había oído llorar, pero ¿qué demostraba eso? Lo importante ahora era mantenerse lejos de Edna a fin de que ésta no pudiese hallar una excusa para fisgonear en el cochecito.

Carole aceleró la marcha echando casi a correr. Cuando llegó a la salida especial sonrió a Steve Hansen, el guardia, que le devolvió la sonrisa y le saludó y preguntó cómo estaba el bebé. Carole sacó a John del cochecito, envolviéndolo cuidadosamente y escondiendo su rostro con la colcha.

Entonces salió apresuradamente por la puerta y se introdujo en la concurrida megalópolis. Miró otra vez hacia atrás y vio a Edna que ahora corría hacia la salida tras ella.

Carole se abrió paso como pudo por entre la muchedumbre, encaminándose hacia el monorriel que llevaba a la Ciudad Antigua.

Edna seguía tras ella, procurando no perderla de vista. No había nada inusitado ni llamativo en su aspecto. Entre la gente había otras madres que llevaban sus bebés programados y, mientras mantuviera a John cubierto con su colcha y lo apretara contra sí, nadie de entre la muchedumbre se daría cuenta de la diferencia.

Echó un vistazo atrás y vio que Edna continuaba siguiéndola tenazmente, con una mirada resuelta y decidida en su rostro. Edna se abrió paso por entre la gente sin apartar los ojos de Carole, sabiendo que si los apartaba siquiera un momento podía perderla de vista en aquel abarrotado hormiguero.

A Carole le parecía que Edna empezaba a darle alcance lentamente e incluso creyó oír a Edna llamándola. Presa del pánico empezó a buscar la manera de despistar a su perseguidora.

De repente se encontró ante un Teatro Vistarama. El gran letrero de encima, que centelleaba electrónicamente en un cromático aluvión de muchos colores decía: «¡Exclusivo! Películas clásicas. ¡Comifilms! ¡Espectáculos sorprendentes, para hacerse agua la boca, jamás vistos con anterioridad!». Había una cola de una anchura de cuatro personas delante de la entrada; la cola se extendía al menos dos manzanas y estaba separada mediante barreras del resto de la corriente de lava humana que avanzaba por la acera.

Edna estaba ya más cerca. Carole se abrió paso por entre la gente a lo largo de la barrera hacia la entrada del Vistarama. Miró atrás y vio que Edna seguía sin perderla de vista y se acercaba cada vez más.

Finalmente, siguiendo todavía a la gente que se dirigía a la entrada, Carole volvió una esquina. Cuando llegó al comienzo de la cola volvió a mirar atrás y vio a Edna en la esquina estirando el cuello y con los ojos buscando en todas partes. Por el

momento había perdido la pista.

Carole tenía miedo de que Edna volviese a avistarla en cualquier momento. Estaba en un callejón sin salida y no había ningún sitio adonde ir como no volviese a introducirse entre la gente que iba hacia el paseo, a la vista de su perseguidora. Vislumbró a Edna por encima de las cabezas bamboleantes de la muchedumbre que empezaba a moverse a lo largo de las barreras del Vistarama en su dirección. Edna probablemente había llegado a la conclusión de que ésta era la única dirección que Carole había podido tomar desde el punto en que la había visto por última vez. No había dónde esconderse. Sólo había que esperar para poder atraparla.

Y entonces vendría el enfrentamiento. Y el peligro...

De repente, Carole sintió cómo alguien le daba un golpecito en el hombro. Ya excitada, se volvió presa del terror. Era un hombre situado en el comienzo de la cola del Vistarama. Sonrió y dijo:

—Adelante, señora. Colóquese delante mío.

Carole sintió deseos de llorar de agradecimiento. Aquel hombre había observado que llevaba un bebé en brazos y había visto cómo miraba de manera desesperada a lo largo de la cola. Había pensado que Carole intentaba entrar a ver el espectáculo. Sabía que tendría que esperar mucho y sería muy fatigoso para ella permanecer tanto rato en la cola con un bebé en brazos. Era un extraño despliegue de caballerosidad en aquellos tiempos. La gente sólo se ocupaba de sí misma y al infierno todos los demás. A una o dos de las personas situadas justamente detrás de aquel hombre no les cayó bien su gesto y empezaron a refunfuñar. El hombre se volvió y les dijo que callasen. Aunque estaba delgado, como casi todos, era un hombre grande y fuerte, y no estaban dispuestos a discutir con él.

—Gracias —dijo Carole—. Oh, gracias.

—De nada —dijo el hombre sonriéndole; hizo un gesto con la cabeza señalando a John—. Yo también tengo un hijo pequeño.

Carole esperó cinco minutos y entonces salió de la sala un hombre, dejando un asiento libre. Los Alimfilms eran una atracción formidable y muchos de los que tenían la suerte de conseguir entrar se quedaban a presenciar una o dos sesiones.

Carole compró su entrada y entró apresuradamente en el teatro. Se detuvo un momento sintiéndose lánguida y un poco aturdida por el alivio. Pero sabía que seguía en peligro. Edna sabía en qué dirección se había encaminado. Haría preguntas a los primeros de la cola y se enteraría de que su presa estaba en el teatro. Incluso era posible que consiguiese entrar. También entraba dentro de lo posible que se limitara a esperar a que Carole reapareciese.

En el otro extremo del Vistarama Carole vio otra salida y empezó a abrirse paso por entre el apretujado público.

El Vistarama era una gran cúpula y la pantalla gigante un gran círculo. Todos los asientos estaban ocupados y la gente abarrotaba los pasillos en una masa compacta, tan apretujados que era casi imposible respirar profundamente. A diferencia de las

películas tridimensionales gigantescas y con vida que se ofrecían generalmente en el Vistarama, en las que los actores se veían tan reales que parecían formar parte del público, la película que se proyectaba ahora era aburrida. Era muy vieja y su superficie estaba rayada y los colores un tanto apagados por el tiempo. Era una reliquia de los tiempos en que se pasaban por cajas un tanto rudimentarias llamadas cámaras, unas cintas de plástico llamadas películas.

Pero, a pesar de sus imperfecciones técnicas, aquella película se apoderó totalmente del público. Los miles de rostros flacos tenían la vista clavada en la pantalla. Reinaba un silencio absoluto. Ni un susurro, ni una tos. Los espectadores apenas se atrevían a pestañear por miedo de perderse algo. Observaban en trance, en una especie de éxtasis colectivo.

Acababa de empezar el primer Alimfilm cuando Carole entró. Mientras se abría paso hacia la salida del otro extremo la gente a la que empujaba gruñía irritada sin siquiera mirarla. Mantenían los ojos fijos en la pantalla.

Era un montaje a base de películas del siglo xx. Y al empezar tenía la calidad de un Espaciovfilm al igual que de un Alimfilm. Mostraba escenas de abundancia, vastos campos de maíz que se extendían hasta el horizonte, un cielo grande y mucho espacio; luego un rebaño de rollizo ganado paciendo de manera indolente en un campo de abundante alfalfa, ovejas pastando en una cuesta, una enorme granja de pollos, una flota pesquera recogiendo redes repletas de toneladas de atún.

Entonces, súbitamente, la película cambió, mostrando el interior de un establecimiento de comestibles corriente de la época. El narrador explicó que se llamaba supermercado y el público lanzó un largo suspiro colectivo al ver aquello. Aparecían cajas de verduras frescas, carnes de toda clase, estantes llenos de productos en lata, frutas apiladas formando altas pirámides. El narrador las iba identificando con cuidado por sus extraños y exóticos nombres: manzanas, peras, ciruelas, naranjas, pomelos. Los abarrotados estantes del supermercado parecían extenderse hasta el infinito, y luego se veían mujeres en grupo o en primer plano, mujeres que compraban, escogiendo y rechazando productos, llenando curiosos cestos rodantes que el narrador llamaba carritos de la compra; y luego las cajeras llenando de comida enormes bolsas y registrando el coste en rudimentarios aparatos llamados cajas registradoras. Nadie necesitaba ningún tipo de cartilla de racionamiento ni tampoco una tarjeta de calorías para llevarse productos alimenticios. Aunque resultara increíble, la gente podía llevarse todo lo que fuese capaz de transportar, y volver a por más.

En esta secuencia había una escena increíble que dejó pasmado al público. Mostraba un estante de productos dietéticos —así se llamaban— que al parecer eran buscados porque tenían un bajo contenido de calorías o ninguna caloría en absoluto. Cuantas menos mejor.

Ahora la película saltó del supermercado a un enorme y succulento asado de ternera, con su propio jugo, en el momento de ser sacado de un horno. Una mujer lo

llevaba en una bandeja a una mesa alrededor de la cual estaba sentada su familia. La mesa estaba repleta de alimentos de todas clases: succulentas patatas cocidas, maíz dulce, verduras de todas clases y un enorme bol de fruta en el centro. Todos los miembros de la familia parecían corpulentos. Era evidente que estaban demasiado bien alimentados. Pero se comportaban muy bien. Nadie cogía la comida y la devoraba. Eran capaces de quedarse allí esperando.

La mujer colocó el enorme asado delante de un hombre que evidentemente era su cónyuge y el cabeza de familia. Sonriendo, éste se puso a afilar un cuchillo. Entonces empezó a cortar en delgadas lonjas, una tras otra, el asado, y, mientras hacía esto, el jugo se desparramaba por la bandeja formando pequeños y rojizos riachuelos.

Para los espectadores lo que veían era casi insoportable, tanto por el dolor como por la ilusión que provocaban en ellos. Las bocas se entreabrían dejando caer saliva por las comisuras. La gente se relamía los labios, mirando lascivamente a la pantalla con ojos vidriosos, como si estuvieran pasando por una profunda experiencia sexual. El hombre de la película había acabado de trinchar la carne y ahora sostenía y se llevaba a la boca una gruesa lonja con la punta del tenedor. Mientras la engullía, las bocas de todo el público se abrían y cerraban en simbólico unísono con él.

Después de esto vino un montaje a base de comida. De gente sentada a la mesa metiéndose vorazmente alimentos en la boca. El Alimfilm había sido ideado para excitar, lo cual conseguían. Lo que el público veía ahora no era simplemente gula. Era pornografía. Se mostraban primeros planos de bocas con los dientes rechinando y jugo chorreando por las barbillas. La escena terminaba con un niño sentado a la mesa enterrando la cara en un gran pedazo de tarta de chocolate y finalmente revelando su semblante envuelto en una pegajosa capa de chocolate. Al ver esto los miles de espectadores del Vistarama no pudieron contenerse y soltaron un largo y colectivo gemido.

Cuando se produjo esto, Carole estaba casi en la salida. Pero, apretujada delante de la puerta, se encontró con un muro de cuerpos tan denso que ni siquiera pudo empezar a atravesarlo. Rogó a los espectadores que la dejaran pasar para poder llegar a la puerta, pero no la oyeron o, si la oyeron, les importaba un comino. Estaban demasiado absortos en lo que ocurría en la pantalla. Carole permaneció allí preguntándose desesperadamente qué podía hacer.

Entretanto, la película había pasado a otra secuencia. Esta vez mostraba una serie de lo que, según explicó el narrador, eran anuncios televisivos. El narrador dijo al público que estos anuncios habían sido producidos principalmente durante la segunda mitad del siglo veinte y que la gente los veía mediante una caja llamada televisión, que era, por aquel entonces, el principal medio de comunicación. Los anuncios, naturalmente, habían sido producidos cuando los Estados Unidos tenían un sistema de empresa privada o sistema de beneficios, es decir antes de que se formaran el GobMund y el GobEst. Pero a los espectadores del Vistarama no les importaban en absoluto esta explicación. Era lo que veían lo que provocaba el sudor, lo que producía

una orgía colectiva.

El primer anuncio mostraba a un niño de tres años sentado a una mesa. Era un niño de verdad, no programado. Su madre acababa de colocar delante de él un vaso de leche. Haciendo una mueca y a modo de rebelión, el niño hizo caer el vaso de la mesa. Éste cayó al suelo, rompiéndose y derramándose la leche por todo el suelo.

—¡Billy! —gritó la madre, riñéndole severamente.

Entonces, exasperada, se volvió de cara al público y exclamó:

—¿Qué ha de hacer una madre?

Entonces la escena mostró una lata de chocolate en el momento en que éste era vertido en un vaso de leche fresca:

—Dele Choco, mamá. ¡Choco! ¡Choco!

De repente se vio al niño de la mesa tomando Choco con entusiasmo. Y fue en este preciso momento que John, apretado contra el hombro de Carole, se puso a llorar.

El lloriqueo estropeó inmediatamente la magia del momento. La gente reaccionó con irritación. Caras airadas miraron furiosamente a Carole. Un espectador enfadado le gritó, señalando a John:

—¡Apáguelo, señora!

Carole apeló a la gente que formaba la muralla delante de ella.

—¡Por favor! Déjenme pasar.

Antes no le habían hecho caso, pero ahora se alegraron de acceder a sus deseos. Querían que saliese de allí con aquel maldito y berreante muñeco. Se oyeron gritos procedentes de todas partes del Vistarama: «¡Que se vaya de aquí!». Y otros emitieron un «Ssssss...», molestos por aquella súbita interrupción. La muchedumbre se abrió un poco y sus componentes cogieron rudamente a Carole de los brazos, forcejando con ella y empujándola. John siguió llorando.

Y, finalmente, Carole consiguió cruzar la puerta.

Ahora volvía a haber paz en el Vistarama. Reinaba un gran silencio mientras el público podía concentrarse de nuevo en la pantalla.

La película mostraba ahora a un hombre que tenía una enorme hamburguesa en la mano. Acababa de sacarla de una envoltura de celofán. La hizo pedazos y la colocó en un bol, en el suelo. Miró al público y entonces, con una sonrisa congraciadora, de vendedor, dijo: «R. S. F.: Raciones superiortificadas. Todo ternera, nada de cereales...».

En este momento entró corriendo un perro por el lado de la pantalla y atacó la hamburguesa, engulléndola vorazmente. Era evidente que habían hecho pasar hambre al perro durante uno o dos días. El hombre de la pantalla dio unas palmaditas cariñosas al animal y luego, dirigiéndose al público, dijo: «R. S. F., para lograr huesos y dientes fuertes, así como la piel lustrosa. Bouncer dice...».

En este momento el perro apartó la mirada de su plato y lanzó dos ladridos de contento. La secuencia terminó con el perro en brazos del hombre y lamiéndole la

cara. Entonces el propietario del perro volvió a mirar directamente al público y sonrió:

*«Recuerde... Los perros también son personas».*

El doctor Herrick depositó suavemente al bebé sobre una mesa. Temblaba de emoción mientras sus manos viejas y nudosas empezaban a palpar y estudiar delicadamente, casi con amor, el cuerpecito de John, sus brazos y piernas.

—Sí, sí —murmuró mientras estudiaba y apretaba—. Muy bien, muy bien. Buenos músculos, buenos reflejos...

Carole observaba, preocupada, y los ojos de Mary Herrick estaban llenos de lágrimas. Lloraba al ver al doctor, al verlo tal y como era antes. Los ojos de éste brillaban y estaba sonriendo, desaparecida su habitual apatía. Hacía mucho, muchísimo tiempo que no había visto un bebé con vida, y este simple contacto parecía restablecerlo, traerlo de nuevo a la vida.

—Estaba ardiendo de fiebre —dijo Carole.

—Nada grave. Sólo una pequeña infección. Un poco de rubéola. Se le pasará.

Había una vieja maletita de doctor, con la piel resquebrajada por el tiempo, de pie sobre una silla a su lado. La abrió y miró un momento el contenido con añoranza, perdido en el recuerdo. Entonces sacó un estetoscopio y, al aplicar el metal al pecho del bebé, éste se puso a llorar débilmente. El doctor lo tranquilizó.

—Claro, claro, ya sé que está frío. —Entonces, satisfecho de su examen, apartó el estetoscopio, cogió al niño y lo alzó en el aire—. ¡Arriba, muchachito!

Se volvió para entregar el bebé a Carole, pero ésta vio la ansiedad reflejada en los marchitos ojos de Mary y se dio cuenta de lo que quería.

—Tome —dijo, ofreciéndoselo a la anciana—. Téngalo un poco.

Les contó todo lo ocurrido y ellos escucharon atentamente, sin interrumpirla. Pidió excusas por su visita por ponerlos en peligro. Según el Edicto, cualquier doctor que tratase a un bebé ilícito sin informar de ello al Estado era considerado cómplice y condenado también a muerte. Pero él rechazó las excusas y dijo:

—Soy demasiado viejo para preocuparme por eso. Lo importante es esta criatura. Si me necesitas a cualquier hora del día o de la noche, estaré aquí.

Le dio una medicina para John y un raro libro sobre enfermedades infantiles, un libro que había adquirido hacía mucho, mucho tiempo, cuando era joven y todavía se publicaban libros. Dijo que podría resultarle útil. Entonces tocó reverentemente la cara del niño con las yemas de los dedos, como si quisiera asegurarse una vez más de que era auténtico.

Poco antes de marcharse, Carole pidió que diese a John un sedante para que durmiese y estuviese tranquilo mientras volvían a casa.

Mientras subía al monorriel que llevaba al MusEst Cuarenta y Dos pensó en el problema que representaba introducir a John en la casa sin ser observada. Sabía que Edna Borden estaría esperando, ardiendo de curiosidad, y toda confrontación en que

Edna pudiese cogerla con John sería fatal. Le habría gustado esperar hasta la noche y llegar a casa bajo la protección de la oscuridad. Pero esto era arriesgado. Levantaría sospechas si pasase por la entrada a esa hora. Esto significaba que tendría que cruzar el MusEst y entrar en casa a la luz del día. Y rezó para que Edna estuviese en otra parte cuando llegase.

Una vez que estuviese dentro de la casa y el bebé escondido en el refugio se encontraría en una posición diferente. Sería capaz de hallar el modo de seguir adelante. Nerviosamente, sopesó en su mente la estrategia a seguir. En esencia se trataba de un ataque más que de una defensa. Si Edna la acusaba de tener un hijo se reiría de ella. Semejante sospecha era tan ultrajante que resultaría ridícula. Todo el mundo sabía que Edna Borden estaba muy neurótica, que había tenido ya uno o dos colapsos y que se permitía ciertas fantasías, especialmente en lo tocante a bebés. Edna no tenía prueba alguna y Carole estaba segura de poder convencer a su vecina de que se estaba dejando llevar por su imaginación. Lo único que había hecho había sido ir a la ciudad llevando con ella al pequeño John. Había numerosos testigos que podían dar fe de esto. Había decidido ver el Vistarama en lugar de ir al VendoMarket como era su intención... y ¿qué había de malo en esto? Incluso podía manifestar que ni siquiera se había dado cuenta de que Edna la seguía o la llamaba. Y Edna no podía estar completamente segura de que no había sido así.

Todo esto vendría más tarde. Sintió que su cuerpo se volvía rígido y se enfriaba un poco conforme el monorriel se acercaba a la estación del MusEst. Lo difícil empezaría en cuanto atravesase la entrada y penetrase en el parque.

Cuando descendió del monorriel tomó su primera decisión.

Decidió que, en lugar de entrar en el MusEst por la puerta privada que había utilizado al salir, entraría por la puerta principal. Pensó en la posibilidad de que Edna estuviese esperando para salirle al paso en la entrada pequeña. Aunque Edna no tenía la menor idea de cuándo volvería. Al fin y al cabo, Carole había dejado el cochecito de John junto a la entrada. Una vez dentro del parque se mezclaría con la muchedumbre que contemplaba las diversas exposiciones. Ésta le daría lo que buscaba, la máscara del anonimato.

Se abrió paso hasta el principio de la cola y oyó el acostumbrado gruñir de los que esperaban para entrar mientras se dirigía a empujones hacia las barreras de la entrada, sosteniendo a John apretado contra sí. Como siempre, Joe Gorman estaba allí de servicio. Su rojiza cara irlandesa sonrió al verla.

—Hola, Carole.

—Hola, Joe.

Joe señaló con la cabeza a John mientras levantaba la barrera para dejarla pasar.

—¿Cómo está el pequeño?

—Oh, estupendo.

—Deberías traerlo un día para que jugase con mi Joe. A Ellen le encantaría.

—Lo haré.

—¿Quieres que te busque transporte para ir a casa?

—No —dijo ella—. Prefiero ir andando. Hace un día magnífico.

—De acuerdo.

Joe se tocó la gorra y le sonrió mientras ella pasaba. De repente, Carole sintió un pequeño escalofrío. ¿Había algo extraño en aquella sonrisa, algo secreto? ¿Algo falso? Entonces pensó que esto era ridículo. «Aún no estás en casa y ya ves a Edna Borden debajo de la cama. Tranquilízate, Carole. Tienes un largo camino por delante».

Había un sendero privado utilizado normalmente por el personal del MusEst y prohibido a los visitantes. Pero Carole, en lugar de tomarlo, se colocó en la cola con el resto de la gente, mezclándose con ella. Se puso un pañuelo en la cabeza y lo bajó cuanto pudo sobre la frente. Mantuvo la cara hundida en el cuerpecito de John a fin de ocultarlo al menos parcialmente. Naturalmente, los guardias que dirigían las largas hileras de gente hacia las diversas atracciones la conocían. Esperaba que no la reconociesen. Veían a miles de personas todos los días y era poco probable que se fijasen en una en particular. Y, aunque la reconociesen, no era muy importante. Era de Edna de quien intentaba esconderse.

Se mezcló con la gente que seguía la flecha marcada «A las Casas». Por lo que se refería a los demás, ella era sólo una visitante más del MusEst que llevaba a su hijo al igual que otras mujeres.

Caminó lentamente junto a los otros, pasando por el zoo y luego por la exposición de flores, y deteniéndose con ellos mientras éstos escuchaban las peroratas electrónicas. Ninguno de los guardias se fijó en ella. No era más que otro cuerpo moviéndose en medio de una masa de cuerpos que se movían.

Finalmente, llegó con el resto de la gente a la barrera que impedía el paso de la multitud a la calle suburbana. Ya casi estaba en casa. Era un momento crítico.

«Esta calle es una auténtica copia de la vivienda natural del hombre del siglo xx —canturreó la locutora—. Estas construcciones están ocupadas por personal autorizado del MusEst. Está prohibido pasar. Los visitantes no pueden entrar...».

Carole, enterrada y protegida por la muchedumbre, miraba calle arriba. Ni rastro de persona alguna. Desde donde se encontraba no se veía su casa ni tampoco la de los Borden. Las dos estaban situadas a la vuelta de una ligera curva, pasada la barrera. Permaneció un momento entre la gente, intentando armarse de valor para el último trecho hasta su casa, hasta la seguridad. Existía una posibilidad, sólo una, de poder llegar a casa sin ser vista.

De repente se apartó de la muchedumbre y se presentó al guardia de la barrera, Bill Morgan. Éste la miró fijamente, sorprendido de verla salir de entre la gente.

Hola, Carole —dijo—. ¿Qué haces aquí?

—Oh. —Carole sonrió—. Quería ver qué impresión daba venir aquí como turista.

Bill levantó la barrera para que pasase. La miró de manera insegura, como si se hubiese vuelto ligeramente loca.

—¿Sí? Y ¿qué tal?

No lo creerás, Bill —dijo ella sonriendo—, pero he aprendido mucho. Quiero decir que nunca había oído todos esos sermones.

—Bueno —dijo él en tono de broma—, a ver si vuelves a visitarnos.

—Lo haré —dijo ella.

Bill se volvió y alejó con un movimiento de la mano a los que se apretujaban demasiado contra la barrera. Éstos contemplaron a Carole boquiabiertos mientras se alejaba por la calle, preguntándose quién sería y cómo era que poseía este privilegio. Había caminado sólo unos pasos cuando se apartó bruscamente de la calle, atravesando un espacio abierto entre dos casas y dirigiéndose a una línea de altos arbustos paralela a la calle y que estaba sólo cien metros por detrás de las casas, incluidas la suya y la de los Borden.

En cierto modo, se sentía ahora mucho más segura. A cualquiera que la viese aquí le parecería completamente normal y corriente. Era el césped de su casa y estaba dando un pequeño paseo con su bebé. Siguió andando, casi completamente protegida por el seto, hasta que llegó a un punto situado detrás de su casa. Pero ahora le tocaba lo peor. Tenía que abandonar la protección de los arbustos y atravesar el espacio abierto de su patio posterior para poder entrar en casa.

Atisbo por entre los arbustos a la casa de los Borden. Ésta tenía un aspecto normal. Ninguna de las persianas estaba bajada. El cochecito de Peter estaba cerca de la puerta de atrás, pero, desde aquella distancia, Carole no podía ver si el bebé de Edna estaba o no en el cochecito. Si Peter se encontraba en el cochecito, era de suponer que Edna estaba en casa. Era muy escrupulosa y normalmente nunca dejaba al niño solo.

Carole permaneció allí un momento protegida por los arbustos, manteniendo a John apretado contra ella y sin acabar de atreverse a cruzar el espacio abierto. Se le ocurrió que quizá sería prudente aguardar allí detrás del seto hasta la noche y entonces cruzar el patio con la protección de la oscuridad. Pero John se había puesto a llorar y abandonó la idea. Faltaba mucho para que se hiciese de noche, y cuando John empezaba a ejercitar sus pulmones podía oírsele de todas partes.

De repente, pensó lo obvio. En realidad *no había* ya peligro alguno. La razón era tan sencilla que se le había escapado tontamente. Sin saber por qué se había imaginado a Edna Borden al acecho en el patio posterior, esperando para echarse sobre ella si aparecía. Se había formado una imagen de Edna esperando en la puerta, dispuesta a abalanzarse sobre ella y el bebé. Pero lo cierto era que Edna no estaba en el patio ni tampoco agazapada en alguna parte esperando. Lo cierto era que Edna no sabía dónde estaba Carole en este momento ni tampoco cuándo llegaría a casa. Lo único que ésta tenía que hacer era atravesar corriendo el pequeño patio hasta su puerta posterior, abrirla y entrar. Una vez dentro estaría a salvo. No tardaría más de medio minuto en hacer todo esto. Y no había modo de que su vecina pudiese sorprenderla antes de que entrara en la casa. A menos, naturalmente, que a Edna se le

ocurriera materializarse saliendo del sutil aire.

Salió de detrás de los arbustos y echó a correr. Y aún no había dado unos pocos pasos por el espacio abierto cuando la lógica que había pensado se desvaneció. Se sintió desnuda, terriblemente desamparada. Estaba segura de que Edna aparecería de improviso por la puerta de su casa y la interceptaría. Estaba convencida de que Edna la espiaba. Le pareció oír su voz llamándola desde una ventana, gritándole que se detuviese. ¿Era realidad o fantasía? No lo sabía. Atravesó el patio corriendo. Éste parecía interminable. Su casa no estaba cada vez más cerca, como era de esperar. Tropezó, se tambaleó hacia delante, casi cayó y con gran esfuerzo recuperó el equilibrio.

Finalmente, llegó a la puerta posterior de su casa. Tenía ya las llaves en la mano cuando había echado a correr. Introdujo la llave en la cerradura. Por alguna razón la llave no giraba. Siempre había funcionado con facilidad, pero ahora no podía hacerla girar. Le parecía que llevaba siglos en el porche de atrás y que había intentado dar la vuelta a la llave una infinidad de veces. Y, ahora, John lloraba con fuerza. Se le podía oír desde un kilómetro de distancia. «Dios mío, Dios mío —pensó—, ayúdame a entrar en casa».

Finalmente, la llave giró y se abrió la puerta. Una vez dentro, la cerró de un portazo y dio la vuelta a la cerradura. Por fin, por fin. El interior de la casa la envolvía como un cálido claustro materno. Allí estaba a salvo. El bebé estaba a salvo, Russ estaba a salvo, todos estaban a salvo. Se apoyó contra la puerta temblando y entonces se puso a llorar silenciosamente.

John lloraba ahora con fuerza, retorciéndose enfadado en sus brazos y con la cara roja. Carole sabía que había que bañarlo y que tenía hambre. Lo primero era lo primero. Tenía que cuidar de él. Luego se echaría y descansaría un ratito. Quizá tomase un par de tranquilizantes para dormir un poco. Se sentía muy agotada. Había sido, empleando un término realmente suave en estas circunstancias, un día duro.

Finalmente, entró en la sala. Todo estaba tal como lo había dejado. El muñeco, el otro John, yacía repantigado sobre el sofá, donde lo había arrojado, con los brazos y las piernas extendidos obscenamente como en muda súplica y los ojos de color azul de porcelana mirando fija y estúpidamente al techo.

Entonces, cuando abrió la puerta que daba al refugio, oyó una voz.

—Hola, Carole.

Se quedó helada. Se volvió despacio y vio a Edna Borden de pie en la puerta del dormitorio. Estaba sonriendo.

—Te estaba esperando, querida.

Carole oyó su propia voz. Parecía extrañamente lejana; parecía venir de cien kilómetros de distancia.

—¿Cómo has entrado?

—Tienen llaves maestras de todas las casas en la oficina principal. ¿No te acuerdas? He perdido la vuestra.

—¿Cuánto... cuánto rato hace que estás aquí?

—Desde que has entrado por la puerta principal.

Claro. También se le habría podido ocurrir. Naturalmente, Edna dejaría instrucciones a los guardias de todas las entradas para que le comunicasen cuando Carole entrase. No se atrevían a discutir ninguna orden procedente de ella.

Pero todo esto carecía de importancia ahora. Era curioso que el bebé hubiese dejado de llorar en aquel momento. Muda de terror, vio cómo Edna miraba fijamente a John. Y luego al muñeco sin vida repantigado en el sofá.

La boca de Edna se contrajo ligeramente. Sus ojos estaban clavados en John. Parecían extraños, como extraviados. Pero habló suavemente, de manera tranquilizadora.

—No tengas miedo, Carole. No se lo voy a decir a nadie.

Se encaminó hacia ellos. Carole dio un paso atrás instintivamente. Edna tendió la mano en un gesto suplicante:

—Confía en mí, querida. No tengas miedo. Sólo quiero mirarlo. Sólo un vistazo.

El terror de Carole empezó a disminuir. No veía amenaza alguna en el rostro de Edna. Lo único que veía era una ansiedad patética. Aquella locura de sus ojos, si es que realmente había existido, había desaparecido. Ahora eran sólo suplicantes.

—Por favor...

Carole destapó a la criatura. John aprovechó el momento para sonreír y mover los brazos. Edna temblaba. Su cara estaba iluminada por una especie de extraño resplandor.

—¿Es niño?

Carole asintió con la cabeza. Edna alargó los brazos como si fuera a coger el bebé. Carole se echó hacia atrás un poco. No podía evitarlo.

—Sólo quiero tocarlo —dijo Edna.

Despacio y de mala gana, Carole tendió el bebé hacia Edna. Edna alargó la mano y sus dedos acariciaron delicadamente la suave mejilla de John. Sus ojos se cerraron un momento, en éxtasis, como si se hallara en pleno clímax amoroso. El simple contacto de la piel del bebé parecía electrificarla y llenarla de placer y admiración.

—¿Cómo se llama?

—John.

—John —dijo Edna con voz quebrada—. John. Oh, Carole, es hermoso, hermoso, hermoso...

Russ Evans estaba de pie junto a la ventana; su cara era una máscara rígida y tensa. Era ya el anochecer y todas las persianas de la casa estaban bajadas. Levantó la de la ventana y atisbo la casa de los Borden. Carole estaba sentada muy tiesa, esperando aburrida. Por primera vez habían traído el bebé arriba y ahora éste estaba durmiendo en su cuna en el centro de la estancia. Ya no servía de nada esconderlo. Al menos por el momento.

Habían esperado un buen rato, aterrorizados, esperando oír en cualquier momento el zumbido de los autogiros que venían a efectuar el castigo. Imaginaban la gran esfera de plástico, con la enorme boca abierta en todo su ancho, descendiendo sobre el tejado de la casa y encerrándolos para que se asfixiaran poco a poco. Pero, cosa extraña, los PolEst no habían aparecido. Entonces, hacía aproximadamente una hora, habían recibido una llamada de los Borden por la pantalla mural. Vendrían a verlos dentro de un rato y querían charlar. Nada más.

De repente, Russ dijo:

—Ya vienen.

Se prepararon para el enfrentamiento. Russ observaba a los Borden mientras éstos atravesaban, decididos, el espacio abierto hacia la casa.

—¿Qué te parece que van a hacer?

—No sé —dijo Russ ceñudo; miró a Carole y vio lo afectada que estaba—. Pero deja que hable yo.

Finalmente, sonó el timbre de la puerta. Russ la abrió sólo el espacio suficiente para dejar pasar a los Borden. Entonces la volvió a cerrar rápidamente.

El primer momento fue embarazoso. Las dos parejas permanecieron allí de pie, mirándose fijamente. Edna tenía un aire expectante y misterioso. Parecía la más relajada de todos. George estaba evidentemente afectado, ceñudo y todavía incrédulo. Evitó mirar a Russ. Parecía turbado, culpable de algo. Fue Russ quien inició la conversación.

—Muy bien —dijo tranquilamente—. Ya lo sabéis los dos.

—Sí —dijo George—. Y sigo sin creerlo. Todo aquel lío de que Carole te había dejado..., cuando en realidad estabais planeando...

—Dejemos eso ahora —dijo Russ—. ¿Por qué no habéis llamado a los PolEst?

—Bueno —dijo George incómodo—. Confieso que Edna y yo hemos pensado en ello...

—Ven aquí, George —interrumpió Edna; estaba de pie al lado de la cuna, mirando a John; sonreía de manera suave, maternal—. Míralo. Es un encanto.

—Sí —dijo George.

—Tócalo —insistió, al ver su vacilación—. Vamos. No tengas miedo.

George alargó la mano y tocó la mejilla del bebé. En este instante, John se despertó. Bostezó y luego les sonrió. Gorjeó un poco y levantó los brazos meneándolos en dirección a George. Era el segundo rostro extraño que veía hoy.

—Cariño —dijo ella—, le caes bien. Quiere que lo cojas.

—No, Edna...

—Vamos —dijo ella—. No tengas miedo. No te va a hacer daño.

Vivazmente, George cogió el bebé. Era evidente que se sentía turbado, un tanto estúpido. Pero su cara se endulzó un poco al sentir el calor del bebé en sus brazos.

—¿Verdad que es maravilloso? —dijo Edna—. Y es de verdad, George. Es de carne y huesos. Es *auténtico*.

Ahora Edna tomó al bebé, lo abrazó y volvió a dejarlo en la cuna. Carole y Russ no habían dicho nada en todo el rato. Pero se daban cuenta de lo que hacía Edna. Estaba intentando sutilmente establecer algún contacto, alguna relación entre George y la criatura. Ahora se dirigió a una silla y, de manera casi imperativa, hizo señas a todos para que se sentasen.

Sentadas rígidamente en sus sillas, las dos parejas se enfrentaron. Había una evidente tensión entre ellos; la vieja camaradería había desaparecido. Edna miraba, expectante, a su cónyuge como pinchándolo para que empezase. Pero, al parecer, él no sabía cómo.

—Díselo, George —dijo ella suavemente.

Él titubeó un poco, carraspeó y empezó:

—Mirad, será mejor que os lo diga de una vez. Lo que habéis hecho es una locura. No sólo una locura sino también una estupidez. Conviene que os deis cuenta. Me daría igual si fuerais una pareja de extraños. Pero sois amigos nuestros y esto nos pone a Edna y a mí entre la espada y la pared. Si queréis correr el riesgo de que os maten, muy bien, eso es cosa vuestra. Se mire por donde se mire, debería denunciaros. Sois transgresores, habéis infringido la ley. Debo deciros que cuando Edna me lo ha contado era partidario de llamar a los PolEst inmediatamente —ahora miró directamente a Russ—. Amigos o no, era pedir demasiado. No veía por qué había de tener la boca cerrada y correr el riesgo de que me cortaran la cabeza, a mí y a Edna sólo porque tú y Carole habíais decidido hacer lo que habéis hecho. ¿Puedes comprender esto?

—Sigue —dijo Russ tranquilamente.

—Bueno, el caso es que hemos hablado bastante de esto. Hemos hablado *mucho*. Finalmente, hemos decidido correr el riesgo y no avisar a los PolEst. Ha sido idea de Edna, no mía. No me gustaba en un principio ni me gusta ahora, pero le he seguido la corriente. Se puede decir que ahora estamos todos metidos en el ajo.

—George —dijo Edna vivamente—. Ve al grano.

George estaba sudando. Era evidente que no le hacía ninguna gracia continuar.

—El caso es que, puesto que corremos un gran riesgo al hacer todo esto, nos gustaría que nos hicieseis un pequeño favor a cambio.

—¿Qué favor?

—Bueno, nos gustaría formar parte de la familia, por decirlo de algún modo. Una familia grande y feliz. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—No —dijo Russ—. Me temo que no, George.

—Pues nos gustaría venir a veros más a menudo, ¿comprendes? Sólo para ver el niño. Sin inmiscuirnos, ¿comprendes? Sólo de visita. Lo que quiero decir es que Edna está loca por el bebé. Quizá ella y Carole podrían preparar una especie de horario...

Carole los miraba, horrorizada. La cara de Russ carecía de expresión. Y dijo:

—Me temo que eso es imposible.

—¿Sí? ¿Por qué?

—No saldría bien —dijo Russ—. Además, es una extorsión.

El rostro de George enrojeció. Aquella escena le había resultado embarazosa y humillante. No le gustaba en absoluto la posición en que Edna lo había colocado. Ahora la furia era un alivio bien recibido:

—¿Por qué, cabrón desagradecido? —dijo—. Os ofrezco no sólo salvar vuestras vidas sino arriesgar la mía y tienes la poca vergüenza de escupirme en la cara. —George se levantó—. A mí me da igual. Absolutamente igual. No puedo impedir que os suicidéis.

—Siéntate —dijo Edna.

—Mira, Edna, lo he intentado. Ahora me lavo las manos. A partir de este momento es cosa *suya*. Voy a llamar a los PolEst...

Edna se puso en pie de un salto y gritó:

—Maldita sea, George. ¡Lo has *prometido*!

Había furia en sus ojos. George, sudando profusamente, se dio cuenta de la amenaza que mostraban. De repente, su breve alarde de independencia se esfumó. Y volvió a tener miedo.

—Sea —masculló—. Muy bien, Edna. Muy bien —entonces se volvió a Russ, casi de manera suplicante—. Mira, Russ, ¿por qué discutimos? Todos somos amigos, ¿no? Vivimos unos al lado de los otros y nos caemos bien mutuamente. Estamos continuamente saliendo y entrando en esta casa. Sólo es que Edna está loca por el niño y le gustaría estar con él de vez en cuando —estaba sudando profusamente—. ¿Acaso es pedir demasiado?

De repente el bebé se puso a llorar. Carole fue hacia él y lo sacó de la cuna. El rostro de Russ era una máscara. Durante un momento nadie dijo nada. Reinaba el silencio exceptuando el lloriqueo de John. Edna miraba fijamente a Carole. Entonces dijo tranquilamente, casi demasiado tranquilamente:

—¿Puedo cogerlo?

Carole dijo que no con la cabeza. Se echó un poco atrás, manteniendo a John apretado contra sí y negando con la cabeza. Edna dio un paso hacia ella. Y, de nuevo, con la misma tranquilidad, dijo:

—Me gustaría cogerlo.

Fue Russ quien se dio cuenta de que habían ido todo lo lejos que podían. Lo vio en la cara de George, ahora dura y decidida. Y en la de Edna. Se volvió hacia Carole y dijo suavemente:

—Dáselo.

—¡No!

Carole lo miró como si la hubiera traicionado. Pero él dijo de nuevo:

—Dáselo.

De mala gana, lentamente, Carole ofreció el bebé a Edna.

Aquella noche les fue imposible dormir. Estaban tumbados en la cama hablando.

—Quizá no está tan mal como creemos —dijo él con esperanza.

—Oh; santo cielo, Russ. Pero ¿no lo ves?

—Ver ¿el qué?

—Edna. Está fuera de sí. Ni siquiera se muestra racional.

—Así es cómo lo ves tú —dijo él—. La verdad es que tenemos mucha suerte. Son amigos nuestros. En estos momentos podríamos ser tres cadáveres enterrados bajo una gran capucha de plástico. Al menos estamos vivos —vio su angustia y temor—. Quizá no esté tan mal, Carole. Lo único que quería era pasar algún rato con el niño. Eso no debería representar ningún problema importante...

—Russ, eres tonto.

—¿Yo? ¿Por qué?

—¿De verdad crees que eso es lo único que quiere? ¿Crees que se va a conformar con eso?

El asalto empezó casi inmediatamente. No era que la invasión fuese directa, ni tampoco brutal. Era suave y llena de disculpas, y muy razonable, y, por lo tanto, exquisitamente sutil e insidiosa. Edna Borden aprendió el horario de John: cuando dormía, cuando se le daba de comer, cuando se le bañaba. Durante la primera semana Edna fue a casa de sus vecinos sólo tres o cuatro veces al día para ver y acariciar al niño. Se limitaba a observar a Carole mientras ésta cuidaba de John. Estaba continuamente disculpándose por invadir la intimidad de Carole. Según decía, no podía soportar el estar demasiado tiempo lejos de aquella adorable criatura. Y no volvió a mencionar el trato que habían hecho la primera noche.

A fin de demostrar a Carole que no tenía ningún plan respecto a John, que no había la menor intención de usurpar su papel de madre, Edna empezó a mostrar un abrumador cariño por su propio bebé, Peter. Lo traía para que jugase con John en el parquecito de madera.

—¿Verdad que son preciosos? —decía con cariño—. ¿No es estupendo que estén juntos?

Por razones de seguridad, nunca subían a John, y Edna Borden se fue convirtiendo en asidua visitante del refugio antiatómico. Al comenzar la segunda semana sugirió de una manera espontánea que quizá fuese una buena idea tener de nuevo la llave de casa de los Evans. Era ridículo que Carole tuviese que subir corriendo cada vez que Edna tocaba el timbre. Sería más sencillo que la propia Edna abriese la puerta de la calle, silenciosa como un ratoncillo, y se dirigiese a la puerta del refugio, donde podía llamar y luego entrar.

Carole dijo cuidadosamente a Edna que no le importaba subir. Pero Edna se mostró insistente y, después de que Russ hubo presionado un tanto a su cónyuge, consiguió la llave.

Y una semana después consiguió otra llave. Ésta era de la puerta que daba al refugio.

Los hombres parecían aceptar el arreglo tranquilamente. George Borden estaba especialmente satisfecho. Al igual que a todos, siguió preocupándole la posibilidad de que el niño fuese descubierto. Pero nunca había visto a su cónyuge tan contenta. Russ se limitó a seguir la corriente. Sabía que Carole estaba terriblemente disgustada. Ésta le decía que la ponía frenética la visión de su vecina; que no podía soportar el estar con ella en la misma estancia, que se pondría a gritar si Edna volvía a tocar a John. Edna había empezado a avisar a Carole cuándo tenía que subir al bebé. Insistía en convertirse en ayuda de la madre, por decirlo de algún modo, haciendo la cama en la cuna, preparando el baño, e incluso rogó a Carole el privilegio de cambiar a John. Y éste, que al principio se había mostrado un tanto hostil, y que se había escapado de

los brazos de Edna volviendo a los de su madre, acabó aceptando a Edna, riendo y meneando los brazos cuando veía su cara, sonriéndole. Ya no preguntaba quién era su madre, limitándose a aceptar a las dos.

Y, cada vez más, Carole Evans se convirtió en un manojito de nervios.

Le parecía ver a Edna dondequiera que mirase. Lo que creía era su propia sombra resultó ser la de Edna Borden. Siempre que Edna estaba en el refugio con ella, la otra mujer parecía llenar la estancia, ahogándola, asfixiándola. Para Carole, su vecina se convirtió en algo más que una persona. Se convirtió en una Presencia.

Y, poco a poco, Edna fue ganando terreno a Carole. Poco a poco fue prestando más atención a John. Antes de que Carole llegase a él, ya lo había sacado de la cuna. Antes de que Carole tuviese ocasión de secar al bebé después del baño, allí estaba Edna, preparada y esperando con la toalla. No es que cuidase de John personalmente. No se entrometía tanto. Sólo era que siempre estaba allí, preparada para ayudar.

Carole estaba cada día más irritable. Sin querer empezó a hablar bruscamente a Edna. Ésta se limitaba a sonreír. Era muy paciente. Una madre joven estaba a veces sujeta a una tensión especial. Una madre joven solía equivocarse en la manera de educar a un bebé, especialmente si éste era el primero. Tendía a preocuparse por ello. Lo que había que hacer, aconsejó Edna, era mantener la calma. Quizá no era prudente estar siempre tan encima del niño. Era peligroso mostrarse tan protectora. Una madre joven necesitaba cierto tiempo para sí, cierta intimidad personal.

Ella, Edna siempre estaría cerca. Y más que dispuesta a ayudar.

Carole empezó a perder peso, a depender de las tranquilizantes. Por la noche no conseguía dar una respuesta adecuada a Russ. Se mostraba muy fría en la cama. Edna Borden se convirtió para ella en un monstruo, una bruja, Carole ya ni siquiera pensaba en ella por el nombre.

—Esa mujer —decía a Russ—, esa mujer. Se está apoderando de mi puesto, Russ. Se está apoderando poco a poco.

—Carole —decía él—. Eso no es cierto. John sigue siendo tu hijo.

—*Era* mi hijo —respondía ella con impotencia—. *Era*. Se pone a reír en cuanto la ve. Prefiere que lo coja *ella* antes que yo.

—Eso son impresiones tuyas.

—Ah, ¿sí? —decía ella con amargura—. ¿De veras? Entonces ven a ver un día de éstos. Ven a ver a John. Y luego *a ella*. Esa mujer. Y *entonces* ¡dime a quién considera realmente como su madre!

Pensó incluso en el asesinato.

Una noche, aproximadamente tres semanas después de que Borden se hubiese enterado de lo de John, los Borden fueron a casa de los Evans a jugar al *bridge*.

Estaban jugando al estilo Chicago y, por el momento, Carole era la compañera de George. Edna estaba fuera de juego y Russ había presentado una mano de corazones.

Carole, malhumorada, jugueteaba nerviosamente con las cartas y jugaba de una manera mecánica. Dos veces desorientó a George. Entonces, de repente, observó que Edna no estaba allí. Sostuvo las cartas rígidamente mientras miraba horrorizada por la estancia.

—Te toca a ti, compañera —dijo George.

Carole ni siquiera lo oyó:

—¿Dónde está Edna?

—Cualquiera sabe —dijo George—. Probablemente en el lavabo. ¡Vamos —dijo con impaciencia—, ataca con *algo!*

Carole puso lentamente las cartas sobre la mesa:

—Me ha parecido oír al niño.

Antes de que nadie pudiera protestar se había levantado y alejado de la mesa. George miró a Russ y se encogió de hombros con impotencia, como diciendo: «Mujeres...». Carole echó un rápido vistazo a la casa. Edna no estaba. Entonces se dio cuenta. Y se puso furiosa. Entre ella y Edna siempre había habido un acuerdo. Nunca lo habían manifestado, pero las dos lo daban por sentado. Edna no bajaría nunca al refugio a menos que Carole estuviese también allí.

Bajó corriendo al refugio. Edna tenía a John en brazos y estaba canturreándole suavemente. No pareció molesta por la presencia de su madre. La cara de Edna irradiaba cariño. Tenía amor de sobra para todo el mundo.

—Es un encanto, Carole —dijo—. Una verdadera preciosidad.

—¿Por qué lo has despertado? —dijo Carole secamente.

—Se ha despertado solo.

—Dámelo —alargó las manos en busca del bebé; Edna no se movió—. ¡Dámelo!

—Naturalmente, querida —dijo Edna—. No tienes por qué disgustarte. De veras, Carole, debes intentar calmarte —ofreció el niño a su madre, y John, por alguna razón infantil, se esforzó por permanecer en brazos de Edna; ésta sonrió—. ¿Lo ves? Le caigo bien.

—Dame a mi hijo.

Edna Borden dejó suavemente a John en los brazos de Carole. Después hizo cosquillas al bebé debajo de la barbilla y sonrió a Carole. Una sonrisa amplia, benigna y afable.

—¡*Nuestro* hijo, querida!

A la mañana siguiente, Russ y George Borden estaban a la orilla del lago. Éste, como de costumbre, presentaba la superficie atestada de pequeños botes de remos, y la locutora electrónica repetía sin cesar su perorata.

De repente empezó a sonar el claxon del bote oficial de tránsito y uno de los asistentes del mismo se puso a hacer señas a un bote de remos para que se apartase de los túneles abiertos en el lindero, los marcados con el aviso «Prohibido entrar». Los ocupantes del bote de remos, asustados, se alejaron rápidamente y empezaron una vez más a chocar con los otros botes sobre la congestionada superficie del estanque.

—¿Qué te parece eso? ¡Cómo es la gente! —George Borden estaba de muy buen humor esta mañana—. Pones un letrero que dice «Prohibido entrar» y antes de que te des cuenta ya están entrando a ver qué hay —meneó la cabeza—. Así es la naturaleza humana.

Normalmente, en el curso de sus servicios rutinarios en el MusEst, Russ veía con frecuencia a George. Pero últimamente su jefe parecía evitarlo o al menos procuraba estar en otra parte siempre que Russ aparecía. Esta mañana, al venir de la Exposición de Perros y Gatos, y utilizando un camino diferente, había prácticamente atrapado a George, que estaba ocioso contemplando las actividades en el lago artificial. Y debajo del buen humor de George Borden, casi demasiado evidente, Russ había notado su fastidio.

—George, tengo que hablar contigo.

—Ah, ¿sí? ¿De qué?

—De Carole.

George evitó mirar a Russ y mantuvo los ojos clavados en el lago.

—Muy bien.

—Lo está pasando muy mal. Ya no duerme.

George no hizo caso de esto. En lugar de ello se puso a gritar a los asistentes del bote oficial, al otro lado del estanque.

—¡Que circulen! ¡Que circulen!

—Oye, ¡tenemos que arreglar esto como sea!

—Aaah. No sé de qué estás hablando.

—Estoy hablando de Edna. Está pisándole el terreno a Carole. Apoderándose de su puesto.

—No creo que sea así.

—Yo sí.

—¿Por qué me vienes a mí con eso, Russ? Si tuvieras sentido común te apartarías también de ello. Es cosa de mujeres. Que lo arreglen ellas.

—Esto es algo que no se puede dejar a un lado. Estamos todos implicados. Edna exagera, y tú lo sabes.

—Mira —dijo George volviéndose de repente hacia él—. Creo que hemos sido más que justos con vosotros. No tenemos intención de haceros daño. Edna está loca por ese crío. Lo sabéis. Tampoco ella duerme muy bien. No seáis tan egoístas. ¿Qué es lo que pedimos? No pedimos tanto —sus ojos, helados, estaban clavados en Russ—. Sé inteligente, Russ, no le des vueltas al asunto.

—No es eso lo que estoy haciendo. Es que esta situación es imposible.

—Si no te gusta puedes escoger.

—¿Sí?

—Siempre puedes dejar el empleo.

Carole, paralizada, miraba la cuna vacía. Ahogó un grito y subió corriendo.

Había estado fuera de casa un rato y cuando había vuelto se había dirigido directamente al refugio, encontrándose con que John había desaparecido. Ahora, presa del pánico, fue corriendo de una estancia en otra buscando a su bebé. No lo vio en ninguna parte. Se le ocurrió una idea horripilante.

Salió y fue corriendo hacia la casa de los Borden.

Mientras se acercaba a la puerta de atrás casi se desmayó al ver el brazo blando y rechoncho de un bebé colgando del borde de un cubo de basura. Por un momento se quedó allí clavada, horrorizada y muda. Entonces caminó adelante lentamente, fascinada. Vacilando un poco se aferró al borde del cubo en busca de apoyo y luego miró dentro.

Metió la mano y sacó el cuerpecito. Era Peter, el hijo de Edna. Había sido mutilado. Tenía la cabeza destrozada y de su cráneo abierto salían los alambres. Los bracitos estaban rotos y colgaban torcidos del pequeño cuerpo. Sin saber por qué, Carole no arrojó el muñeco roto en el cubo, sino que volvió a depositarlo con cuidado, como si en un tiempo hubiese estado vivo.

La puerta de los Borden estaba abierta y entró. Edna estaba bañando a John en una pequeña bañera que había sido de Peter. Sostenía al niño de manera experta, haciéndolo chapotear juguetonamente en el agua. John reía de placer. Edna levantó la mirada y vio a Carole. No había culpabilidad en su rostro. Para ella, aquello era lo más natural del mundo. Como si Carole fuera simplemente una amiga o vecina que había entrado para saludarla y ver a su bebé.

Ahora Edna rió de una manera alegre e infantil.

—¿Verdad que es fantástico? —dijo—. ¿Sabes?, nunca había bañado a un niño *de verdad*.

Aquella noche, las dos parejas se enfrentaron de nuevo en la sala de los Evans. Russ había pedido a George y Edna que fuesen a su casa a charlar. Había algo, dijo, que se tenía que arreglar de una vez para siempre. El bebé volvía a estar en casa de los Evans, durmiendo en el refugio. La hostilidad que reinaba en la estancia era ahora evidente, abierta. Russ hizo a un lado los preámbulos. Fue al grano.

—El crío vive aquí —dijo—. Y *se queda* aquí. No hay que volver a sacarlo de la casa.

—No veo que se haya hecho nada malo —dijo George.

—Adoro a ese niño —dijo Edna; sus ojos relucían excesivamente; apeló a todos los allí reunidos—. Lo quiero tanto como Carole. ¿Por qué no puede ser *nuestro* hijo? ¿Mío y de Carole?

Carole estaba blanca. Temblorosa, miraba fijamente a Edna.

—Sácala de aquí, George.

—Bueno, tranquila, cariño.

—¡Sácala de aquí!

Se encaminó hacia Edna como si fuera a atacarla físicamente, a arrancarle el cabello y los ojos. Russ se interpuso. Entonces dijo, dirigiéndose a George:

—Quizá sería mejor que discutiéramos esto tranquilamente en otro momento.

—Vosotros habéis organizado esta conferencia, compañero —dijo George—. Así que hablemos ahora.

—Ya he dicho todo lo que tenía que decir.

—Pero yo no —dijo George—. Comprendo que Edna quiera tener a John en nuestra casa de vez en cuando. No ha sido idea mía, pero lo comprendo.

—Mi niño no saldrá de esta casa —dijo Carole.

George no le hizo caso:

—En realidad, Edna y yo hemos hablado ampliamente de esto. Hemos pensado que podríamos convertir en un cuarto para el niño nuestro propio refugio, igual que hicisteis vosotros —se había construido uno debajo de cada casa de la calle durante el desafío chino—. Para tener al niño escondido allí, igual que hacéis vosotros, cuando esté en nuestra casa.

—Tengo pensado arreglarlo —dijo Edna a Carole—. Estará muy bonito cuando termine; y George hará una linda cunita —apelaba a Carole de manera halagadora—. Sólo será para algunos días. Lo cuidaré bien, lo prometo. Y nadie sabrá que está allí. Nadie. Tendré la puerta cerrada con llave, igual que vosotros.

—Claro —dijo George—. ¿Qué hay de malo en eso? No es nada del otro jueves. ¿Qué tiene de malo que Edna quiera pasar algún ratito con el niño en nuestra casa?

—Tiene mucho de malo —dijo Carole tranquilamente—. Porque ocurre que es mi

hijo y yo soy su madre. Si Edna quiere uno, que lo tenga.

—Lo haría. Pero va contra la ley. ¿No os acordáis? —Se echó a reír, pero a los demás no les pareció gracioso; ahora probó de una manera conciliadora—. Vamos, muchachos. ¿Por qué dar tanta importancia a todo esto? ¿No podemos arreglarlo de manera que nos vaya bien a todos?

—¿De qué manera, por ejemplo? —dijo Russ con cuidado.

George titubeó un poco, bajo la mirada fija de Russ:

—Bueno, habíamos pensado que podríamos preparar una especie de programa. Quizá un día sí y un día no. Ya sabéis.

—Ya. Mitad y mitad. Compartir las riquezas quieres decir.

—Mirad —dijo George—, hay algo que quiero que comprendáis. Si esto dependiera de mí solamente, podría pasar. Meter a vuestro crío en mi casa es un gran riesgo. Es terriblemente peligroso. Los PolEst podrían atraparnos con el niño en casa, y adiós. En tal caso no podríamos convencerlos *de nada*. Nos matarían. Me parece que no os dais cuenta del riesgo que corremos...

—Me doy cuenta —dijo Russ—, y me parece que es una locura lo que estáis haciendo.

—No me lo digas a mí —dijo George, y señaló con la cabeza a su cónyuge—. Díselo a *ella*. Sólo es que...

—Ya. Edna consigue lo que se propone —dijo Russ.

—Muy bien —dijo George—. Si es así como lo ves...

—El niño se queda aquí —dijo Carole—. En su casa. Y nada más. ¿Entendido?

George se volvió a Russ con mirada fría.

—¿Te parece bien eso?

—Ya lo has oído —dijo Russ.

Hubo un largo silencio. Entonces George jugó su triunfo, el importante triunfo que siempre tenía en la mano.

—Muy bien —dijo—. No os voy a pedir más, *lo digo*. O jugáis o salís. Por lo que a mí se refiere, tú y Carole podéis hacer las maletas y largaros de aquí; y llevaros al crío con vosotros.

Russ echó un vistazo a Edna. Esperaba que ésta se opusiera como había hecho antes. Pero esta vez no lo hizo. Su cara parecía de piedra. Quizá seguían sólo fanfarroneando. Pero no había manera de estar seguro. Miró a Carole. Ésta estaba temblando. Si los Borden hablaban en serio, él, Carole y el niño estaban perdidos. No podrían esconder a John durante mucho tiempo allá en la megalópolis. Sería sólo cuestión de tiempo el que los descubrieran. Se hallaban en un aprieto y, visto pragmáticamente, no había nada que hacer sino aceptar este hecho. La única elección que tenían era rendirse.

—Cabrón —dijo a George.

George sonrió y se encogió de hombros:

—¿Qué se le va a hacer? Este mundo es una porquería —entonces tomó a Edna

del brazo—. Vamos, cariño. Vámonos.

Una vez en la puerta, Edna se volvió y sonrió a Carole:

—Mañana me toca a *mí* —dijo.

La siguiente noche, Russ se despertó y se encontró con que Carole no estaba. Se levantó y bajó al refugio. Carole estaba mirando fijamente la cuna vacía.

—Russ, no puedo soportarlo.

—Lo sé.

—¿Qué vamos a hacer?

—No sé.

—¡Piensa! —dijo ella con furia—. Piensa, ¡*piensa!*

Finalmente, la convenció para que volviera a acostarse. Ella tomó un par de tranquilizantes pero éstas no parecieron hacerle efecto. Él permaneció despierto, dándole vueltas en la cabeza a la situación. Sabía que cada vez sería más intolerable. Edna querría pasar cada vez más tiempo con John, lo sabía. No había manera de parar esta forma de extorsión. Carole terminaría suplicando, rogando para pasar un ratito con su propio hijo. Sabía que ella no podría soportar esto. Cabía, dentro de lo posible, que se suicidase si esto seguía adelante. Tendrían que encontrar la forma de marcharse de allí.

—Pero ¿a dónde? ¿A dónde podrían ir?

La primera y débil luz de la mañana había empezado a penetrar por la ventana cuando concilio un inquieto sueño. Le parecía que acababa de dormirse cuando Carole lo despertó.

—Vamos, Russ. Vamos a por el niño.

Él la miró fijamente, boquiabierto:

—¿*Ahora?*

—Sí —sus ojos, que parecían lanzar destellos, le daban miedo; le pareció ver en ellos un principio de locura—. ¿Recuerdas? Hoy me toca a *mí*.

Edna Borden se levantó temprano. Nunca había sido tan feliz. Había dormido en la cama de matrimonio con el pequeño John acurrucado a su lado, y George había dormido en un sofá. Habían bajado todas las persianas y cerrado con doble vuelta todas las puertas. Naturalmente, no querían que nadie curiosease. Todo esto cambiaría en cuanto George arreglase su propio refugio antiatómico.

La noche pasada, ella y George habían bajado a echar un vistazo. De momento estaba sucio, húmedo y sin aire, y olía mal. Pero, en su mente, se imaginaba ya cómo sería. No había ventanas, desde luego, pero colgaría unas cuantas cortinas de synthoplast, de colores muy brillantes, para que pareciese que había ventanas. Todo sería alegre y vivo en el cuarto del niño, para dar la bienvenida a aquella nueva adición a su familia. Sólo era cuestión de tiempo.

El bebé lloraba, hambriento, y ella andaba ajetreada, canturreando para sí,

mientras preparaba su comida. Carole había destetado al bebé hacía, poco y por este lado no había problema. Podía alimentarlo con verduras del suministro que guardaban en su hielcab, verduras que habían recogido de su propio huerto. Y George había conseguido de nuevo leche en la exposición de animales, donde estaban las vacas. Había llegado a casa con una pinta de leche auténtica, hurtada del suministro destinado al Biolab. Ella no le preguntó cómo lo hacía. Y en realidad no le importaba. George, con su cargo de FuncSeg en el MusEst, podía conseguir muchas cosas.

De repente sonó el timbre de la puerta. Éste solía resultar agradable y exótico al oído de Edna. Todas las casas de la calle conservaban esta reliquia del siglo xx, en lugar del habitual alertador electrónico. Pero esta vez el timbre parecía rechinar. Significaba una intrusión en su pequeño e idílico mundo.

Atisbo por entre los postigos, preparada para ir corriendo hasta el pequeño John y esconderlo en alguna parte antes de dejar entrar a nadie. Pero la gente que llamaba no eran extraños.

Carole y Russ Evans esperaban para entrar.

Fue hacia el sofá y despertó a su cónyuge.

—George. Están aquí.

Él se levantó rígidamente del sofá:

—Santo cielo —dijo—. ¿Se han vuelto locos? Son las seis de la mañana.

—Diles que se vayan.

—¿Qué?

—Por favor, cariño, no quiero que se lleven a John. Diles que se vayan.

Volvió a sonar el timbre. Y otras dos veces, con impaciencia.

—No puedo, Edna. —George Borden miró fijamente a su cónyuge; ésta tenía los ojos vidriosos y lo tenía agarrado del brazo; George se sentía incómodo sólo de mirarla—. Les toca a ellos.

—Me da igual —dijo ella quejumbrosamente—. Me da igual. Haz que se vayan.

Vio que Edna estaba fuera de sí, de nuevo a punto de estallar, y se dio cuenta de que tenía que asumir la dirección.

—Vamos, cariño. Tienes que darles el niño. Un trato es un trato —el timbre volvió a sonar insistentemente—. ¡Ya va, ya va, maldita sea, ya os hemos oído!

Abrió la puerta y se encontró con sus rostros inexpresivos. Se limitaban a permanecer allí, esperando. No mostraban el menor deseo de entrar y George no los invitó.

—Muy bien —dijo—. Edna, dales el niño.

De mala gana y llena de resentimiento, Edna cogió a John y se lo llevó a Carole. Ésta lo arrancó de los brazos de Edna, lo apretó y miró por la calle para asegurarse de que estaba desierta. Entonces se volvió y echó a correr hacia su casa. Edna vio cómo se marchaba, con mirada severa. George sonrió a Russ, que seguía en la puerta.

—¿Sabes que le gusta mucho estar aquí? Ha dormido toda la noche de un tirón.

Cerró la puerta a Russ y Edna se puso a llorar histéricamente. George fue hasta

ella pensando: «Otra vez ha estallado, otro berrinche; otra vez lo mismo». Entonces intentó tranquilizarla.

—Calma, Edna, calma —dijo—. No pasa nada. Mañana volverás a tenerlo.

Todos los miércoles por la mañana, justo una hora antes de que se abriera al público la puerta de duroplast, George Borden presidía una reunión de personal. Éste incluía a todos los guardias del MusEst bajo su mando. Los temas discutidos eran en su mayoría rutinarios. Concernían a materias de seguridad, técnicas de vigilancia del público, cambios de destino e informes sobre la actuación del personal.

Esta mañana, un mes después de que Edna Borden se hubiese hecho cargo de la custodia parcial del bebé, había un aire de excitación en la larga mesa rectangular alrededor de la cual estaban todos sentados.

La ocasión era casi festiva. George había encargado, como una especie de aguinaldo, una cafetab adicional para cada uno de los hombres. Estaba de muy buen humor y la crítica que hacía de la labor de cada hombre era casi amable en lugar de aguda. Normalmente, estas reuniones del personal producían una gran tensión. Si un hombre no estaba a la altura deseada, si los informes de su actuación eran deficientes, corría el riesgo de ser despedido por George. Y esto significaba la pérdida del paraíso y el regreso a aquel infierno, a la megalópolis. Se rumoreaba que George Borden aceptaba a escondidas calorías de algunos hombres que veían peligrar su puesto. Pero nadie había demostrado esto y nadie se atrevía a intentarlo.

El caso es que los hombres, dándose cuenta del estado de ánimo de George, se sentían completamente relajados y seguros. Y esperaban con entusiasta expectación el anuncio que sabían tenía que hacer este día. Por fin llegó el momento: George se levantó y golpeó su copa con la cuchara.

—Muy bien muchachos —dijo con una sonrisa—. Antes de terminar hablemos del *verdadero* tema de esta reunión —la risa y cháchara de los hombres cesó; todos se inclinaron hacia delante y observaron a su jefe con intenso interés—. El comité ejecutivo se ha decidido finalmente sobre quién será nuestro delegado en la gira mundial. Según mi recomendación personal, naturalmente. Empezará viaje dentro de dos semanas. Como todos saben, esto significa un mes de viaje, con calorías adiciónales, salario completo y todos los gastos pagados para el afortunado... y su cónyuge. Les diré una cosa. Si tuviera la influencia necesaria me escogería a mí mismo —soltó una risita y todos los demás rieron, tal como estaba mandado, con cierto nerviosismo—. Pero, en serio, el hombre escogido es uno al que todos conocen, uno que lo merece y que ha llegado por el camino difícil. Y no podría encontrarse un hombre más adecuado —de repente se volvió y señaló dramáticamente a Russ—. ¡*Russ Evans, levántese!*

El aplauso fue sonoro. Los hombres sentados al lado de Russ lo felicitaron por haber ganado este premio, dándole palmadas en la espalda. Russ permaneció sentado en su asiento, inmóvil y con los ojos clavados en George. Su jefe desplegab

sonrisa cálida, amplia y benévola.

Russ había esbozado mentalmente numerosos planes de huida. Pero todos tenían un fallo fatal. Si él, Carole y el bebé abandonaban el parque una noche no tendrían el tiempo suficiente antes de que los Borden dieran la alarma. Era muy probable que Edna Borden, en medio de su furia y frustración, los denunciase, tanto si George intentaba detenerla como si no. Y, naturalmente, ellos podían decir que no sabían nada del niño.

Sólo había una manera de salir con el tiempo suficiente para tener cierta seguridad. Y sólo había un lugar adonde podían ir. Esta idea venía germinando desde hacía algún tiempo en la mente de Russ. Ahora, bajo la presión de la nueva maniobra de George para separarlos de su hijo, se convirtió en un plan.

Se daba cuenta de que era desesperado y seguramente suicida. Tendrían que abandonar el MusEst Cuarenta y Dos en secreto y estarían en peligro durante todo el camino. Resumiendo, esta escapatoria podía llevarlos a la tumba. Y aunque llegaran a su destino, aunque sobrevivieran al terrible viaje que tendrían que efectuar, quedaba la cuestión del tiempo que sobrevivirían.

Lo extraño del caso era que su éxito dependía de Edna. Era con ella con quien contaba para que su huida fuese posible. Era un juego loco y, sin querer, Edna Borden podía hacerlo saltar todo por los aires.

No habló de ello inmediatamente con Carole. No quería que se hiciese falsas ilusiones, y primero tenía que prepararlo todo en su mente, detalle a detalle, movimiento tras movimiento, hacer que todas las piezas encajasen. Fue al Enciclorama y vio una vieja infocinta relativa al crecimiento de la metrópolis. Estaba particularmente interesado en averiguar dónde iban a parar los enormes túneles, las salidas de desagüe cuyas entradas horadaban el lindero del lago del MusEst. Sabía lo que había en ellos y para qué habían sido utilizados además de simple desagüe. Pero lo importante era adónde iban y, sobre todo, su punto exacto de terminación.

Y averiguó lo que quería saber.

Finalmente se lo dijo a Carole. Le contó todos los detalles. No anduvo con rodeos y le expuso la verdad:

—No es cosa fácil, Carole. Puede que no lo consigamos. Puede ocurrirnos cualquier cosa por el camino. Y aunque lleguemos allí, tendremos que luchar para vivir. Es posible que no sobrevivamos mucho tiempo. Ya sabes qué clase de lugar es.

Ella estaba muy tranquila:

—Comprendo —dijo—. ¿Cuándo empezamos?

—¿Estás segura de que quieres hacerlo?

—Haré cualquier cosa con tal de salir de aquí —dijo—. Para estar aquí y dejar que Edna me quite el niño me da lo mismo morir. Seguramente me mataría antes o después. Preferiría morir allí adonde vamos que aquí. Al menos tendría a John

conmigo.

Después de esto empezaron los preparativos. Sólo les quedaban diez días para ir de vacaciones, según había dispuesto George Borden. Se racionaron aún más la comida a fin de acumular provisiones adicionales para el viaje. Hicieron efectivas sus plastitarjetas de calorías un mes antes de tiempo en el mercado negro de la megalópolis, perdiendo una buena cantidad. Gradualmente fueron vendiendo también en el mercado negro las verduras que habían sacado de su huerto. Éstas harían demasiado bulto para llevárselas en la huida y las cambiaron por tubos de algas, y plancton de tipo corriente. Como las verduras eran imposibles de conseguir, este intercambio redundó en su beneficio.

Llenaron dos mochilas con los suministros que necesitarían para sobrevivir al menos temporalmente. Carole envolvió las semillas que habían guardado para plantar el año siguiente en pequeños paquetes a prueba de humedad. Sus vidas dependerían durante mucho tiempo de ellas.

Russ volvió a inspeccionar el pasadizo de emergencia que salía del refugio. Y dio las gracias mentalmente a los antiguos ocupantes por haber pensado en ello. Observó el final del pasadizo, la zona que estaba bloqueada por tierra y residuos, y calculó que tardaría una hora, quizá dos, en cavar una salida. Sabía que la obstrucción era delgada y estaba cerca de la superficie. Se alegró de no tener que introducirse en la cabaña de servicio cerca de la exposición de las flores para robar una pala. Habían encontrado una pala enmohecida en el refugio, cuando lo habían inspeccionado por primera vez, y Russ la había echado al pasadizo para que no estorbase, sin imaginar lo útil que les sería un día aquella antigua herramienta.

Esperaron lo que habían empezado a llamar El Día, rezando para que Edna Borden no los decepcionase.

Russ aguardaba junto a la ventana, vigilando lentamente por entre los postigos a la casa de los Borden. El bebé estaba en la cuna bien arropado. Parecía inusualmente tranquilo para aquella hora de la mañana, y yacía boca abajo, al parecer profundamente dormido. Tenía la cabeza completamente oculta bajo la pequeña colcha. Carole esperaba, nerviosa, una señal de Russ. Finalmente, éste levantó la mano sin dejar de atisbar por entre los postigos.

—Ya vienen.

Había visto a los Borden saliendo de su casa. Ahora atravesaban vivamente el césped hacia la casa de los Evans. Carole y Russ se pusieron rígidos ante el choque que sabían se aproximaba. Russ se volvió hacia Carole.

—¿Todo preparado?

—Sí.

—No pierdas la cabeza. Mantente tranquila.

Ella asintió con un gesto. Sonó el timbre de la puerta. Russ respiró profundamente

y luego la abrió. Los Borden estaban allí. George sonreía y la cara de Edna relucía de expectación, radiante ante la perspectiva de tener al pequeño John para sí todo un mes.

George echó un vistazo a la casa. Entonces, un tanto sorprendido, dijo:

—¿Todavía no habéis hecho las maletas? Quedamos en que os ibais dentro de media hora.

Los ojos de Edna buscaban ansiosamente la cuna. Y entonces dijo a Carole:

—¿Cómo ha dormido?

Carole, como petrificada, miró fijamente a Edna sin contestar. George esperaba una recepción hostil y aquello no le molestaba. Mantuvo una fachada cordial.

—Es un gran viaje —sonrió a Russ—. No hay nada como viajar para mantenerse al día.

Los Borden seguían de pie en el umbral. Nadie los había invitado a entrar. Edna, impaciente ante aquellos preámbulos, se dirigió hacia la cuna. Russ se le interpuso rápidamente impidiendo que siguiese su camino. Entonces, muy fríamente, dijo a George:

—A propósito del viaje...

—¿Qué?

—Hemos decidido no ir.

George miró fijamente a Russ. Seguía sonriendo. Edna se quedó helada.

—¿Cómo has dicho?

—No vamos.

Vio que Russ hablaba en serio. La sonrisa se esfumó. Miró a Edna, confuso. La cara de ésta se contraía. Y miró furiosa a Russ.

—Tienen que ir. ¿No es verdad, George? *Tienen* que ir.

Su cónyuge estaba claramente asombrado ante aquella muestra de coraje por parte de su subordinado. Pero siguió con aire fanfarrón.

—Es verdad, Edna. Tienen que ir. Muy bien —añadió dirigiéndose a Russ—, quiero que tú y tu cónyuge salgáis de aquí exactamente dentro de diez minutos.

—Es inútil —dijo Russ tranquilamente—. Ya os lo he dicho, ¡nos quedamos aquí! Convéncete, ¿quieres, George? Esto ya no es un juego.

—Oye —dijo George, pasmado, y rió nerviosamente—, ¿qué es lo que pasa? ¿Se trata de una decisión repentina, Russ? ¿O algo que venís pensando desde hace tiempo? Bueno, en realidad es igual. Quiero decir que, a mi modo de ver, no estáis en una posición adecuada para dictar condiciones. Me costó lo mío conseguiros a ti y a Carole estas vacaciones y, maldita sea, ¡vais a tomarlas! —Acercó su cara a la de Russ—. ¿Comprendes, compañero? ¡Basta con que diga una palabra para que los tres volváis al hormiguero!

—Cuando quieras.

—Bueno, por el amor de Dios...

De repente, Edna se puso a gritar a su cónyuge:

—¡Cállate! ¿De qué estás hablando, George? ¡No puedes dejar que se vayan! *Quiero al niño* —recalcó, despacio y como obsesionada.

—Lo siento, Edna —dijo Russ—. Parece que sigues sin comprender. Todo se acabó. A partir de ahora, John se queda con nosotros. *Siempre*.

—Ahora me doy cuenta de que os habéis vuelto locos —dijo George.

Edna se mostraba maníaca ante la perspectiva de quedarse sin el niño:

—¡Estáis todos locos! —gritó—. ¡Voy a sacar a mi bebé de aquí!

Pasó al lado de Russ y fue hacia la cuna; tomó el niño en brazos y salió corriendo de la casa. Ni Russ ni Carole hicieron movimiento alguno para detenerla. George miraba, pasmado, mientras Edna pasaba como un rayo por su lado. Entonces se esforzó para hacerse de nuevo cargo de la situación.

—Vosotros preparad las maletas. Os quedan diez minutos si queréis que olvide todo esto.

Se volvió y salió de la casa. Se detuvo súbitamente cuando Edna se puso a chillar. Se le salían los ojos de las órbitas y su chillido era de loca, como el de una vieja demente que se hubiese visto frustrada. Estaba en el camino situado entre las dos casas y sostenía el «bebé» de Carole de una pierna, de modo que éste colgaba impotente cabeza abajo. Se puso a llorar. Al parecer Edna no lo oyó ni le importaba. Levantó a la lloriqueante criatura por encima de la cabeza.

—¡Edna! —gritó George horrorizado—. ¡Por el amor de Dios...!

Echó a correr hacia ella, pero era demasiado tarde. Edna tiró al niño al suelo y el cuerpo de éste produjo el sonido obscuro de un huevo al romperse. Yacía allí, retorcido y grotesco, con la cabeza abierta y la boca moviéndose lastimosamente, pero sin proferir sonido alguno. No había sangre. Del cráneo roto salían pedacitos de alambre procedentes de la caja de programación.

—¡Tienen a mi bebé, mi bebé, mi bebé! —gritaba Edna.

Empezó a avanzar hacia la casa de los Evans sin dejar de gritar la misma frase. Su voz llamó la atención de la muchedumbre de visitantes apretujados contra la barrera. Ahora estaban pendientes de ella en lugar de la locutora electrónica.

George Borden tardó un momento en darse cuenta de que el bebé que Edna había arrojado contra el suelo era el otro «John», el muñeco de plástico que Carole había comprado en el BabyMarket. Pero reaccionó al instante contra el peligro que representaba la histeria de Edna allí en el exterior. Veía ya que algunas cabezas se volvían hacia ella y la miraban con curiosidad. Estaban, sin embargo, a cierta distancia y rezó para que no se diesen cuenta de lo que decía.

—¡Por el amor de Dios, Edna, cállate! —La agarró e intentó taponarle la boca con la mano. Ella se debatió, luchando para alejarse. En las comisuras de su boca aparecieron burbujas de espuma. Consiguió volver la cabeza mientras la fuerte mano de George intentaba sofocar sus gritos, y lo mordió con fuerza. Él aulló de dolor y la soltó un momento. Edna se puso a correr directamente hacia la puerta, donde estaban Carole y Russ.

—¡Mi bebé! ¡Dadme a mi bebé!

Cuando estaba a punto de llegar a la puerta, Russ la cerró de un portazo delante de sus narices.

—Vamos —dijo Russ a Carole—. Baja a por él.

Ella bajó corriendo al refugio y subió un momento después llevando a John en brazos. Edna golpeaba la puerta fuera de sí.

—Lo diré —gritaba—. ¡Lo diré, lo diré!

George fue hacia ella y le dio un fuerte bofetón.

—¡Maldita seas! ¿Quieres callarte?

Esto pareció agravar aún más su locura. Se volvió y echó a correr. George intentó detenerla pero no lo consiguió. Edna se dirigió corriendo al centro de la calle gritando con todas sus fuerzas a la gente y señalando a la casa de los Evans.

—¡Bebé! ¡Bebé! ¡Bebé! ¡Bebé!

La muchedumbre, todavía atascada al final de la calle, empezó a moverse. Los rostros apagados se iluminaron, sus cuerpos se enderezaron, un fuerte murmullo empezó a correr por entre la gente que presentía la excitación de un próximo castigo. Era como un clímax colectivo. Alguien se puso a cantar:

—¡Bebé! ¡Bebé!

La muchedumbre repitió el cántico con un bramido potente, rítmico y gélido: «¡Bebé, bebé!». De repente, la gente estaba borracha de esta palabra. Uno de los guardias estaba ya hablando por un comunicador de mano a la estación de la PolEst situada junto al MusEst. Faltaba poco tiempo.

La muchedumbre se lanzó contra la barrera. La destrozó como si fuera un palillo y pasó por encima haciendo a un lado a los guardias. Marchó por la calle hacia Edna como una falange humana. Una vez más ella señaló a la casa de los Evans.

—Bebé —dijo con voz ronca—. Bebé.

Carole y Russ observaban todo esto tranquilamente por la ventana, a la vista de la gente. Veían a George contemplando a Edna, horrorizado e impotente. La muchedumbre parecía ahora interminable, discurriendo por la calle y obstruyéndola. Los cientos de personas se convirtieron en miles a medida que la gente de otras zonas cercanas del MusEst abandonaba las exposiciones y se dirigía corriendo hacia la calle, atraída por la perspectiva de una diversión sustanciosa. Rodearon la casa de los Evans, pisoteando los céspedes y patios posteriores de las casas cercanas en su esfuerzo por situarse bien y conseguir una buena visión del espectáculo.

—Por ahora va bien —dijo Russ—. La buena de Edna... ¡se está portando estupendamente!

Carole estaba blanca como el yeso y temblaba de terror:

—Es horrible. Horrible. ¡Escúchalos!

—Pronto habrá pasado todo.

—Santo cielo —dijo ella—. Espero que termine pronto.

Él la rodeó con el brazo para darle confianza. Al otro lado de la ventana aquel

océano de rostros los observaba con curiosidad. No se mostraban hostiles. De hecho parecían agradecidos, como cualquier muchedumbre estaría agradecida a unos actores que le hubiesen prometido un buen espectáculo. Algunos de ellos, sin dejar de cantar, sonreían y saludaban con la mano de una manera cordial, como las muchedumbres de hacía siglos habían reído y bromeado con las víctimas en las ejecuciones públicas. Estaban especialmente interesados en John, pero Carole lo mantenía agarrado contra sí con la carita escondida contra su hombro. Señalaron al bebé y mediante señas rogaron a Carole que lo mostrase para que pudiesen verlo. Su talante parecía diferente del de la gente que habían visto hacía meses, cuando habían presenciado por primera vez un castigo. Quizá fuese debido a que la gente estaba de fiesta y era época de carnaval.

—¡Bebé! —cantó la multitud—. *Bebé, bebé, bebé...*

En algún lugar empezó a sonar un claxon. La Patrulla de Castigo se acercaba, podía oírse el zumbido amenazador de los solargiros. El canto desapareció en un silencio total y todas las caras se volvieron hacia arriba al mismo tiempo. Edna Borden estaba en primera fila. Su locura se había esfumado, sustituida por un lento y creciente horror. Empezó a mover la cabeza despacio, como negando todo aquello. Después se tapó el rostro con las manos y empezó a sollozar.

Había llegado una pequeña delegación de la PolEst que, junto con los guardias del MusEst, contenían a la muchedumbre. Los solargiros daban ahora vueltas directamente sobre la casa. El comandante de los PolEst se adelantó hacia Edna y entonces gritó a Carole y Russ, que estaban en la ventana:

—¿Niegan ustedes la acusación de esta mujer?

Russ negó con la cabeza. Esta pregunta se hacía ahora en todos los casos. En dos o tres ocasiones, los PolEst habían cometido errores debido a las prisas. La gente implicada había sido asfixiada con demasiada rapidez, sin que hubieran tenido siquiera la ocasión de negar la acusación. Luego se había averiguado que tenían un muñeco y no un niño de verdad. Ahora querían asegurarse de que la acusación estaba bien fundamentada.

El comandante, satisfecho, hizo una seña a los solargiros que rondaban sobre sus cabezas. La temida semiesfera blanca, con la palabra «Transgresores» sobre su gran vientre de plástico, pendía sobre la casa. La semiesfera era mucho mayor que la que habían visto antes; su enorme boca era lo suficientemente amplia para devorar el edificio entero. Ahora empezaba a descender. La muchedumbre la observaba fascinada.

Edna Borden echó a correr hacia la casa gritando. Por un momento pareció que su intención era colocarse bajo la semiesfera y morir junto con los ocupantes de la casa. Un PolEst la agarró y la echó hacia atrás rudamente. Ahora, la gran semiesfera opaca cubría la casa, ocultándola a la vista de la gente. Se posó sobre el suelo con un ruido sordo. Permanecería allí una semana o dos como una muda lección para todos. Después se la llevarían y la casa tendría nuevos ocupantes.

Edna volvió a correr hacia la semiesfera. La golpeó con los puños y después cayó al suelo sollozando. El comandante fue hacia ella, hizo una anotación en un cuaderno, arrancó la hoja y la dejó caer al suelo a su lado.

—Aquí tiene sus calorías adicionales, señora.

Ella ni oía ni le importaba. Una ráfaga de viento se llevó la hoja de papel y ésta fue revoloteando hasta la multitud. Por un momento, los que estaban delante la contemplaron fascinados. Entonces se echaron hacia delante, peleando por su posesión.

Dentro de la casa, toda la luz y el sonido del exterior quedaban apagados. Carole y Russ esperaban en la oscuridad, intentando aclimatarse a aquel nuevo y terrorífico ambiente. El silencio de su tumba era fantasmagórico, casi les gritaba. Estaban metidos en un ataúd blanco, sin aire alguno. La gran mortaja envolvía a la casa como una piel tirante hecha de un producto sintético, tan duro que nadie podía atravesarlo.

Encendieron las luces. Les parecía ya que el aire iba desapareciendo, que empezaban a ahogarse. Pero sólo lo imaginaban. En realidad quedaba el suficiente oxígeno para subsistir bastante tiempo después de que estuviesen listos para la marcha.

Dentro de unas dos semanas, cuando la lección de la casa ahogada hubiese sido asimilada por los que la habían presenciado, se llevarían la cubierta de plástico. Entonces esperarían encontrar a la familia Evans muerta por asfixia. Pero se encontrarían con que había desaparecido. De esta manera, Russ Evans contaba con el tiempo suficiente para su huida.

No podían hacer otra cosa que esperar. Esperar en su tumba hasta que el MusEst Cuarenta y Dos cerrase y llegase la oscuridad.

Russ se abrió paso por el final de pasadizo, miró las estrellas y olió el aire dulzón que entraba a raudales por él. Amplió la abertura con la pala, la arrojó al suelo y dijo a Carole:

—Será mejor que eche un vistazo primero.

Ella asintió con la cabeza, todavía agachada debido a lo bajo que era el techo del pasadizo. Tenía a John en brazos y a sus pies estaban las dos pesadas mochilas. Russ se asomó por el agujero y miró atentamente a su alrededor.

Las estrellas irradiaban sólo un poco de luz y Russ dio las gracias porque no hubiese luna. Miró a su alrededor atentamente. La zona parecía desierta. Dos grandes magnarrayos montados sobre torres de vigilancia cerca del Pabellón de las Flores barrían aquel sector del MusEst en grandes arcos móviles. Habían sido instalados hacía unos meses para dificultar la entrada a los cazadores furtivos, los cuales, a pesar del muro de duroplast y de todos los dispositivos electrónicos de detección, siempre encontraban la manera de entrar en el parque. Los rayos barrían una zona entrecruzándose, pero no llegaban a la Calle Antigua Norteamericana.

Russ introdujo los brazos por el agujero y tomó suavemente a John de brazos de Carole. Ella le entregó las mochilas y entonces Russ la ayudó a salir por el boquete. Se llevó consigo la pala, atándosela a la espalda. Había una hilera de altos arbustos a unos pocos metros y éste era su siguiente objetivo. Russ tapó cuidadosamente el agujero con matorrales. Entonces dijo a Carole:

—Yo iré primero y luego te haré señas para que cruces.

Había estudiado la zona barrida por los magnarrayos otras noches, calculando el tiempo que necesitaría para llegar a la hilera de arbustos. Mantuvo a John en sus brazos y contó unos segundos. Entonces fue corriendo hasta la hilera protectora. Consiguió llegar unos pasos por delante del rayo. Se agachó junto a los matorrales y volvió a observar el rayo.

Entonces hizo señas a Carole para que echase a correr.

Ella atravesó corriendo la zona descubierta, agachada. Pero ahora Russ vio con horror que había calculado mal. Había basado este movimiento en su propia velocidad, no en la de Carole. El rayo de luz se movía hacia ella veloz e implacablemente. Carole lo vio venir y se echó al suelo cara abajo. El ángulo del rayo era tal que pasaba a sólo unos centímetros de su cuerpo postrado. Cuando éste pasó se levantó y, con un último arranque de velocidad, casi se hundió en la protección de los arbustos.

—Santo cielo —dijo él—. No creía que fueras a conseguirlo.

Ella quería decir algo pero no podía. Sólo fue capaz de mover la cabeza de un lado para otro y boquear. Era allí, entre aquellos arbustos, donde Russ había ocultado

el resto de provisiones que iban a llevarse para el viaje.

Había otras dos mochilas, llenas como las primeras, un hacha y una azada, ambas vitales para su futura supervivencia. Tenían ahora todo lo que podían llevar y, cargados como estaban, eran extremadamente vulnerables, puesto que sólo podían moverse lentamente.

Su siguiente objetivo era el lago. Pero a fin de llegar a él desde aquel punto tenían que cruzar la zona amplia y casi sin protección que rodeaba la exposición zoológica. En el lugar donde estaban reinaba una relativa tranquilidad y parecía lo bastante seguro. Los magnarrayos de seguridad no llegaban a esta zona. Empezaron a atravesarla con las espaldas encorvadas debido a la pesada carga. De repente en una de las jaulas cercanas un perro se puso a ladrar recelosamente. Luego otro. Y otro, hasta que un coro de aullidos llenó la noche.

Russ sabía que aquella zona solía estar patrullada y susurro a Carole:

—Por aquí. ¡De prisa!

Había una valla baja, de poco más de un metro de altura, colocada para que los visitantes no pisasen la hierba. Se agacharon detrás de la valla, dejaron caer sus mochilas y se echaron boca abajo; Carole abrazaba protectoramente a John, rezando para que el sedante que le habían administrado surtiese efecto y no se pusiese a llorar. Pasado un momento, vieron el rayo de una magnalinterna y la sombra de un guardia detrás de ella.

—Está bien, está bien —le oyeron gritar con voz ronca—. ¡Tranquilos!

Russ sabía quién estaba de servicio en la zona del zoo a aquellas horas de la noche y reconoció la voz del guardia. Era Frank Emmett, uno de los hombres de mayor edad. Pero los perros siguieron ladrando y saltando frenéticos contra las paredes de sus jaulas. Y ahora Emmett estaba alerta, receloso. Empezó a escudriñar con su linterna la zona del zoo, iluminando las zonas oscuras de detrás de las jaulas de perros y gatos y barriendo con ella la valla baja del otro lado. Por el modo en que se comportaba, era evidente que creía que los perros habían olido a un merodeador.

De repente, Emmett se volvió y empezó a andar hacia la pared baja. Su intención era clara. Iba a escudriñar la zona del otro lado con su linterna, en la creencia de que el intruso, si es que lo había, se escondía allí. Ahora se dirigía directamente hacia ellos. Carole se dio cuenta de que Russ se había puesto rígido, de que tenía la pala agarrada por el mango y tenía intención de usarla si se veía obligado. Y pensó: «Dios mío, Dios mío, no, no; vete, Frank, da la vuelta, vete».

Pero Emmett siguió andando hacia ellos.

Estaba a sólo uno o dos pasos de ellos cuando enfocó la linterna hacia la derecha. En este instante, Russ lo atacó. Balanceó la pala, golpeó a Emmett en un lado de la cabeza y el guardia cayó al suelo como una piedra. Su linterna permaneció encendida sobre el suelo y rápidamente Russ la apagó.

Carole se puso en pie temblorosa. Vio a Russ de rodillas examinando al guardia. Se sintió enferma, la náusea le aferró la garganta.

—¿Está muerto?

—No —dijo Russ. Entonces añadió, ceñudo—. Todavía no.

Se levantó y volvió a coger la pala. Miró al guardia tumbado. Carole se dio cuenta, con horror e incredulidad, de que Russ tenía la intención de matar a Emmett.

—¡Russ, no!

—*Tengo* que hacerlo.

—No puedes.

Frank Emmett y su cónyuge eran amigos suyos. Tenían dos hijos pre-Edicto. La cara de Russ estaba contraída de ansiedad.

—¿Acaso crees que *quiero* hacerlo? ¿No lo comprendes? Es una amenaza para nosotros, para nuestras vidas. Si vuelve en sí avisará a la PolEst. Les dirá que nos ha visto. Empezarán a buscarnos. Y si lo hacen nunca conseguiremos salir de ésta.

—¡No! No tienes por qué hacer nada. ¡No nos ha visto!

—Me estaba mirando cuando he atacado.

—No. Eso es lo que te ha parecido. Estabas demasiado ocupado dándole con la pala. Yo observaba su cara. Acababa de iluminar la valla con su linterna y volvió la cabeza para ver.

—¿Estás segura? —De repente la agarró del hombro y la sacudió—. ¿No me engañas?

—No. No, Russ. Lo juro.

La soltó despacio, sudando, y se volvió para mirar de nuevo al guardia caído. Lanzó un largo suspiro de alivio. Cuando Emmett volviese en sí informaría que un merodeador lo había atacado. Esto no era demasiado inusitado. Había ocurrido ya. Y él casi había matado a un hombre, a un amigo.

—Vamos —dijo a Carole—, vámonos de aquí.

En unos minutos llegaron al lago. Apenas podían distinguir la masa de botes de remos, que se balanceaban arriba y abajo en el agua como inquietos fantasmas, haciendo a veces ligeros sonidos al chocar suavemente entre sí los cascos. Había tantos cubriendo la superficie del agua que los dejaban a la deriva sin amarrar.

Russ escudriñó ansiosamente la parte alta del lindero. Había patrullado por esta zona muchas veces y sabía que el que estuviese de guardia solía pasearse por el lindero para tener una vista completa del pequeño lago. En aquel momento no había nadie. Hizo señas a Carole para que se escondiese detrás de un canal al borde del lago. Carole hizo lo que Russ le mandaba, manteniendo apretado contra sí a John. Éste seguía durmiendo profundamente. Russ echó a correr, agachado, y escudriñó ansiosamente con los ojos la superficie del lindero, listo para echarse de bruces en cualquier momento. Cogió un largo gancho y tiró de uno de los botes cercanos, arrastrándolo parcialmente a lo largo de la orilla. Desenganchó la lona impermeable y, rápidamente, cargaron el bote con sus provisiones.

Entonces Carole subió al bote y se echó boca abajo, siempre con John en brazos. Russ volvió a tapar el bote con la lona. Entonces empujó suavemente el bote lago

adentro y fue andando tras él hasta que sólo su cabeza quedó fuera del agua. Se puso a nadar despacio, empujando suavemente el bote, de modo que pareciese que éste iba a la deriva, como los otros. Dirigió el bote hacia el centro del lago, guiándolo por entre el laberinto de botes. Intentó mantener la cabeza oculta en la sombra de la popa.

Su objetivo era una de las grandes aberturas de desagüe que había en el costado del lindero, en el lado opuesto del lago. De repente, el fulgor de un rayo blanco atravesó la oscuridad, barriendo la superficie del lago. Russ vio que venía de lo alto del lindero y que pertenecía a un guardia, un hombre llamado Tony Rovelli, que él sabía que estaría de servicio en el lago aquella noche. El rayo se dirigió rápidamente hacia el centro del lago.

Russ hundió la cabeza bajo el agua y contuvo la respiración todo el rato posible. Finalmente, cuando le pareció que sus pulmones estaban a punto de estallar, sacó lentamente la cabeza del agua.

Rovelli seguía escudriñando con su linterna la superficie del lago. El rayo iluminó el bote de Russ y éste volvió a ocultar rápidamente la cabeza. Desde el punto del lindero donde se hallaba el guardia el bote cubierto por la lona tenía exactamente el mismo aspecto que los otros.

Russ volvió a contener la respiración cuanto pudo. Entonces sacó de nuevo la cabeza y vio que la luz había desaparecido. Suavemente, con cuidado, volvió a empujar el bote hacia una de las enormes aberturas del lindero. Desde donde estaba ahora podía distinguir el letrero situado encima de la entrada con barrotes. No alcanzaba a leerlo en la oscuridad pero sabía lo que decía: «Prohibido entrar».

Unos minutos más tarde estaba en la abertura. La proa del bote chocó ligeramente con los barrotes. Dio la vuelta al bote hasta la proa, y sacó un juego de llaves electrónicas del bolsillo. Estas llaves formaban parte del equipo corriente: todos los guardias del MusEst llevaban un juego. Cada llave tenía un color diferente con fines de identificación.

Buscó entre las llaves, y finalmente encontró la que buscaba y la insertó en el mecanismo de cerradura de la entrada. Se oyó un ligero zumbido, el sonido sordo de pestillos cayendo, y la maciza entrada se abrió lentamente.

Introdujo el bote poco a poco, alerta por si se oían de nuevo pasos en lo alto. Pero no se oyó paso alguno. Ajustó la puerta muy suavemente, la cerró con llave y se encaramó al bote. Entonces se puso a remar lentamente, intentado minimizar el ruido de los remos al chocar con el agua. El túnel estaba negro como boca de lobo, pero no se atrevía a utilizar su magnarrayo; aún no. Primero tendría que recorrer un buen trecho de camino. No quería correr el riesgo de que la luz se filtrase al exterior.

Al principio no pudo evitar que el bote golpease las paredes del enorme albañal. Pero conforme sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad consiguió evitarlo. Cada vez hacía más frío; la humedad empezó a metérsele en los huesos. El aire tenía un extraño y fétido olor. No era exactamente el olor de un albañal corriente. Tenía una cualidad diferente. Mohosa, metálica.

No había otro sonido que el suave chapoteo de los remos. El silencio era en aquel lugar total. Incluso el ligero sonido de los remos parecía una profanación. Russ sabía algo respecto a aquel lugar; había sido orientado sobre lo que había en él al principio de estar en el MusEst Cuarenta y Dos. Pero ésta era la primera vez que estaba allí dentro. Que él supiese, en realidad nadie había estado allí, al menos desde hacía muchas décadas.

Volvió una curva del canal, luego otra. Entonces, cuando estuvo seguro de que no era peligroso, encendió su linterna y desenganchó la lona.

Carole yacía de espaldas con John en brazos. Éste estaba ya despierto y ella tenía una mano cerca de la boca del niño para sofocar cualquier grito que éste profiriese. Carole pestañeó ante el fulgor de la linterna y apartó la cabeza.

—¿Estás bien?

—Creo que sí —dijo ella—. Pero cinco minutos más bajo esta lona y seguro que habríamos muerto asfixiados. ¿Dónde estamos?

En lugar de responder a su pregunta directamente, Russ enfocó la zona con su magnarrayo.

Estaban en un gran cañón subterráneo por el que discurría el estrecho canal. Las paredes de este cañón se alzaban muy por encima del alcance del magnarrayo. Parecían fosilizadas, hechas de algún material que hubiese sufrido el supremo insulto del tiempo. Todo en aquel lugar parecía prohibido. Prohibida la entrada. Prohibido profanar el lúgubre silencio de aquella extraña y vasta tumba.

Russ concentró el rayo de luz en las paredes. Al principio parecían un mosaico no identificable de masa retorcida, montañas dentadas de chatarra formada por bloques metálicos aplastados, cubiertos por pesadas capas y escamas de moho. Había moho en todas partes; el agua sobre la que reposaba su bote era de color rojo apagado y como jarabe, y sus finas partículas llenaban la atmósfera en un polvo asfixiante. Las paredes eran absurdos bloques de chatarra inclinados hacia uno y otro lado en grotescas posturas, estratificados por capas sucesivas de una especie muerta y monstruosa.

Vagamente, en cada masa fundida, en cada bloque aplastado, podían discernir la curva ocasional de un guardabarro, el borde erosionado de una rueda, el entramado de un antiguo radiador, un ocasional reflector sin cristal. Había masas de cristal, el verdadero material imperecedero, en todas partes, saliendo de enmohecidos bordes metálicos. Veían de vez en cuando un tubo de escape ennegrecido, un anticuado cambio de marchas, los esqueletos de los monstruos en otro tiempo orgullosos que llenaban las carreteras y autopistas, el efluvio del pasado siglo xx.

—Santo cielo —dijo Carole con admiración—. Debía haber millones.

—Los había.

—¿Cómo vinieron a parar aquí?

—Atascaban las carreteras y envenenaban el aire. La gente moría y tuvieron que evacuar ciudades enteras porque sus habitantes no podían ni respirar. Además

ocupaban espacio necesario para la gente. Tuvieron que librarse de ellos.

Naturalmente pudieron identificar aquellos primitivos vehículos, puesto que los habían visto en las películas antiguas que a veces exhibían en los diversos museos. Costaba trabajo creer que la gente hubiera tenido en aquellos tiempos tanto espacio para viajar y que cada uno de aquellos vehículos fuese dirigido por un ser humano en lugar de funcionar automáticamente. No era de extrañar que muriesen tantos en pavorosos accidentes.

Durante la Crisis de la Contaminación había sido prohibida su fabricación y, finalmente, se habían puesto fuera de la ley los antiguos carburantes de toda clase. Una impura suspensión llamada smog había ahogado el aire. Durante varias décadas antes de esto la gente había venido hablando de la contaminación atmosférica, pero en realidad no habían hecho nada al respecto. Pero se llegó a un punto en que centenares de personas caían muertas por las calles durante las graves transmutaciones y la gente ya no se atrevía a salir de sus casas. Durante estos tiempos las calles de las grandes ciudades estaban vacías, pobladas tan sólo por fantasmas, y hasta el mismo sol parecía apagado. Finalmente, enormes masas de gente se manifestaron por las calles, llevando máscaras antigás y gritando que su derecho a respirar era más importante que el derecho de otras personas a obtener beneficios. Esto desató la Revolución y después de ella los automóviles, como se les llamaba, permanecieron quietos, abarrotando el paisaje por millones, pudriéndose y enmoheciéndose en las calles y en cualesquiera otras zonas despejadas que aún quedasen. Eran reliquias inútiles de otros tiempos, parte del problema de la basura sólida —que constituía en sí misma un problema—, y nadie sabía bien qué hacer con ellos. Era absurdo fundirlos y retener el metal, puesto que los metales habían sido ya sustituidos por los nuevos productos sintéticos tales como el duraplast. Durante cierto tiempo habían amontonado miles de aquellos vehículos en barcasas y habían remolcado éstas al mar abierto y habían volcado los automóviles por la borda. Pero esto empezó a causar graves daños a la ecología del mar, trastocando el delicado equilibrio de los elementos naturales que hacían posible el cuidado de los peces en el fondo del océano.

Y pasaron a constituir una amenaza para lo que se había convertido en la principal fuente de suministros alimenticios para todo el planeta.

Finalmente, al no tener ningún otro lugar donde colocarlos, habían enterrado los automóviles en vastas excavaciones como ésta dejando que se pudriesen. Se basaban en la teoría de que con el tiempo se convertirían en polvo y volverían a la tierra. Era extraño que la gente de aquella época hubiese considerado esta chatarra como símbolo de *status*, prueba del éxito personal. Los nombres eran particularmente interesantes. De vez en cuando, el magnarrayos de Russ iluminaba varios de aquellos nombres casi ilegibles: *Impala*, *Mustang*, *Rambler*, *Continental*, *Firebird*, *Charger*, *Fleetwood*, *Malibu*, *Cougar*, *Coupe de Ville*, *Thunderbird*. Muchos de ellos fueron bautizados con nombres de animales o pájaros que la gente admiraba.

Pero ahora, sentados en su pequeño bote, atrapados entre aquellas grandes y sueltas paredes de metal enmohecido, su curiosidad se desvaneció rápidamente y fue sustituida por el temor.

Carole se estremeció un poco:

—¿Estás seguro de que esto tiene salida?

—Según el mapa tiene que haber una salida al puerto —dijo él.

—¿Está muy lejos?

—A cinco o seis kilómetros.

—Supón que todo ha cambiado. Supón que en estos años han bloqueado la salida. ¿Qué hacemos entonces?

—No sé —dijo él encogiéndose de hombros—. Lo único que sé es... que no podemos volver atrás.

Empezó a remar de nuevo, de pie como un gondolero, dirigiendo el bote con un remo por el estrecho canal. El bebé se puso a lloriquear y Carole le dio de comer y lo cambió. La oscuridad que tenían delante parecía hacerse cada vez más densa, el aire más fétido. Empezaron a oír pequeños pero amenazadores ruidos en las grandes montañas de chatarra que asomaban sobre ellos a ambos lados, el sonido de metal contra metal. Parecía casi humano, como pequeños suspiros y quejidos, y de vez en cuando la enorme masa oscilaba suavemente, casi como algo viviente, como expresando su descontento ante aquella intrusión.

Durante aproximadamente un kilómetro su avance fue penosamente lento. En este punto el canal se estrechaba y a veces apenas parecía lo bastante ancho para permitir el paso del bote. Las montañas de chatarra parecían cada vez más altas y menos compactas. De vez en cuando un pedazo de metal se separaba de la masa, bajaba con estrépito por el lado de la mohosa montaña y caía al canal. Era una visión amenazadora, casi como el anticipo de una avalancha. De vez en cuando volvían a ver la masa de metal oscilando un poco, inquieta, como cansada de dormir en la misma posición. Y se daban cuenta de que en cualquier momento una parte cualquiera de aquella masa podía descender con un bramido, directamente sobre ellos, aplastándolos y enterrándolos para siempre.

Russ dirigía el bote con cuidado, intentando mantenerlo apartado de los costados, sabiendo que el chocar con ellos podía provocar pequeñas vibraciones que hiciesen caer sobre ellos toda aquella masa. Tanto él como Carole apenas se atrevían a respirar por miedo a que aquella montaña de metal los oyese.

Entonces, súbitamente, el bebé se puso a llorar. El sonido reverberaba por la enorme caverna, saltando, rebotando, resonando, repitiéndose. De las paredes empezaron a caer pedazos de metal a la corriente.

—Por el amor de Dios, Carole, ¡hazlo callar! —dijo Russ con furia.

—No puedo.

—¡Tienes que hacerlo!

Carole lo tomó en brazos y lo meció. El bebé se puso a llorar con más fuerza.

Finalmente, Carole sacó un pañuelo y le tapó la boca con él. Pero era demasiado tarde.

En algún lugar, el sonido de aquel lloro había despertado al monstruo durmiente. Las paredes, pesadas debido a la acumulación de chatarra suelta, empezaron a estremecerse y temblar. Empezaron a desprenderse pedazos de metal, que se deslizaban y descendían rebotando hasta el canal que tenían delante. Después los pedazos se convirtieron en un torrente, cayendo con un bramido justo delante de ellos y llenando la caverna de ondulantes nubes de moho.

Al principio no pudieron hacer otra cosa que permanecer allí paralizados. Una nube de polvo rojo los envolvió, impidiéndoles la visión. Entonces Russ agarró la lona, la estiró sobre sí y se echó protectoramente sobre Carole y el niño. Permanecieron juntos a cubierto en el fondo del bote.

Aguardaron así a que cesase el ruido, esperando verse enterrados en cualquier momento bajo los escombros. Pero poco a poco aquella perturbación cesó. Miraron afuera y vieron otra montaña de metal enmohecido. Pero ésta estaba en otra posición. Estaba directamente delante de ellos, bloqueando el canal, y de ella se desprendían aún nubes de moho.

—Russ, no podemos salir. ¡Estamos bloqueados!

—Saldremos —dijo él ceñudo.

—Pero no podemos. ¿No lo ves? —Se echó a reír histéricamente—. Después de todo este camino... ¡Ahora lo único que podemos hacer es esperar aquí a que venga la muerte!

Continuó riendo salvajemente y él gritó:

—¡Basta!

Carole ni siquiera lo oyó. Su risa resonaba en aquel gran cementerio. Pedazos de las paredes sueltas empezaron a caer de nuevo al canal. De repente Russ le propinó un fuerte bofetón en la cara. Ella se detuvo bruscamente.

—Lo siento —dijo él con suavidad.

Señaló con la cabeza las grotescas paredes, y ella comprendió que había estado a punto de provocar otra avalancha. Russ le tocó de manera contrita la mejilla, la que había abofeteado, y entonces la rodeó con el brazo. Ella apoyó la cabeza contra su hombro fatigada.

—Me parece que da igual —dijo— que nos quedemos enterrados aquí... o allí.

Russ bajó del bote, se abrió paso por la sucia agua y contempló la nueva montaña de escamoso metal que les impedía el paso. Ésta subía en un ángulo de treinta grados y tenía unos quince metros de altura. Durante un momento miró desesperado aquella cuesta de hierro. Entonces empezó a trepar por ella, resbalando y deslizándose al subir y haciendo que se soltasen de la masa pedazos de chatarra que bajaban cuesta abajo detrás de él, mientras procuraba agarrarse con los dedos al metal mohoso y retorcido. Llegó a lo alto y miró cuesta abajo.

Al otro lado, el canal quedaba libre.

Se deslizó cuesta abajo hasta el bote. Los dedos y nudillos le sangraban. Dijo a Carole que bajase del bote con John. Cogió la cuerda de amarre del bote, la ató de manera segura a la proa y entonces se ató también alrededor de la cintura. Una vez hecho esto empezó a arrastrar el bote cuesta arriba de aquella montaña metálica, paso a paso.

El fondo del bote chillaba a modo de protesta mientras Russ lo arrastraba por el enmohecido metal. Carole intentó ayudarlo, tirando de la cuerda con una mano mientras con la otra sostenía a John. Era un trabajo lento y agotador. Y peligroso. Russ tentaba cuidadosamente cada paso antes de tirar del bote. A cada pulgada de avance caían escombros cuesta abajo.

Pasadas lo que parecían horas, llegaron a la mitad de aquel extraño acarreo.

Russ, con el rostro contorsionado y los músculos hinchados, aplicó el último resto de fuerzas que le quedaba a los últimos pasos que faltaban para llegar a lo alto. Entonces cayó de bruces agotado.

Después consiguieron deslizar cuidadosamente el bote por la otra cuesta e introducirlo en el agua. Russ tomó los remos y reiniciaron el viaje.

Pasó una hora tras otra y perdieron la noción del tiempo. No había más que el canal, que se extendía interminablemente delante de ellos, discurriendo alrededor de las enormes pilas de antiguo metal y el terrible hedor del agua ensuciada por el moho. Los únicos sonidos que se oían eran el ocasional y ligero choque del bote y el suave chapoteo de los remos.

El canal parecía ensancharse y avanzar de manera más abierta por entre las montañas de chatarra. Y finalmente lo vieron. Un pequeño disco de luz de sol en lo más profundo de la oscuridad.

Era el final del túnel.

Esperaron junto a la entrada a que se hiciese de noche. Entonces Russ volvió a asegurar la lona sobre Carole y John y se adentraron en el río; este último trecho de su viaje lo recorrerían bajo la protección de la oscuridad.

Se encontró justo debajo de una de las grandes ciudades-puente que se alzaban sobre el río. Directamente sobre él estaba el gran tramo que sostenía las hileras de complejos de cien pisos y más allá de este tramo había cincuenta o sesenta ciudades-puente más tendidas sobre el río hasta que éste desembocaba en los estrechos.

Guió el bote por entre los enormes pilares que flanqueaban la pared del río, cada uno con una identificación numerada grabada en el duroplast. El pilar más próximo a él decía: «Ciudad-puente 18, Complejo Alto 348, Hilera 6, Bloque 4, 10.000 cubículos».

Los grandes edificios lanzaban formas de brillante luz sobre el río y Russ no se atrevía a dirigir el bote hacia el centro. Permaneció cerca de la orilla, moviéndose despacio corriente abajo hacia los estrechos, escondiéndose en las sombras de los espesos linderos y pilares de soporte que flanqueaban la orilla.

Finalmente dejó atrás la última ciudad-puente y llegó a la entrada de los estrechos. Esperó allí un buen rato, conteniendo el avance del bote con los remos, hasta que estuvo seguro de que no había patrullas de la SegEst en el canal. Entonces dejó que el bote fuera introducido en él por la corriente.

Finalmente, cuando se hubieron adentrado bastante en el canal, manejó con fuerza los remos y se dirigió al mar abierto. Entonces desató la lona y dejó salir a Carole y al bebé. Por suerte el agua estaba tranquila y sólo tenía que enfrentarse a débiles olas. Si hubiese hecho mal tiempo quizás habrían tenido que esperar en la oscuridad del túnel durante horas, tal vez días, antes de aventurarse a salir de él.

Ahora contemplaban la megalópolis, a cierta distancia ya. Ésta era una sólida masa de luz, con las grandes espiras iluminadas de plástico alzándose hacia el cielo desde la orilla, arracimadas de manera loca como miles de cristalinas estalagmitas bajo la oscura bóveda del cielo.

—Se ve tranquila desde aquí —dijo él.

—Y bonita. Es realmente bonita, Russ..., cuando se está lejos de ella.

—Mírala bien —dijo él—. Es la última vez que la vemos.

Comieron un bocado y él siguió remando unas horas. Entonces Carole se hizo cargo de los remos y Russ durmió un rato. Habían administrado al bebé otro sedante, esperando fervientemente que no se marease. Todavía les quedaba un largo camino para llegar a su destino. Tardarían toda la noche y la mayor parte del día siguiente. Sólo les quedaba esperar que el tiempo se mantuviese bueno. De hecho, sus vidas

dependían de ello.

Carole miró el mar. Éste estaba tranquilo, como un amigo que los llevase en el regazo. Pero ella empezó a imaginárselo de otra manera. Se imaginó que la lisa superficie empezaba a encrespase. Se imaginó que el viento empezaba a levantarse, que las olas se volvían enormes y feas y el mar empezaba a golpearlos furioso, haciéndoles ir de un lado para otro, impotentes. Vio las olas creciendo como monstruos, elevándose e inundando su pequeño y frágil bote, empapándolos y enviándolos al fondo. Era un espectro que los acosaba a los dos. Luchó contra el miedo y se volvió hacia Russ.

—¿Cuánto tardaremos en llegar?

—Creo que llegaremos mañana por la tarde —entonces miró al cielo y al mar, casi como rogando—. Siempre que sigamos teniendo suerte.

De repente su miedo desapareció y quedó tranquila:

—La tendremos —dijo.

Él la miró con curiosidad.

—¿Qué es lo que te hace estar tan segura?

—El haber llegado hasta aquí —miró el cielo tachonado de estrellas—. Y porque tengo la loca sensación de que alguien nos observa desde allí arriba. Y no me refiero al omnipresente Bocazas.

Normalmente esto le habría hecho gracia y ella le habría parecido infantil. Pero no ocurrió así. Esta vez no. Estaban allí, en medio de la nada, sujetos a cualquier capricho de los elementos, totalmente impotentes frente a la posible furia del viento y las olas. Estaban comprometidos y no podían volver atrás. La cuestión de la supervivencia no estaba en sus manos. El caso es que resultaba consolador pensar que estaba en otras manos. No había nada más en lo que creer. No había otras opciones.

Comieron algo y él remó un rato más. Entonces Carole tomó los remos y él durmió durante una hora. Después Russ volvió a hacerse cargo de su puesto y Carole atendió al bebé que, a pesar del sedante, estaba inquieto.

Una hora antes del alba oyeron el sonido de alguna especie de nave movida por energía solar. Se acercaba a toda velocidad. Rápidamente Russ gritó a Carole que se tumbase en el bote y cubrió a ella y al niño con la lona. Pasado un momento toda la zona estaba bañada por el blanco fulgor de un potente magnarrayo. Russ se levantó, cegado por aquel fulgor, e intentó ver lo que había detrás del rayo.

Era una nave baja y bruñida, pequeña pero rápida, uno de los veloces hidrosubs de dos hombres utilizados en el cultivo en el fondo del océano y también para la vigilancia de la superficie. Russ sabía que habían visto el bote a través de su visiscopio, que alcanzaba a varias millas marinas, y se habían acercado para investigar. La nave se aproximó por el lado y Russ vio que había dos hombres uniformados de la SegEst a bordo. Uno era un hombre mayor, evidentemente el que mandaba, y el otro un joven ayudante.

El comandante echó una cuerda a Russ:

—Muy bien —dijo severamente—, asegúrela.

Russ ató el bote a la otra nave. El comandante saltó al bote seguido de su joven compañero. Miró a Russ con ojos azules y duros.

—¿Qué hace aquí?

Russ no contestó. Sabía que no podía ofrecer ninguna explicación posible. Sus hombros se derrumbaron y se encontró mal. «Así que éste es el final», pensó. Estudió a los dos hombres. Su única posibilidad estaba en atacar. Luchar por su vida y por las vidas de su cónyuge y de su hijo. Sus músculos se pusieron tensos, pero ambos hombres lo observaban atentamente. Presentían lo que le rondaba la cabeza y estaban preparados. Y él pensó con desesperación. «Aún no, aún no. Quizá cuando nos hagan pasar al hidrosub. Quizá cuando no estén pendientes...».

El comandante miraba fijamente la lona. Entonces dijo:

—Muy bien, caballero. Ahora veamos qué hay debajo.

Russ desenganchó la lona. Carole yacía en el fondo del bote con John en brazos. Se protegió los ojos de aquel fulgor. El bebé se puso a llorar. Los dos SegEst no parecían especialmente sorprendidos. El más joven sonrió. Le complacía hallar aquel tipo de contrabando; daban una gran recompensa por él.

—Vaya —dijo, riéndose—. Nunca se sabe.

El otro hombre no pareció oírlo. Miraba fijamente al bebé; su rostro duro se endulzó. Parecía estar perdido en el recuerdo mientras John seguía llorando. Entonces agregó casi para sí mismo:

—Yo tenía uno así —miró a Carole—. ¿Niño?

Ella asintió sin decir palabra. El joven SegEst estaba impaciente.

—Vamos, Al —dijo—. Que vengan al hidrosub.

—Espera, Charley. Espera —el hombre mayor seguía mirando al bebé. Súbita y bruscamente dijo a Russ:

—¿Sabe a dónde va?

Russ contestó que sí con la cabeza. El hombre lo observó. Entonces volvió a mirar a Carole y al bebé. Movi6 la cabeza de un lado para otro y finalmente dijo:

—Muy bien. ¡Márchense!

El más joven empezó a decir algo en son de protesta. Se detuvo, acobardado por la expresión de su superior. Los dos hombres de la SegEst abandonaron el bote y volvieron a subir al hidrosub. Russ y Carole los miraban pasmados, sin dar crédito a sus ojos. Russ agarró los remos y empezó a alejarse como un loco.

Los dos hombres permanecían junto a la barandilla viendo cómo el bote abandonaba la periferia de la zona iluminada y desaparecía en la oscuridad.

El comandante, sin siquiera mirar al otro hombre, dijo:

—No hemos visto a esa gente —hablaba tranquilamente—. ¿Comprendes?

—Sí, señor.

—Como digas algo de esto a alguien, a quien sea, te mato.

—¿Por qué iba a hacerlo? —El hombre más joven estaba asustado y hablaba con

una especie de nerviosa fanfarronería.

—¡Demonio, de todos modos no llegarán a ninguna parte!

Russ siguió remando sin cesar el resto de la noche. Continuó también la mayor parte del día siguiente, relevado de vez en cuando por Carole para que pudiera dormir un poco y descansar las manos llenas de ampollas. A primeras horas de la tarde el mar estaba tranquilo pero se había formado una niebla que reducía la visibilidad a unos centenares de metros. Ahora se preocuparon por otro azar: el peligro de perderse. Russ había llevado consigo una pequeña brújula y la consultaba con frecuencia.

De repente lo oyeron. El triste sonido de una campana de boya en la distancia.

—Debe ser el primer indicador —dijo él—. En algún punto fuera del canal.

—Entonces pronto llegaremos.

Él asintió con la cabeza y siguió remando hacia el lugar de donde procedía el sonido de la campana. Finalmente apareció la boya, subiendo y bajando movida por el mar. Era del tipo anticuado, enmohecida y cubierta de percebes, un anacronismo en el mundo del cual venían. Tenía encima un mohoso letrero de metal cuyas letras apenas eran legibles: «¡Aviso! ¡Fuera de límites!».

Luego llegaron a una serie de boyas que señalaban la entrada al canal. También éstas eran antiguas y estaban enmohecidas. Evidentemente nadie había cuidado de ellas desde hacía años. También lucían letreros pintados apenas legibles:

«¡Peligro! ¡No pasar de este punto!».

La brisa empezó a soplar y la niebla se fue disipando, retorciéndose en jirones. Russ siguió remando sin cesar; sin hacer caso del terrible dolor de las ampollas.

Y entonces, a través de la niebla a retazos, avistaron la isla. Llegaron a la entrada de un largo rompeolas y en el alto muro de piedra divisaron un enorme letrero: «¡Zona activada! ¡Inhabitable!».

La niebla se disipaba rápidamente y la isla, a unos centenares de metros de ellos, se hacía visible. Russ y Carole se levantaron en el bote, dejándolo ir a la deriva durante un momento mientras miraban fijamente su nuevo hogar.

La isla, más allá de la playa, estaba moteada de enormes monolitos, sembrados a manera de hitos. Había gran número de ellos, extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista. Estaban mohosos y cubiertos de musgo, una hueste de monumentos que atestiguaban la locura de otro siglo.

Aquí, en ataúdes de plomo enterrado bajo aquellas casamatas de hormigón, yacían los desintegrados restos de billones de dólares, el último lugar de descanso del genio del hombre para la autodestrucción. Cada una de las lápidas monolíticas de este grande y abandonado cementerio radiactivo llevaba su propia leyenda, grabada en el hormigón golpeado por los elementos.

Una decía: «Cohete Arcturus n.º 454968: 10 megatones. Activado en 1973». Otra decía: «Cabeza de proyectil explosivo de neutrones Hércules número 66418: 170 megatones. Activado en 1978». Y otra: «Cabeza de proyectil explosivo de

HidroOxígeno... Gran Bang... 2000 megatonnes. Activada en 1987».

Y había muchos más en interminables hileras.

La isla no estaba totalmente desolada. Podían ver pequeñas zonas de vegetación. En realidad, estaba a sólo unas millas marinas del continente, que casi se veía en el horizonte. Era un espacio por el que los hombres suspiraban desesperadamente y que habrían podido utilizar. Pero, irónicamente, lo evitaban. Aquellos monolitos, cada uno de los cuales era un callado recordatorio de la locura del hombre en el pasado, habían recibido irónicamente prioridad para ocupar aquel precioso espacio. Hacía mucho tiempo, cuando finalmente se declararon fuera de la ley los cohetes, había surgido la cuestión de dónde colocarlos. No se atrevían a arrojarlos al mar. Habían tenido una terrible experiencia cuando una serie de latas de lo que se llamaba «gas nervicida» habían sido enterradas en el mar cerca de la costa de lo que entonces se conocía como los Estados Unidos. El ejército había arrojado las pesadas y gruesas latas al fondo del mar, incapaz de pensar en otra manera de quitárselas de en medio. Décadas más tarde algunas de ellas habían reventado, soltando el mortífero gas, contaminando centenares de millas del océano y matando a millones y millones de peces. Se había decidido almacenar todos los materiales de guerra anticuados de éste y otro tipo catastrófico en zonas de tierra solitarias y desiertas, apartadas de los continentes, zonas tales como la isla que se alzaba delante de ellos.

—Bueno —dijo Russ, ceñudo—. Ahí está. La Tierra Prometida.

Ahora, al acercarse, vieron que no iban a estar solos. Había otros que los habían precedido en su aventura hasta aquel lugar prohibido, y por la misma razón. Ahora podían divisar zonas verdes y pequeños huertos cultivados. Veían a gente que se paseaba por allí y refugios construidos con estacas, aprovechando los grandes monolitos para protegerse del sol. Russ estaba casi seguro de que aquí encontrarían alguna especie de colonia, otras personas con hijos ilícitos como ellos. Era el único refugio que quedaba donde, debido a la radiación, los fugitivos como ellos podrían estar relativamente seguros contra la persecución.

En cuanto al problema de la supervivencia tenían las preciosas semillas del huerto. Él tenía sus dos manos. Y sabía que podría contar con la ayuda de los que ya estaban allí.

—Hay más gente de la que yo creía —dijo.

Ella lo miró:

—Claro. ¿Creías que éramos los únicos en todo el mundo a quienes se les había ocurrido esta idea?

—Bueno —dijo él sonriendo—. Al menos John tendrá con quién jugar cuando se haga mayor.

Carole sabía que su sonrisa era falsa. Lo veía en sus ojos.

—¿Cuánto tiempo te parece que tendremos?

Él se encogió de hombros:

—No sé. Depende del nivel de radiación, de la cantidad que se filtre ahora. Puede

que vivamos cinco años. Quizá seis o siete. No sé.

—Una vida corta —dijo ella—. Pero alegre.

—Si quieres llamarla así.

—Al menos cuando nos vayamos nos iremos todos juntos.

—Sí.

Ella lo observó un momento mientras él volvía a tomar los remos. Entonces añadió:

—Russ, dime la verdad.

—¿Qué?

—¿Lamentas algo?

—No —le sonrió—. Esto será vida... comparado con lo que teníamos allí.

Ahora la gente de la isla los divisó y bajó corriendo a la playa, los adultos saludándolos con las manos, los niños saltando y gritándoles, y vieron que allí serían bien recibidos.

En aquel momento, en algún lugar del cielo, el Bocazas terminaba su alocución de noticias de todas las horas e iniciaba un programa musical. La primera selección era una feliz canción electrónica, una sentimental pieza clásica que databa de principios del siglo pasado:

*Es un grande, ancho y maravilloso mundo  
el mundo en que vivimos.*

*Cuando se está enamorado  
se es dueño de todo lo que se examina,  
se es un alegre Papá Noel.*

*Hay un cielo grande, reluciente y  
tachonado de estrellas encima de uno.*

*Cuando se está enamorado  
se es un héroe, un Nerón, Apolo,  
el Mago de Oz.*

FIN



MAX EHRLICH (Springfield, Massachusetts, EE. UU., 10 de octubre de 1909 - Los Ángeles, California, EE. UU., 11 de febrero de 1983) fue un escritor estadounidense. Licenciado en la Universidad de Michigan en 1933, comenzó su carrera colaborando en periódicos como el Springfield, Massachusetts Republican.

Escribió tanto novelas como guiones para la radio, el cine y la televisión. Adaptó muchas novelas, obras de teatro y cuentos para la radio.

Su obra se acerca mucho a la ciencia ficción y al género fantástico, logrando premios a lo largo de su carrera como el Writers' War Board o una beca Huntington.

De entre su obra cabría destacar títulos como *Edicto Siglo XXI* («The edict», 1971) o *La reencarnación de Peter Proud* («The Reincarnation of Peter Proud», 1973), que fue llevada al cine con el mismo título en 1975.